
SARA RAASCH
HIELO
COMO
FUEGO
LA SECUELA DE NIEVE COMO C
Lectulandia

Hace tres meses que los inverneños fueron liberados y que el rey de Primavera, Angra, desapareció, en gran parte gracias a la ayuda de Cordell.

Meira solo quiere que su pueblo esté a salvo. Cuando su deuda con Cordell obliga a los inverneños a excavar en sus minas para pagarles, hacen un descubrimiento asombroso y quizá peligroso: el barranco mágico perdido de Primoria. Theron se llena de entusiasmo y esperanza: con toda esa magia, el mundo al fin podrá defenderse de amenazas como Angra. Pero Meira sabe que la última vez que el mundo tuvo acceso a tanta magia nació la Decadencia.

Sara Raasch

Hielo como fuego

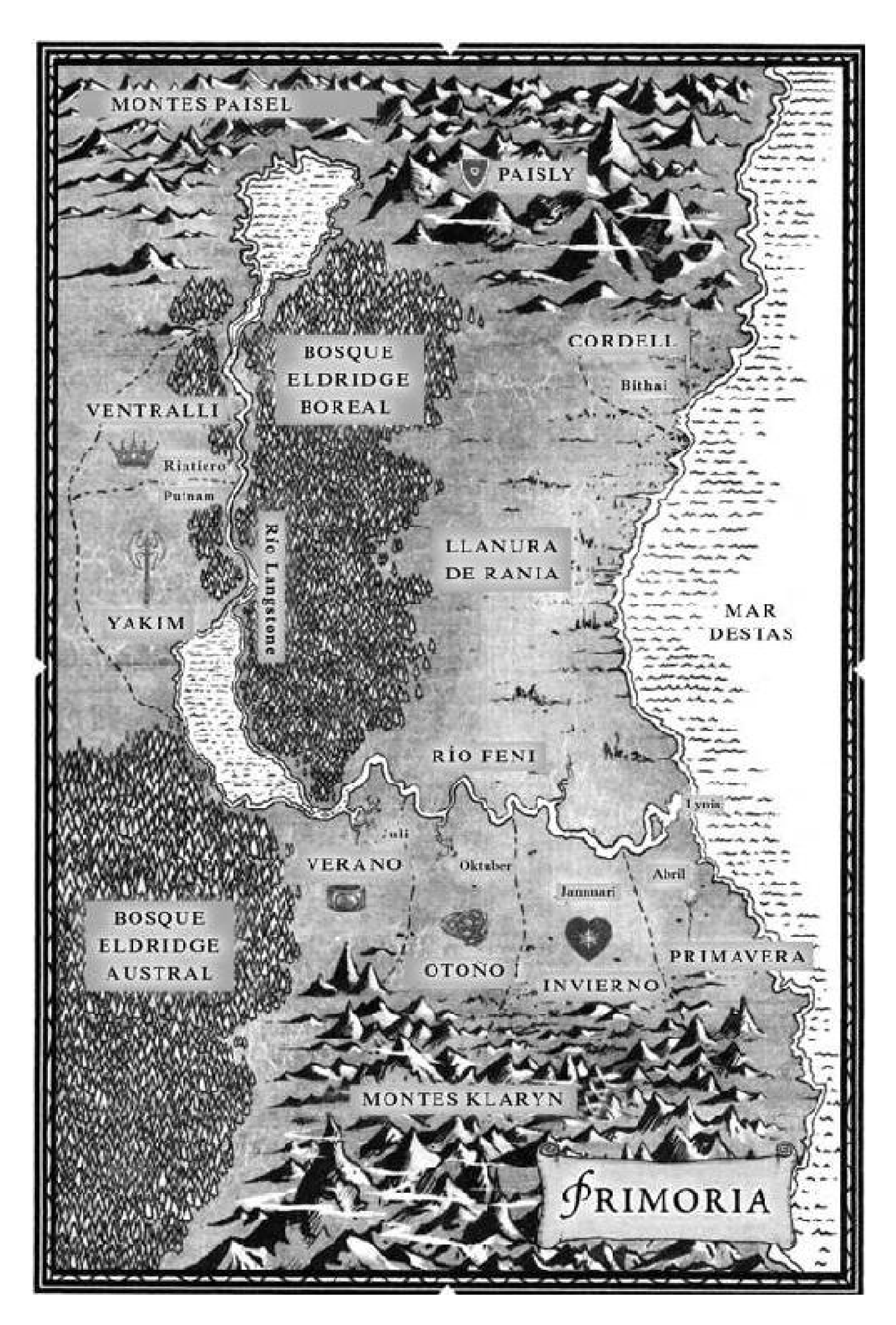
Nieve como cenizas - 2

ePub r1.0
Titivillus 02.11.2018

Sara Raasch, 2015
Traducción: Nora Escoms
Diseño de cubierta: Jeff Huang

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

Para Kelson, que personifica lo mejor de Mather y Theron
incluso cuando yo soy lo peor de Meira.



MONTES PAISEL
PAISLY
CORDELL
Bithai
BOSQUE
ELDRIDGE
BOREAL
VENTRALLI
Riatiero
Putnam
Río Langstone
LLANURA
DE RANIA
YAKIM
MAR
DESTAS
RÍO FENI
Lynia
Juli
VERANO
Oktaber
Abril
Jannuari
BOSQUE
ELDRIDGE
AUSTRAL
OTOÑO
INVIERNO
PRIMAVERA
MONTES KLARYN
PRIMORIA



Meira

Cinco enemigos.

Cinco cascos abollados sobre cinco pecheras igualmente abolladas; cinco soles negros que brillan, raspados pero visibles, en el metal plateado. Más soldados de los que podría enfrentar sola, pero de pie en el centro de ese círculo, con las botas plantadas en la nieve, miro al más cercano, arqueo una ceja, y desciende sobre mí la calma que precede a una pelea.

Ya tengo mi chakram listo en la mano, pero una parte de mí todavía no quiere arrojarlo pues se deleita con la sensación de su empuñadura lisa contra la palma de mi mano. Dendera se creyó muy lista al esconderlo donde lo hizo, pero en realidad, dárselo a los soldados cordellanos fue casi demasiado fácil. ¿Dónde más buscaría yo un arma si no en la carpa armería?

—¡Hazlo! —me llega un chillido agudo.

—¡Cállate, te oirá!

Sigue una catarata de chistidos cuando alzo la cabeza hacia la fila de rocas que están fuera de mi círculo de enemigos simulados. Un grupo de cabecitas se esconde detrás de la roca más grande.

—¡Nos vio!

—¡Estás pisándome el pie!

—¡Cállate!

Una sonrisa me revolotea en los labios. Cuando vuelvo a mirar al más cercano de los soldados, la pila de nieve que hay dentro del casco y la pechera se hunde un poco, torcida por la misma ráfaga de viento helado que me azota la falda. La ilusión se pierde.

No estoy vestida para una batalla: tengo puesto un vestido sin mangas de tela color marfil con tablas, y el cabello recogido con un peinado complicado de trenzas. Mis «enemigos» son pilas de nieve que amontoné sin mucho cuidado y vestí con algunas de las armaduras de Primavera que quedaron descartadas por todo mi reino. Mi público no es un ejército, sino un grupo de niños inverneños curiosos que me siguieron desde la ciudad. Pero el chakram es real, y el modo en que mi cuerpo reacciona a él hace la escena casi creíble.

Soy un soldado. Me rodean los hombres de Angra. Y voy a matarlos a todos.

Flexiono las rodillas, giro las caderas, tuerzo los hombros y se me anudan los músculos. Inhalo, exhalo, giro, suelto; los movimientos surgen de memoria, tan arraigados en mi cuerpo como el acto de caminar, a pesar de que hace tres meses que no arrojo mi chakram.

La hoja sale volando de mi mano con un silbido que perfora el aire frío. Corta en vuelo al enemigo más cercano, rebota contra una piedra, corta al siguiente soldado y regresa cantando a mi mano.

Cada nervio tenso se relaja, y suelto una exhalación larga, profunda, pura. ¡Santa nieve, qué bueno es esto!

Dejo volar al chakram otra vez y otra, y termino con el resto de los soldados. A mi espalda hay un estallido de hurras, vocecitas que ríen mientras los copos de nieve caen sobre los cadáveres de mis víctimas. Me quedo en la posición de mi última atajada, la cadera ladeada y el chakram firme en la mano, pero ahora la ilusión desaparece por completo… de la mejor manera.

Una sonrisa amplia me curva los labios. No recuerdo la última vez que alguien rio en Invierno. Los últimos tres meses deberían haber estado llenos de alegría, pero los únicos sonidos que he oído son los golpes secos de la construcción, los murmullos acerca de planes para los cultivos y las minas, los aplausos apagados en los acontecimientos públicos.

—¿Puedo arrojarlo yo? —pregunta desde lejos una de las niñitas, y su pedido alienta al resto a exigir lo mismo.

—Mejor empiecen con algo menos filoso. —Sonrío y me inclino, recojo un puñado de nieve y formo una bola no muy apretada que dejo escapar de mis dedos—. Y menos mortal.

La niña que pidió primero arrojar mi chakram entiende antes que los demás. Cae de rodillas, hace una bola de nieve y se la arroja a un niño que está detrás de ella.

—¡Te di! —chilla, y echa a correr por el campo en busca de un escondite.

Los demás entran en un frenesí, hacen proyectiles de nieve y se los arrojan entre sí mientras corren por los campos.

—¡Estás muerto! ¡Te di! —grita un niñito.

Se me borra la sonrisa.

Ya no tenemos que pelear. Nunca tendrán que arrojar otra cosa que bolas de nieve, me digo.

—¿Esto no te parece un poco… morboso?

Doy media vuelta y mis dedos se tensan en torno al chakram. Pero ni siquiera levanto la hoja antes de ver quién está entrando al pequeño claro que crean las estribaciones de los Klaryn a un lado y los campos nevados al otro.

Theron inclina la cabeza, y parte de su cabello se zafa de detrás de sus orejas y cae como una cortina entre castaña y rubia. En su mirada permanece una pregunta, y veo preocupación en sus ojos.

—¿Morboso? —Solo logro sonreír a medias—. ¿O catártico?

—La mayoría de las cosas catárticas *son* morbosas —corrige—. La sanación por medio de la melancolía.

Pongo cara de exasperación.

—Tenías que ser tú quien encontrara algo poético en la decapitación de unos muñecos de nieve.

Ríe, y el aire se pone un poco más frío, un frío delicioso que me hace cosquillas en el corazón. Los colores de Theron se recortan con dureza contra el fondo de eterno marfil de Invierno. Los músculos de su cuerpo esbelto están enfundados en el uniforme verde cazador y dorado de Cordell, de tela más gruesa por el frío de Invierno y porque su sangre cordellana no lo protege del clima de mi reino.

Theron señala con la cabeza en la dirección desde la que llegó, hacia la ciudad de Gaos. Si los Klaryn fueran un mar, Gaos sería el puerto más grande de Invierno: la ciudad más grande con acceso a la mayor cantidad de minas.

Es un lugar donde he pasado demasiado tiempo en estos últimos tres meses.

—Estamos listos para abrir la Mina Tadil —anuncia, y se mueve con lo que podría ser un estremecimiento de frío, pero también podría ser de entusiasmo.

—Acabamos de abrir una mina ayer. Y dos la semana pasada —replico. Detesto cómo se deforma mi voz. Theron no debería ser el receptor de mi ira.

Su mandíbula se tensa.

—Lo sé.

—Tu padre viene a Jannuari para la ceremonia el fin de semana, ¿no es así?

Entiende a dónde apunto.

—La realeza de Otoño también vendrá. No deberías discutir con mi padre delante de ellos.

—Cordell tiene tanto que ver con Otoño como con Invierno. Probablemente su rey tiene tantos deseos como yo de echar a Noam.

Theron hace una mueca de dolor, y me doy cuenta demasiado tarde de lo insensibles que fueron mis palabras. Noam es el padre de Theron y su rey, y por más que se me estruje el pecho cada vez que él da una nueva orden… necesitamos a Cordell. Sin la ayuda de Noam, no tendríamos ejército; el físico de los inverneños apenas empieza a pasar de raquítico a saludable, y por eso hace muy poco que han podido empezar a entrenarse. Sin Cordell no tendríamos provisiones, ya que Invierno aún no restableció lazos comerciales, y lo poco que podemos cultivar en nuestro reino helado (gracias a la magia) se sembró hace muy poco y no dará frutos hasta dentro de unos meses, aun con el estímulo del conducto de Invierno.

Entonces no me queda otra opción que obedecer las exigencias de Noam, porque le debemos tanto que a veces no puedo creer que no esté yo también vestida con los colores de Cordell.

—Muy bien —acepto—. Abriré esta mina. Pagaré a Noam y a Otoño por su parte en la salvación de Invierno, pero apenas termine la ceremonia…

¿Qué pienso hacer después de la ceremonia? Porque es eso, una ceremonia, una representación bonita para agradecer a Otoño y a Cordell por su ayuda para liberar a Invierno de Primavera. Les pagaremos con lo que hemos extraído de las minas, pero no será siquiera una fracción de lo que les debemos. Después de la ceremonia estaremos en la misma situación que ahora: a merced de Cordell.

Por eso he pasado tanto tiempo en los últimos tres meses tratando de convencer a Dendera de que las reinas sí pueden portar armas. Por eso busqué mi chakram y monté este momento de normalidad, porque a pesar de que hemos recuperado a Invierno, me siento exactamente como cuando nuestro reino estaba en poder de Primavera. Esclavizada a otro reino. Aunque con menos amenaza inmediata, y solo por esa razón he tolerado a Noam tanto tiempo. Mi gente no ve opresión en la presencia de Cordell: ve ayuda.

Theron extiende la mano hacia mí, pero todavía estoy sosteniendo mi chakram, de modo que se conforma con una de mis manos, y me saca de mi preocupación. No es solo un delegado de Cordell; no es solo el hijo de su padre. También es un muchacho que me mira con ansias, del mismo modo que me miró en los pasillos oscuros del palacio de Angra antes de besarme… del mismo modo que me ha mirado una docena de veces en los últimos tres meses.

Contengo el aliento. Pero esta vez no me besa, y no logro decidir si quiero que lo haga… y si quiero, si sería porque necesito consuelo, distracción, o a él.

—Lo siento —dice con voz queda—. Pero tenemos que seguir intentándolo… y el trabajo es bueno para Invierno. En todo caso, tu reino también se beneficiará con estos recursos. Detesto que él tenga razón, pero necesitamos…

—Noam no *necesita* a Invierno —lo interrumpo—. Él *quiere* a Invierno. Quiere tener acceso al barranco de magia. ¿Por qué dices que tiene razón? —Vacilo—. ¿Estás de acuerdo con él?

Theron se acerca un poco más, y un aroma a lavanda emana de su cuerpo. Mueve las manos hasta mis brazos; y al hacerlo, se le levantan las mangas de la chaqueta y quedan al descubierto sus muñecas con irregulares cicatrices rosadas. La culpa me deja un sabor repugnante en la boca.

Le hicieron esas cicatrices mientras trataba de rescatarme.

Theron me ve mirar sus muñecas descubiertas. Se aparta y se estira las mangas.

Trago en seco. Debería decir algo al respecto: sobre sus cicatrices, su reacción. Pero él siempre cambia de tema antes de que…

—No creo que tenga toda la razón —tartamudea Theron, volviendo a encauzar la conversación, aunque no se me escapa que mantiene una mano en la manga, presionando la tela contra su muñeca—. No en el modo en que lo encara, al menos. Invierno necesita apoyo, y Cordell puede dárselo. Y si encontramos el barranco de magia, *todos* estaremos mejor.

Sus ojos me sostienen la mirada, rogándome en silencio que prosiga como si nada.

Cedo. Por ahora.

—¿Y cómo debería Noam buscar una recompensa por su ayuda?

Pero apenas planteo la pregunta, conozco la respuesta, y mi cuerpo se inflama con una oleada de deseo que me hace acercarme a él.

Theron se inclina hacia adelante.

—Quiero que mi padre restablezca nuestro compromiso. —Sus palabras no se oyen más que los copos de nieve que caen a nuestro alrededor—. Si nuestros reinos se unieran, no se trataría de uno dominando al otro, uno en deuda con el otro… estaríamos unidos, seríamos poderosos. —Hace una pausa y exhala una nube de vapor—. Estaríamos protegidos.

Un cosquilleo helado me recorre el cuerpo, en contraposición con las partes de mí que saben que Theron y yo no estamos destinados para lo que una vez íbamos a ser. Noam canceló nuestro compromiso porque consideró que la deuda de Invierno con Cordell era un vínculo suficiente entre nuestros reinos… y quizás un poco porque sintió que Sir lo engañó al concertar una boda entre su hijo, el heredero de un reino rítmico, y una chica que debería haber sido un títere de Invierno y no una reina por derecho propio.

Noam quiere nuestras minas; quiere acceso al barranco mágico perdido. Sabe que lo conseguirá, gracias a la dependencia nuestra con él. De esta manera, puede tratar a Invierno como el despojo que somos… no con una relación política entre iguales. Y, francamente, ahora me da cierto alivio no tener que preocuparme por estar casada.

Pero Theron ha dejado en claro, muchas veces, que no está conforme con la decisión de Noam.

Como para confirmar mis pensamientos, su expresión cambia y él se ladea hacia mí.

—Siempre pelearé por ti. Siempre te cuidaré —añade.

El modo en que lo dice es a la vez una promesa, una declaración y un ruego. Las palabras le producen un estremecimiento que le llega hasta las muñecas, y ponen de manifiesto los miedos que no se atreve a mencionar en voz alta.

Protegidos. Te cuidaré.

A él también lo asusta nuestro pasado. Teme que vuelva a ocurrir lo mismo, como pesadillas que se repiten una y otra vez.

—No es necesario que me cuides —susurro.

—Pero puedo hacerlo. *Y lo haré*.

La declaración de Theron es tan seria que siento que me corta la cara.

Pero no quiero necesitarlo… ni a su padre, ni a Cordell. No quiero que mi reino necesite a nadie. La mayor parte del tiempo, ni siquiera quiero que me necesiten a mí.

Toco mi relicario, la joya vacía que simboliza para todos los demás la magia de Invierno. Todos piensan que, al reunirse las dos mitades, el relicario volvió a ser una de las ocho fuentes de magia en este mundo: los Conductos Reales. Piensan que cualquier magia que yo haya usado antes —al curar a Sir y al niño en el campamento

de April, al infundir nuevas fuerzas a los inverneños esclavizados— fue pura casualidad, un milagro, porque todos los demás Conductos Reales son objetos como una daga, un anillo, un escudo. Nunca se les ocurrió (ni a mí, antes de esto) que la magia pudiera alojarse en una *persona*.

No tienen idea de dónde está la verdadera magia. Y, francamente, Cordell es lo que menos me preocupa… porque dentro de mí hay algo que podría ser mucho más peligroso.

Apoyo mi mano libre en el pecho de Theron. Solos aquí afuera, con la nieve que cae, el viento frío que se arremolina alrededor y el golpeteo de sus latidos bajo mis dedos, nos permito tener este momento. Seamos lo que seamos ahora, los momentos como este, en los que podemos olvidarnos de la política, de los títulos de nobleza y de nuestro pasado, nos ayudan a no desmoronarnos bajo las presiones de nuestra vida.

Me apoyo en él, levanto la cara y lo beso en los labios. Theron gime y me rodea con sus brazos, se amolda a la forma de mi cuerpo y responde al beso con una pasión que me desarma.

Me acaricia la sien, la oreja y la mejilla, y sus dedos apartan los cabellos que se sueltan de sus horquillas. Inclino la cabeza y me apoyo en la palma de su mano, y mis dedos le rodean la muñeca.

Sus cicatrices son abultadas e irregulares bajo mis dedos. Mi corazón (que ya latía erráticamente porque los labios de Theron son ásperos pero sus manos me tocan con suavidad, y por la punzada de necesidad que siento en mis entrañas cuando gime así) se descontrola.

Me aparto un poco, y nuestras exhalaciones se convierten en escarcha.

—Theron, ¿qué te pasó en April?

Apenas me salen las palabras, pero finalmente allí están, danzando entre los copos de nieve.

Theron vacila; por un segundo no me oye. Luego hace una mueca de dolor y su rostro se llena de un horror que intenta suavizar demostrando confusión.

—Tú estabas allí…

—No, me refiero a… antes. —Respiro hondo varias veces—. Estabas en April antes de que yo supiera que estabas. Y… puedes contármelo. Si alguna vez necesitas hacerlo. Es decir, sé que es difícil, pero yo… —Rezongo, y bajo la cabeza—. No soy buena para esto.

A pesar de todo, Theron ríe entre dientes.

—¿Buena para qué?

Lo miro y empiezo a sonreír, hasta que caigo en la cuenta de cómo pasó por alto todo lo que dije.

—Buena para… nosotros.

Sus labios estallan en una sonrisa que no hace más que recordarme todo lo que intenta esconder.

—Eres mejor de lo que crees —susurra. Hace que le suelte la mano y baja los dedos por mi rostro, mi cuello, hasta tomarme el hombro.

Le ofrezco una sonrisa débil y sacudo la cabeza.

—Los mineros. Debo ir con ellos.

Theron asiente.

—Sí —concuerda. Su cara se ilumina con repentina esperanza—. Quizás esta mina sea la definitiva.

Difícilmente, casi respondo. Hemos empezado a excavar en más de la mitad de las minas de Invierno y en ninguna encontramos nada más allá de los recursos habituales. Me exaspera el hecho de que Noam crea que encontraremos el lugar de donde se originaron los Conductos Reales. El barranco de magia lleva siglos perdido bajo los Reinos Estacionales, ¿y espera encontrarlo solo porque quien ahora lo busca es un Rítmico?

Las minas son de Invierno, y está obligando a *mi* pueblo a emplear la poca fuerza que tiene en las excavaciones. Mi gente pasó dieciséis años en los campos de trabajo de Angra; debería estar sanándose, no buscando poder para un hombre que ya tiene demasiado.

Vuelvo a ponerme furiosa; me doy vuelta y dejo atrás los cadáveres de mis enemigos simulados.

Theron camina a mi lado en silencio, y cuando rodeamos algunas rocas, Gaos se alza ante nosotros como si los Klaryn la hubieran tenido escondida hasta mi regreso. Se parece mucho a cómo estaba Jannuari cuando llegamos por primera vez, pero al menos en esa ciudad se han arreglado algunas partes desde entonces. Es tan poca la gente que eligió repoblar Gaos que solo hemos podido reparar la zona más cercana a las minas, y la mayor parte de la ciudad está en ruinas. A lo largo de las calles hay cabañas deterioradas por el desuso; los callejones están llenos de escombros acomodados en pilas apresuradas. La nieve lo cubre todo y esconde parte de la destrucción bajo un puro manto color marfil.

Vacilo apenas un segundo cuando Gaos aparece a la vista. Pero eso basta para que Theron me rodee la cintura con el brazo y atraiga mi cuerpo hacia el suyo.

—Mejorará con el tiempo —me asegura.

Lo miro, aferrando aún mi chakram con desesperación. Sus manos me toman por la cadera, tibias a pesar del frío perpetuo de Invierno.

—Gracias.

Theron sonríe, pero antes de que pueda responder, lo interrumpe otra voz.

—¡Mi reina!

El crujido de la nieve bajo los pies de Nessa llega después de su grito, seguido con igual rapidez por los gritos sobresaltados de su hermano. Cuando me vuelvo hacia ella, ya recorrió la mitad del tramo nevado que me separa de Gaos, con el vestido flameando contra sus piernas.

Se detiene de golpe, jadeando entre sonrisas. Los meses de libertad empiezan a notarse: sus brazos y su rostro se han rellenado de un modo saludable, y tiene las mejillas suavemente encendidas.

—¡Te hemos buscado por todas partes! ¿Estás lista?

Mi cara se transforma en algo que está entre la mueca de fastidio y la sonrisa.

—¿Dendera está muy enojada?

Nessa se encoge de hombros.

—Se apaciguará cuando la mina esté abierta. —Hace una reverencia torpe a Theron y me toma de la mano—. ¿Puedo robársela, Príncipe Theron?

Theron me acaricia la cadera con el pulgar en un movimiento que me hace estremecer.

—Por supuesto…

Pero Nessa ya está llevándome por la nieve.

Conall y Garrigan nos reciben justo al llegar a la primera calle de la ciudad: Conall, con una mirada torva, y Garrigan, con una sonrisa divertida.

—Deberías habernos llevado contigo —me regaña Conall. Entonces cae en la cuenta de a quién está regañando y se aclara la garganta—. Mi reina.

—Es perfectamente capaz de cuidarse sola —me defiende Garrigan. Pero al ver la mirada de Conall, trata de disimular la sonrisa con una tos bastante fuerte.

—No se trata de eso. —Conall gira rápidamente hacia mí—. Henn no ha estado entrenándonos para quedarnos sin hacer nada.

Casi repito las palabras de Garrigan, casi levanto mi chakram solo para añadir más énfasis. Pero la tensión que hay en los ojos de Conall me hace guardar el chakram a mi espalda.

—Lamento haberlos preocupado —digo—. No quise…

—¿Dónde estabas?

Ahogo un chillido tembloroso cuando aparece Dendera en la calle, hecha una furia.

—Te dejo sola *un minuto* y desapareces como…

Se detiene de repente. Trato de esconder mi chakram todavía más a mi espalda, pero es demasiado tarde. La mirada de Dendera no refleja la furia que yo suponía. Se la ve cansada, agotada, y cuando llega hasta mí, sus cuarenta y tantos años le pesan más aún en la cara.

—Meira —me reprende.

Hace meses que ni ella, ni Nessa, ni nadie más que Theron me llama así. Siempre es «mi reina» o «*milady*». Al oírla llamarme por mi nombre, es como una ráfaga de aire frío que irrumpe en una habitación cerrada, y lo disfruto con avidez.

—Te lo dije —dice Dendera, al tiempo que me quita el chakram y se lo pasa a Garrigan—. Ya no necesitas esto. Eres la reina. Nos proteges de otras maneras.

—Lo sé. —Mantengo la mandíbula apretada, la voz calma—. Pero ¿por qué no puedo ser las dos cosas?

Dendera suspira con la misma tristeza con que lo ha hecho tantas veces en los últimos tres meses.

—La guerra terminó —me dice; no es la primera vez, y probablemente tampoco la última—. Nuestra gente vivió demasiado tiempo en guerra; necesitan un gobernante sereno, no una reina guerrera.

En mi mente, me resulta lógico. Pero no en mi corazón.

—Tienes razón, duquesa —miento. Si la presiono demasiado, veré en su rostro la misma expresión que vi cientos de veces cuando era niña: el miedo al fracaso. Igual que con Theron y sus cicatrices, y también Nessa: si la miro cuando cree que nadie la ve, sus ojos se ponen vacíos y vidriosos. Y cuando el sueño le trae pesadillas, llora con tanto desconsuelo que me parte el corazón.

Mientras nadie mencione el pasado ni nada malo, estamos bien.

—Ven. —Dendera bate palmas, nuevamente concentrada en el trabajo—. Ya estamos llegando tarde.



Meira

Dendera nos lleva a una plaza que se abre a pocos pasos de la Mina Tadil. Aquí los edificios están enteros y limpios, no hay escombros en la calle y las casas están reparadas. La plaza está atestada por las familias de los mineros que ya están en lo profundo de la mina, además de soldados cordellanos que, en su mayoría, saltan de un pie al otro tratando de mantener el calor. En la entrada a la plaza hay una carpa abierta, nuestra primera parada, y entramos en fila pasando por mesas cubiertas de mapas y cálculos.

Sir y Alysson están en la carpa, las cabezas inclinadas y conversando por lo bajo. Vuelcan su atención hacia mí; una sonrisa genuina pasa por el rostro de Alysson, y una expresión analítica por el de Sir. Están tan elegantes como Nessa y Dendera: en Invierno, la vestimenta femenina tradicional consta de vestidos largos tableados de color marfil, y la mayoría de los hombres usan pantalones y túnicas azules bajo una larga tela blanca con la que se envuelven el torso en forma de X. Todavía me resulta extraño ver a Sir vestido con otra cosa que no sea su ropa de batalla, pero ni siquiera lleva una daga en la cadera. La amenaza desapareció, nuestro enemigo está muerto.

—Mi reina.

Sir inclina la cabeza. Se me eriza la piel al oír ese título en sus labios, algo más a lo que todavía no me acostumbro. A que Sir me llame «mi reina». Sir, mi general. Sir, el padre de Mather.

No puedo evitar pensar en él.

No he hablado en verdad con Mather desde que estábamos montados lado a lado en nuestros caballos, en las afueras de Jannuari, antes de que yo asumiera plenamente mis responsabilidades como reina, y él renunció a todo lo que una vez creyó ser.

Yo había esperado que con el tiempo se adaptara, pero hace tres meses que no me dice otra cosa que «mi reina». No tengo idea de cómo acortar esa distancia entre nosotros; siempre me digo, tontamente quizás, que cuando esté listo volverá a hablarme.

O tal vez no tenga tanto que ver con el hecho de que ya no será rey sino con Theron, porque a pesar de que nuestro compromiso fue cancelado, sigue presente en mi vida. Por ahora, es más fácil no pensar en Mather. Poner buena cara, forzar la sonrisa y disimular lo mal que me siento.

Ojalá no tuviera que forzar nada; ojalá ninguno de nosotros tuviera que hacerlo, y que todos tuviéramos la fuerza para aceptar las cosas que nos han pasado.

En mi pecho asoma un cosquilleo de frío. Chispeante y loco, helado y vivo, y ahogo un suspiro por lo que significa.

Cuando Angra conquistó mi reino, hace dieciséis años, lo hizo rompiendo nuestro Conducto Real. Y cuando se rompe un conducto en defensa de un reino, el gobernante de ese reino se convierte entonces en el conducto. Su cuerpo, su fuerza vital, todo se funde con la magia. Nadie sabe esto salvo yo, Angra y la mujer cuya muerte me convirtió en el conducto de Invierno: mi madre.

Tú puedes ayudarlos a aceptar lo que pasó, me dice Hannah. Desde que la magia está en mí, ilimitada dentro de mi cuerpo, ella puede hablarme, incluso después de su muerte.

No voy a imponerles la sanación por la fuerza, replico; rechazo esa idea. Sé que la magia podría sanar sus heridas físicas, pero ¿y las emocionales? Yo no puedo…

No me refería a eso, dice Hannah. *Puedes demostrarles que tienen futuro. Que Invierno puede sobrevivir*.

Mi tensión se relaja. *Está bien*, logro responder.

La multitud se aquieta cuando Sir me acompaña a salir de la carpa. Hay veinte trabajadores que ya están en lo profundo de la mina, ya que lo mismo ocurre cada vez que abrimos una: ellos entran, yo me quedo arriba y uso mi magia para infundirles agilidad y resistencia sobrehumanas. La magia actúa solo a poca distancia; no podría usarla con los mineros si yo estuviera en Jannuari. Pero aquí están muy cerca, en los túneles.

—Cuando estés lista, mi reina —dice Sir. Si percibe cuánto detesto estas inauguraciones de minas, no dice nada; solo se aparta con los brazos a su espalda.

Aprieto la mandíbula y trato de no hacer caso de todo lo demás: Hannah, Sir, todas las miradas puestas en mí, el silencio denso que se produce.

Mi magia solía ser gloriosa. Cuando estábamos atrapados en Primavera, surgió y nos salvó; cuando llegamos de regreso a Invierno y yo no sabía bien cómo ayudar a todos, salió de mí a raudales, trajo nieve y llenó a mi gente de vitalidad. Cuando yo no tenía idea de lo que quería ni de cómo hacer nada, me sentía agradecida porque la magia siempre lo *sabía*.

Pero ahora me doy cuenta de que, si quisiera impedir que saliera de mí, surgiendo de la tierra y llenando a los mineros de fuerza y resistencia, no podría. Eso es lo que más me asusta de estas ocasiones: la magia se enciende y se levanta como un remolino, y sé, desde el fondo de mi corazón palpitante, que mi cuerpo se rendiría antes de que la magia empezara siquiera a detenerse.

Disparadas por alguna señal tácita, unas corrientes gélidas me recorren el pecho y convierten cada vena en nieve cristalizada. Mi instinto reacciona con una necesidad imperiosa de frenarla, de contenerla, pero la razón obstruye mi certeza, pues sé que mi gente necesita la misma magia que estoy intentando apagar, y antes de que pueda

respirar, la magia empieza a infundirse a raudales en los mineros. Estoy detrás de ella, temblorosa, y mis ojos se abren y observan los rostros expectantes de la multitud. Nadie sabe lo vacía que me siento, como un carcaj para flechas que existe solo para contener un arma mayor.

Intenté hablar de esto con Sir… pero inmediatamente callé cuando Noam entró a la habitación. Si Noam se enterara de que le bastaría conseguir que un enemigo rompiera su Conducto Real para convertirse él mismo en su propio conducto, no tendría necesidad de buscar el barranco. Sería todopoderoso, estaría lleno de magia.

Y ya no tendría que fingir que le importa Invierno.

Me doy vuelta, ansiosa por encontrar una distracción. La muchedumbre lo toma como mi despedida y aplaude con timidez.

—Háblales —me dice Sir cuando amago dirigirme a la tienda.

Me rodeo con los brazos.

—He pronunciado el mismo discurso cada vez que abrieron una mina. Ya lo oyeron todo: renacimiento, progreso, esperanza.

—Esperan que les hables. —Sir no cede, y cuando doy otro paso hacia la tienda, me toma por el brazo—. Mi reina. Olvidas tu posición.

Ojalá pudiera, pienso, y de inmediato me arrepiento. No quiero olvidar quién soy ahora.

Solo querría poder ser esto *y también* yo misma.

Alysson y Dendera están detrás de Sir, en silencio; Conall y Garrigan esperan unos pasos al costado; Theron llegó y está conversando con algunos de sus hombres. Esta normalidad hace que resulte más fácil notar de pronto lo fuera de lugar que parece estar Nessa junto a sus hermanos. Sus hombros miran hacia adelante, pero su atención está fija en un callejón a mi derecha.

Hago que Sir me suelte y señalo con la cabeza en dirección a Nessa, al tiempo que me adelanto.

—Ya volvieron —susurra, cuando llego hasta ella. Sus ojos miran hacia el callejón, y desde este ángulo veo a Finn y Greer en el límite de la luz, inmóviles hasta que fijo mi atención en ellos.

Finn inclina la cabeza a modo de saludo, y se dirigen hacia la tienda como si hubieran estado en Gaos todo el tiempo. Salieron de Jannuari con nosotros pero se separaron poco después, antes de que los Cordellanos pudieran darse cuenta de que el consejo inverneño de la reina había pasado de tener cinco integrantes a tres.

Sir me guía hacia la tienda como si temiera que me niegue también a eso. Pero me adelanto a él y me acerco a la mesa que está en el centro junto a Alysson y Dendera. Todos tratamos de mantener una apariencia tranquila, nada fuera de lo común, nadie que llame la atención. Pero con cada segundo que pasa, mi ansiedad se divide en hebras deshilachadas que me envuelven los pulmones con más fuerza.

—¿Qué encontraron?

Sir es el primero en hablar, y lo hace en voz baja.

Finn y Greer se acercan a la mesa, los rostros polvorientos surcados por hilos de sudor. Me cruzo de brazos. Es algo de rutina: los consejeros de la reina regresan de una misión. Pero no logro que esa vocecita insistente en mi cabeza esté de acuerdo.

Yo debería haber ido con ellos a buscar información para el monarca… en lugar de ser yo la monarca.

Finn abre su morral y saca un atado, mientras Greer saca uno que llevaba a la cintura.

—Primero pasamos por Primavera —dice Finn, su atención puesta en la mesa. Solo Conall, Garrigan y Nessa miran hacia el exterior de la tienda, atentos a cualquier movimiento de los cordellanos hacia nosotros—. Los primeros informes que recibieron los cordellanos eran correctos: no hay señales de Angra. Primavera se ha convertido en un estado militar, dirigido por un puñado de los generales que quedan. Pero no hay magia ni belicosidad.

El alivio se esfuerza por invadirme, pero lo contengo. El solo hecho de que Primavera esté en silencio no significa que todo esté bien: si Angra sobrevivió a la batalla en April y quería mantener su supervivencia en secreto, habría sido una tontería si se hubiera quedado en Primavera.

Y como no hemos tenido noticias de él desde la batalla, si está vivo… decididamente no quiere que nadie lo sepa.

—Camino a Verano, pasamos por Otoño; ambos están como antes —prosigue Finn—. En Otoño nos trataron bien, y en Verano ni siquiera se percataron de nuestra presencia, por lo que fue más fácil investigar si había rumores sobre Angra. En cambio, Yakim y Ventralli…

Me acerqué a la mesa, sobresaltada.

—¿Los descubrieron?

Greer asiente.

—Se corrió la voz de que había dos inverneños en el reino. Por suerte, cuando dijimos que íbamos en nombre de nuestra reina, nos miraron con mejores ojos… pero no nos perdieron de vista hasta que cruzamos la frontera. Tanto Yakim como Ventralli enviaron regalos para ti.

Empuja los atados hacia mí. Recojo el primero y al abrir la tela apelmazada encuentro un libro, un tomo grueso forrado en cuero con letras negras en relieve en la cubierta.

—*Implementación efectiva de las leyes impositivas en el régimen de la Reina Giselle* —leo. ¿La reina de Yakim me envió un libro sobre leyes impositivas que ella promulgó?

Finn se encoge de hombros.

—Quería darnos más cosas, pero le dijimos que no teníamos recursos para cargar con todo. Te invitó a su reino. En realidad, los dos te invitaron.

Eso me hace recoger el otro atado. Lo desenrollo, y al extenderlo sobre la mesa revela un tapiz de hilos coloridos que en la trama forman una escena de los campos

nevados de Invierno dominando el bosque verde y florido de Primavera.

—La reina de Ventralli mandó a hacer eso —señala Finn—, para felicitarte por tu victoria.

Sigo con un dedo las hebras plateadas que separan a Invierno de Primavera.

—Estuvimos en Ventralli y en Yakim antes de la caída de Angra, en busca de provisiones y otras cosas, y la gente nos vio, y ni una vez les importamos a las familias reales. ¿Por qué ahora sí?

La edad de Greer se acentúa en el modo en que se le marcan las arrugas y su cuerpo se encorva.

—Ahora Cordell tiene las manos puestas en dos estacionales: Otoño e Invierno. Con tanta presencia aquí, le resultaría muy fácil tomar también Primavera, si Noam así lo decidiera. Verano tiene convenios comerciales con Yakim, pero no una alianza formal. Los otros rítmicos saben que Noam está buscando el barranco de magia, y tienen temor de sus ambiciones. Están poniendo a prueba la lealtad de Invierno hacia Cordell, para ver si pueden derrocar a Noam.

—Los dos insistieron mucho en que los visites —añade Finn—. La Reina Giselle nos dijo que siempre eres bienvenida. Y la Reina Raelyn dijo lo mismo de Ventralli; parece que ella habla por el rey, aunque él también estaba ansioso por conocerte.

Sacudo la cabeza.

—¿En alguno de esos reinos vieron alguna señal de… él?

No puedo pronunciar su nombre. No puedo obligarme a sentirlo rasparme la lengua.

—No, mi reina —responde Greer—. No había rastros de Angra. No fuimos a Paisly; el viaje por sus montañas es peligroso, y después de las actitudes que observamos en Ventralli y Yakim, no nos pareció necesario.

—¿Por qué?

—Porque Paisly también es rítmico; no albergaría a un rey estacional derrocado. Yakim y Ventralli apenas estaban dispuestos a recibirnos *a nosotros*. No creo… —Greer hace una pausa—. Mi reina, no creo que Angra esté en Primoria.

El modo en que lo dice me hace cerrar los ojos. La primera vez que sugerí que alguien buscara a Angra por el mundo todos pensaron que mi cautela era exagerada. Se esfumó tras la batalla de April, pero la mayoría piensa que la magia lo desintegró… no que escapó.

—Está muerto —dice Sir—. Ya no es una amenaza que deba preocuparnos.

Me quedo mirándolo, agotada. Él, como el resto de mi consejo inverneño, todavía cree que Angra fue derrotado, incluso después de que les conté que su Conducto Real había sido tomado por una magia oscura creada hace miles de años, antes de que se hicieran los Conductos Reales. En aquel tiempo, todos tenían conductos pequeños, pero cuando, poco a poco, empezaron a usar la magia para el mal, ese uso negativo dio origen a la Decadencia, una magia poderosa que infectaba a todos con la fuerza y la necesidad de cumplir sus deseos más viles. Con la creación de los Conductos

Reales y la purga de todos los conductos pequeños, la Decadencia se debilitó, pero no desapareció… siguió alimentándose del poder de Angra hasta que Mather quebró el báculo de Primavera.

Si Angra está con vida, podría ser como yo, un conducto en sí mismo, sin las limitaciones que le imponía su conducto-objeto. Y la Decadencia podría ser… infinita.

Pero si Angra vive, ¿por qué habría de esconderse? ¿Por qué no había arrasado el mundo y no nos había esclavizado a todos? Tal vez es eso lo que le da a Sir la seguridad de que está muerto.

Todos me observan, incluso Conall, Garrigan y Nessa. Mis ojos miran más allá de ellos y se dilatan. Un segundo; por un segundo nadie vigiló a los cordellanos…

—¿Algún problema?

Un soldado cordellano se agacha para entrar a la tienda, flanqueado por otros tres. En el momento en que sus cuerpos acorazados entran, mi consejo se pone alerta, sin simular siquiera tranquilidad.

Gruño por lo bajo al ver que Theron también entra a la tienda.

—Seguramente están debatiendo la mejor manera de proceder con el botín de Tadil —supone Theron, y se acerca a mi lado. Inclina la cabeza hacia sus hombres—. Ningún problema por aquí.

Los soldados vacilan; no están convencidos, pero Theron es su príncipe. Retroceden y salen de la tienda, y Theron me apoya una mano en la cintura. El frío de la magia palpita por todo mi cuerpo, pero ahora arruinado: no debería necesitar que alguien de otra tierra acuda a rescatarme. Especialmente para alejar a los mismos hombres que supuestamente están protegiéndonos.

—Gracias por interceder, Príncipe Theron —dice Sir.

Theron asiente.

—No me den las gracias. Deberían permitirles reunirse en su propio reino sin interferencia de Cordell.

Lo miro y arqueo una ceja.

—Que tu padre no te oiga decir eso.

Eso hace que Theron me ciña más la cintura y me acerque más a él.

—Mi padre oye lo que quiere oír —responde—. Pero ¿de qué hablaban?

Sir se acerca. Mis ojos se dirigen brevemente a un costado, y observo que Finn y Greer se alejan por la calle; probablemente van a refrescarse para quitarse el cansancio del viaje.

—Solo hablábamos de…

Pero cualquier mentira que Sir estuviera a punto de decir resulta innecesaria. Theron me suelta y levanta el tapiz de la mesa.

—¿Ventralli? —pregunta—. ¿Por qué tienen esto?

Por supuesto que iba a saber de dónde era el tapiz. Su madre era la tía del actual rey ventrallino; la habitación de Theron en Bithai está atiborrada de cuadros,

máscaras y otros tesoros del lado ventrallino de su familia.

Echo un vistazo a Sir, que me sostiene la mirada. Todos reflejan la misma emoción: Dendera me observa, Alysson aferra el borde de la mesa. Todos esperan mi respuesta.

Todos quieren que mienta.

Supuestamente, la expedición de Finn y Greer era un secreto, un acto débil de Invierno frente a la ocupación cordellana. Una prueba de que podíamos hacer algo, *ser* algo, por nuestra cuenta.

Pero mentirle a Theron…

Sir aprieta la mandíbula al ver que me quedo callada un segundo de más.

—Estaba entre los escombros de Gaos —responde—. Lo encontramos en los edificios.

No tomo conciencia hasta que las palabras salen de sus labios de que Theron podría enterarse de la verdad de todos modos; si Giselle y Raelyn recibieron a Finn y Greer, se correrá la voz. A la larga, Noam se enterará de que sus hermanos rítmicos tuvieron visitas inverneñas.

Quedo sin palabras, pero la mentira ya está dicha. Si me echara atrás ahora sería peor… ¿no? No puedo pedirle a Sir su opinión sobre esto; además, fue él quien mintió. Tal vez… todo está bien.

No. No está bien. Pero no sé cómo podría componer esto una reina.

—Es hermoso. —Theron pasa los dedos por las hebras—. ¿Una batalla entre Invierno y Primavera?

Me mira, expectante. Logro reír entre dientes.

—¿A mí me lo preguntas? Eres tú quien tiene sangre ventrallina.

Theron sonríe de costado.

—Ah, pero tenía la esperanza de que ya hubieras aprendido algo de mí.

Me arden las mejillas, encendidas por la mirada de mi grupo de consejeros, por el modo en que Theron se endereza e inclina la cabeza hacia mí. No percibo si sabe que Sir mintió; lo único que veo es esa expresión que adopta siempre que está cerca de algo artístico, como si se le suavizara el rostro. Es un cambio tan agradable verlo así después de la tensión que padeció últimamente, entre el miedo y los recuerdos, que casi se me escapa dónde he visto eso antes.

Me sobresalto al darme cuenta. Es exactamente el mismo modo en que me miró en los campos en las afueras de Gaos, y cada vez que quiere besarme: como si yo fuera una obra de arte que trata de interpretar.

Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo. Si estuviéramos en este recinto, él, príncipe de Cordell, y yo, soldado de Invierno, me habría rendido por la emoción sin pensarlo.

Pero miro alrededor, a Sir, Dendera, Alysson. Incluso Conall, Garrigan y Nessa. Todos me miran del mismo modo: como si siempre me hubieran conocido como la reina de Invierno, una figura a la que se debe reverencia y adoración.

Sin embargo, yo no soy nada de eso. Soy solo alguien que acaba de ayudar a mentir a uno de sus mejores amigos.

Esto es lo que Invierno necesita. Esta es la persona que Invierno necesita que sea.

Detesto lo que soy ahora.

Un rumor grave surge de la tierra. La vibración me toma desprevenida, y quedo aturdida mientras el mundo se sacude en una violenta cacofonía de temblores y ruidos sordos. Al cabo de unos segundos, todo queda tan quieto y en silencio como si nada hubiera ocurrido.

Pero algo ocurrió. Algo que hace que las familias de los mineros, que todavía están en la plaza, griten de terror.

Un derrumbe.

La claridad endurece mis nervios, y me aparto súbitamente de la mesa. La falda se me enreda en las piernas hasta que la recojo para correr más rápido, pero justo cuando estoy cruzando la plaza, alguien me detiene.

—¡Mi reina! —La voz de Sir tiene ese tono de orden tan familiar—. No puedes…

—Allá abajo hay mineros —respondo gritando. A mi alrededor, la gente corre hacia la entrada de la mina y se agolpa contra los soldados cordellanos que intentan mantenerla en la plaza hasta que se pueda tomar alguna decisión—. *Mi* gente. ¡Yo soy la única que puede curarlos, y no voy a dejarlos allá abajo!

Yo sabía que no deberíamos haber abierto esta mina. Y ahora, si algunas personas de mi pueblo han muerto por la insistencia de Noam en buscar algo que nunca encontraremos… lo mataré.

Sir me aferra con más fuerza.

—Eres la reina… ¡no puedes entrar a una mina derrumbada!

Casi le grito, pero no me sale nada. Porque por la cresta de la montaña viene corriendo uno de los soldados cordellanos que custodiaban la entrada a la mina.

—¡Un minero! —anuncia hacia la plaza en respuesta a los gritos que le pedían detalles—. ¡Viene subiendo por el túnel!

Siento alivio en el vientre. Fue la magia: les dio resistencia y fortaleza. Quizá permitió escapar a uno de ellos para que corriera con desesperación hacia la salida.

Sir se abre camino a empujones entre la multitud, y me deja seguirlo de muy cerca.

Cuando llegamos a la cresta, la ladera del otro lado se curva hacia abajo y luego se abre en torno a un sendero bordeado de rocas. El sendero lleva a una cueva que se parece a cualquier otra, oscura e insondable. Sir y yo corremos hacia allá, seguidos por una cantidad de personas: Conall y Garrigan, Theron y algunos soldados cordellanos. Con la mirada puesta en la entrada, ruego a la oscuridad que nos entregue al minero, que nos revele que el derrumbe no fue un derrumbe sino otra cosa…

Justo cuando llegamos a la entrada, el minero sale tambaleándose y cae de rodillas. Está tan sucio que su piel y su cabello marfil se han vuelto grises, y al toser exhala una nube de polvo bajo el sol. Me arrodillo delante de él y le apoyo las manos en los hombros. No pienso, no puedo dudar: la magia surge en mi pecho, un torbellino helado que me baja por los brazos y penetra en el cuerpo del minero, le limpia los pulmones y sana las magulladuras en sus extremidades.

Se me escapa todo el aire, y quedo jadeando por el uso inesperado de la magia mientras veo aliviarse la tensión en el rostro del hombre. ¿Se dará cuenta de que acabo de usar magia con él?

—Se derrumbó un muro, mi reina —dice, entre toses—. No lo esperábamos, allí no, pero…

Theron se arrodilla a mi lado, y clava su atención en el trabajador con una necesidad frenética y dolorosa.

—Lo… encontramos —anuncia el minero, como si no pudiera creer su propia noticia. Me mira y parpadea, y trato con todas las fuerzas que me quedan de respirar, tan solo respirar, *seguir respirando*—. Lo encontramos, mi reina. El barranco de magia.



Meira

¿Hannah? Intento comunicarme con ella, y mi magia enciende apenas una chispa de frío. *Dime que se equivoca*.

Pero la emoción que irradia de ella es lo opuesto a lo que yo esperaba: asombro, admiración. La misma conmoción que desciende sobre todos.

Qué cerca estábamos, murmura, atónita. *La mina Tadil, todo este tiempo… qué cerca estábamos…*

Sus palabras se apagan, pero sé a lo que se refiere.

A antes de que Angra tomara Invierno.

El minero se pone de pie y me guía sin palabras. Sir me deja seguirlo sin protestar, y camina detrás de mí como si estuvieran arrastrándolo hacia la mina contra su voluntad. Nos siguen Theron, Garrigan, Conall y un puñado de soldados cordellanos.

El sol de la mañana nos alumbra los primeros pasos al entrar a la mina, pero más adentro, cuando el suelo empieza a descender entre paredes rocosas, quedamos a oscuras. El minero recoge una farola encendida, probablemente la que traía al salir de la mina, y los demás tomamos algunas de una pila, las encendemos y lo seguimos.

La caverna se ilumina; hay un corredor de dos brazos de ancho y poco más alto que un hombre, lleno de herramientas desperdigadas. Apenas entramos al túnel nos envuelve el silencio, y solo se oye el sonido apagado de nuestros pies al pisar con cautela en las sombras.

Unos dedos me rozan la muñeca, un roce delicado que se hace más firme cuando logro esbozar una sonrisa débil para Theron. No dice nada, aunque me doy cuenta, por el modo en que su boca se abre, de que quiere hacerlo. Pero ¿qué se puede decir, más allá de algún murmullo lleno de incredulidad?

Aprieto sus dedos con afecto y lo tiro hacia adelante, adentrándonos en la oscuridad.

Por el camino se abren más galerías, pero el minero que encabeza nuestro grupo las pasa de largo y se interna en el túnel más profundo de los Klaryn. El aire huele a suciedad antigua y rancia, y me cubre la piel con finas capas que me dan una sensación que, en cierto modo, me resulta tan inverneña como la nieve. Eso no contribuye a aplacar la tensión que se acumula en mis entrañas cuando el túnel termina en una abertura.

Las farolas de los otros mineros iluminan la pared rota; obviamente, es una expansión inesperada, a juzgar por el modo aleatorio en que las rocas están amontonadas en el suelo. Los demás mineros inverneños parecen ilesos, lo cual aplaca un poco mi preocupación. Todos están en el túnel, mirando con asombro la brecha en la pared, demasiado temerosos para cruzarla pero, a la vez, demasiado atónitos para apartarse.

Cuando nos ven, retroceden y todos los ojos se clavan en mí. Pero yo también estoy asustada y atónita; la farola tiembla en mi mano y su luz se mueve con destellos vertiginosos.

Alguien *creó* este lugar. Más allá de la abertura, hay diamantes perfectamente cortados que le dan al suelo negro grisáceo el aspecto de un piso de mármol. Las paredes que encierran el recinto son las mismas rocas irregulares que hay en el resto de la mina, pero hasta eso parece intencional, ya que atrae toda la atención hacia el fondo, donde la piedra está aplanada y forma una pared lisa.

En esa pared hay algo que me hace ahogar una exclamación de estupor.

Avanzo lentamente entre montones de piedras y dejo mi farola en el umbral, ya que las que hay detrás de mí alumbran este nuevo espacio. Apenas pongo pie en el recinto, el aire cruje contra mi piel, y siento una sacudida como la carga eléctrica de una tormenta a punto de soltar andanadas de rayos. Me estremezco y se me eriza la piel de los brazos.

El aire está pesado y húmedo de magia.

Y creo… creo que estoy contemplando la puerta del barranco.

Theron me toca el codo y me sobresalto. No sabía que me había seguido al interior del recinto, pero parece ser el único que tiene la valentía (o la estupidez) de aventurarse a seguirme. Todos los demás se quedan clavados en la entrada, mirando horrorizados lo mismo que atrae mi atención como una llama a un insecto.

Hay una puerta inmensa y gruesa, hecha de la misma piedra gris que el resto del recinto. En el centro de la puerta hay talladas cuatro imágenes: una, de una maraña de vides en llamas; otra, de una pila de libros; otra, de una máscara sencilla; y la última, la más grande, centrada por encima de las otras tres, de la cima de una montaña bañada por un haz de luz, y arriba unas palabras en forma de arco: LA ORDEN DE LOS LUSTRADOS.

Me acerco un poco más; mis botas resuenan en el piso de piedra.

Un haz de luz que cae sobre la cima de una montaña. *¿Dónde vi eso antes?*

¿Y qué es la Orden de los Lustrados?

Theron susurra.

—Hojas doradas. —Da un paso adelante—. ¿Esas son… cerraduras?

Lo tomo del brazo, para que ni él ni yo nos internemos demasiado en el recinto. Este lugar parece peligroso, como si estuviera esperando algo, y no quiero saber qué es.

Pero tiene razón: en el centro de cada una de las tres figuras pequeñas hay una cerradura angosta.

—¿Crees que lo hayamos encontrado? —susurro, con un hilito de voz que apenas mueve el aire.

La mano de Theron rodea la mía, apoyada en su brazo, y asiente como aturdido.

—Sí —dice, sonriendo como si una parte de él empezara a trasponer las paredes de miedo en su interior—. Lo encontramos. Ahora vamos a estar bien. —Me mira, y luego nuevamente la puerta—. Vamos a estar bien.

Echo un vistazo por encima del hombro a todos los que siguen apiñados en la entrada. Sir me mira a los ojos, y me ahoga el conocimiento de lo que eso significa exactamente.

La última vez que nuestro mundo tuvo más que los ocho Conductos Reales, se creó la Decadencia. Las personas empezaron a usar sus conductos individuales para hacerse daño entre sí, para asesinar, robar, hacer el mal; eso dio origen a una magia oscura que se infiltró en la mente de la gente y la hacía usar su magia para el mal, y así se inició un ciclo de desesperanza.

Y cuando abramos esa puerta, si en verdad conduce al barranco de magia…

Podríamos estar equivocados. Podría ser solo un… un salón. ¿En una montaña?

¿Qué otra cosa podría ser?

Se me cierra la garganta. Realmente lo encontramos, ¿verdad? Debí detener a Noam hace mucho tiempo. No debí permitir que le hiciera esto a mi reino… ¿cómo fue que lo encontramos?

El rostro de Theron está dilatado de asombro. Este hallazgo lo complace; querrá abrir esa puerta, y al ver esa expresión en él vacilo más aún. No pensé. Entré aquí sin recordar quién es Theron, quién es *realmente*: no solo alguien que me reconforta, no solo mi amigo. Él *desea* esto. Cordell desea esto.

Retrocedo, apartándome de él. Theron extiende la mano hacia mí.

—¿Meira?

Intensa y lacerante, una sensación de frío me atraviesa el cuerpo en una oleada de magia. *Mi* magia, no la que chisporrotea en el aire. Me detengo al instante.

¡Meira!, me llega la voz de Hannah. Está alterada. Tiene miedo. ¿De qué?

Theron me sigue en mi retirada. Se le engancha un pie en el piso y trastabilla hacia adelante, agita los brazos, choca conmigo y los dos caemos, más cerca de la puerta tallada.

¡Meira, aléjate de aquí!

Tanto frío, *tanto frío…*

¡MEIRA!, grita Hannah. *¡Mei…!*

Silencio. Un silencio absoluto, doloroso, como una puerta que se cierra de golpe y aísla de todos los sonidos que hay más allá.

Un calor ardiente y decidido me carcome el cuerpo en arranques intensos de dolor implacable. Así como mi magia es fría, esta es caliente, y se extiende como dedos

quemantes por mis extremidades, mi pecho y mi cuello. Me cauteriza la garganta como un nudo apretado e impenetrable, y se intensifica y recrudece contra cada nervio, de manera que cuando grito pasa inadvertido.

El cuerpo de Theron se aprieta contra el mío, y lo único que sé más allá de las lenguas de dolor que me devoran las entrañas y quedan atrapadas por el nudo en mi garganta es que nosotros estamos provocando esto. O, mejor dicho, *yo*… Yo estoy provocando esto, porque Theron no está dolorido. Solo frunce el ceño por confusión.

—Meira, ¿qué…?

Una fuerza invisible nos levanta por el aire y nos arroja hacia la entrada del recinto. Nuestros cuerpos suenan con un coro de golpes contra la piedra hasta que nos desplomamos al suelo. En la entrada, todos lanzan gritos de alarma y se lanzan hacia nosotros, pero en algún momento se me afloja el nudo de la garganta y el dolor escapa de mi boca con un grito que ni siquiera parece humano. Mi cuerpo palpita de dolor, y me acurruco como una pelota, con la cabeza contra las rodillas y los brazos contra los oídos, meciéndome hacia adelante y atrás, en busca de una posición que no me haga sentir que estoy quemándome viva.

¡HANNAH!, le grito a ella, a la magia, a cualquier cosa que pueda hacer que esto se termine…

Silencio, todavía. Solo silencio: eso es todo lo que recibo de ella. El pavor me recorre hasta que la densa oscuridad se me mete en los ojos, en la garganta, y me llena de la cabeza a los pies en una prisión que conozco demasiado bien.

—¡Meira! —Los dedos de Theron se hunden en mi cabello, sus brazos me rodean —. Meira, resiste…

En un abrir y cerrar de ojos, quedo sola en la oscuridad, en el fuego, y en el hielo.

La negrura se apacigua, y se despliega en el resplandor amarillo de las farolas. Casi me siento agradecida por la luz: estoy despierta, sobreviví, estoy bien… hasta que mis ojos se adaptan al recinto.

Con la luz vacilante se revela una celda, piedras negras recubiertas de mugre, que brillan con manchas pútridas. En el rincón está sentado Theron, la mirada clavada en la puerta con una concentración impulsada por un miedo intenso.

Porque en esa puerta Angra está de pie.

—El heredero de Cordell —anuncia Angra, al tiempo que se adelanta y se agacha ante Theron, apoyado en su báculo—. Le das nuevo significado a la palabra valiente. ¿Cuál era tu plan? ¿Entrar a mi ciudad y liberar a mi nueva esclava inverneña? —Extiende la mano, toma a Theron por el mentón y lo obliga a prestar atención—. ¿O acaso esperas que tu padre acuda en tu ayuda y los salve a los dos?

El estoicismo de Theron se quiebra cuando ahoga una exclamación que iguala a la mía.

Esto es lo que le ocurrió a Theron mientras estaba preso en April.

Angra ladea la cabeza como si escuchara un eco. Su rostro se enciende con una expresión que nunca lo creí capaz de mostrar. Ojos relajados, labios separados: asombro y admiración.

Angra se recupera y traza con el pulgar la mandíbula de Theron.

—¿De verdad crees que vendrá?

Las cejas de Theron se levantan con un espasmo de duda del que él quizá ni siquiera tiene conciencia. Angra aprovecha eso.

—Tú y yo no somos tan diferentes. ¿Quieres que te muestre cuánto nos parecemos?

Apoya la mano en la cabeza de Theron.

Theron grita. Haya sucedido eso ya o no, no puedo dejar que grite así. Me lanzo hacia él mientras Angra aparta la mano y lo deja caer hacia adelante. Sus hombros se sacuden con una arcada.

—No —es todo lo que responde, su primera palabra asordinada. Luego, con más terror—: ¡No! Él no la mató como el tuyo…

¿Matarla? ¿A quién? ¿Qué le mostró Angra?

Angra chasquea la lengua.

—Sí lo hizo, principito. —Se aparta y observa cómo Theron se retuerce—. Somos iguales.

—¡Meira!

Me incorporo al instante en medio de una bruma amarilla, aferrando puñados de tela que se resisten a mis tirones. Estoy en mi casa de Gaos, con sus paredes marrones deformes y agrietadas que dejan entrar corrientes de aire frío. En la habitación pequeña no hay más que un catre y algunas mesas, pero en cada mesa hay velas encendidas. Docenas de velas, y parpadeo por la luz; mis ojos van de llama en llama más rápido de lo que tarda mi cerebro en procesar una razón.

La tela que sujeto con mis puños vuelve a jalar, y me sobresalto.

Sir está aquí, con las manos apoyadas a ambos lados de mis piernas, y lo tengo aferrado por el cuello de la ropa como si fuera a pelear con él. Theron también está aquí, a los pies del catre, con una vela apagada en una mano y un fósforo en la otra.

Angra. El recuerdo. Me inclino hacia adelante, con la cabeza contra las rodillas, y suelto a Sir. ¿Por qué vi eso? ¿*Cómo* pude…?

—El barranco de magia —digo, jadeante, y me incorporo—. La puerta… había una barrera…

De pronto recuerdo todo: la puerta de piedra, las cerraduras en las figuras talladas, la sensación de estar quemándome por dentro. Una barrera nos impidió llegar a la puerta. Un seguro mágico que nos apartó a Theron y a mí, pero que solo me afectó a mí.

Tal vez el barranco reaccionó así porque *soy* magia. Tal vez dio contra la persona más cercana y evocó recuerdos, y disparó mi magia como rebotes frenéticos. Pero

Theron no es inverneño… ¿cómo pude afectarlo? ¿O acaso no fue por mí, sino porque la magia de la barrera reaccionó a la mía? Lo que haya sido, cualquiera fuera la causa, fue apenas una chispa en el fuego de este horror.

—La magia que hay allá abajo, sea lo que sea, no podemos tocarla —declaro.

Theron queda boquiabierto como si eso fuera lo último que esperaba oír.

—Toma, mi reina. Bebe esto.

Sir trata de darme una copa con agua, pero la aparto.

—Encontramos el barranco de magia —afirmo, obligándome a oírlo, a sentirlo—. Hay algo que lo bloquea… una especie de barrera. No podemos quitar esa barrera. Si accedemos a la magia, si se extiende a todos…

Theron se acerca más a mi catre.

—Es precisamente eso lo que tiene que pasar.

Vacilo. La imagen de Theron frente a mí discrepa con mi recuerdo de él retorciéndose en el suelo del calabozo de Angra. Pero ¿fue real lo que vi?

Hannah. Apelo a mi magia con pensamientos inseguros, tentativos. *¿Fue…?*

Me sube el frío por el pecho. Una reacción normal al buscar la magia; normalmente se enciende y luego se va apagando, pero esta vez… no se aquieta.

Asciende más y más, me baja por las extremidades, crece en fuerza y velocidad, preparándose para lanzarse fuera de mi cuerpo. Retrocedo y doy contra la pared junto a mi catre.

No, le ruego, gritando en mi mente. *¡BASTA!*

No me hace caso. Al menos, no a tiempo: sale de mi cuerpo un segundo antes de que mi voluntad la alcance, y se lanza hacia… ¿quién? ¿Dónde?

Sir.

Sir se pone de pie y abre la boca con una exhalación ahogada, como si alguien acabara de estrellarle la empuñadura de una espada contra los pulmones.

—¿Qué…? —jadea—. ¿Qué has…?

Retrocede, sus botas resbalan por el piso de madera, y se estampa contra la puerta cerrada que da al resto de la casa. Su mano baja hacia el picaporte y empuja, pero en lugar de torcerse bajo sus dedos, la puerta se suelta y cae al piso con estrépito.

Me levanto de un salto, con las manos extendidas.

Sir arrancó la puerta como si nada.

No… yo lo hice.

Vuelvo a acostarme. He visto antes cómo la magia da fuerza a la gente… pero la suficiente para soportar un día de trabajo, no para destrozar tablones de madera. Y siempre reaccionaba como debía: incontrolable, pero hacía lo que mi gente necesitaba que hiciera.

¿Qué *pasó*?

Sir flexiona la mano y me dirige una mirada inquisitiva.

—Mi reina. ¿Por qué hiciste eso?

Sacudo la cabeza.

—No fue mi intención. La magia que hay allá abajo… esa barrera… me hizo algo. No me siento bien.

Siento el pecho muy frío. Mi corazón parece hielo; mis extremidades, nieve; cada exhalación debería ser una nube de condensación. Antes sentía que la magia estaba despierta, pero ahora la siento… desatada.

Sir se adelanta.

—Lo averiguaremos, mi reina. Enviaremos a alguien más, alguien que no esté conectado con un Conducto Real.

Vuelvo a levantarme.

—No, es demasiado peligroso. *Nadie* puede bajar allá.

—Lo encontramos, Meira —intercede Theron, con voz ronca—. El barranco de magia, después de todo este tiempo, ¿y no quieres investigarlo, al menos? Hace siglos que el mundo no ve semejante poder. ¡Imagínate cuánto bien podríamos hacer con esto!

—¡E imagínate cuánto mal! —grito, sin poder contener mi preocupación—. ¿Viste lo que acabo de hacer? ¡Mi magia habría podido lastimar a Sir! ¿Y tú quieres *más*? Aunque pudiéramos llegar a ella, el mundo no recibirá la magia como tú quieres. ¿Crees que tu padre usaría esa magia para hacer el bien? Quizás a los ojos de Cordell, pero ¿cómo afectará a mi reino?

Theron deja la vela sin encender y el fósforo que tenía en la mano y se acerca a mí.

—El mundo necesita esto —afirma—. Mi padre no es el único que tiene planes… podríamos encargarnos de que la magia beneficiara a todos. Toda tu gente tendría su propia magia. Tendría la fuerza que necesita para impedir que vuelva a ocurrir algo como la usurpación de Angra.

—No puedes contarle a tu padre que lo encontramos —le ruego—. Sé por qué le temes a Angra, pero somos más fuertes que él. *Tú no eres como él.*

Theron entorna los ojos, confundido, y me mira. Hago una pausa, esperando que la comprensión le despeje los recuerdos, pero solo ladea la cabeza, perplejo.

¿Será que no recuerda lo que le hizo Angra? ¿Acaso no fue real?

Se abre una puerta en el fondo de la casa y oímos voces.

—¿Está despierta? —pregunta Nessa.

Dendera pregunta animadamente cuando llegan a la habitación:

—¿Qué le pasó a la puerta?

Mientras Sir, Nessa y Dendera se ponen a conversar en voz baja, me acerco a Theron y bajo la voz.

—Por favor, no se lo cuentes a Noam.

—Mis hombres también lo vieron. Tu gente sabe que lo encontramos. Tarde o temprano, se va a enterar.

—Solo estaban algunos de tus hombres, y mi gente no dirá nada. Por favor, Theron. Solo dame tiempo para decidir qué hacer.

Se me anuda el corazón en la pausa que sigue.

—Mientras dormías… —dice Theron por fin—. Parecías asustada.

No accedió a nada. Cambió de tema.

—Soñé con Angra. Y contigo. —Vacilo; no quiero lastimarlo, como si mis palabras fueran un martillo y él un jarrón de porcelana—. En April.

Theron se aparta, sobresaltado. Trato de restarle importancia con un gesto de la mano.

—Fue solo un sueño…

Me detiene la mano en el aire y la sostiene; cada músculo de su cuerpo está tenso.

—No recuerdo mucho de eso —susurra; cada palabra carga el peso de tres meses de no mencionarlo—. Días enteros que solo… pasaron. Pero sí recuerdo que Angra me decía lo que pensaba hacer contigo. Pensaba permitir que Herodes… —Se le quiebra la voz—. Angra usó magia conmigo en April, eso sí lo sé. No debería haber podido; los Conductos Reales no pueden afectar a quienes no pertenecen a su reino. Y si existe una magia más potente, necesitamos protección.

Mis brazos vibran por acercarse a él y rodearlo. Pero a pesar de su dolor, a pesar de los recuerdos que palpitan en mi mente sobre la tortura de Angra, no puedo acceder a lo que Theron quiere.

—Por eso es todavía más importante que la puerta quede cerrada. Si se usa mal, podría servir a la misma magia a la que temes.

Theron hace una mueca. No está convencido, pero Nessa se me acerca a toda prisa.

—Mi reina, ¿cómo te sientes?

No pregunta qué pasó, ni nada sobre la mina, y supongo que Sir le contó lo suficiente. Conall y Garrigan asumen sus puestos de custodia de mi habitación y Sir dice algo acerca de ir a ver a Finn y Greer. No se queda para asegurarse de que yo esté bien; simplemente le dice a Dendera que vea «que la reina descanse».

No tendré ayuda de él… y tampoco de Theron, que también se va. Trato de seguirlo, pero Dendera me lleva hasta el catre y me reprende para que me acueste. Theron no se da cuenta y desaparece sin una palabra más. Pero ¿qué esperaba que me dijera? ¿Qué podría hacer él?

Podría ayudarme con esto. Podría quedarse, ayudarme a enfrentar… todo.

No; Theron está quebrantado por mí. Porque vino a salvarme a mí. Vi por lo que tuvo que pasar, o al menos, por lo que quizá tuvo que pasar. Aunque él no recuerde lo ocurrido, no hay manera de saber si lo que vi fue real. Él no tiene que ayudarme; yo tengo que ayudarlo a él. Tengo a otras personas que pueden…

De pronto, me doy cuenta de algo que apaga todos los demás pensamientos.

Hannah nunca me respondió. Apenas traté de llamarla, mi magia entró en erupción.

Casi vuelvo a invocarla, pero se me aprieta el pecho y no puedo apartar los ojos de las astillas de la puerta que Nessa está barriendo hacia el rincón. Nuestra conexión

siempre fue un misterio; tal vez la barrera la cercenó. El frío en mi interior palpita como si percibiera mi dilema, sabiendo que estoy a apenas un instante de tratar de reavivar mi magia.

Le temo. Pero no puedo tener miedo de mi magia. Ahora que se encontró el barranco…

No puedo tener miedo de nada.



Mather

—¡Bloquea!

La espada de Mather cortó el aire tras su orden, pero aun en el momento en que las palabras salían de sus labios, sabía cómo terminaría esa pelea. Su contrincante trastabillaría en el piso irregular del cobertizo con incertidumbre en los ojos; luego se daría cuenta de su error, intentaría corregirlo y acabaría de espaldas en el suelo con la hoja de madera de Mather contra la clavícula.

Segundos más tarde, el hombre miraba a Mather desde el suelo.

—Lo siento, mi señor —masculló, se puso de pie y entregó su espada de práctica al siguiente de la fila.

Mather exhaló, observando cómo su aliento formaba nubes blancas en el aire de la tarde. Al menos su siguiente contrincante, un muchacho llamado Philip, era de su misma edad. Era un buen cambio, después de los hombres mayores que lo miraban con una mezcla de temor y ansiedad desesperada.

De todos los inverneños rescatados de los campos de trabajo de Primavera, solo seiscientos habían vivido en Jannuari. Doscientos provenían del oeste de Invierno; setecientos, de los bosques del centro, y apenas ciento cincuenta, de las estribaciones de los Klaryn en el sur. De los que habían vivido anteriormente en la capital de Invierno, poco más de tres cuartos habían elegido repoblar Jannuari. Los demás no soportaron ver sus hogares destruidos por la guerra y se habían dispersado hacía tres meses por las tierras ahora silvestres de un Invierno nuevo y desconocido.

¡Dulce hielo!, Mather no podía creer cuánto tiempo había pasado. ¿Cómo era posible que ya hubieran pasado tres meses desde el regreso a Jannuari? Tres meses desde la batalla en April, donde había quebrado el conducto de Angra y el rey de Primavera había muerto. Tres meses de libertad.

Y menos de un mes desde que William y Meira y un contingente de inverneños habían partido hacia las minas del sur. En pocas horas (momentos, latidos) regresarían, y Noam llegaría tras uno de sus descansos demasiado breves en Bithai. El rey cordellano entraría a la capital de Invierno como el imbécil engreído y pedante que era, y se llevaría cuantas riquezas los inverneños hubieran logrado extraer.

Un resonar de armaduras llamó la atención de Mather hacia la puerta del cobertizo. Un par de soldados cordellanos pasaban en patrulla por el área deshabitada

de Jannuari, y al contemplar la escena en el interior, esbozaron unas sonrisas burlonas.

Mather aferró con más fuerza la empuñadura de su espada de práctica. Pero descubrió que no podía odiar a los soldados prestados por reírse; era verdad que lo que estaban haciendo los inverneños era risible: entrenar a la gente tan pronto, después de años de esclavitud, esperar que todo sanara y volviera a la normalidad instantáneamente. La mayoría de los inverneños apenas empezaban a parecer personas normales en lugar de esclavos famélicos. Hacerlos pelear con ojos que todavía hablaban de terror y con los recuerdos aún en carne viva…

Mather se volvió hacia Henn.

—Es demasiado pronto.

Henn se inclinó hacia adelante donde estaba apoyado contra la pared, observando el entrenamiento en lugar de William.

—Apenas hace unas semanas que empezamos. —Hizo un gesto a Mather para que continuaran—. Adelante.

Una orden. Mather gruñó, y el sonido fue como un burbujeo en su garganta. Ahora no tenía más que órdenes. Órdenes de William, órdenes de Henn. Órdenes de su reina.

Unos movimientos cerca de la puerta volvieron a llamar la atención de Mather, pero esta vez no eran armaduras cordellanas. Botas, un susurro de telas, y una voz que Mather conocía de memoria.

—Ya volvimos.

William.

Aparentemente, nadie notó cómo Mather se ensombreció con la llegada de William, algo que al menos debería haberlo llevado a fingir siquiera una sonrisa.

Henn se apartó rápidamente de la pared y cruzó el espacio que lo separaba de William como un hombre intoxicado.

—¿Volvieron todos?

Mather vio las preguntas tácitas en el rostro de Henn —*¿Dendera está a salvo? ¿Está bien?*— porque él tenía preguntas similares.

Si estás de vuelta, William, quiere decir que Meira también… ¿Está a salvo? ¿Está bien?

¿Me echa de menos?

William tenía las mejillas enrojecidas por los vientos fríos que habían perseguido al grupo desde las minas. Sonrió a Henn, sacudiéndose la nieve de las mangas. A Mather le chocaba ver a William así. Después de dieciséis años de verlo estoico, duro e implacable, la felicidad le sentaba extraña.

—Sí —respondió William, levantando una ceja. Tras una pausa, señaló la puerta detrás de él—. Puedes retirarte. Ve con Dendera. Ella también está ansiosa por verte.

Henn dio una palmada en el hombro a William y salió a toda prisa. Con lo cual el único que podía informar sobre los avances en el entrenamiento era Mather, y cuando

William se volvió hacia él, Mather descubrió que tenía la boca más seca que la Llanura de Rania a mediodía.

—Informa —pidió William, observando a los inverneños que estaban detrás de ellos.

¿Qué podía informarle? Lo más notable que habían hecho los inverneños desde que habían iniciado el entrenamiento era comer un desayuno completo y no vomitarlo.

—No están listos físicamente para esto —declaró Mather, en tono sereno.

La sonrisa de William no vaciló.

—Lo estarán. El entrenamiento los ayudará.

—Primero necesitan sanar. —Mather inclinó los hombros hacia adelante, demasiado consciente de que aquellos de quienes hablaban estaban detrás de ellos, observando, escuchando—. Necesitan asumir lo que pasó. Necesitan *entender* lo que pasó…

Mather se interrumpió. La expresión de William vaciló, como un velo que se levanta apenas, lo cual ocurría siempre que Mather iba demasiado lejos. Como cuando William había intentado explicarle su razonamiento para mantener en secreto el origen familiar de Mather como un «sacrificio necesario para Invierno», y en lugar de aceptar esa explicación, este había exigido saber por qué. Porque era lógico, pero a la vez no lo era, y mientras Mather lloraba en el suelo de la casa ruinosa que había tomado la familia Loren, William se limitó a decirle que era cosa del pasado y se marchó.

Pero ahora William solo dijo:

—No, necesitan esto. Necesitan adoptar una rutina.

Lo cual, para Mather, fue exactamente como si le dijera: *Es cosa del pasado, Mather. Mira solo el futuro.*

Mather jadeó. No podía respirar, ¡maldición…!

Lanzó un grito de advertencia y se lanzó contra Philip. El muchacho retrocedió con una exclamación de sorpresa y atajó varios de los golpes rápidos de Mather, pero luego tropezó con un montón de paja y cayó al suelo con una explosión de polvo.

Mather tomó la empuñadura de su espada con ambas manos. Con un solo impulso sólido, saltó por el aire, cayó, se puso a horcajadas sobre el muchacho y clavó la espada en el suelo, al ancho de un dedo de la cabeza de Philip.

Todos los que estaban en el cobertizo quedaron en silencio. Ni una exclamación, ni un grito de preocupación. Solo docenas de ojos que observaban a Mather, a Philip y la espada de madera que se balanceaba verticalmente en el suelo del cobertizo.

Los ojos de Philip recorrieron el largo de la espada de Mather, desde la empuñadura hasta la grieta en el suelo, y otra vez hasta arriba.

—Bueno. —Sus labios se relajaron en una sonrisa—. Esto quiere decir que perdí, ¿no?

Mather escupió una risotada. El sonido aflojó la tensión, y algunos de los hombres que esperaban en fila rieron entre dientes mientras Mather ayudaba a Philip a ponerse de pie.

Pero los ojos de Philip miraron un momento por encima del hombro de Mather y la risa se apagó, y quedó una ausencia de sonido que encendió todos los sentidos de Mather.

Apenas tuvo tiempo de retirar su espada del piso antes de que William cayera sobre él. Mather cayó de rodillas, atajó el golpe y dio una voltereta hasta enderezarse. William hizo girar su espada y volvió a atacar.

Alrededor, se elevaron voces inverneñas de aliento; el aire se llenó de gritos de júbilo, tan maravillosamente diferentes de la vida que Mather llevaba unos meses atrás que saturaron cada uno de sus músculos y dieron a su mente entendimiento.

Si todos están felices, tal vez vale la pena ignorar el pasado.

Mather volcó toda su frustración en la pelea y dejó que el aliento de la gente se disolviera ante su repentina necesidad de derrotar a William. Llenó sus pulmones de aire frío. El aire de Invierno. El reino al que había creído tener que liderar, proteger, defender.

Y ahora todo eso recaía sobre los hombros de Meira.

No quería necesitarla. Pero era fácil amarla; era algo que se había ido desarrollando con el tiempo, como la destreza para pelear con espadas o la arquería, una habilidad que había aprendido metódicamente hasta que un día llegó a hacerlo sin pensar. Pero ¿necesitar una familia? Nunca, ni en mil inviernos la necesitaría.

Jamás podría perdonar a William por hacerle creer que era huérfano.

Mather se detuvo súbitamente. La espada de William continuó surcando el aire y le dio de lleno en el hombro, y lo derribó boca abajo. Mather se levantó de un salto, furioso, y su espada cayó detrás de él mientras se impulsaba hacia William. Su hombro se clavó en el vientre de William y los dos cayeron en una maraña de extremidades y puñetazos. No duró mucho; con unos pocos giros, William logró sujetarle los brazos a la espalda, y la mejilla de Mather memorizó la sensación del piso áspero de madera.

William se inclinó y acercó la boca al oído de Mather.

—No importa si fallan cien veces —dijo, jadeando apenas—. Lo único que importa es que estamos aquí. Este es nuestro futuro.

Mather gruñó y aspiró el aire polvoriento.

—Sí, *Sir*.

Sabía que William detestaba cuando Meira lo llamaba así, aunque nunca le diría que dejara de hacerlo. Mather solo quería ver incómodo a alguien más, para saber que no era el único que se sentía así.

William lo aferró con más fuerza. Lo sostuvo un segundo contra el suelo antes de apartarse, y cuando Mather se puso de pie, con los puños apretados, no pudo enfrentar al grupo de inverneños que ahora lo miraba sin palabras.

—Es suficiente por hoy —anunció William a todos como si nada hubiera pasado.

Mather giró primero hacia la puerta. William le aferró el brazo con fuerza y lo obligó a detenerse mientras todos los demás iban a guardar las espadas de práctica.

—Trajimos un nuevo cargamento. Clasifícalo, y ve a la ceremonia esta noche.

Órdenes. Más joyas para clasificar, formando pilas que irían como pago a un reino que exigiría más aún. Mather no sabía por qué Noam insistía en almacenar allí los productos y montar una ceremonia en lugar de despachar todo hacia Bithai. Tal vez quería provocar todavía más a los inverneños, obligar a Meira a entregarle cada joya, una por una.

Mather asintió brevemente y se rezagó cuando se dio cuenta de que William también pensaba salir. A reencontrarse con Meira y Noam, sin duda.

Mather esperó hasta que el cobertizo quedó vacío, y solo entonces se permitió salir a toda prisa. Estaba tan perturbado que no reparó en la figura que estaba justo a la salida hasta que se la llevó por delante, y le quedó doliendo el hombro por el choque contra la armadura.

—Mira por dónde… —empezó a decir, listo para proferir una sarta de insultos. Malditos cordellanos…

Pero no era un cordellano cualquiera. Era el capitán Brennan Crewe, el hombre al que Noam había puesto a cargo de los soldados destacados en Jannuari. El segundo en la lista de cordellanos a los que Mather odiaba, detrás de Theron y Noam, que estaban empatados en el primer puesto.

Mather empezó a alejarse, hecho una furia, antes de poder ver reacción alguna en el rostro de Brennan. Había dado apenas unos pasos cuando oyó pasos en la nieve que corrían tras él.

—¡Un momento! —lo llamó Brennan—. ¿Cómo va el entrenamiento? Por tu cara, me doy cuenta de que va tan bien como yo suponía. Mi rey todavía se pregunta por qué se molestan en entrenar un ejército, cuando Cordell les ofrece toda la protección que necesitan.

Mather se detuvo y sus botas dejaron agujeros en la nieve. El cobertizo de entrenamiento estaba al este del palacio, conectado con él por una extensión nevada y un sendero irregular que se cubría de copos más rápido de lo que alcanzaban a limpiarlo. Pero estaban solos, no había otros soldados patrullando. Y tras su interacción con William, Mather no tuvo fuerzas para mantener la boca cerrada.

—Va lo suficientemente bien como para que le diga a su rey que no se ponga demasiado cómodo aquí —escupió, y dio media vuelta.

Las cejas de Brennan se levantaron.

—Se le olvida cuál es su lugar, *Lord* Mather.

Mather se encrespó pero se mordió para serenarse. No le molestaba que lo hubieran rebajado de rey a Lord; lo que en realidad le molestaba era quién tenía ahora sobre sus hombros todas las responsabilidades que habían sido suyas.

—Mis disculpas, capitán. Es verdad que olvidé mi lugar en relación con el suyo. Se me hace muy difícil recordar que en realidad no es un soldado… es un regalo destinado a proteger una inversión. Las cosas serían mucho más fáciles si todos los soldados cordellanos anduvieran por ahí con moños en los cascos.

Brennan se acercó abruptamente. Mather se enderezó al verlo acercarse, pero antes de que sintiera que la dulce vacuidad del instinto se apoderaba de sus movimientos, Brennan sonrió.

—Puede que seamos regalos —dijo—, pero al menos nos desean. Tu reina volvió, ¿no te enteraste? Pero ¿te mandó llamar? No, supongo que no. Probablemente ibas en camino a seguir con la tarea de contar la riqueza de *Cordell*. Te muestras muy seguro de tu importancia para Invierno, pero los dos sabemos que tu papel en este reino es poco más que el de un campesino.

Cuando Brennan terminó de hablar, Mather no veía nada más que las estrellas que llenaban su campo visual; su cuerpo ardía tanto de rabia que sentía que los copos de nieve se derretirían con un siseo al caer sobre su piel. Se movió, aunque no recordaba haberlo hecho; solo fue consciente de tener repentinamente el cuello del uniforme de Brennan en su puño, y de la tela tensándose al tirar él al hombre hacia adelante.

—No tienes idea de lo que dices —gruñó Mather.

La atención de Brennan se desvió un instante por encima del hombro de Mather. Sus ojos se dilataron.

—Reina Meira.

¿Estaba aquí, ahora?

Mather soltó a Brennan y dio media vuelta, y sus botas resbalaron sobre las piedras heladas. Cayó en la nieve y su pánico de disipó tan rápidamente como había llegado.

Detrás de él, el sendero estaba vacío.

Brennan rio.

—Pero tiene razón, Lord Mather. No tengo idea de lo que digo.

Mather se levantó de un salto y se alejó por el sendero a toda prisa, como si al correr pudiera dejar atrás su humillación.

¿Acaso todos estaban al tanto de sus fracasos, de que no solo ya no era el rey sino que además ya no era alguien a quien la verdadera gobernante de Invierno recurriera? ¿Acaso todos se daban cuenta de lo bajo que había caído?

¿Nadie más se daba cuenta de cuánta presión y cuántos problemas recaían ahora sobre los hombros de Meira?

Y esa noche Mather tendría que ver a Meira recorrer el salón de baile del brazo de Theron, y simular que se conformaba con observarla. Aunque cada parte de él ardía por pelear por ella… no podía. En los tres meses que habían transcurrido desde el regreso al reino, ella no lo había buscado. La había visto pasar, en las reuniones, pero nada más.

No quería tener que pelear por ella. Quería que ella *quisiera* estar con él. Quería que lo *deseara*, pero no lo hacía.

Ella quería a Theron.

Por más que le doliera admitirlo, Theron la merecía. Era Theron quien la había salvado de Primavera; Theron había arriesgado su vida para lograr que el ejército de Cordell se enfrentara a Angra.

Y Mather era quien no había hecho *nada* mientras Meira estaba inconsciente a los pies de Herodes durante la batalla. Era Mather quien había caminado por los pasillos del palacio de Noam casi hasta gastar los pisos mientras ella pasaba meses prisionera de Angra. Era Mather quien ahora, otra vez, no hacía nada porque no sabía qué podía hacer por ella, y no soportaba estar cerca de ella cuando ella tenía a… Theron.

Ya no era el rey. Tampoco era huérfano. Ya no estaba en la vida de Meira.

Nada de esto era la libertad que creía haber deseado.



Meira

El viaje de dos días desde Gaos fue demasiado corto. Incluso estos momentos finales, escondida detrás de mi caballo en el aire helado de la tarde mientras todos los demás se encaminan hacia el palacio, son demasiado cortos, e inhalo el aroma a cuero gastado de la montura. Mi caballo resopla y se quita los copos de nieve que le caen sobre el hocico, pero se mantiene indiferente a la cacofonía que lo rodea.

—¡Mi rey, bienvenido otra vez a Jannuari! —exclama un cordellano, uno de los que nos habían acompañado a Gaos.

Otro lanza una exclamación de júbilo.

—¡Esta noche la fiesta será de lo mejor!

Hago una mueca; las voces me suben por las extremidades como enredaderas veloces. Theron nunca prometió ordenar silencio a sus hombres… y a pesar de mi certeza de que puedo manejar sola esta situación, no se me ocurre *cómo*. No tengo idea de quiénes conformen la Orden de los Lustrados, ni de cuál sea la mejor manera de mantener cerrada la puerta del barranco.

—Puedes decir que estás exhausta.

Me sobresalto y me doy vuelta, y encuentro a Nessa a mi lado. Conall se mantiene a algunos pasos de mí, vigilando a los cordellanos con una expresión apenas aceptable de desprecio, mientras Garrigan nos observa a nosotras.

—Ya me vio llegar —respondo.

Nessa se encoge de hombros.

—El viaje fue largo. Di que estás agotada y ven con nosotros al palacio.

—No sería una mentira —acota Garrigan, mirándome con atención. Sin duda, reparó en mis ojeras, en mis mejillas pálidas.

Un ruido me aparta de Nessa y Garrigan: el roce continuo de un trineo por el camino desparejo y helado. Lo observo pasar, sus detalles en plata y marfil afeados por grietas y partes con la pintura descascarada. Lo habían hallado entre las ruinas de Jannuari: una de nuestras pocas posesiones íntegramente inverneñas, no influidas por la ayuda cordellana. Este es cerrado, como un vagón, destinado a transportar objetos, no personas.

Y objetos trae. Joyas, piedras, todas extraídas de las minas de Gaos para sumarse a las demás riquezas que hemos adquirido para pagar a Cordell y Otoño.

Sonrío débilmente a Nessa y Garrigan y salgo de detrás de mi caballo al pasar el trineo.

Noam está de pie en medio de un grupo de sus hombres, hablando en voz baja con Theron, que parece más exhausto aún de lo que yo me siento. Me ve aparecer y se da vuelta con un suspiro audible de alivio que llama la atención de su padre.

Noam se parece a Theron pero veinte años mayor, innegablemente emparentado con él e innegablemente cordellano: cabello castaño dorado hasta los hombros con algunas canas, ojos pardos rodeados de arrugas pero brillantes bajo el cielo nublado. En la cadera, como siempre, lleva la funda que alberga el conducto de Cordell, y la joya en la empuñadura de la daga emite un halo lavanda de magia.

—Lady Reina —me llama, mientras da los pocos pasos que nos separan.

Los soldados cordellanos se dan vuelta en medio de sus conversaciones y nos observan con interés. También hay inverneños, ocupados en reparar los edificios que rodean la plaza y acarreando madera y herramientas. Detrás de todo, se levanta el palacio de Jannuari. Las alas que quedan en pie forman una U, que rodea un patio amplio con sauces llorones, sus paredes exteriores embellecidas con ribetes de mármol blanco y marfil, marcas chamuscadas y agujeros de balas de cañón.

Echo los hombros hacia atrás.

—Rey Noam —lo saludo. A esta altura, he cumplido con suficientes formalidades como para tener una lista en la punta de la lengua (*Qué bueno que haya regresado a Jannuari* o *Espero que su viaje no haya sido demasiado cansador*) pero estoy demasiado cansada para simular que no lo odio en este momento.

—¿Algún avance? —pregunta—. No dejo de esperar el día en que Invierno resulte ser una mejor inversión de lo que esperábamos.

Mi máscara de neutralidad política se desmorona.

—No somos una inversión —replico, de mal modo.

Theron se me acerca un poco más.

—Otoño llegará en pocas horas. Deberíamos empezar a prepararnos para la ceremonia de esta noche…

Pero Noam lo ignora, y su expresión divertida se transforma en una mueca burlona.

—No confunda el motivo de mi presencia. —Su conducto irradia una luz púrpura —. Sabe tan bien como yo que lo único que vale la pena en su reino está en esas montañas. No tienen ni los recursos ni el apoyo para aprovecharlo. Me necesita, Lady Reina.

—Llegará el día en que no lo necesitemos —gruño—. Yo, en su lugar, temería ese día.

El rostro de Noam se transfigura.

—¿Está amenazándome? Y yo que creía que finalmente habían superado esa etapa.

Me contengo. Tiene razón. *Odio que tenga razón…*

Un manto de hielo me deja sin aliento.

Jadeo por la angustia que envuelve mi ira como un capullo, una mezcla mortal que hace que mi magia se inquiete más. Me sube por el pecho, alimentada por cada palabra de Noam, cada asomo de terror de estar perdiendo el control. Otra vez.

Pero ahora debería estar bien… Hace días que encontré la barrera mágica. *Mi magia debería haberse normalizado, ¿no?*

Casi convoco a Hannah. Pero el solo hecho de pensar en esa opción hace crecer la magia, me recubre la lengua de escarcha y convierte mis dedos en tubos sólidos de hielo. Tengo que calmarme: hay inverneños alrededor. *Muchos* inverneños, y estoy tan fría que tengo la sensación de que si exhalo con fuerza, la magia saldrá de mí como una espiral.

Por suerte, Theron toma a su padre del brazo. El movimiento me distrae: un segundo de alivio.

Hasta que oigo lo que dice.

—Lo encontramos —susurra Theron, masajeándose la nuca como si le costara hacer salir las palabras de su garganta—. El barranco mágico. Necesitamos tu ayuda para…

—¡Theron!

Su nombre me parte el corazón.

Seguramente la magia me confundió el cerebro, porque él no puede haber dicho *eso*.

Pero, en realidad, nunca me prometió que no le contaría a su padre sobre el barranco mágico. Él sabe lo que pienso de eso, y yo sé lo que piensa él, pero nunca se me ocurrió que fuera a hacer esto.

No me había dado cuenta de lo desesperado que estaba por el barranco, cómo esa chispa de esperanza en sus ojos está tan ligada a este hallazgo. Porque ahora, al verlo allí de pie, esperando la reacción de Noam, Theron se parece más a sí mismo que en los últimos meses.

Él necesita esto.

Noam se vuelve hacia mí. Entorna los ojos. Y sonríe. Una sonrisa que eclipsa a todas las demás, y se extiende sobre su rostro como si hubiera estado reservándola para este día.

—¿Ah, sí? —me pregunta… solo a mí, como si no fuera Theron quien se lo dijo.

No, quiero responder. *No, Theron miente, no encontramos nada…*

Noam se hace a un lado y me hace una seña para que me dirija al palacio, sin apartar los ojos de mí.

—Creo que tenemos que hablar de algunas cosas, Lady Reina. —Su sonrisa se endurece—. En privado.

Sir se me acerca. Es demasiado tarde para hacer algo, pero ve mi espanto y se vuelve hacia Noam.

—¿Algún problema?

Noam sonríe.

—Mi hijo me acaba de informar sobre lo que han encontrado. Si lo desea, puede participar en la conversación, General Loren.

Noam hace una seña a sus hombres, y siento, más que verlos, que nos rodean. No nos amenazan abiertamente, y en la plaza el ajetreo continúa como si nada: golpeteo de martillos, rumor de voces que conversan. Hasta Conall, Garrigan y Nessa se quedan junto a los caballos, sin reparar en el modo en que Noam nos invita a seguirlo al palacio como si fuera suyo.

Sir mira a Theron con enojo cuando Noam se adelanta un poco.

—¿Se lo contó?

El tono de la voz de Sir es el mismo gruñido con que tantas veces me reprendía cuando era niña. Pero esta vez está deformado por un leve asomo de remordimiento. No por sí mismo, me doy cuenta cuando mis ojos llegan a los suyos. Por mí.

Sabe lo que ocurrió. En este momento, lo entiende incluso más de lo que yo puedo.

Theron me traicionó.

Se me encogen los pulmones.

Los soldados cordellanos nos instan a seguir, y empezamos a caminar hacia el palacio.

—Tuve que hacerlo —responde Theron, en tono suplicante, pero cuando no lo miro, se aclara la garganta y endurece la voz—. Tenemos que abrir esa puerta. Necesitamos los recursos de Cordel para hallar la manera de hacerlo… y tengo un plan que hará que mi padre también necesite mi ayuda para abrir la puerta. —Se inclina hacia mí—. Confía en mí, Meira.

—Pero te pedí que no se lo dijeras. —Lo miro por fin—. Yo necesitaba tiempo, Theron. Necesitaba decidir…

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos? —me pregunta Theron con el ceño fruncido, y sé que está tratando de disimular su frustración—. ¿Cuánto tiempo crees que nos dará Angra antes de…?

—Angra está *muerto* —lo interrumpe Sir—. ¿Hizo esto para fortificarnos contra un enemigo que ni siquiera está aquí?

La expresión de Theron se endurece.

—Lo hice para que, no importa qué males nos amenacen, nunca puedan vencernos otra vez.

Las puertas del palacio se abren y Noam encabeza la marcha por la puerta, por un pasillo y hasta un estudio. Cuando se cierra la puerta detrás de nosotros, Noam se detiene en medio del salón y traba los brazos a su espalda, sin molestarse aún en mirarnos. Theron se adelanta mientras Sir aprieta los puños contra el respaldo de uno de los sofás, conteniéndose mientras trata de evaluar la situación. Y yo me acerco a la ventana; el vidrio está sucio y manchado, pero aun así se ve una vista del patio del palacio y, más allá, la ciudad de Jannuari.

—Encontramos una puerta —dice Theron, cuando el silencio se prolonga—. En la Mina Tadil. Tenía escenas talladas: vides en llamas, una pila de libros, una máscara y un haz de luz que cae sobre una montaña rodeada por las palabras «La Orden de los Lustrados». Las primeras tres tenían cerraduras en el centro, pero no pudimos acercarnos para examinarlas. Hay una barrera que impide que alguien se acerque.

Conozco ese tono. El aire ligero de distracción, como si su mente procesara las cosas más rápido de lo que su boca puede decirlas. Me doy vuelta y, en efecto, Theron tiene la mirada perdida mientras habla. Tenía la misma expresión en Gaos, cuando se quedó contemplando el tapiz… y a mí.

Me recuesto contra la pared.

Allí había visto el sello de la Orden de los Lustrados. En Bithai, Theron tenía esa misma expresión cuando me ayudó a descifrar aquel libro enloquecedor, *La magia de Primoria*.

El rayo de luz que cae sobre una montaña… era la imagen que tenía en la cubierta.

Me encuentro al borde del precipicio de preguntarle a Hannah por esto, pero ese instinto se destruye al comprender de repente que ella aún no está aquí. Mi mente es solo mía.

Me preparo para que me inunde la sensación de extrañarla, pero lo único que siento es un nudo pequeño y egoísta de alivio. Me alegro de ser otra vez la única que está en mi cabeza.

Pero ¿no debería extrañarla?

Noam se da vuelta.

—¿Eso es todo?

—Sí. Regresé una vez, después de que lo encontramos. —Theron se frota el hombro y hace una mueca, como si le doliera—. La barrera es… persistente. Cada vez que alguien intenta pasar, lo arroja contra la pared. Y no hay nada más allá abajo.

No me nace sentirme herida porque fue a examinar la puerta sin decírmelo.

La Orden de los Lustrados escribió el libro que leí en Bithai hace meses. En su mayoría eran acertijos o frases crípticas, pero quizás allí haya algo que pueda ser de utilidad ahora.

Rezongo al instante. No tengo manera de conseguirlo sin alertar a Noam sobre su importancia. Podría enviar a alguien a robarlo a Bithai, pero aunque lo consiguiera, necesitaría la ayuda de Theron para descifrar sus pasajes. ¿Tal vez Sir o Dendera estarían mejor preparados para descifrar acertijos de varios siglos de antigüedad?

—Esas tallas —dice Theron a Noam, mientras rodea los sofás para pararse frente a él—. Ahora no podemos abrir la puerta, pero creo… creo que las tallas podrían indicarnos la manera.

Me enderezo y miro a Theron con dureza.

—¿Cómo es eso? —pregunta Noam.

Theron exhala.

—Todo el lugar parece un secreto, pero creo que quien lo haya hecho quería que se abriera. Pero no fácilmente. Es lógico que algo así sea difícil de abrir, y si lo hubiera hecho yo, me habría encargado de que solo quienes fueran dignos tuvieran acceso a semejante poder.

Noam guarda silencio, cruzado de brazos.

—Creo que las figuras talladas son pistas. —Theron saca un papel del bolsillo, lo desdobla y se lo muestra a Noam mientras habla—. Las dibujé lo mejor que pude. Vides en llamas, libros apilados, una máscara. Aparentemente, no tienen relación entre sí… pero hay una cosa que tienen en común.

Finalmente, Noam pierde la paciencia.

—Te juro que si no…

—Cada una simboliza un reino de Primoria. Las vides en llamas, a Verano, con sus vides y su clima. Los libros apilados, a Yakim, con sus conocimientos. Una máscara, a Ventralli, con sus máscaras y su arte. ¿Qué otra cosa podría ser? Creo que esos símbolos se pusieron allí para indicar un camino para abrir el barranco. Propongo que armemos una caravana para visitar esos tres reinos y ver si mis sospechas son correctas —concluye Theron.

¿Verano, Yakim y Ventralli? Me mantengo lo más inexpresiva posible, pero por dentro siento el estómago lleno de inquietud. ¿Un estacional y dos rítmicos? ¿Por qué la Orden escondería las llaves en esos tres reinos? ¿Es posible que sea así de fácil?

Sin duda, Theron piensa que sí. Y es cierto que ha demostrado bastante capacidad para descifrar cosas crípticas.

—Pero ¿dónde? —Noam señala hacia el oeste, en la dirección general de Verano, Yakim y Ventralli—. ¿Por dónde propones que empecemos? ¿Y qué estaríamos buscando?

—Las llaves de cada cerradura, creo. Parece lo indicado, al menos: tres cerraduras, tres símbolos. Una vez que las consigamos, espero que la barrera desaparezca; es una barrera de magia, de modo que las llaves también podrían ser mágicas…

—¿O sea que propones que busquemos en los tres malditos reinos?

La impaciencia de Noam se va convirtiendo en ira.

—Sí… bueno, en parte. —Theron mira sus dibujos de los símbolos en la puerta del barranco—. Podríamos empezar por explorar las zonas de cada reino donde es más probable que tengan lo que buscamos. Zonas de valor, tal vez, que hayan sobrevivido a los embates del tiempo. Al menos es un comienzo. Podríamos preguntar…

Noam se adelanta de pronto, levantando una mano con gesto amenazante.

—No debes decir una sola palabra de esto a nadie. No se preguntará nada. Nada de preguntar por llaves ni por barreras místicas, ni por la Orden de los Lustrados. Si alguien sabe algo de estas cosas y te oye hablar de ellas, no le resultará difícil adivinar lo que encontramos. —Noam aprieta la mandíbula—. El solo hecho de irnos

es riesgoso. Si se corre la voz más allá de estas fronteras… no. Tiene que haber otra forma de abrir la puerta.

Theron levanta las cejas. Parece a punto de discutir con Noam, y sus ojos recorren el rostro de su padre.

Me adelanto antes de que Theron llegue a decir nada.

—¿Se le ocurre una idea mejor? —pregunto a Noam, de mal modo.

La orden de los Lustrados está allá afuera. Existe. Ellos escribieron ese libro, hicieron la entrada al barranco. Todavía tienen que estar por allí, o al menos, tiene que haber en Primoria alguien que los conozca o recuerde sus enseñanzas, y hablar con alguien nos sería de mucha más utilidad que ese libro misterioso.

Tal vez puedan sellar la puerta o decirme qué le hizo su barrera a mi magia, para que yo pueda volver a controlarla, o siquiera recuperar mi vínculo con Hannah, para que ella pueda ayudarme. Por extraño que resultara tener a mi madre muerta en mi cabeza, a veces me resultaba útil.

—¿Tanto desea abrir esa puerta? —prosigo—. Esta es la única pista que tenemos. A menos que quiera ir a Gaos y hacer la prueba de toparse usted mismo con la barrera. Yo, por mi parte, preferiría esa opción.

Noam me mira, furioso.

—Cuidado, Lady Reina.

—No. —Cierro el puño—. Esto es lo que usted siempre quiso, y lo encontramos. Entonces vamos a ir a esos reinos, y vamos a encontrar las llaves, o a la Orden misma, o lo que sea que necesitamos encontrar.

Miro brevemente a Theron y me odio por las verdades a medias que estoy diciendo. Pero él es la razón de que estemos aquí.

—Al menos tenemos que intentarlo —insisto. Y no es del todo una mentira: sí quiero hacer el intento. Pero para encontrar respuestas, no para abrir la puerta.

Sin embargo, ellos no tienen por qué enterarse. Theron irá a esos reinos; su pasión no le permitirá quedarse sentado sin hacer nada, aunque su padre no esté de acuerdo. Y si Theron va, yo también iré. Lo acompañaré en todo el viaje, y buscaré con tanto afán como él, y encontraré respuestas. Buscaré a la Orden, o encontraré las llaves antes que Theron, y al hacerlo, obtendré la ventaja que tanto necesitamos sobre Cordell.

Theron parece calmarse por mi aceptación. Me mira con algo cercano a la admiración, y me estremezco. Cree que he cambiado de idea con respecto a mantener cerrado el barranco.

Los ojos de Noam recorren mi rostro rápidamente. Sus labios vuelven a elevarse en una lenta sonrisa, teñida de una diversión condescendiente, como si recordara algo que vuelve a ubicarlo en posición de poder.

—Propone visitar Verano, Yakim y Ventralli —dice—. ¿Acaso no regresaron hace poco unos inverneños de una visita así?

Me muerdo para contener el pánico.

—Me han dicho que Yakim y Ventralli te enviaron invitaciones. Ya está relacionada con Cordell y Otoño; se esperará que busque presentarse al mundo, y eso nos servirá de pantalla para buscar las llaves. Y si no se presenta nada en Verano, Ventralli ni Yakim, seguirá viaje a Paisly. No dejaremos un solo reino de este mundo sin revisar.

El de Noam es el reino de la oportunidad. Mientras que Invierno usa la magia para generar fortaleza y resistencia para que sus ciudadanos sean los mejores mineros del mundo, Cordell usa su magia para que sus ciudadanos sean los mejores para analizar una situación y salir vencedores. Eso es exactamente lo que acaba de hacer Noam: ha convertido la situación en algo ventajoso para él.

Mi corazón se agita con desagrado: la misma sensación agotadora que cuando uso mi magia. Como si no fuera humana, ni importante, sino solo un juguete que se manipula a instancias de cosas más poderosas.

Yo no seré cordellana, pero también puedo manipular una situación.

—Parecería ser que Cordell necesita a Invierno tanto como Invierno a Cordell —señalo a Noam.

Voy a seguirte el juego, cerdo arrogante. Simularé ser una reinita obediente hasta que pueda aplastarte.

Pero ¿con qué? Pensé que tendría más tiempo para hallar la manera de poner fin al dominio de Cordell sobre nosotros. Pensé que al menos tendríamos un ejército inverneño, un grupo pequeño de guerreros. Pero aunque todo salga a la perfección —si encuentro las llaves antes que ellos y logro averiguar por la Orden cómo controlar mi magia— no tengo manera de expulsar a Cordell de Invierno.

¿O sí?

Porque Noam sonríe apenas termino de hablar.

—Tiene mucha razón, Lady Reina. Cordell todavía necesita a Invierno, y así será hasta que todo esté pagado. Y hablando de eso… ¿no tenemos que preparar una ceremonia?

Miro fijamente a Sir, cuyo rostro muestra esa inexpresividad que tan bien le sale. Puede estar aterrado, curioso o lo que sea, pero nadie se daría cuenta.

Lo que sí sé es que no me ayudó en absoluto. Ya sea porque creyó que podría manejar las cosas sola, o porque está demasiado atónito para interceder; no logro darme cuenta.

—Me prepararé para la ceremonia mientras usted y los cordellanos se encargan de los preparativos para el viaje —respondo, con una mirada que espero que entienda.

Mantenlos aquí. Distráelos.

Sir se endereza.

—Por supuesto. Rey Noam, por favor —dice, indicando a Noam que tome asiento.

Exhalo con alivio y me vuelvo hacia la puerta antes de que Noam pueda decir nada más, antes de que Theron pueda retenerme y tratar de enmendar los males de

nuestra relación. Yo también tengo preparativos que hacer para el viaje, que tienen que ver con la única otra esperanza que tenemos: nuestras minas.

Yakim y Ventralli no saben que hemos hallado el barranco mágico… y si Noam se sale con la suya, lo cual es muy probable, no van a enterarse hasta que pueda abrirlo. Lo que significa que todavía quieren las minas de Invierno para buscar por su cuenta, y tal vez Verano esté dispuesto a brindar apoyo a cambio de un pago, aunque ellos tengan su propio acceso a los Klaryn. Mientras recorremos sus reinos en busca de las llaves, podríamos forjar una alianza basada en un comercio claramente definido, no en este juego mortal e indefinido que juega Noam.

No puedo controlar si encuentro o no las llaves antes que Cordell, ni si se van a encontrar las llaves, ni si obtendré respuestas sobre cómo reparar mi magia… pero aunque la búsqueda resulte infructuosa, al menos Invierno saldrá de esto con *algo*.

No voy a regresar de este viaje sin un modo de mantener mi reino a salvo.



Meira

Los soldados cordellanos que nos escoltaron al palacio apenas se inmutan cuando salgo a toda velocidad. Solo a dos personas les importa, y su presencia aporta una serena seguridad a mi mente acelerada.

Conall no dice nada: simplemente me sigue cuando doblo a la derecha, internándome más en el palacio. Garrigan lo sigue de cerca, igualmente callado; su rostro refleja tensión y curiosidad mientras que el de Conall está rígido y decidido. Probablemente los dos se preguntan qué pasó, pero por una vez su rango les impide hacer preguntas.

Me recojo la falda con los puños y sigo caminando, con la espalda recta. Soy la reina, y estoy comportándome exactamente como lo haría una reina: orquestando maniobras políticas.

Por suerte, el Palacio de Jannuari da más realce a mi ilusión de ser reina que cualquier otra cosa. Todo el lugar da una impresión de realeza… si me concentro en lo que podría ser, no en la ruina que es.

Antes de que me enterara siquiera de que yo era la reina, Hannah me mostró sus recuerdos del palacio por medio de nuestra conexión compartida con la magia. Vi el salón de baile, el gran espacio cuadrado que se desplegaba desde la escalera de mármol en una nube henchida de un blanco tan puro que todo el salón resplandecía. Me mostró los pasillos, cada uno más alto que el anterior, iluminados por antorchas de pared que echaban luz sobre aquella perfección de marfil. Todo era blanco: las tallas en las paredes, las esculturas colocadas en nichos, las molduras que danzaban formando círculos y cuadrados en el cielorraso. Todo era bello, y estaba entero, y perfecto.

Todas aquellas imágenes contrastan con lo que veo ahora, creando un *collage* de viejo y nuevo, entero y roto. Los recuerdos de estatuas blancas en cada nicho y de velas encendidas sobre las mesas y las paredes de paneles blancos se mezclan con el palacio semidestruido que existe ahora, con huecos vacíos en las paredes y pilas de escombros.

Se enciende una chispa de nostalgia. Hannah mostrándome cómo era Invierno: ese era uno de los pocos buenos recuerdos que tengo de ella. Al recordarlo ahora…

Encontraré la manera de recuperarla. Al menos, creo que quiero recuperarla. Abro de un tirón una puerta que lleva al sótano. Garrigan y Conall me siguen hacia el aire

aún más gélido; las paredes grises forman un contraste inesperado con los pasillos color marfil que hay más arriba. Caminamos hasta llegar a un pasillo, más piedras que forman un piso y paredes con pesadas puertas de hierro.

A semejanza de las minas que se extienden por debajo de los Montes Klaryn, hay un laberinto de habitaciones muy por debajo del Palacio de Jannuari, con pisos de piedra desgastados por años de pisadas, los nichos cubiertos de polvo pero aún en condiciones de sostener globos con fuego titilante. Estos pasillos alguna vez albergaron oficinas, depósitos o hasta calabozos, pero ahora las habitaciones están en su mayoría cerradas y en desuso.

Salvo algunas hacia el final.

Me doy prisa y mis pasos resuenan ligeros sobre las piedras. Derecha, izquierda, derecha otra vez, hasta que llego a un pasillo corto con tres puertas, todas bien cerradas.

O al menos… *deberían* estar bien cerradas.

Hay una abierta a mi derecha, lo que me preocupa un momento hasta que recobro la compostura. Acabamos de regresar de Gaos: los soldados aún no terminan de depositar nuestros recursos más recientes. Son ellos, eso es.

Pero cuando me acerco a la puerta, quedo muda de asombro.

—¿Mather?

No se levanta; está sentado en el suelo delante de un cajón, papel en una mano, pluma en la otra. Las piedras, pedazos de roca recubiertos de tierra, todavía no han sido pulidas y convertidas en las gemas brillantes y facetadas que deben ser. La luz de las antorchas que están detrás de mí se refleja en el botín: anaranjada y amarilla, fantasmal y danzante, toca cada pieza y se aparta rápidamente.

Al verlo siento una vibración que me recorre todo el cuerpo, porque a no ser por Conall y Garrigan, que se quedan unos pasos más atrás, estamos solos.

Mather levanta la vista con el ceño fruncido, como si esperara ver a alguien que espera órdenes. Pero cuando me reconoce, su rostro se pone tenso.

—No eres un cordellano.

Frunzo el ceño.

—¿Debería serlo?

Recobra la compostura, y sus ojos me recorren de la cabeza a los pies, tan rápidamente que si yo hubiera parpadeado no lo habría visto.

—Yo… ¿Por qué estás aquí abajo, mi reina?

Es lo más cerca que hemos estado en varios meses… ¿y me dice *eso*?

—¿Por qué estás *tú* aquí abajo? —replico.

—Estoy ayudando. No deberías estar aquí… es peligroso.

—¿Peligroso?

—Podrías quedar aplastada —explica, señalando las pilas de cajones que lo rodean.

Ninguna es más alta que mi cadera.

Vuelve a concentrarse en el papel y toma algunas notas; la mano le tiembla muy ligeramente al escribir.

—Peligroso —repito. Se me tensa la mandíbula. Él se queda callado, simulando estar en otra cosa, y la quietud hace que la última hora (y la última semana, y los últimos meses) empiece a afectarme—. ¿Te preocupas por mí? —pregunto, cortante —. Tendrás que perdonarme, ya que las únicas veces que hemos interactuado en los últimos tres meses han sido en reuniones con una docena de personas más. Entenderás, entonces, por qué puede resultarme confuso que pienses en proteger a la reina de Invierno, cuando en los últimos meses te has comportado como si no te importara un rábano. Pero no te preocupes: tengo otras personas en mi vida que han perfeccionado la capacidad de simular interés. No me debes ningún favor.

Eso lo obliga a prestarme atención otra vez.

—Yo no… *¿Qué?* —Queda boquiabierto y mira alrededor como buscando una explicación entre los cajones—. Yo estaba aquí sentado, haciendo el inventario para tu reino, cuando entraste de repente. ¿Qué debería haber dicho? Santo hielo, ¿necesitas alguien a quien gritarle?

—¡Sí!

Se sobresalta y quedo boquiabierta, y todo mi enojo desaparece ante el embate de emociones mucho más intensas.

Lo echo de menos. Tanto que me duele el pecho, y no puedo creer que el dolor no me haya matado aún. Lo único que quiero es decir lo correcto, oírlo reír y hacer chistes sobre sus prácticas de lucha con Sir. Necesito conversar con él, que seamos como antes, dos niños enfrentándose juntos a una guerra. Así me siento ahora, pero esta vez… no soy una niña. Y no estoy con él: estoy sola.

Vacilo.

—No debería haber…

Pero los ojos de Mather adquieren una mirada enojada; deja la pluma y se pone de pie. Algo en su semblante se quiebra un poquito, y separa las piernas como preparándose para una pelea.

—De acuerdo —dice, con los brazos cruzados, arrugando el papel con el puño cerrado—. Grítame.

Entorno los ojos.

—¿Que te grite?

Mather asiente.

—Sí. Adelante. Yo… —Se interrumpe y cierra la boca con un *clic* audible. Gira en otra dirección, vuelve a enfrentarme y frunce los labios con frustración nerviosa —. Lo menos que puedo hacer es dejar que me grites. Los dos sabemos que me lo merezco. Así que —añade con una seña para que continúe— grítame.

Enderezo los hombros y abro la boca, pero no me sale nada. Sí, se lo merece. Pero con gritarle no voy a volver atrás todas las veces que lo busqué en las reuniones solo para encontrarlo apocado en un rincón, participando tanto como se esperaría de

alguien que acaba de ser nombrado lord de Invierno, pero no tanto como esperaría de mi amigo. Ni siquiera creo que vaya a hacerme sentir mejor, porque solo acabaría tan derrotado y abatido como Theron.

Mather arquea una ceja blanca.

—No es necesario que grites, si no quieres. Bastaría con un susurro ligeramente alto.

Suspiro.

—No es a ti a quien debería gritarle.

—¿Hay alguien que lo merece más que yo?

Intenta poner un toque de humor, pero me recuerda las cosas que me preocupan.

—¿Cómo hiciste esto? —susurro; mis labios secos se agrietan por el ambiente frío.

Mather se tensa. No parece nada confundido por mi pregunta.

—Me concentré en mi deber. Puse primero a Invierno, por encima de todo lo demás. —La repentina pesadez en sus ojos contradice lo que acaba de explicar—. Pero creo que me equivoqué. Si ahora fuera rey, haría las cosas de otro modo.

—¿Qué? ¿Cómo?

Se encoge de hombros y sus palabras salen más aceleradas.

—No me concentraría tanto en Invierno. Me permitiría concentrarme también en… otras cosas. Invierno no lo es todo.

—Sí, lo es —replico—. Hiciste bien en concentrarte en tu deber. Eso es lo que yo intento hacer, pero siento que apenas lo estoy logrando.

—¿Pasó algo?

La expresión de Mather me resulta familiar… pero no es lo que espero.

No hay temor. No hay quebrantamiento. Solo fuerza.

He estado esperando que él sanara por sus propios medios. Esperando, necesitando y *deseando* que, de alguna manera, resolviera los conflictos de nuestras vidas para poder recuperar a mi amigo.

¿Será que lo consiguió? ¿Habrá aceptado nuestra nueva vida?

¿O acaso simplemente esconde su dolor como todos los demás?

—Encontramos el barranco mágico —le cuento; pronuncio cada palabra como para poner a prueba la fuerza de Mather—. Y Noam nos está enviando a buscar el modo de abrirlo. Iremos a Verano, Yakim y Ventralli, y se me ocurrió que…

—*¿Qué?* —exclama Mather—. ¿Lo encontraron? ¿Cuándo? ¿Dónde?

—En la Mina Tadil. Hace unos días.

Se retrae, con ojos distantes, y piensa.

—Noam no estaba en Invierno cuando lo encontraron.

Sacudo la cabeza.

—¿Y por qué, en el nombre de todo lo que es frío, se lo dijiste?

—Yo no quería decírselo —replico, de mal modo—. Theron…

Ay, no.

—No —resuella Mather—. ¿Theron se lo dijo a Noam?

No respondo, y mi silencio lo confirma. Tras una pausa, Mather rezonga, y me preparo para oír una perorata. Este será el momento en que me diga cómo estamos ahora: el modo en que reaccione a Theron.

Pero Mather se limita a suspirar.

—Hizo mal.

Contengo el aliento y se me cierra la garganta por el consuelo inesperado que me ofrece.

Toso y salgo de mi aturdimiento.

—Pero no vine por eso. Necesito productos. Aparte de los que debemos dar a Otoño y a Cordell.

Mather entorna los ojos.

—¿Quieres productos? ¿Por qué?

—Antes de que se planeara este viaje, Ventralli y Yakim me invitaron a sus reinos, y mientras esté allá quiero aprovechar su interés en nosotros. Darles algunas joyas como ofrenda de buena voluntad como símbolo de intercambio de propiedad de algunas minas nuestras, para que nos… apoyen.

A Mather se le ilumina el rostro y sus cejas se levantan mientras sonríe. Esa sonrisa que le abarca toda la cara, que me bombardeaba constantemente cuando éramos niños y me hace temblar las rodillas.

—Quieres separar un poco de lo que le debemos a Cordell —aclara.

Asiento.

—Más de lo que imaginas.

Lanza una carcajada.

—Creo que lo puedo imaginar bastante bien. —Se acerca y levanta el papel en el que estaba tomando notas, solo que ahora está arrugado por haber estado en su mano —. Soy uno de los inverneños que ayudan a clasificar los recursos de las minas. Y supuestamente todo lo que se extrae debe ir directamente a Cordell y Otoño esta noche, pero… —Hace una pausa y en sus ojos se enciende una chispa traviesa—. No me pareció que darles *todo* fuera la mejor manera de invertir en el futuro de Invierno.

Ladeo la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—He estado separando un poco de cada remesa para ayudar a reconstruir nuestro tesoro.

Quedo atónita.

—¿C… cuánto?

Mather echa un vistazo al papel.

—Cinco cajones. Lo cual no es mucho, lo sé, pero no quería que los cordellanos se dieran cuenta de que falta una parte de su preciado pago.

Ha estado ayudándome, ayudando a Invierno, de maneras que yo ni siquiera sabía que necesitaba.

Me lanzo hacia él y lo aferro del brazo.

—Gra…

Sus ojos bajan hacia mi mano; cada parte de su cuerpo se paraliza cuando lo toco. No me aparto, y su mirada empieza a subir por mi brazo. Mi otro brazo está cubierto por una manga ceñida color marfil, pero este está descubierto hasta la clavícula. No había reparado en cuánto más revelador es que la ropa que suelo usar… cuando estoy con él. Camisa, pantalones y botas.

Y cuando los ojos de Mather llegan a los míos, sus mejillas se ponen de un tono escarlata tan subido que ni siquiera la iluminación tenue de esta habitación logra disimularlo. Me recorre una oleada de frío, la sensación helada de caer en una pila de nieve, y cada parte de mi cuerpo se estremece, despierta. Me invade la sensación de estar expuesta pero a la vez demasiado cubierta, y cuanto más me mira Mather, más frío siento el cuerpo.

Súbitamente me aparto de él y cierro los dedos contra la palma de mi mano.

Mather traga en seco, con la garganta convulsionada.

—Me alegra haber podido ayudar. Pero… —Se interrumpe—. Ya eres mejor gobernante de lo que yo fui jamás.

Sacudo la cabeza para resistirme al modo en que Mather me mira, como estudiándome, observando lo cerca que estamos, cuánto más cerca podríamos estar. Yo quería que volviera a mi vida para tener su apoyo; quería alguien que me ayudara a salvar nuestro reino… no una complicación más.

Pero mi corazón dice otra cosa, con su golpeteo insistente y deliberado contra mis costillas.

Él ayudó a Invierno. No está desarmándose de solo oír hablar de problemas, ni trata de evitarlos.

—Cinco cajones —repito—. ¿Será suficiente?

Mather vuelve a concentrarse en nuestra conversación.

—¿En cuánto estabas pensando?

Sonrío. Las mejillas aún sonrosadas de Mather vuelven a enrojecer.

—Más —le respondo—. Mucho más. Lo suficiente para enviarle un mensaje decisivo a Noam.

Mather asiente.

—Apoyo cualquier plan que sirva para irritarlo.

Río. El sonido me sacude, agudo y repentino, y me cubro la boca con las manos.

—Se te permite reír —me recuerda Mather, riendo entre dientes al ver mi sorpresa.

La parte de mí que pasó tanto tiempo echándolo de menos suspira, satisfecha.

En el pasillo resuenan pasos, que rebotan en las piedras como guijarros que ruedan por la ladera de una montaña. Me doy vuelta cuando Sir llega a mi lado.

—Mi reina. —Sir mira brevemente a Mather, que se yergue y endereza los hombros en una súbita postura de alerta. Pero Sir no le dedica más que un vistazo, y

su atención vuelve hacia mí—. Tenemos que hablar del viaje.

—Lo sé… pero todavía no.

Me vuelvo otra vez hacia Mather. La idea que plantó echa raíces y despliega unas hojas anchas, impulsando una temeridad similar a la de aquella niña alocada que era yo antes.

Pero aunque aquella niña cometía errores, ella es la razón de que yo tenga un reino que gobernar. Tengo conmigo misma la deuda de al menos intentar volver a ser ella, siquiera un poco.

—¿Dónde pusiste esos cinco cajones? —pregunto a Mather.

Su postura se relaja y me hace una seña para que lo siga.

Tomamos otro pasillo, pasamos por dos habitaciones y Mather se detiene, a la cabeza del grupo formado por Sir, Conall, Garrigan y por mí. Saca una llave del bolsillo y abre una puerta, y al abrirla de par en par revela un espacio cubierto de suciedad, más pequeño aún que las habitaciones por las que acabamos de pasar.

Pero en el fondo hay cinco cajones, cada uno lleno de trozos abultados del futuro de Invierno.

Giro hacia Sir.

—En la ceremonia de esta noche, que lleven solo estos cinco cajones.

Sir parpadea.

—Mi reina, Cordell espera mucho más que esto.

—Tendrán lo que merecen a su debido tiempo. Pero por ahora… tenemos una necesidad mayor.

El velo de formalidad de Sir se levanta, y deja entrever su preocupación.

—Cordell es nuestro único aliado, mi reina. No es sensato hacerlos enojar.

Lo sé, y casi lo admito, casi cedo en mi frágil certeza. Lo que estoy haciendo es algo puramente de la antigua Meira, algo impulsivo e imprudente, la parte de mí que se escabullía en busca de mi chakram. La parte de mí que aúlla de furia cada vez que tengo que usar mi magia o que Noam endurece el puño que aprieta a Invierno. La parte de mí que quiere ser alguien *importante*.

—Por eso mismo voy a conseguirnos más aliados —respondo a Sir.

Es peligroso, pero necesitamos estos recursos para obtener aliados que nos den un poco de ventaja.

Noam se pondrá *furioso*.

Y en este momento, eso me parece maravilloso.



Meira

Dendera le da una última palmadita a mi cabello.

—Lista.

Nessa chilla de alegría y enseguida se cubre la boca con las manos. Mis ojos se dirigen al reflejo de Dendera, con el corazón alborotado en la garganta. Su entusiasmo es casi tan palpable como el de Nessa, aunque no tan vocalmente expresiva.

Cierro los ojos, la espalda derecha, el rostro impasible. Cuando mire, veré a una persona capaz y serena, mezcla de guerrera y líder. Puedo ser la reina de Invierno y la huerfanita guerrera a la vez, tal como lo demostrará esta noche mi acto de desafío contra Noam.

Abro los ojos.

Mi cabello, recogido en parte con un peinado de trenzas y en parte suelto sobre los hombros, brilla con el blanco más radiante. Mi vestido tiene broches de plata en los hombros, que dejan mis brazos al descubierto, y un cinturón que me ciñe la cintura. Llevo al cuello, descansando contra el marfil de mis clavículas, el Conducto Real de Invierno: el relicario de plata en forma de corazón con un solo copo de nieve blanco grabado en el centro.

Sonrío, ensayando una expresión del mismo modo en que Dendera me hacía probar distintos vestidos. Mi actuación no convence, y se me aprieta el estómago con el nudo omnipresente de preocupación de que esto sea un error. De que me equivoco con los planes que he hecho, de que no necesito ser imprudente ni impulsiva, ni hacer cosas que *sé* que son peligrosas.

Pero conservo esa sonrisa en mi cara hasta que me duele.

Me aliso la falda con tablas y salgo de mi cuarto detrás de Dendera y Nessa.

Conall y Garrigan nos siguen, además de Henn, que toma la mano de Dendera. Sonrío a Dendera a hurtadillas, pero está demasiado absorta con Henn y no me ve.

Mi comitiva y yo recorremos los pasillos del palacio, dando un rodeo para entrar al salón de baile por la puerta más cercana al fondo. Sé lo que nos espera del otro lado de la puerta: un estrado, además de soldados cordellanos, Noam, Theron, los otoñeses y mi gente, todos entusiasmados por la ceremonia.

Yo también debería estar entusiasmada. Pero un arranque repentino de música hace que a mi alrededor todos se paralicen, como si nadie estuviera seguro de estar

oyendo lo que creen oír. Me digo que debo cruzar la puerta que conecta este pasillo con el salón de baile, pero no puedo.

Esta música. Es etérea y delicada, y resuena en las paredes que me rodean como una ola de perfección sin pretensiones. Si pudiera adjudicar notas al sonido de los copos de nieve al caer, o al agua al cristalizarse y convertirse en hielo, o a la nieve que flota en las ráfagas de viento, sería este.

Así suena Invierno.

Dendera me aprieta el brazo, emocionada, con una sonrisa soñadora.

—Los instrumentos son liras; las encontraron entre los restos del palacio. Parece que Angra no destruyó todos nuestros tesoros.

Todavía, pienso instintivamente, y esto me saca del trance de la música. Pero no: está muerto. Finn y Greer no trajeron noticias de él. Y aunque regrese, de alguna manera, tendré aliados unidos que se opondrán a él. Ya no puede hacernos daño.

A nuestra izquierda se abre una puerta, que deja entrar una oleada de aire rancio desde los pasillos de piedra del subsuelo. Sale Sir, seguido por Greer y Finn; cada uno lleva en los brazos por lo menos un cajón. Los productos que indiqué para Cordell y Otoño.

Sir me mira con los ojos entornados.

—Mi reina, ¿estás segura de que quieres seguir adelante con esto?

Vacilo, a punto de cambiar de idea.

—Sí.

Acomoda los cajones que sostiene; su rostro revela la incertidumbre que siente.

—Confío en ti, mi reina. Todos confiamos en que tomes las mejores decisiones para nuestro futuro, pero…

Apoyo una mano en su brazo.

—Por favor, William. Déjame hacer esto. Déjame hacer el intento.

Eso lo silencia, y me mantiene la mirada en silencio como si buscara algo en mis ojos. Pero no dice nada más, y Nessa me toma de la mano y me lleva hasta el final de este pasillo de marfil. Me recuerda a todas aquellas veces, en April, en que se aferró a mí en busca de fuerza o por la sola necesidad de comprobar que estaba allí.

Mis dedos se cierran sobre los suyos, y Dendera abre la puerta.

La celebración se despliega a nuestro alrededor, en el salón de baile semidestruido. El lado sur del techo falta por completo y solo queda una parte de la pared, lo que deja entrar copos de nieve y deja ver el gris del cielo nocturno. Una escalera de mármol ubicada contra la pared opuesta conduce al ala donde se encuentra mi habitación y algunas decenas más. Las otras paredes se alzan tres pisos hacia arriba, cubiertas por las mismas molduras de marfil y los mismos realces plateados que adornan el resto del palacio. Las paredes están surcadas por grietas como serpientes irregulares, y de tanto en tanto, del techo roto se desprenden trocitos de argamasa como una lluvia fragmentada.

Pero al entrar, no tengo otra impresión que la de un salón de baile completo en todas sus partes.

Todo el mundo está aquí. Todos los residentes de Jannuari, los visitantes otoñeses, algunos soldados cordellanos, todos socializando entre la música de las liras y el cielo con nubes de nieve. Y todos los inverneños se las han ingeniado para tener al menos una prenda blanca para ponerse en honor a nuestro reino: una camisa, una pañoleta o un vestido con motivos blancos sobre gris. Hay cientos de cabezas blancas con atuendos blancos, girando y moviéndose como copos de nieve. La nevisca de Invierno.

El estrado se encuentra a la derecha de la puerta por la que acabo de entrar, adornado con penachos de seda blanca y conjuntos de plantas inverneñas, espigas perennes y campanillas de invierno en flor. El aroma fresco a pino y la fragancia dulce de las flores se mezcla con el aire frío que entra por el techo, creando un ambiente que impregna todos mis nervios con pensamientos de invierno.

El ambiente pierde un poco su encanto cuando veo quiénes esperan en el estrado: Noam, Theron y dos miembros de la realeza otoñesa.

Me las he ingeniado para eludir a Theron desde nuestro encuentro anterior, ya fuera quedándome en mi cuarto o en el sótano. Ahora lo miro a los ojos, y veo en ellos una pregunta con visos de preocupación y envuelta en ansiedad.

Mi atención salta de él a su padre; los dos están muy erguidos con sus uniformes cordellanos verdes y dorados. Absolutamente normales, como si no hubiéramos encontrado la entrada del barranco mágico.

Concéntrate. Respira.

A diferencia de Noam, los otoñeses han tenido la decencia de quedarse en su propio reino desde el renacimiento de Invierno, para darnos tiempo a recomponernos, lo que significa que todavía no los conozco. El rey Caspar Abu Shazi Akbari, cuya dinastía está conectada al conducto de linaje femenino de otoño, está de pie junto a su reina, Nikoletta Umm Shazi Akbari, la hermana de Noam, de cuyo matrimonio nació la heredera que Otoño necesitaba tras dos generaciones sin hijas.

Caspar me observa con tanta atención que me preocupa la posibilidad de caerme hacia atrás. Tiene el cabello negro hasta los hombros, la piel cobriza y los profundos ojos negros de Otoño. Su túnica dorada brillante sobre pantalones rojo rubí parecen demasiado sencillos para un rey, pero la fina hebra de hojas de oro que lleva entrelazada en el cabello proclama su posición social.

Nikoletta, en cambio, me mira con una sonrisa radiante. El cabello oscuro con ondas suaves le cae sobre los hombros, mucho más claro que el tono negro noche de sus súbditos otoñeses. Lleva sobre la cabeza una corona de rubíes con una cantidad de cuentas que cuelgan de ella. De la parte trasera de la corona cae una tela roja que se confunde con el rojo sangre del vestido, que está adornado con flores doradas y más rubíes.

—Tengo el inmenso honor de presentarles…

Doy un respingo. Dendera se ha acercado al estrado y su voz pide silencio entre la música y las voces que conversan. Todos se dan vuelta hacia nosotros.

—… a la salvadora de Invierno…

Nessa me jala de la mano, casi saltando de entusiasmo, pero no puedo sentir lo mismo. Entre la multitud, del otro lado del estrado, Alysson mira a Dendera con una gran sonrisa, con un brazo enlazado en el de Mather. Pero él me mira directamente, sin parpadear. Su boca se abre como si quisiera decir algo, pero se contiene en el silencio pesado del salón y vacila. Atrapado entre esos tres meses que pasamos sin hablarnos y el momento que compartimos hoy, más temprano.

Antes de que llegue a ocurrir nada, la voz de Dendera estalla en el salón con tanta intensidad que temo que lo que queda del techo se desmorone.

—… ¡la Reina Meira Dynam!

La multitud, que estaba escuchando con atención, empieza a aplaudir en una explosión frenética que apaga el sonido de las liras, que vuelven a empezar. Nessa me suelta la mano y me acerco al estrado con pasos cautelosos, con los vítores de la gente en mis oídos. Mi gente, *aplaudiendo*.

Pase lo que pase, esta ceremonia valió la pena, aunque sea para oír a mi pueblo tan feliz.

Guardo sus voces en el fondo de mi corazón y subo al estrado. Noam, Theron, Nikoletta y Caspar quedan a mi derecha. Están tan cerca que sé que pueden verme temblar y probablemente me oyen respirar con dificultad.

El entusiasmo de la gente empieza a aplacarse hasta que se hace un silencio más pesado que cualquier aplauso. Todas las miradas recaen sobre mí.

—Estamos hoy aquí… —Tengo la boca seca, me cuesta pronunciar las palabras con fuerza—. Estamos hoy aquí para expresar nuestro agradecimiento por los valientes actos de Cordell y Otoño.

Hago una seña a Sir, Greer y Finn para que se adelanten con los cajones.

—Estos últimos meses nos han permitido reabrir nuestras minas, lo que significa que Invierno ha vuelto a ser un reino viable, vivo.

Esto último se lo digo a Noam, con la mirada fija en él aunque mi voz llega a todo el salón. Sus ojos vacilan cuando mis hombres me flanquean en el estrado.

Hago una seña a Finn para que se adelante con sus dos cajones.

—Para Otoño, el primer pago de una gran deuda.

La multitud aplaude con reverencia mientras Finn coloca los cajones a los pies de Caspar, que inclina la cabeza en agradecimiento mudo, y Nikoletta aplaude suavemente. Ninguno de los dos parece decepcionado por la magra ofrenda: de hecho, en todo caso parecen agradecidos de estar aquí.

Hago una seña a Sir y Greer.

—Y para Cordell, el primero de muchos pagos.

Noam observa los tres cajones que le colocan a los pies y luego me mira a mí, a Sir, y más atrás, hacia la puerta del salón. Nadie más se acerca con el resto del pago.

Noam se transfigura. El resplandor de la daga que lleva sujeta a la cadera pasa de un lavanda delicado a un índigo intenso.

—Tiene que ser un error —dice en voz baja, solo para los que estamos en el estrado.

Sir y Greer retroceden y vuelven a ubicarse al lado de Finn, en el costado del escenario. Yo sonrío con toda la serenidad que puedo, haciendo caso omiso del modo en que Theron me observa, callado, evaluándome.

—Invierno les debe mucho a Otoño y Cordell —digo, manteniendo la voz elevada—. Y seguiremos pagándoles a ambos hasta saldar nuestras deudas. Agradecemos a estos reinos por su servicio y sacrificio.

Empiezo a aplaudir, poniendo fin a la ceremonia, y la gente me imita. Vuelven a atronar los aplausos y vítores, igual que la música de las liras, en celebración posceremonia. Los invitados se dejan llevar por el bullicio y se mueven en grupos que conversan, todos agradablemente distraídos. Noam me aferra del brazo antes de que llegue a bajar del estrado.

—Esto no termina aquí —gruñe; sus dedos me lastiman la piel desnuda.

Lo miro, pero no lo veo. El fuerte impulso de la magia que vive en mi cuerpo se conecta con la magia de Noam a través del contacto de piel con piel, y los recuerdos se transmiten de su cabeza a la mía, los mismos que ya he visto antes: Noam, junto al lecho de muerte de su esposa, pero hay algo en su remordimiento que no parece… natural.

Me inundan emociones violentas que opacan todo lo demás.

Voy a destruirla, piensa Noam. *No dejaré que una niña me niegue lo que es mío*.

Sir aparta a Noam.

—Nada de eso aquí —gruñe, con los dientes apretados.

Un movimiento en el límite del estrado indica que los soldados cordellanos se han puesto alertas y esperan la orden de Noam. Más allá, las risas y la música de la fiesta no menguan; nadie más que nosotros está al tanto de la tensión.

Me acerco a Noam.

—Vamos a pagarle lo que le debemos, pero Invierno nunca accedió a las cosas que usted exige.

Noam se adelanta, y su aliento caliente me da en la cara.

—No puedes ganar contra mí, niña-reina. Voy a arrasar este reino con tanta brutalidad como la Sombra de los Estacionales, si es necesario.

Theron aferra el brazo de su padre.

—No lo dices en serio, ¿verdad?

Noam no deja de mirarme.

—Sí. —Ladea la cabeza y su ira se transforma en una nueva expresión: desprecio —. ¿Qué piensas hacer con los recursos que te guardaste? Anda. Aprovecha este viaje para negociar ayuda para tu patético reino. Pero debes saber esto… —Me clava un dedo y retrocedo, sobresaltada; la sorpresa me hace maleable. ¿Sabe lo que planeo

hacer?—. Por más aliados que consigas, no podrán salvarte de mi ira. ¿Crees que les tengo miedo a los otros Rítmicos? No, *milady*… este es el último acto de impudicia que voy a tolerar. Voy a quedarme en Invierno mientras recorres el mundo, y si regresas sin una manera de abrir esa puerta, voy a apoderarme de tu reino por la fuerza. Basta de juegos, basta de demoras; Invierno será *mío*. Demuéstrame que sirves para algo. Haz que me alegre de haberte dejado vivir.

Theron empuja a su padre y lo hace tambalear hacia el borde del escenario.

—Basta.

Pero Noam está demasiado furioso para que pueda intervenir. Se le contrae el labio superior con un gruñido y toma a Theron por el brazo con fuerza implacable.

—No creas que no sé dónde está tu corazón, muchacho. Este viaje no es solo una prueba para Invierno… demuéstrame que eres digno de ser mi heredero. No toleraré más juegos de *ninguno* de ustedes.

Se me cierra la boca y se me acalambran los músculos, y lo único que veo, siento y pienso es un pánico palpitante, reverberante, que empieza en mis entrañas y se extiende por todo mi cuerpo. La magia empieza a subir como un ventarrón amenazante, que se abre paso más y más hacia la superficie.

Trago en seco, con un nudo en la garganta. *No, ahora no…*

Antes de poder añadir más pruebas de mi debilidad a la cruzada de Noam, bajo del estrado a toda prisa, la mano contra el pecho, intentando —sin lograrlo— y rogando que la magia vuelva a comprimirse dentro de mí.

Yo causé esto. Era obvio que Noam descubriría mi plan; fue una tontería pensar que no lo haría. Y ahora tenemos un plazo.

¿Debería haberle permitido desangrar a mi reino? ¿Debería haberlo aceptado todo sin resistir? No, claro que no. Pero no así. No como… yo.

La magia chisporrotea y me quita el aire de los pulmones. Cruzo la puerta, tambaleándome, y vuelvo al pasillo; el bullicio de la celebración se apaga en las paredes altas y estrechas. Alguien me dice algo, a lo lejos y como entre una niebla, y me suenan las rodillas cuando caigo al suelo. Pero no voy a usar mi magia… no soy débil, no tengo miedo, *soy la reina*.

—¡Mi reina!

Sir se arrodilla frente a mí.

Me sostengo contra el suelo y aprieto los dientes.

—Yo… provoqué eso…

El rostro de Sir se suaviza. *Se suaviza*.

—Lo intentaste, mi reina. Pero ahora entiendes.

Lo miro, desconcertada. Sus palabras se hunden en mi mente como piedras en un estanque.

Él me dejó hacer esto. Y no está enojado… está expectante. Como si me hubiera permitido este pequeño recuerdo de quién era yo antes para poner a prueba mi

crecimiento. Hannah habría hecho lo mismo: me habría dejado lanzarme con todo, sabiendo que me daría cuenta de mi error y volvería derrotada a hacer lo correcto.

Entiendo, sí. Siempre entendí, pero pensé… tenía la esperanza de poder manejar esto siendo *yo*.

Pero solo una reina puede gobernar un reino, no una huerfanita guerrera. Nadie más puede lidiar con su pasado; ¿por qué pensé que el mío nos ayudaría?

A mi alrededor están Nessa, Conall y Garrigan, con caras de preocupación. Sir sigue arrodillado a mi lado, inexpresivo.

—¿Te encuentras bien, mi reina?

—No —gruño. Lo odio por no haber creído en mí; me odio a mí misma por haber creído en mí—. Pero juro que voy a estarlo.



Mather

Cuando Meira apareció junto al estrado, con las mejillas encendidas del tono rosado más atractivo, la tela de su vestido adhiriéndose a sus piernas, Mather entendió con más violencia que nunca el significado de la palabra «perfección».

Y se habría odiado por pensar en eso, de no ser por la conversación que habían tenido unas horas antes y que seguía fresca en su memoria. Aquella en la que se habían sentido otra vez como ellos mismos: él, capaz de ayudarla, y ella, una muchachita indómita con ideas letales en los ojos.

Ahora no lograba apartar la mirada mientras ella estaba de pie ante la multitud, pronunciando palabras amables acerca de la gratitud y de la gran deuda contraída con Cordell y Otoño. Estaba allí adentro, en alguna parte. La muchacha con la que él se había criado. Estaba allí adentro, y él también estaba aún aquí, y tal vez, solo tal vez…

La realidad lo golpeó.

No eran ellos mismos. Él era un lord y ella, una reina, y Theron era… de ella. Theron, que ahora la miraba y le sonreía. Mather deseó poder detectar siquiera un asomo de deshonestidad en aquella sonrisa… pero era pura y verdadera, y Mather lo odiaba por eso.

Por eso había evitado a Meira durante tanto tiempo. Para no tener que ver también a Theron, y recordar que ella había encontrado a alguien mejor que él.

Mather giró hacia su izquierda, apartándose de Alysson, y se perdió entre la multitud que seguía absorta en el discurso de Meira. Acababa de idear un plan para salir discretamente del salón de baile cuando un muchacho del entrenamiento militar se interpuso en su camino.

—¿Lord Mather?

Mather se echó atrás y sus pensamientos se dispersaron. Se oyeron aplausos y música de liras; seguramente Meira había terminado su discurso.

—Mather a secas —lo corrigió—. Philip, ¿no es así?

—Phil a secas —respondió Phil con una gran sonrisa, y señaló hacia la ciudad—. Algunos amigos hicieron un trato con los cordellanos a cambio de cerveza. Me parece que te vendría bien un vaso.

Una risa logró salir de la garganta de Mather.

—¿Tan obvio es?

Phil asintió sin mucha decisión.

—Bueno, supongo que esta noche hay dos clases de personas aquí. —Echó un vistazo detrás de Mather para ver la multitud que ahora bailaba y conversaba—. La mayoría está celebrando. Los demás están tratando de olvidar que hace dieciséis años que Jannuari no tiene una celebración así. —Vuelve a mirar a Mather—. Y tú, decididamente, estás en el segundo grupo.

Mather se encogió de hombros.

—No quiero olvidar —admitió, y miró por encima del hombro a Meira, que todavía estaba en el estrado y conversaba con Noam, William y Theron. Aun desde esa distancia se dio cuenta de que la actitud segura de ella se había convertido en ansiedad: las manos apretadas contra el vientre, el labio inferior atrapado de vez en cuando entre los dientes en una mueca que le daba deseos de rodearle la cintura con un brazo, acercarle los labios al oído y prometerle que todo iba a estar bien.

—Ah —murmuró Phil.

Mather se volvió hacia él.

—¿Ah, qué?

—Ah, eres igual a todos los demás muchachos de Invierno. —Phil señaló a Meira con un gesto—. Estás enamorado de la muchacha que nos salvó. Es natural, supongo, perder la cabeza por la persona que hizo que nuestras vidas fueran menos horribles. No te preocupes, la cerveza también cura eso.

Mather parpadeó. Por supuesto que no era el único que amaba a Meira. Pero el tomar conciencia de ello lo hizo sentir aún más patético.

—Muéstrame dónde está esa cerveza que cura tantas cosas —dijo, y Phil rio entre dientes.

Salir del salón de baile no fue tan difícil como Mather había creído: nadie los miró siquiera cuando cruzaron las puertas y se hundieron en la noche. Las paredes del palacio amortiguaban el bullicio y la música, de modo que la transición desde el salón de baile a la noche abierta fue una paz instantánea. Mather inhaló los copos de nieve que caían danzando, pero Phil ya estaba a medio camino por el patio, internándose con rapidez en la ciudad a oscuras.

Aunque todos habían terminado ya de trabajar por ese día, el aire olía a aserrín y sudor, y los copos se adherían a todo lo que estaba a la vista. Mather metió las manos en los bolsillos y trató de no analizar las casas por las que iban pasando. William querría que esta tuviera un techo nuevo; esa necesitaba una puerta más robusta; las ventanas de aquella se podían salvar.

Phil le dio un empujoncito en el hombro.

—Cuando estés rodeado por personas que sienten lo mismo que tú, te sentirás menos lastimoso.

—¿De veras?

—No. Pero todos se entusiasmarán al ver al espadachín que los hace polvo todos los días.

Mather rio entre dientes.

Unas calles más adelante, Phil se acercó al trote a una cabaña y llamó a la puerta. Adentro se oían risas, que parecían fuera de lugar en la casa deteriorada. Las reparaciones aún no habían llegado a esta zona: la antigua puerta del frente tenía la madera gris y combada, y las ventanas a ambos lados estaban cubiertas con arpillera deshilachada. Todos los edificios de la calle estaban vacíos, y solo las risas que provenían de esta casa solitaria hacían las veces de barrera para la tristeza.

Abrió la puerta un muchacho, poco más joven que ellos, que esbozó una amplia sonrisa y le dio a Phil un puñetazo en el hombro.

—¡Llegas tarde! Empezamos sin ti.

Phil se aferró el hombro como si el golpe le hubiera dolido.

—Mientras ustedes, Soles, no hayan vaciado ya los barriles… Eli, Mather. Mather, Eli.

Eli entornó los ojos.

—¿Mather, el Rey Que No Fue?

Mather levantó las cejas. Nunca lo habían apodado así, pero probablemente lo habían pensado. No podía creer que ahora no le doliera oír eso.

—Mather a secas.

Eli no parecía convencido, pero volvió a entrar, anunciando a gritos que habría dos más en la mesa. Phil iba a seguirlo cuando Mather ladeó la cabeza.

—¿Soles?

Phil lo miró. La felicidad de su rostro se apagó momentáneamente, y por primera vez se le borró la sonrisa.

—Supongo que nunca habías oído eso, ¿eh?

Mientras Mather hacía un gesto con la mano para olvidar el tema, Phil respondió.

—¿Viste que los soldados de Primavera tienen soles negros en las pecheras? Así llegamos a llamarlos, al menos en el campamento Bikendi. «¡Silencio, vienen los Soles!». Ahora es un chiste entre los que estuvimos en Bikendi. —Phil hacía una mueca de dolor cada vez que mencionaba el nombre del campamento. Se encogió de hombros, mirando a las personas que estaban en la casa—. Son todos «Soles». Como que no valen nada, ¿entiendes? Nadie los quiere. Parece una ridiculez al explicarlo, pero así es.

Una mano invisible apretó la garganta de Mather con dedos fríos. Phil entró a la casa como si no acabara de señalar la mayor diferencia entre Mather y todos los demás presentes. Mather había estado en libertad mientras todos los demás estaban separados en cuatro campamentos de trabajo en Primavera: April, Bikendi, Zoreon y Edurne. ¿Lo odiarían por eso? ¿Acaso su presencia serviría para recordarles a todos cómo habían pasado su infancia temiendo a los hombres de Angra mientras que Mather había pasado la suya con su familia?

Mather entró a la casa con grandes pasos y cerró la puerta de un golpe. La habitación estaba casi a oscuras, iluminada apenas por algunas velas, y en el techo

había agujeros por donde entraba una lluvia de copos de nieve que caían sobre la única mesa, que estaba en el centro de la casa de una sola habitación. Cinco de los muchachos más jóvenes de las sesiones de entrenamiento, incluido Phil, estaban apiñados en torno a la mesa, copas en mano; las gotas de cerveza derramada teñían la madera de marrón oscuro. Había otra persona sentada lejos de la mesa, acurrucada en un taburete en un rincón. Una chica. Tenía las rodillas recogidas hasta la frente, y sus manos trabajaban furiosamente con algo, haciendo volar trocitos de madera. ¿Estaría tallando?

El portazo reverberó en la habitación. Los muchachos hicieron una pausa en sus risas alentadas por el alcohol para observar al recién llegado.

—Mather. —Phil levantó la mano desde su sitio en la mesa y fue señalando a los presentes a medida que decía sus nombres—. Trace, Kiefer, Hollis… y ya conoces a Eli. Kiefer y Eli son hermanos. El fantasma que está en el fondo es Feige, la hermanita de Hollis.

Feige dirigió a Phil una mirada que habría acobardado al soldado más endurecido.

—No soy un fantasma.

Phil puso cara de exasperación.

—Sigue diciéndolo, a ver si te convences, pequeña.

—Déjala en paz —dijo Hollis en un tono que, aunque sin alzar la voz, sonó a todos como la orden de un general. Era un muchacho corpulento, de hombros anchos, el mayor del grupo: tendría unos veinte o veintiún años. Tenía su silla acomodada de modo tal que podía ver a todos los presentes, y a cada rato echaba un vistazo a su hermana como para cerciorarse de que no hubiera desaparecido.

Phil miró a Mather y se encogió de hombros.

—Todos se niegan a aceptar la realidad. Pero supongo que de eso se trata, ¿eh? Negación líquida —dijo, y bebió un trago.

Trace rio entre dientes sobre su copa. Era mayor que Mather, pero no mucho, y tenía los músculos esbeltos de alguien que podría llegar a ser un fantástico soldado para el combate cuerpo a cuerpo. Con cuchillos, quizás, algo fácil de llevar, un arma que las víctimas vieran solamente cuando él quisiera.

—No te des aires de superioridad. —Trace miró a Mather al hablar, aunque sus palabras iban dirigidas a Phil—. Tú estás negándolo tanto como nosotros.

Mather se acomodó en una silla entre Phil y Eli y tomó la copa más cercana.

—La negación no tiene nada que ver. No hay manera de aceptarlo todo.

Eso no era cierto. William lo había aceptado, y Alysson, y todos los demás que se aferraban a la alegría de «Al menos estamos otra vez en Invierno». De alguna manera, habían podido aceptar que el hecho de estar nuevamente en Invierno bastaba para sanar su pasado. Y por eso a él no le importaban las consecuencias que podría acarrearle con William el hecho de beber para olvidar sus problemas… y peor aún, el de consentir que otros inverneños también bebieran para olvidar sus problemas.

Kiefer lo miró con cara de pocos amigos.

—¿Y tú qué sabes de esto? —le espetó. La pregunta hizo añicos el manto de ignorancia al que los demás se estaban aferrando, y de pronto todos se sintieron súbitamente incómodos.

Mather hizo girar su copa como removiendo su cerveza.

—Nada —confesó.

Kiefer se quedó quieto. No había esperado esa respuesta y, al cabo de un rato, bajó la mirada.

En el silencio que se produjo, Feige se levantó de un salto. Cruzó la habitación; el viejo piso de madera ni siquiera crujió bajo su peso escaso, y se detuvo al lado de Hollis.

—Vuelve a tu taburete —le ordenó su hermano.

Feige no le hizo caso, con la mirada fija en Mather y una serena certeza que convertía su rostro juvenil en un reto. Era muy menuda, pero Mather vio en ella la ferocidad que adquiere alguien que ha visto años de batallas y derramamiento de sangre. Esa chica no podía tener más de trece o catorce años, pero estaba… curtida. Esa fue la única palabra que se le ocurrió para describirla, pero ni siquiera así la describía por completo. Era una extraña combinación de gastada y endurecida.

—¿Por qué? —preguntó Feige—. Yo no estoy negando nada. —Miró a Phil con enojo, él bajó la cabeza al instante. Cuando se convenció de que se había rendido, se volvió hacia Mather—. ¿Qué tienes que negar tú, Rey Que No Fue?

La mano de Mather que sostenía la copa se tensó. Hollis se recostó en su silla, los músculos preparados, al acecho. Todos se prepararon, bebiendo grandes tragos de cerveza, evitando el contacto visual y conteniendo el aliento. ¿Para qué? ¿Por Feige?

Mather dio la única respuesta que pudo.

—Que les fallé a ustedes.

Feige rio, y su cabello blanco se agitó en mechones apelmazados que probablemente nunca habían visto un cepillo.

—Al menos puedes admitirlo. Nadie más de los que gobiernan este reino puede hacer eso.

—Él ya no está en el gobierno —masculló Kiefer, con la mirada clavada en su falda. Luego levantó los ojos, desafiantes—. Tú serás un lord, pero ahora solo eres uno de nosotros. Estás aquí en lugar de bailar toda la noche con la realeza. ¿Te echaron, Rey Que No Fue?

Mather bajó la mirada. Ningún desafío.

—Pero tal vez por eso ahora no lo dejan hacer otra cosa que entrenar al ejército. —Feige buscó algo en su bolsillo, un objeto de madera que encerró en la palma de su mano—. Porque no es el rey, pero los mayores saben que es capaz de admitir lo que pasó.

Mather quería concordar con Kiefer. Quería decir que no estaba gobernando el reino, ya no. Pero esa noche debería haber sido una oportunidad para olvidar, y por eso Mather guardó silencio y sus dedos apretaron la copa con más fuerza.

Al cabo de una larga pausa, la diversión de Feige se acabó. Arrojó al aire el objeto que tenía en la mano, un trozo de madera que cayó sobre la mesa con un ruido sordo.

—Creo que sabes que en realidad no somos inverneños. Somos diferentes de ellos: no podemos olvidar nuestro pasado porque es lo único que hemos conocido. Y creo que los mayores se dan cuenta de que tú lo sabes, y por eso no te quieren cerca. Porque las personas que están gobernando este reino no soportan tener cerca a alguien que les recuerde su gran fracaso.

Toda la sangre del cuerpo de Mather bajó a sus pies, y quedó mareado y mirando boquiabierto a la muchachita. Por eso Phil la había llamado fantasma; era muy difícil creer que fuera real, aquella chiquilla que profería insultos y verdades con más precisión que cualquier adulto.

Todos en la mesa se quedaron callados, sus cuerpos laxos. Mather vació su copa, y la cerveza pasó por su garganta como una ola amarga mientras Feige volvía a su rincón y se acurrucaba en su taburete como si nada hubiera ocurrido.

—No alcanza toda la cerveza del mundo —murmuró Phil—. Tu hermana será nuestra ruina, Hollis.

Mather extendió la mano para tomar la talla que estaba en medio de la mesa y la acunó en la palma de su mano.

—No —dijo.

—¿Milord? —preguntó Hollis, levantando la vista.

Phil puso cara de exasperación.

—Soles, Hollis. Ahora es de los nuestros.

El alcohol llegó al estómago de Mather y lo hizo sentir un poco más abrigado, un poco más liviano, como si su cuerpo pudiera salir flotando por los agujeros del techo. Phil empezó a beber otra vez, e instó a todos a hacer lo mismo antes de que Mather pudiera explicar su desacuerdo. A retomar la velada como si el interludio de Feige nunca hubiera existido. Ellos podían fingir que no les dolía tan bien como todos los inverneños mayores.

Mather los acompañó. Quería esto, o eso pensaba, y se obligó a reír al ver a Phil imitando a un soldado cordellano. Quería concentrarse en los chistes y en estar con muchachos de su edad; la única persona de su edad con la que había interactuado era… Meira.

Era necesario que ella supiera que había otros que pensaban como ella, además de Mather. Que las cosas estaban mal, que no se sentían tan bien allí como deberían. Mather debería irrumpir en el salón de baile, tomar a Meira en sus brazos y que todo lo demás se fuera al diablo.

Mather vació otra copa.

Feige se redujo a nada más que una sombra en el rincón, tallando y meciéndose hacia adelante y atrás. Mather conservó la talla sobre su falda, y aunque pensó por un

momento en fingir, se aseguró de guardar aquel pequeño recordatorio de que eso no era la verdadera felicidad.

Trace relató el intento fallido de Phil de pelear con espada ese día. Mather rio y ofreció detalles, pero siempre mantuvo una mano sobre la talla. No era más grande que la palma de su mano: mitad flor silvestre, mitad copo de nieve, con tres palabras grabadas en el dorso.

Hijo del deshielo.

No sabía bien por qué eso le importaba tanto. Pero cuanto más bebía, más podía fingir que las palabras de Feige no le habían quedado alojadas como un puñetazo en alguna parte hueca de su cuerpo. Y más podía fingir que no veía cómo los muchachos se quedaban con la mirada perdida cuando pensaban que nadie los observaba, con los ojos distantes como si vieran los horrores de su pasado acometiéndolos con furia.

Más podía fingir que no eran todos Hijos del Deshielo.



Meira

Intento seguir adelante con la celebración, pero Nessa le pide a Sir que me deje descansar, y no puedo expresar cuánto le agradezco su insistencia. Se apresura a encender velas en mi recámara, y Sir se queda firme en la puerta entre Conall y Garrigan, que vuelven a ocupar sus puestos como si nada hubiera cambiado. Como si yo no hubiera tenido otro ataque de pánico y básicamente nos hubiera condenado a ser dominados por Cordell.

Sir se cruza de brazos.

—Iré contigo.

Me dejo caer en la cama con un brazo sobre los ojos mientras escucho el *flic-sushhh* constante de las velas que van cobrando vida.

—No. Tienes que quedarte aquí, por si Cordell…

Me interrumpo. Noam se queda para plantarse con más firmeza en Invierno durante mi ausencia.

¡Qué tonta fui!

—Mi reina, te imploro que…

—¿Me *imploras*? —Me incorporo—. Pero supongo que eso es lo correcto: que un general implore a su reina. Estoy demasiado cansada para discutir por esto, Sir, de modo que toma tu imploración por oída. Pero te quedas aquí.

Cuando empecé a hablar, el semblante de Sir había estado duro, defensivo, pero ahora se recuesta contra el marco de la puerta, con los ojos empañados por una emoción que nunca le he visto: orgullo.

Está orgulloso de mí.

La niñita que vive dentro de mí, la que siempre ansía la aprobación de Sir, se disuelve. Pero ¿estaría así de orgulloso si supiera cuánto me está costando mantener la calma? ¿Si supiera la batalla furiosa que hay en mi mente, la lucha entre Meira, la huerfanita guerrera, y la Reina Meira?

Está orgulloso de alguien que no existe.

—De acuerdo —responde—. Pero Henn irá contigo. Y también Conall y Garrigan, obviamente.

—Y yo —añade Nessa, con una vela encendida en la mano—. Y Dendera querrá ir con Henn.

Asiento.

—Muy bien, pero nadie más. Quiero que quede gente en Invierno por si Noam intenta algo. Sí pienso buscar aliados para nosotros, aunque él se haya dado cuenta, pero necesitamos una presencia firme aquí mientras no estoy.

—No permitiremos que mi padre se salga con la suya en esto.

La voz llega desde el pasillo junto con un repentino grito de «¡Alto!» de Conall.

Me levanto al instante y veo entrar a Theron, con el cabello soltándose de su nudo. Sir se incorpora súbitamente, tan listo como Conall y Garrigan para sacarlo a la rastra de la habitación. Pero levanto las manos para detenerlos.

—No, está bien. —Miro a todos los demás—. ¿Nos disculpan?

Sir vacila un momento, mirando a Theron y luego a mí. Me preparo para discutir con él, para defender mis motivos, pero él asiente.

—Conall y Garrigan estarán afuera —dice, más a Theron que a mí—. Debo regresar a la fiesta.

Mis hombros caen hacia adelante. Todavía me parece que está mal que no me discuta.

Pero se va; Nessa lo sigue y Conall cierra la puerta con una última mirada torva a Theron. Cuando suena el pestillo, Theron se tranquiliza y la tensión de sus hombros se afloja.

—Sabía que estabas planeando algo —dice Theron—. Pero jamás pensé que fuera *eso*.

Todo el dolor que he estado conteniendo tensa el aire entre nosotros, pero mantengo un semblante estoico.

—¿Cómo te diste cuenta?

—Porque cuando entraste al salón de baile —sonríe— traías la misma expresión que aquella vez, justo antes de encerrarte en el estudio de mi padre en Bithai.

No puedo sonreírle a mi vez, aunque percibo que desea con desesperación que lo haga.

—Me equivoqué —digo—. No debí retener lo que se le debe a tu reino. Pero sí pagaremos nuestra deuda con Cordell. *Cuando llegue el momento*.

Theron se acerca, tanto que puedo sentir el calor que irradia su cuerpo.

—No es necesario que me hables así. Estoy de tu lado.

—No, no es cierto —replico, con la mandíbula apretada—. Eres Cordell, tanto como yo soy Invierno. Siempre tendrás que elegir a tu reino antes que a mí.

—No llegaremos a eso. —La fuerza de sus palabras me silencia—. Sé que estás enojada conmigo por haber informado a mi padre sobre el barranco de magia, pero me hago cargo de lo que hice. ¿Sabes por qué me permitió quedarme aquí hasta ahora? Porque espera que le informe tus *avances* cada vez que él regrese, como si fueras una propiedad suya y yo debiera supervisarla. No seguiré viviendo así habiendo una respuesta tan cerca. Necesitamos esa magia, Meira, y necesitamos el apoyo de Cordell para recorrer el mundo. Una vez que tengamos las llaves, *nosotros*

podremos controlar la apertura del barranco. No mi padre. Podremos darle magia a todo el mundo.

Está muy decidido, tiene una fe ciega. Contengo el aliento y me muerdo la lengua mientras intento decidir si le digo la verdad. Pero si ese es su objetivo… es necesario que sepa lo que podría ocurrir.

—Si todo el mundo tiene magia, la usarán también para cosas negativas —explico—. Eso fue lo que impulsó a Angra: una Decadencia que se creó por el uso negativo de la magia. Volverá, y oscurecerá el mundo. No puedo dejar que pase eso.

—¿Qué? —pregunta Theron, sorprendido—. ¿Cómo sabes eso?

Cierto, ¿cómo? *Me lo dijo mi madre muerta por medio de nuestra conexión con la magia del conducto, porque a propósito, Theron, yo soy el conducto de Invierno. Toda yo*.

—Mientras estaba en April, yo… él me lo dijo. Trató de doblegarme. Y lo consiguió.

Mentiras, mentiras, mentiras.

Theron me mira entornando los ojos. Al principio parece incrédulo, pero cuanto más se prolonga el silencio, más me doy cuenta de que está analizándome.

—¿Por qué no crees que seamos lo bastante fuertes? —pregunta—. Angra habrá surgido por ese uso negativo de la magia… pero ¿y la bondad que hay en Primoria? ¿Acaso la gente buena no merece tener poder?

—No se trata de quién merece qué… siempre habrá alguien que use la magia negativamente. No creerás que todas las personas del mundo son confiables…

—No… pero tengo que creer que somos fuertes como comunidad para soportar cualquier mal que pudiera surgir. Y si somos conscientes de lo que pasará y todos tenemos magia para oponernos a ese mal, podemos superar cualquier cosa.

Su creencia feroz en la bondad del mundo me parte el corazón. Nessa tiene la misma inocencia: ve solo lo bueno e ignora lo malo.

Al reconocer eso en él es como si arrojara arena al fuego de mi certeza. Quiero que crea en la bondad del mundo. *Necesito* que crea en ella, por aquel muchacho aterrado que sufrió en la celda de Angra y reprime esos recuerdos. Igual que la felicidad de mi pueblo, la de Theron me parece un puñado de nieve en la jaula de mis manos. Solo que, en lugar de estar en un sitio frío y maravilloso donde pueda prosperar, estoy en un lugar abrasador que me quita el aire, el calor me lame los dedos e intenta con todas sus fuerzas derretir la nieve que encierran.

Voy a encontrar una manera de mantener al mundo a salvo del uso negativo de la magia. No necesito la ayuda de Theron para hacerlo… necesito que siga siendo *él*.

—Es verdad que hay que preservar la bondad —digo, concordando sin concordar en realidad—. Pero voy a buscar aliados que me apoyen en contra de tu padre, llegado el caso. Esto podría llevar a una guerra con Cordell, y no voy a pedirte que…

Una de las manos de Theron me toca la mejilla y la otra se apoya en mi hombro, envolviéndome en una caricia suave. Pero la distancia que se creó cuando informó a

su padre sobre el abismo sigue abierta entre nosotros, y no me inclino contra él como antes.

—No es necesario que me pidas apoyo —responde—. Conozco los riesgos y a pesar de ellos, vale, siempre valdrá la pena enfrentar las consecuencias. Iremos a buscar las llaves. Buscaremos en los monumentos y archivos de cada reino y, ¡hojas doradas!, hasta en sus bóvedas si es necesario. Pero la magia no bastará para sanarlo todo. Hace demasiado tiempo que este mundo está dividido.

Frunzo el ceño.

—¿Qué dices?

Theron desliza la mano detrás de mi cabeza y me sostiene allí.

—¿Y si este viaje no fuera una simple fachada para presentar a Invierno al mundo? ¿Y si realmente es lo que tú planeas: una manera de unir aliados, pero *más*? Podemos ir con una intención mayor que la de encontrar las llaves: la de unir a los reinos de Primoria en una paz perpetua y duradera. Si redacto un tratado, podríamos presentárselo a los reinos del mundo. Por primera vez en siglos, no hay guerra entre los reinos de Primoria. Podemos aprovechar esta oportunidad… y cuando se abra el abismo, llevaremos la magia a un mundo ya en camino de sanarse.

No es la primera vez que oigo un discurso semejante, solo que antes provino de labios muy diferentes.

Mather soñaba con esas cosas, cuando él era rey y yo, un simple soldado. Solo que él deseaba que la paz y la igualdad se basaran en el hecho de juzgar a la gente por su carácter y no por cuestiones como su sexo o su linaje. Por aquel entonces, yo era lo suficientemente inexperta como para creer que podíamos lograr semejante equilibrio… pero ahora he visto demasiado. La paz y el equilibrio permanentes son una meta imposible. Mucho mejor sería tratar de alcanzar un estado general de igualdad, de manera que cualquier mal que pudiera surgir en un reino nunca fuera imposible de vencer.

Y si la magia se extiende a todos, esa clase de males poblarían el mundo entero.

Mi cuerpo se tensa en las manos de Theron.

—Hace apenas *tres meses* que terminó la guerra, e Invierno ya está al borde de un conflicto con Cordell. La paz es… irrealizable.

Theron sacude la cabeza.

—No, si el mundo firma un tratado que vincule a los reinos entre sí. Cuando se presenten problemas, intercederemos; cuando aparezcan males, nos uniremos. Y cuando les llevemos esto, a Rítmicos y Estacionales juntos, les mostraremos cómo puede ser ese futuro.

Se inclina y apoya los labios en los míos, en un beso ávido e intenso, como si tratara de contagiarme su certeza. No puedo procesar lo que está ocurriendo con la rapidez suficiente para decidir si apartarme o no.

Él quiere aprovechar este viaje para buscar una manera de abrir el barranco mágico bajo la apariencia nada falsa de unir al mundo. Lo cual parece una meta bella

y admirable… de no ser porque es absolutamente imposible. Apenas tengo la certeza de poder encontrar aliados sobornándolos, menos aún podré lograr que los Rítmicos acepten un estado de paz y unificación con *todos* los Estacionales.

De pronto, comprendo algo que me golpea como un puñetazo.

Theron encontró un motivo legítimo para ir a Verano, Yakim y Ventralli. Un motivo que no involucra a Invierno, o al menos Noam podría argüir eso.

Cordell no me necesita en este viaje. Y ya encontramos el barranco mágico… Cordell tampoco necesita ya a Invierno.

Me aparto y apoyo la frente contra la suya.

—¿Hablaste de esto con tu padre?

Theron cierra los ojos, sus brazos bajan y me rodean la cintura.

—No. Tal vez sea mejor esperar hasta que Yakim y Ventralli hayan firmado. Yo puedo firmar por Cordell en lugar de él.

Exhalo. Noam no lo sabe.

Theron se inclina para besarme otra vez, y me encuentro tambaleando ante un precipicio que nunca imaginé: si me manifiesto en desacuerdo con el plan de Theron para la paz, ¿acudirá a su padre para pedirle apoyo como hizo con el barranco mágico, pese a su propio razonamiento?

Los labios de Theron se mueven hacia mi mandíbula y descienden por mi cuello como un revoloteo lento. Gime, un sonido suave que unos días atrás me habría derretido hasta el último nervio del cuerpo. Pero ahora no siento nada más que los pensamientos que me atiborran la cabeza.

Esto es política. Es la vida de una reina: ocultar cosas, hacer sacrificios, guardar secretos, todo en pro de mi reino. Es hacia lo que vienen empujándome Dendera, Sir y todos los demás, al menos: una vida de fingir y de ocultar la verdad.

Theron desliza la mano por mi espalda hacia arriba, y sus labios se detienen sobre mi oreja en una pausa que me trae a la realidad.

Me aparto de él súbitamente.

—Deberíamos… deberíamos dormir un poco. Ha sido un largo día.

Theron se detiene. Se le ilumina el rostro al entender y sacude la cabeza, y su tez adquiere un tono escarlata subido.

—Sí. No deberíamos… —Se recompone un poco e interpone una distancia de un brazo entre nosotros—. No voy a obligarte a hacer nada para lo que no estés lista.

Mi propio rubor me calienta hasta el último trocito de piel descubierta. En realidad no he pensado en *eso*. Pero ahora, al mirar a Theron, me doy cuenta de que probablemente debería haberlo hecho, siquiera para decidir qué quiero para nuestra relación.

—Lo sé —respondo—. Solo que… No quiero que estemos juntos porque necesitamos ahuyentar nuestras pesadillas ni porque me siento…

En deuda contigo.

Theron me salva de tener que explicarme al tomarme la mano. Está temblando, un temblor que se transmite a mis músculos y se expande por mi cuerpo.

—No es necesario que me expliques nada —susurra, con voz grave y conmovida —. Sé que las cosas han estado caóticas, pero de verdad creo que este viaje será el comienzo del fin de ese caos. Pronto no tendremos que pensar en otra cosa que en nosotros.

Una parte de mí quiere reír al oírlo, la idea de estar tan despreocupada que no necesito pensar sino en un muchacho. No imagino que eso llegue a ocurrir jamás.

Theron me aprieta la mano con afecto y se aparta; el momento pasó.

—Partiremos en unos días —me dice. Se inclina, sin apartar los ojos de los míos —. Lady Meira.

Logro esbozar una sonrisa débil.

—Príncipe Theron.

Me dirige una última sonrisa y se va.

Este día se ha esforzado por destrozarme, pasando de un momento emotivo a otro. Y cuando Theron cierra la puerta de mi habitación al salir, chirria la que da al balcón, y tengo la remota impresión de que esto no terminó.

Entra una figura que se tambalea como si estuviera en medio de un vendaval.

No, no, *no*.

Me basta una sola mirada a Mather para acabar con el control que he logrado mantener esta noche. Ahora no soy más que la verdad que había debajo de ese control: temblorosa, dolorida y desesperadamente aterrada. ¿Acaso fue hace apenas unas horas que me alegré del modo en que su presencia me aclaraba las ideas?

—¿Qué haces aquí? —gruño, pero frunzo el ceño al ver que a sus ojos inyectados de sangre les cuesta enfocarse en mí—. ¿Estás *borracho*?

Mather se pellizca la piel por encima de la nariz y ríe entre dientes como si le sorprendiera haberlo logrado.

—Espera, espera… —Levanta dos dedos hacia mí. Tardo un momento en darme cuenta de que está imitando lo que solía hacer cuando éramos niños y me sorprendía: dos dedos en mi cuello a modo de arma—. Estás muerta —declara, con seguridad—. Y se me permite beber.

Hago a un lado la nostalgia.

—¿Trepaste hasta mi balcón borracho?

—Mis manos y pies estaban muy firmes —responde, arrastrando las palabras; da un paso y tropieza con la pata de mi cama. Se le borra la risa al recordar algo serio, oscuro—. Pero ¿por qué te preocupas? No soy más que uno de tus vasallos, humildemente deleitándose con tu presencia.

—¡Mather… basta! ¿Por qué estás aquí?

¿Cuánto hace que estás aquí? ¿Qué viste?

Me recorre un escalofrío, y siento mi cuerpo liviano y pesado a la vez, amarrado al suelo y flotando.

Mueve el brazo en una reverencia.

—Perdona, mi reina. Mi bella dama. Mi serena gobernante. Perdóname si te he causado dolor. No es nada que tú no me hayas hecho, si te sirve de consuelo.

—¿De qué hablas? Yo no…

—Ah, *¿no?* —Mather se inclina hacia mí; una ira feroz se combina con su borrachera y crea este animal herido y cruel que tengo frente a mí—. Philip… Phil… y esos chicos del campamento Bikendi, todos ignoran su pasado, y ya no quiero hacer eso. Pensaba que solo quería olvidarlo todo, pero no quiero eso, Meira… te quiero *a ti*. Y pensé que tú también querías eso… maldición, hoy pensé que nosotros… —Se interrumpe y lanza una risa entrecortada—. Santo hielo, soy un idiota, porque vengo aquí, e incluso después de lo que Theron hizo, todavía lo quieres *a él*.

Estrangulo el gemido que me carcome la garganta; apenas logro mantener la compostura a pesar del dolor.

—No sé qué viste con Theron, pero no fue…

—Me equivoqué —me interrumpe Mather, con expresión severa—. Sé que lo arruiné todo. Perdí mi oportunidad, y maldición, Meira, me conformé con mantenerme al margen, lamer mis heridas y *olvidarte*. Pero Noam… el barranco mágico… todas estas amenazas deberían ser mis problemas. Detesto que ahora sean tuyos, pero no puedo retractarme de todo para protegerte. *No puedo hacer nada*, Meira. Hay una razón por la que hace tres meses que no hablamos, y necesito obligarme a ver esa razón. Seguiré haciendo lo que pueda por Invierno, pero no puedo vivir así. Necesito que sepas que hasta aquí llegué. No voy a esperar que vuelvas a mi vida.

Todo el dolor y la sorpresa de encontrarlo aquí estallan en mi interior, y despide astillas a todas mis extremidades. Pero no son astillas de tristeza ni de dolor… son astillas de ira.

Mather *no tiene idea* de lo que pasa. Y lo peor es que podría habérselo contado, si no hubiera entrado a gritarme, borracho, desgarrando mi ya frágil apariencia de compostura.

—Lamento que no seas feliz —replico, enojada—. Lamento si te hice daño. Pensé que podía hablar contigo porque *necesitaba* hablar contigo, y no pensé más en ello. Pero eso es lo que nos metió en este lío: que yo no pensara bien las cosas, y debería haberme dado cuenta. Así que no te…

Frunce el ceño.

—¿Cómo que *tú* nos metiste en este lío?

Me zumba la cabeza, y el cuerpo se me estremece en oleadas incontrolables.

—No, no puedes entrar a escondidas a *mi dormitorio* a gritarme y esperar una explicación, no la mereces.

Me vuelvo hacia la puerta, dispuesta a llamar a Garrigan y Conall para que arranquen a Mather de mi vida. No debí hablar con él más temprano. A pesar de todo lo que le ha pasado, de todas las cosas que ha sufrido, es la única persona que

conozco que sigue siendo él mismo, que no se ha dejado cambiar por nuestro pasado. Es el Mather con quien me crie, el Mather de quien me enamoré, y eso me hace olvidar mis propias máscaras y dejar de esforzarme tanto por contenerme.

El mundo se nubla, se deforma; caigo hacia adelante y me sostengo de la puerta.

No puedo estar cerca de Mather. No puedo permitirme el lujo de estar con nadie que me haga sentir como Meira, la huerfanita guerrera; por eso es mejor para mí estar con gente como Theron y Sir. Su forma de ser hace que me resulte más fácil ser reina.

Todo lo que estuve conteniendo con tanto esfuerzo se libera; me vuelvo hacia Mather y observo sus ojos entre la bruma de mis lágrimas. Él se tensa hacia adelante como si esperara una discusión. ¿Por qué no? Nunca estamos de acuerdo, él con su opinión y yo con la mía, y los dos gritamos porque solo coincidiríamos si las cosas volvieran a ser como antes.

Sin embargo, por entonces tampoco estábamos bien, ¿verdad? Él era el rey y yo, una campesina. Ahora yo soy la reina y él es un lord, pero Mather sigue siendo…

Completa, irritante, magníficamente sencillo.

Ahogo una exclamación.

—Te elegiría a ti, si no fuera porque desarmarías a la persona que necesito ser.

El cuerpo de Mather se afloja. Pierde toda la actitud de pelea y se queda mirándome inmóvil un momento; luego ladea la cabeza y los músculos de su rostro se tensan. El agujero que está creando en mí se hace más profundo cuando veo que está conteniendo las lágrimas, que tal vez en el fondo quería que yo luchara por él y por lo que debió haber sido. Meira y Mather, sin títulos ni responsabilidades.

Se le hunde el pecho.

—Creo que si quisiéramos… creo que habríamos podido sobrevivir a ese desarme.

Ahogo una exclamación, y mis propias lágrimas me arden en las mejillas.

Sus ojos enrojecidos por el alcohol se fijan en los míos el tiempo suficiente para permitirme ver la tristeza que albergan, la realidad que empieza a entender.

—Mi reina —dice.

Busco a tientas detrás de mí el picaporte y abro la puerta. Veo los rostros confundidos de Conall y Garrigan, que se desconciertan más aún al ver salir a Mather al pasillo.

Se marcha. Así como así. Sin un último adiós, sin una última mirada prolongada.

Como si nunca nos hubiéramos amado.



Meira

Unos gritos asordinados me arrancan del sueño. Antes de que alcance a hacer algo para ayudar, se abre la puerta principal de mi habitación, y en la bruma gris de la noche, veo que Garrigan entra con sigilo. Me mira, pero le hago señas de que no se preocupe por mí.

—Nessa te necesita más —le digo, y se dirige a la puerta que conecta mi cuarto con el que Nessa adoptó como su «recámara de doncella». Cuando la abre apenas lo suficiente para poder entrar, oigo de inmediato los gritos desesperados.

—Shh, Ness, shh —intenta calmarla Garrigan.

Me acomodo de costado, cierro los ojos y me rodeo la cabeza con las manos. Por encima del llanto continuo de Nessa, Garrigan habla. Pero no son más frases tranquilizadoras: es una canción; una canción que me paraliza en el colchón.

«*Apoya tu cabeza en la nieve*», canta, inseguro al principio, pero va adquiriendo confianza a medida que se compenetra en la letra de la canción. «*Deja tus pesares en el hielo. Pues todo lo que una vez fue sereno, dulce niña, será tuyo esta noche. Apoya tu corazón en la nieve. Deja tus lágrimas en el hielo. Pues todo lo que una vez fue quietud, dulce niña, será tuyo esta noche*».

Ahogo una exclamación cuando se hace silencio. Un silencio puro: ni siquiera un gemido de Nessa. Al cabo de un largo rato de esa paz delicada, la puerta vuelve a abrirse y me incorporo para quedar frente a Garrigan.

Al verme, se detiene, y su cuerpo se tensa.

—¿Mi reina?

Su preocupación se me hace extraña, pero enseguida siento el calor que se derrama por mis mejillas. Estoy llorando.

—¿Dónde aprendiste eso?

Se adelanta y sus hombros se aflojan un poco.

—Deborah encontró la partitura entre los escombros del palacio y un día la tocó, y… —Ríe entre dientes, en voz muy baja para no volver a despertar a Nessa—. La recordé. Creo que nuestra madre solía cantarla.

Me viene a la mente una imagen. Algo evocado por lo que queda en el aire de la canción de Garrigan; algo que veo cada vez que los miro a él, a Conall o a Nessa, pero que nunca puedo admitir.

La vida de Garrigan, cómo debería haber sido. Él, cantándole esa canción a su hijo, criando una familia al igual que Conall y Nessa. Y sus padres, vivos y felices.

—¿Te…? —Vacilo en mi pregunta—. ¿Lamentas lo que eres por causa de esta guerra?

El rostro de Garrigan refleja primero asombro, luego dolor.

—No, mi reina. ¿Y usted?

—Yo… No importa. —Sacudo la cabeza—. Buenas noches.

Garrigan vacila, pero no insiste.

—Buenas noches, mi reina. Si… Nessa tiene más pesadillas, estaré afuera.

Oigo las palabras que no pronuncia: *si usted tiene pesadillas, también la protegeré*.

Sonrío, algo verdadero y simple, y se marcha con una reverencia. Quedo sola en una quietud perfecta, ininterrumpida; hasta la magia en mi pecho está felizmente callada.

Garrigan no lamenta la persona que es. Sir tampoco; Dendera, tampoco; Nessa, Conall, Alysson, Theron… todos han sido lastimados por lo que nos ocurrió, pero ninguno de ellos parece ansioso por hacer otra cosa que seguir adelante. Encontrar las llaves, abrir el barranco, crear un mundo nuevo.

Espoleo un poco a la magia. No despierta ante mi suave curiosidad, tal vez porque estoy tan exhausta.

En otro tiempo, habría hablado de esto con Hannah. Ella me habría ayudado… o me habría dado consejos crípticos, enloquecedores, que solo lograría descifrar ante el precipicio de nuestra destrucción. Pero aun así, era alguien en quien podía apoyarme, alguien fuerte y capaz de recuperarse.

Como Mather.

Vuelvo a tenderme en la cama y me acurruco.

No. Soy suficientemente fuerte sin ayuda, me digo. Buscaré a la Orden y conseguiré aliados para Invierno… siempre como la Reina Meira. Esta soy yo ahora. Y si lo sigo intentando, algún día no tendré que esforzarme tanto por ser reina. Será una parte de mí. No me dolerá.

Algún día.

Cuatro días más tarde, el palacio es un revuelo de partidas.

Los otoñeses se preparan para regresar a su reino mientras Noam supervisa la preparación de una caravana para llevar a su hijo, a mí y a una amalgama de acompañantes cordellanos e inverneños por el mundo. Ya mandó a avisar a Verano, Yakim y Ventralli sobre nuestra próxima visita, siempre con nuestro pretexto de presentar a Invierno al mundo. No ha mencionado el nuevo plan de Theron, lo que calma apenas un poco mi ansiedad mientras desciendo la escalinata esta mañana de sol, ataviada con un vestido de viaje de lana almidonado con faldas en capas superpuestas. Idea de Dendera.

El área ubicada en el frente del palacio está atestada de gente, una mezcla de obreros que trabajan en la reconstrucción y los grupos que están partiendo al final del patio. También se reúnen los inverneños, aquellos que van a quedarse en mi lugar: Sir, Alysson, Deborah, Finn y Greer. Hay caballos y carretas delante de ellos en el camino de tierra, la nieve despejada acumulada en montones mientras caen más copos desde las nubes. Aprieto el paso por el sendero angosto.

Cuando me acerco, Theron desmonta del caballo.

—Tengo…

Un grito de júbilo parte el aire. Echo un vistazo por encima del hombro justo a tiempo para ver a unos obreros inverneños que exclaman con sorpresa al tiempo que se apartan del paso de una fuerza invisible que traza un camino desde el fondo del patio hacia nosotros.

El origen del grito hace su aparición por entre las piernas de un obrero desafortunado, seguido de cerca por una criada bastante conmocionada. El torbellino no se detiene a mirar con quién podría toparse a continuación. Salta entre la nieve y se lanza hacia mí, y una vez que sus brazos cortos me rodean las dos piernas, levanta la vista, boquiabierta, toda ojos pardos y tela verde suelta, con una enorme sonrisa desdentada.

—¡MEEI-DAA! —chilla, y me abraza con tanto entusiasmo que me asombra que no me desgarre el vestido.

Abro los brazos, sin poder contener la sonrisa que se expande en mi rostro.

—Hola, Shazi.

Theron también sonríe.

—Creo que te has hecho una amiga.

—No sé si habré causado una buena impresión al llevarlos a ella y a sus padres en unas largas recorridas por Jannuari, pero parece que no me odia demasiado —respondo, y Shazi lanza un chillido desde el fondo de la garganta.

Su conmoción atrae la atención de los cortesanos de Otoño, y uno de ellos se aparta del grupo. Nikoletta se agacha y abre los brazos, con lo cual Shazi me suelta y salta hacia ella, y las dos caen sobre la nieve. Pero Nikoletta ríe tanto como su hija, si no más.

Nikoletta se pone un poco más seria y se levanta mientras Shazi camina con grandes pasos por la nieve, riendo de sus propias huellas. Theron mira a su prima con una enorme sonrisa, con una adoración que semeja la de los cortesanos otoñeses, que siguen preparando sus caballos. La esperanza de toda esa gente depositada sobre esa cabecita, con su sonrisa contagiosa y la manchita de salsa en el vestido. Hacía dos generaciones que Otoño no tenía una heredera, y sin el conducto de linaje femenino, estaban en situación casi tan mala como la de Invierno. Sin embargo, pasarán por lo menos otros diez años hasta que Shazi pueda usar su conducto, hasta que pueda entenderlo y dirigir su poder conscientemente hacia su reino.

Siente que estoy mirándola y aferra algo que lleva al cuello.

—Meida —declara, y regresa hacia mí, tratando de entregarme lo que sea que tiene en el puño, pero la cadena que se lo sujeta al cuello no le permite alejarlo mucho.

Me arrodillo y ella me coloca un anillo en la palma de la mano, un círculo de oro que sostiene una pirámide de joyas en forma de lágrimas y un diamante pequeño. El conjunto emite un resplandor marrón rojizo: el conducto de Otoño.

Ahogo una exclamación apenas toca mi piel. Mi mente se inunda de imágenes, fragmentos que pasan de la memoria de Shazi a la mía, exactamente como sucede cuando Noam me toca.

Caspar persiguiendo a Shazi, que ríe divertida, en torno a una carpa de color amarillo pálido. Despertar y ver el rostro lloroso de Nikoletta mientras se oyen explosiones en el fondo, y la gente que grita pidiéndoles que se apuren. Caspar besando la cabeza de Shazi y apartándose con lágrimas en los ojos, y una punzada de terror que la atraviesa, sabiendo que si él se marcha es posible que nunca regrese.

Me pongo de pie, el conducto abandona la palma de mi mano y vuelve a caer contra Shazi. Pero ella sonríe y aprieta el puñito en torno al anillo.

—¡Fuete, Meida!

Mis ojos recorren el rostro de Shazi. *Fuerte*. Quiere que su conducto me haga fuerte; probablemente le han dicho desde su nacimiento que algún día la hará fuerte a ella.

Le sonrío.

—Gracias, Princesa Shazi.

Vuelve a sonreír, satisfecha con mi respuesta a pesar de la falta de emoción, que hace que mis palabras suenen secas. Una parte de mí tiene ganas de reír: una criatura que apenas camina está tratando de consolarme. ¿Será que mi pánico es tan evidente, o que Shazi ya es capaz de captarlo?

—Gracias por haber venido —digo a Nikoletta, porque necesito hablar para deshacer el nudo que tengo en la garganta—. Lamento que la visita no haya podido ser más larga.

Me responde con una sonrisa gastada, como si me entendiera. Y dado que creció con Noam como hermano mayor, es muy posible que así sea.

—Nos enteramos de que irán a Verano. —Nikoletta observa a la multitud antes de acercarse un poco más a mí—. Mi sobrino me mostró un tratado sumamente intrigante. Es una meta ambiciosa, pero debes saber que Otoño va a colaborar de cualquier modo que podamos.

Mis ojos se dilatan y miro inmediatamente a Theron, que baja la mano hasta la base de mi espalda.

—Otoño firmó —explica—. Poco después que yo. Son conscientes de que es una cuestión delicada.

Pongo cara de exasperación. Detesto tener que traducir la jerga política.

Caspar firmó el tratado después que Theron… y en secreto, nada menos. Theron trató de mostrármelo ayer, pero yo… bueno. Cada vez me duele más mentirle a Theron respecto de lo que pienso de sus metas, y no quise tener que simular más apoyo.

Pero esto no es más que el comienzo.

—Sí —logro decir, con un hilo de voz. Me vuelvo hacia Nikoletta—. Espero que… sea fructífero.

Nikoletta asiente, pensativa, y luego su semblante se suaviza.

—Sé lo difícil que es ser un gobernante joven. Luego se hace más fácil, te lo aseguro.

Mi pecho se enfría un poco. Ojalá pudiera decirle cuánto agradezco que no se parezca en nada a su hermano.

—Gracias —repito.

Se marchan poco después, por las calles sinuosas de Jannuari, de regreso a su reino: la primera de muchas partidas que habrá hoy. Su ausencia me impulsa a ponerme en movimiento; quiero partir antes de perder el coraje, y mientras reviso las provisiones que carga mi caballo (una tarea que Dendera no considera «digna de una reina») se adelantan dos trineos.

Me doy vuelta y recojo un poco de mi falda con el puño cuando veo a Noam analizando los trineos, con una mueca que le endurece la cara. Pero no discute la presencia de los trineos; no exige que su carga sea trasladada a sus arcas.

—No puedo creer que ahora acepte esto —murmullo.

Theron vuelve a revisar las correas de su propio caballo y me mira con solidaridad.

—No lo acepta… solo está aprovechando la situación.

—Muy cordellano de su parte.

Theron hace un mohín, pero no me contradice, y yo no me disculpo.

Noam camina hacia nosotros como si le hubiéramos dado pie, con los brazos a la espalda.

—Uno de mis barcos los esperará en el Feni.

—Muy amable de su parte —respondo, apretando los dientes.

Noam ladea la cabeza.

—No olvide lo que hablamos, Lady Reina. Las condiciones de su retorno no son negociables.

Tráiganme las llaves o se acaba esta farsa de que a Cordell le importa Invierno.

La furia me arde en el estómago y me sube hasta la garganta, pero no digo nada. Una reina no lo haría.

Noam da media vuelta y se dirige a su propia caravana, que pondrá rumbo a Gaos para que pueda inspeccionar en persona la entrada del barranco mágico. Ojalá trate de llegar a la puerta. Al menos una vez.

Monto mi caballo y Sir se me acerca.

—Nos encargaremos de todo, y se te informará cualquier cambio —anuncia.

Lo miro y parpadeo. Ahora solo hay órdenes, órdenes y deberes, y *orgullo*, solo eso es Sir.

El viento me da de frente y arremolina los copos de nieve entre mis rizos blancos sueltos. Hago un esfuerzo por no dejar de sonreír, pero cuanto más tiempo está Sir allí, lanzando información sobre mi ausencia, menos logro mantener mi decisión. Un momento de verdad, y volveré a ser una reinita obediente. Seré perfecta, serena y sin emociones… alguien de quien Sir pueda seguir estando orgulloso.

—Entiendo por qué lo hiciste —susurro, interrumpiendo su explicación de cuáles nuevas minas se abrirán en mi ausencia—. Entiendo por qué nos ocultaste todo a mí y a Mather, y por qué ahora todo se dio vuelta. Pero lo que no entiendo es por qué odiabas tanto lo que yo era. Por qué, si sabías cuánto necesitaba que me amaras, te negabas a darme eso. ¿Acaso me culpabas por todo? —Tomo aliento; el aire está enrarecido—. Quizá fue mi culpa. Yo causé muchos de nuestros problemas, sé que lo hice, pero te juro… seré mejor reina.

Sir deja de fruncir el ceño y su rostro queda en blanco, como una estatua de piedra que hubiera cobrado vida.

—Tú no tienes la culpa de esto.

Espero que diga algo más. Que me diga que no me odia, que nunca me odió.

—Esperaremos tu regreso con mucha ansiedad, mi reina —dice con una reverencia.

No me molesto en mirar quién más desea despedirse de mí. Agito las riendas y los caballos se ponen en marcha hacia el frente de la caravana.

Mientras cabalgo, alguien acerca su caballo al lado del mío. Se inclina sobre el espacio que nos separa y apoya su mano en la mía, un pequeño gesto que me hace mirarlo, y ver su sonrisa suave y el modo en que su cabello dorado se agita al viento cargado de nieve.

—Todo va a estar bien —promete Theron.

—Lo dudo.

Se encoge de hombros.

—Somos las personas más capaces que conozco. Vamos a encontrar las llaves y le ganaremos a mi padre, y el mundo estará en paz.

Me quedo mirándolo con exasperación.

—Tu optimismo me irrita.

—Eso no quita que tenga razón —replica, con una gran sonrisa.

Echo un vistazo por encima del hombro hacia la multitud, hasta que veo a los inverneños dispersándose junto al palacio. Alysson se dirige a las casas, y Sir se aleja… y Mather.

Está con un grupo de muchachos, a medias escuchándolos y a medias observándome.

Me doy vuelta, cierro los ojos y dejo que Theron guíe a nuestros caballos por las calles.



Mather

La oficina de William, ubicada en un pasadizo al aire libre, era, sin duda, la habitación más deprimente del palacio. Cualquiera que pasara por allí vería lo que alguna vez había sido un jardín que rodeaba los fondos del edificio, fuentes de piedra gris recubiertas de hielo, plantas muertas heladas bajo varias capas de nieve, y las construcciones nevadas de la parte sur de Jannuari. Una linda vista, para una habitación oscura y sin ventanas, con bibliotecas vacías en las paredes y dos tristes candelabros con restos irregulares de cera. Había un escritorio rodeado por tres sillas, y cada superficie libre estaba cubierta de papeles y rollos. Cada vez que Mather había estado allí, había encontrado el mismo desorden.

Las otras personas que estaban allí —Brennan Crewe y una mujer mayor llamada Deborah, que había sido la alcaldesa de Jannuari antes de su caída, y había reasumido su puesto sin que nadie abriera la boca— parecían dispuestas a no acercársele, cosa que a Mather le alegró sobremanera. Phil había conseguido algunos cajones más de cerveza de los cordellanos, y desde entonces todos los que habían rehuido la celebración unos días atrás habían podido revivir esa noche en la cabaña todas las noches. Lo cual era muy divertido mientras estaban bebiendo, pero a la mañana siguiente…

Mather presionó el puño contra una vena que le latía en el medio de la frente. La cerveza lo había dejado con la sensación de que lo habían arrastrado por un campo de batalla sin armadura, con puntadas en los ojos y un fuerte dolor de cabeza. Se apoyó contra una de las estanterías e hizo una mueca para no vomitar el pan que había desayunado. Gracias a todos los hielos, la partida de Meira había demorado el entrenamiento habitual del ejército inverneño; Mather no estaba seguro de poder ocultar su resaca a William una mañana más.

Entró Alysson, con una copa en las manos pálidas. Se acercó a Mather sin un saludo ni un comentario agradable como él esperaba, y antes de que se le despejara la cabeza empañada por la resaca, le entregó la copa.

—Bebe esto —le ordenó.

Mather la miró con los ojos entornados, y luego miró la copa que tenía en la mano.

—¿Que yo… qué?

Ella le apoyó la mano en la mejilla; su piel estaba fresca en comparación con la de él, acalorada y húmeda.

—Bebe esto —repitió, esta vez en el tono paciente y medido que Mather estaba habituado a oír en ella. La mujer que les curaba las heridas, los ayudaba a reponerse y los despedía cuando salían en misiones con la misma palmada cariñosa en la mejilla.

Era fácil odiar a William. Pero odiar a Alysson demandaba un esfuerzo que Mather no podía hacer.

Se llevó la copa a los labios y bebió un gran sorbo hasta que sintió el sabor horrendo. Como a huevos que quedaron al sol demasiado tiempo, como a carne rancia. Tosió y se dobló en dos; bastaría una inhalación agitada para que reviviera todo lo que había consumido la noche anterior, en reversa.

Hizo una arcada.

—¿Qué es esto?

Alysson le apretó el hombro con afecto.

—Un remedio para tu malestar. Te quitará el dolor de cabeza y las náuseas, pero recuerda este delicioso sabor si insistes en beber tanto otra vez. Lo cual no harás muy pronto, ¿cierto? —Su voz se tensó de un modo que le indicó que no aceptaría una negativa. Volvió a palmearle la mejilla mientras él seguía inclinado delante de ella, tomándose el vientre con las manos, con el estómago revuelto como un mar encrespado—. Bébelo todo, querido. Hasta la última gota.

Mather se desplomó sobre la alfombra deshilachada en medio de una nube de polvo. La miró con ojos velados mientras ella retiraba unos papeles de una silla y se sentaba junto a Deborah, que lo miraba sacudiendo la cabeza. Brennan, en cambio, estaba apoyado en las estanterías conteniendo una sonrisa; sin duda, estaba disfrutando el tormento de Mather.

Cuando volvió a mirar a Alysson a los ojos, se dio cuenta de que aquella bebida era más un castigo que una cura. Honestamente, estaba sorprendido de haber podido tener cuatro noches de juerga… aunque había supuesto que el castigo provendría de Sir.

Por suerte, volvió a abrirse la puerta del estudio y entró William. Todos volcaron su atención hacia él y se enderezaron, pero Mather se aplastó más contra el piso y siguió bebiendo aquel brebaje asqueroso. Se le inflaron las mejillas con una arcada incontenible. Aquello sabía horrible aun en sorbitos pequeños.

William rodeó el escritorio, corrió la silla que quedaba y se detuvo, como si no lograra decidir si sentarse o salir corriendo. Con la frente arrugada, pálido y taciturno, tal como el Sir que Mather conocía.

Mather dejó la copa en el suelo, se puso de pie y dio un solo paso adelante en el silencio. Antes de que alcanzara a decir nada, William se volvió hacia ellos.

—El capitán Crewe convocó a esta reunión —anunció—. Aunque me sorprende que el Rey Noam no haya postergado su viaje para acompañarnos.

Brennan se encogió de hombros.

—Como sería de esperar, mi rey está ansioso por asegurarse la Mina Tadil y ya está camino a Gaos. Me dejó instrucciones explícitas con respecto al futuro de Invierno ante este cambio tan dichoso.

Mather rezongó. Algo que no echaba de menos de ser rey eran las maniobras políticas inútiles. Todos los presentes sabían con exactitud lo que significaba el descubrimiento del barranco mágico (un cepo más para Invierno en la trampa de Cordell), pero nadie podía oponerse a Brennan sin desafiar a Noam.

Brennan prosiguió.

—Mi rey ha decidido que a Invierno no le conviene entrenar un ejército a esta altura de su renacimiento. Cordell seguirá defendiendo a Invierno, y ustedes se concentrarán exclusivamente en la construcción o la minería, para beneficiar su economía y su estabilidad como reino. El entrenamiento debe cesar a partir de ahora mismo.

William clavó los dedos en el respaldo de la silla; fue lo único que delató su ira.

—Este no es un cambio que podamos aceptar sin la aprobación de nuestra reina.

Mather casi rio.

—¡Este no es un cambio que podamos aceptar, *punto*!

Tanto Brennan como William lo miraron: Brennan, entre divertido y desdeñoso, y William, con ojos entornados pidiéndole silencio.

Mather frunció el ceño. Seguramente William lo apoyaría en eso. No podía permitir que Noam los reprimiera más aún.

Brennan se limpió de la manga una mota de polvo invisible.

—La aprobación de su reina no importa. En este tema, mi rey es inflexible. —Miró a William—. Y después del incidente en la ceremonia, realmente Invierno haría bien en obedecer. Debo volver con mis hombres. —Brennan se dirigió a la puerta—. Gracias por su tiempo.

La habitación quedó en silencio tras la salida de Brennan. Mather vaciló en el rincón, los ojos fijos en William, esperando, deseando, *necesitando* que fuera enseguida detrás de Brennan y refutara las órdenes.

Pero William se limitó a sentarse, con el cuerpo rígido.

Mather ya no pudo contenerse.

—Sabes que así es como Noam nos mantiene débiles.

William salió de su estupor.

—Por supuesto que lo sé —ladró—. ¿Por qué crees que esperó hasta que él y la reina se hubieran marchado para dar la orden? No quería arriesgarse a la posibilidad de que nuestro conducto lo rechazara.

Mather se echó atrás.

—¿Nuestro conducto? ¿Te refieres a *Meira*?

William lo miró con el ceño fruncido.

—Así debemos verla: como nuestra conexión con el relicario. Así funcionan los reinos del mundo; sus monarcas son vínculos con la magia, mientras unos pocos

elegidos gobiernan en realidad. Ahora somos un reino del mundo.

—Cuando Meira se entere de la orden de Noam, va a matarlo —replicó Mather —. Ella nunca permitirá esto. Debemos seguir entrenando, y al diablo con Noam.

William meneó la cabeza.

—Si actuamos en contra de una orden explícita, solo saldremos perdiendo…

Se interrumpió e hizo una mueca al recordar la ceremonia de cuatro días antes. Mather se había odiado aún más por haberse ido, al enterarse de cómo había reaccionado Noam al cambio en el pago decidido por Meira; debería haberse quedado, haberla acompañado, haberla apoyado más.

Pero él quería esto. Lo que le había dicho en el cuarto de ella: ya no estaría más en su vida.

—Vamos a obedecer este pedido hasta que podamos reagruparnos de una manera que no constituya un desafío abierto a Cordell —prosiguió William—. Que los reclutas vayan a ayudar en la reconstrucción o la minería, pero ningún inverneño debe empuñar una espada hasta que yo dé la orden.

Mather gruñó.

—Querrás decir hasta que Noam dé la orden.

Los nudillos de William se tensaron en los apoyabrazos de su silla.

—No me hables así. Soy quien dirige este reino en ausencia de nuestra reina, y debes obedecerme.

Alysson y Deborah guardaron silencio, y cualquier refutación que tuviera Mather quedó sofocada bajo el peso de todos sus años de obedecer a William sin cuestionamientos. Ahora se preguntaba si había hecho bien en obedecer a ese hombre tan ciegamente. Si no debería haber sido más como Meira.

—¿Por eso la dejaste ir?

Mather sintió su propia insubordinación como un puñetazo en el cráneo. En el silencio amenazador, se dio cuenta de cuánto *quería* que William lo agrediera, que se enojara y lo pusiera en su lugar… que volviera a ser él mismo.

Pero William no dijo nada, y al observar su piel ajada, Mather sintió que todo lo que había dicho Feige encajaba en su mente como en un rompecabezas. Aquella niña demente tenía razón. Tenía razón al decir que a William le pesaba tanto la culpa que se negaba a ver nada que fuera doloroso. Tenía razón al decir que todos los que rodeaban a Mather estaban atrapados en una maraña de remordimiento.

Y esa maraña los mataría a todos.

—Por supuesto que no —respondió William por fin—. Nuestra reina se fue porque es lo que debe hacer ahora: forjar alianzas. Tú, justamente, deberías entender la política.

Mather hizo una mueca. Sí, debería. Pero lo único que entendía era la culpa que sentía en ese momento, sus propios fracasos, su propio dolor, y cuánto ansiaba librarse de todo eso.

Todo su cuerpo temblaba.

—Te da vergüenza haberle fallado a Invierno hace dieciséis años, pero más vergüenza debería darte no tener el coraje de enfrentarlo. Yo no voy a pasarlo por alto. *No voy* a terminar como tú.

Pasó hecho una furia junto a Deborah, que se cubrió la boca con las manos, y junto a Alysson, que lo miró sin decir nada. Lo dejaron salir, todos. Tal como habían dejado marcharse a Meira, porque les dolía demasiado enfocarse en sus problemas.

Afuera se oía el rumor de los sonidos de construcción, martillos y serruchos que creaban una melodía constante. Mather se dirigió a toda prisa al cobertizo de entrenamiento, cruzándose con hombres que llevaban cubos con clavos y mujeres que empujaban carretillas con madera de descarte. Así como había estado tenso el aire en la oficina de William, en la ciudad estaba demasiado ligero. La gente conversaba y se ocupaba de sus tareas del día como si siempre hubieran vivido con esa normalidad. Al llegar a la puerta del cobertizo, Mather se detuvo con un pensamiento triste.

¿Acaso todos los inverneños eran como William? ¿Todo lo que hacían era solo para disimular sus cicatrices?

Meira no debería haberse marchado. Si Mather hubiera tenido la mente más despejada, no se habría ido de su habitación cuatro noches atrás. No habría tratado de evitarla todos los días desde entonces, reuniéndose con Phil y los muchachos cada noche. La habría buscado, se habría quedado con ella todo el tiempo que hubiera sido necesario, y le habría exigido que se quedara en Invierno… por su reino. No por él.

Recordó una de las últimas veces que Meira se había marchado. Él la había observado, paralizado por el horror, mientras el general de Angra levantaba su cuerpo y la miraba con una expresión de desdén que decía más que cualquier amenaza. Y Mather no había hecho otra cosa que gritar su nombre mientras los soldados cordellanos lo arrastraban hacia Bithai.

No volvería a fallarle.

Mather tomó conciencia de sus pensamientos y gruñó. *A Invierno*. No volvería a fallarle *a Invierno.* Ya no le correspondía preocuparse por Meira, más allá de su condición de reina.

Mather se echó de lleno hacia la entrada del cobertizo. El entrenamiento debería haber empezado hacía una hora; la mayoría de los hombres estaban impacientes por tanta espera. Salvo Phil, Hollis, Trace, Kiefer y Eli, que parecían perfectamente contentos de que el descanso se hubiera prolongado un poco más. Con la furia, a Mather se le había pasado la resaca —bueno, por eso, o quizás por aquel brebaje que Alysson le había dado—, pero a ellos aún se los veía demacrados y exhaustos.

Mather metió las manos en los bolsillos.

—Cordell ha ordenado que el entrenamiento cese de inmediato.

Un murmullo recorrió el cobertizo, y algunos gruñidos de disgusto. Mather abrió la boca para dividir al grupo en mineros y obreros de construcción, o al menos para explicarles por qué, para buscar una razón que tuviera sentido. Pero al quedarse

mirando las grietas del piso, no se le ocurría nada, y cuanto más tiempo quedaba en silencio, más los reclutas se miraban entre sí, hasta que algunos empezaron a irse en medio de murmullos desconcertados.

—¿Por qué hicieron eso? —preguntó Phil cuando quedaron a solas.

Mather apartó la mirada del piso.

—Por negación.

—Qué raro, ¿no? —lo interrumpió Kiefer, observando a un grupo de cordellanos que, al pasar, espiaron hacia el interior del cobertizo y se burlaron porque sabían lo débil que estaba Invierno. Lo derrotado.

Trace hundió la cara contra las rodillas, sentado sobre un barril.

—¿Qué es raro?

Kiefer se encogió de hombros y se apoyó contra la pared.

—Que estamos en casa, pero no parece muy diferente de Bikendi. Seguimos viviendo a duras penas, dominados por otro reino.

Phil hizo una mueca de dolor y levantó la cabeza, que antes colgaba laxa contra su pecho.

—Eso no es… —Se interrumpió y quedó con la boca abierta—. Aquí estamos mejor. Somos libres.

—No debí pensar que la reina sería mejor que Angra. Supongo que así es la realeza —prosiguió Kiefer—. Les importa más vivir con todas las comodidades que sus humildes súbditos.

—Ella no es así.

Mather se arrepintió de haber hablado apenas las palabras salieron de sus labios, pero Kiefer se puso tenso; era obvio que había esperado que Mather reaccionara. Incluso por la noche, cuando la cerveza relajaba a todos, Kiefer ponía cara de enojo cada vez que Mather lo miraba.

Mather no podía culparlo por estar enojado. Todos querían alguien a quien odiar.

—Pues parece que sí —replicó Kiefer—. ¿Dónde está ahora? Se fue a dejarse consentir por los otros reinos inútiles de Primoria mientras nosotros nos pasamos de festín en festín, ¿no es así? —Kiefer hizo una reverencia—. Oh, Rey que no Fue, por favor indicadme dónde están las mesas. Ansío probar un plato de la generosidad de nuestra reina.

La sangre rugió en la cabeza de Mather, y su enojo con William alimentó más ese fuego.

—Basta.

Kiefer rio.

—Al menos dime que en algún momento disfrutaste un poco de *la generosidad de nuestra reina*.

Trace levantó la cabeza de entre las rodillas; Phil, que estaba agachado, se puso de pie de un empujón, y hasta Eli miró a su hermano, conmocionado. Hollis irguió

los hombros y un solo movimiento de su cuerpo bastó para hacer saber a Mather que lo apoyaría si decidía ocuparse de Kiefer.

Mather respiró agitado. Era solo una manifestación débil de la lucha interna de Kiefer. Todos estaban cansados, todos dolidos, y no serviría de nada pelear con él.

Pero ¡qué bien lo haría sentir!

—Deja en paz a Meira —trató de disuadirlo—. Le debes la vida.

—*Meira* —lo remedó Kiefer—. La llama por su nombre de pila. Ella ni siquiera sabía que era la reina cuando estuviste con ella, ¿no? Pensaba que el rey eras tú. El poderoso Rey Mather. Probablemente hizo cualquier cosa que le hayas pedido.

—¡Cállate!

—Admítelo. Sería bueno saber que alguien la puso en su lugar mientras a nosotros nos ponían en el nuestro.

Mather no recordaba haberse movido conscientemente; solo supo que le produjo un mínimo alivio el hecho de que Kiefer se abriera a la pelea. El ataque mutuo con espadas de práctica no logró desahogar mucha frustración; pudieron desahogarse mucho más peleando de verdad, con los puños, y cuando el puño de Mather se estrelló contra la mandíbula de Kiefer, todas sus preocupaciones se evaporaron, al menos por un momento.

Kiefer voló por el aire; la fuerza del puñetazo de Mather lo envió contra la pared del cobertizo y lo derribó boca abajo. Mather le dio dos segundos para enderezarse antes de clavarle la rodilla en el cuello, aunque no con fuerza suficiente para quebrarle nada, y le apoyó un codo en la espalda. Kiefer se aplastó contra el suelo con un resoplido, sin aliento, y Mather se retorció para sujetarle los brazos a la espalda.

—¡Basta! —gritó Eli. Unos puñetazos débiles dieron contra los hombros de Mather hasta que otra fuerza quitó a Eli de en medio. El muchacho menor cayó al suelo y se quedó allí, mirando aterrado a su hermano, a Mather, y ahora también a Hollis.

—Atrás —gruñó Hollis, y Eli se acobardó.

Hollis aferró a Kiefer por el cabello y le tiró la cabeza hacia arriba, con tanta fuerza que Kiefer gritó: la primera señal de dolor que se había atrevido a revelar. Mather lo admiró por soportar tanto tiempo, pero luego Hollis habló, y el cuerpo de Mather se inundó de ira.

—Tú viste cómo aquellos Soles atacaban a tu madre —gruñó Hollis; cada palabra era oscura, horrible, tan llena de dolor que Mather temió por la vida de Kiefer, aunque seguía sujetándole los brazos contra la espalda—. Los viste hacerle eso a ella y a muchas más, sé que los viste. ¿Cómo te atreves a desearle eso a la persona que salvó tu lamentable vida?

Kiefer gimió y forcejeó contra los muchachos que lo sostenían, y cuando lo hizo, Hollis le golpeó la cabeza contra el suelo antes de ponerse de pie. Mather se levantó

de un salto, soltó los brazos de Kiefer y retrocedió cuatro pasos para apartarse un poco del muchacho caído.

Eli corrió hacia su hermano pero se detuvo en seco cuando Kiefer se lo ordenó en tono hosco. Trace y Phil miraron a Kiefer, luego a Hollis y Mather, con orgullo en los ojos.

Mather se pasó una mano por la cara. Probablemente los otros reclutas habrían llegado a ser buenos soldados… pero estos muchachos sin duda habrían sido todo un éxito. Y ahora, ¿quién sabía cuándo Noam levantaría la orden? ¿O acaso se aseguraría de que Invierno quedara por siempre en desventaja?

Mather entornó los ojos al observar a cada uno de los muchachos. Eran solamente seis, incluido él mismo. Ya se las habían ingeniado para escabullirse temprano cuatro noches y presentarse por la mañana con resaca; podrían fácilmente pasar inadvertidos entre el ajetreo general de la construcción y la minería, ahora que se había cancelado el entrenamiento.

—Nuevas órdenes —anunció, y los que estaban frente a él se prestaron atención, atraídos por la seriedad de su voz, por el brillo de sus ojos o por la manera en que sonreía, sonreía *de verdad*—. No vamos a acatar las nuevas órdenes. Haremos nuestras propias órdenes.



Meira

Desde Jannuari, son dos días de navegación por el Río Feni hasta Juli, la capital de Verano.

El Feni tiene la anchura suficiente para ofrecer un medio de transporte fácil entre el Río Langstone al oeste y el Mar Destas al este. Y Cordell, al ser el único reino rítmico que limita con el Destas, cuenta con una buena armada; Noam hace sus viajes a Invierno en su propia fragata bien equipada. Pero al haberme criado huyendo de Angra, no tuve muchas oportunidades de experimentar la navegación; lo más cerca que estuve de un barco fue cuando estuve de pie en un muelle en Ventralli hace unos años, mientras Finn regateaba por un barril de pescado salado.

El barco que Noam dispuso para nosotros es una goleta pequeña con una tripulación de solo ocho integrantes, y al sumarnos nosotros quedamos bastante apretados. Pero la falta de espacio facilita la vigilancia de nuestros cajones de piedras de los Klaryn, que todos los cordellanos miran con aire divertido. Saben muy bien por qué están allí los cajones, que son mi débil intento de derrocar a Noam mientras buscamos las llaves, y cada vez que veo las expresiones desdeñosas de los soldados, se me hace un nudo en el estómago.

Aunque eso también podría deberse al hedor pútrido del río y al movimiento de vaivén que le da a Dendera un marcado tono verde. Cada partícula del aire está cargada de olor a pescado y del hedor rancio del agua estancada de las orillas. El palpitar del viento que hincha las velas se conjuga con el modo en que el río profundo lame la embarcación angosta con olas que nos mueven hacia atrás y adelante, atrás y adelante.

Justo cuando mi estómago (y el de Dendera) ya no soportan más, el barco atraca en el extremo noreste de Verano, a aproximadamente medio día a caballo de Juli, y nos deja en el puerto más grande del reino sobre el Feni para que podamos aprovisionarnos antes de emprender el viaje a la capital.

El cambio abrupto de la goleta en movimiento al muelle sólido me hace trastabillar. Theron me aferra desde atrás, y sus dedos se curvan en mis caderas de un modo que podría ser solo para sostenerme, pero también podría ser algo más.

Me lanzo hacia adelante para zafar de sus brazos y veo en el rostro de Theron una fugaz expresión dolida.

—Estoy bien —balbuceo, pero él sonríe con aire conocedor.

—Te faltará equilibrio por un rato —explica—. La navegación produce efectos extraños.

Pero el ritmo del barco es apenas una fracción pequeña de mi problema, y mientras observo desembarcar a Nessa, Dendera y al resto de los inverneños, veo que se apodera de ellos el mismo sufrimiento.

Nunca había estado en Verano, pero en la Llanura de Rania, donde pasamos gran parte de mi niñez, a menudo hacía un calor sofocante, tanto que di por sentado que, si alguna vez tenía que ir a Verano, podría tolerar el calor intenso.

Ahora me doy cuenta de lo equivocada que estaba.

El calor sube como un vaho de la tierra misma. La ciudad portuaria se compone de estructuras color arena adornadas con puertas de madera reseca, pero más allá, el paisaje inhóspito se extiende como las manos ajadas y agrietadas de un mendigo, se despliega y se extiende hacia el cielo azul en espera de una ínfima gota de agua. Cuando cuatro de los más de veinte hombres de Theron regresan de la ciudad con dos carros cubiertos para las piedras de los Klaryn y caballos para nosotros, casi lloro de alivio. Mi sangre inverneña no soportaría caminar por este reino; mi cuerpo ansía el frío como si cada oleada de calor fuera agotándome la vida. Cualquier cosa que pueda vivir aquí tiene que ser tan implacable y decidida como el sol, nacida de una obstinación fogosa que es extremadamente valiente o extremadamente estúpida.

Sé muy poco sobre Verano, más allá de su clima. Su conducto de linaje masculino es una piedra turquesa engarzada en un brazalete de oro, heredado por su rey actual, Simon Preben, tras la muerte de su padre, cuatro años atrás. Su mayor exportación: vino. Su mayor importación: personas.

Su economía se parece demasiado a los campamentos de trabajo de Angra, solo que Verano usa a algunos de sus propios ciudadanos además de gente de otros reinos. En otros viajes por Primoria, vi a algunos recolectores veranenses, cazadores implacables de seres humanos que recolectaban compras vivas. Solo Yakim y Primavera venden a Verano; a los demás reinos de Primoria, la práctica de la esclavitud les repugna.

Tengo un nudo de ansiedad en el vientre. ¿Por qué el barranco mágico tuvo que traernos aquí? No podré ver lo que Verano hace con su gente, con su *propiedad*, sin ahogarme en rabia… y sin recordar mi propio pasado de esclavitud. Y ni mencionar el hecho de que, al comprar personas de Primavera, Verano apoyaba indirectamente a Angra.

Tal vez encuentre pronto la llave o a la Orden y no tenga que pasar mucho tiempo aquí. Pero ¿qué estoy buscando? La pista del barranco era solo una vid en llamas. ¿Estoy buscando realmente una planta en llamas? Parece demasiado literal. ¿O solo una vid? ¿O solo una llama?

Esto es algo de lo que normalmente hablaría con Theron. Le pediría ayuda para interpretarlo.

Pero todavía no puedo volver a confiar en él.

Guardamos nuestra carga bajo llave en los carros cerrados y ponemos rumbo al sur, hacia Juli, más lentamente de lo que me gustaría. Cada tirón del caballo me sacude incómodamente y encuentra un nuevo lugar donde mi vestido tableado color marfil se me adhiere a la piel. Por suerte, Dendera me permitió cambiarme aquella monstruosidad almidonada y de cuello alto que me puse para salir de Invierno; el solo pensar en estar encerrada en lana y mangas largas con este calor me hace ver puntitos negros delante de los ojos. Pero mis brazos descubiertos solo me alivian durante los primeros minutos, hasta que el sol da de lleno sobre mi piel clara, y juro que puedo oír a los rayos riendo de deleite ante tan sabrosa comida.

Como si no bastara con el calor, al cabo de una hora de cabalgata, los soldados de Theron se mueven en sus monturas y empiezan a pasar unos mantos gruesos. Me desanimo cuando uno cae en mi regazo.

—No me va a gustar saber para qué sirven estos, ¿verdad? —pregunto a Theron, que se coloca su manto sobre los hombros.

Un soldado desenrolla una cuerda larga y la pasa hacia atrás, para que todos los integrantes de la caravana quedemos conectados al sujetarla al pomo de cada montura.

—No —responde Theron, y su tono hace que me coloque el manto.

Momentos después, nos golpea una ráfaga de viento, que nos brinda un alivio momentáneo del calor hasta que llega una amenaza mayor: arena. Unas nubes hinchadas y arrasadoras de arena nos golpean y nos envuelven como remolinos, partículas minúsculas que se convierten en dagas y me hacen arrebujarme más en el manto. Los caballos parecen tan acostumbrados a la tormenta de arena como cualquier veranense, y siguen avanzando con la ayuda de la cuerda que nos conecta. Me cubro hasta la nariz con el manto, mantengo los ojos cerrados y la cabeza inclinada contra la tormenta implacable que me grita con un viento furioso en los oídos.

Cuando amaina, entiendo lo que sentiría un veranense en medio de una nevisca. Es absoluta y horriblemente lo contrario de aquello para lo que el cuerpo de uno está hecho, y mientras me desenvuelvo, derramando ríos de arena por el manto, miro a Theron entornando los ojos.

Tiene manchas de arena anaranjada en la cara, y acepta mi mirada encogiéndose de hombros.

—Supuse que sabías sobre las tormentas de arena de Verano.

—Sí… pero no pensé que tendríamos que preocuparnos por una en un viaje tan corto. No habría estado de más una advertencia.

Se quita la arena de la mejilla y sacude el manto mientras un soldado pasa arrollando nuevamente la cuerda.

—Una visita a Verano no está completa sin una tormenta de arena; al menos, eso dicen —comenta Theron, con una sonrisa que intenta contrarrestar mi fastidio.

Lo logra, y suspiro con resignación.

—Mientras no haya más sorpresas…

Pero apenas termino de expresar el deseo, todos mis instintos gritan.

Al despejarse la arena, vemos ante nosotros la sombra exigua de un bosque. Árboles delgados y agudos se recortan contra el cielo como cicatrices, arbustos enmarañados que tienen espinas largas como mi dedo… y en lo alto de los árboles hay atacantes que esperan a los viajeros desorientados por la tormenta.

Justo en el instante en que doy la alarma, los atacantes se lanzan como las partículas de arena, en forma esporádica pero deliberada. Brillan los cuchillos al sol y arrojan reflejos de luz sobre la ropa color arena de los cazadores: las cabezas envueltas con bufandas anaranjadas; camisas rojas polvorientas; pantalones holgados marrón rojizo, inflados a la altura de las rodillas pero ajustados en los tobillos. En pocos segundos estamos rodeados, nuestros hombres con las armas listas, los atacantes mirándolos fijamente, cuchillo a cuchillo.

Mis dedos se preparan para tomar un arma, pero me quedo quieta, calma y rígida. Una reina no pelearía: enfrentaría esta amenaza con lógica y diplomacia.

—¡Alto! —grita uno de los atacantes.

Desde mi lugar, en lo alto de mi caballo, miro por encima de los hombros de los cordellanos que me rodean, todos de frente a los cazadores. Quien habló está cerca de mí; es una mujer, y su voz dispara una orden clara y cortante. Sus ojos pardos nos recorren: la única parte visible bajo su turbante *beige*.

Sus ojos se detienen en mí y se dilatan.

—¿Quién…? —Su sorpresa queda en el aire, y cuando baja su arma, todos los cazadores bajan también las suyas—. Inverneños —gruñe un segundo después.

Echa un vistazo al camino y su frente se tensa.

Una caravana se acerca detrás de nosotros, desde un camino que corre hacia el sur. Tres carros tirados por bueyes, cuyos corpachones levantan polvareda y embarran su pelaje largo. Los carros son totalmente cerrados como los nuestros, cajas sobre ruedas con dos conductores cada uno, rodeados por una docena de guardias veranenses a caballo que avanzan sin pausa hacia nosotros.

La muchacha lanza una palabrota. Cuando vuelvo a prestarle atención, sus acompañantes han desaparecido. Frunzo el ceño, pero ella no reacciona ante la ausencia de los demás; simplemente levanta una mano, se quita la bufanda de la cabeza y deja al descubierto unos rizos rojos muy apretados que se sueltan en torno a su rostro. Igual que los inverneños, los veranenses tienen cabello vibrante, cuando menos; es como si hubiesen sumergido cada mechón en el sol poniente y les hubiera quedado del tono escarlata más cegador que yo haya visto.

Una vez que termina de quitarse la bufanda, la muchacha me sonríe. Su semblante cambia por completo; todo vestigio de ira queda sepultado por aquella sonrisa fácil.

—La Reina Meira, ¿sí?

—¿Qué sucede? —interviene Henn desde su posición a mi lado—. ¿Quiénes son…?

—Les pido disculpas —lo interrumpe la muchacha—. Hay muchos bandidos sueltos por estos lares, y me he propuesto librar a mi reino de ellos. Soy Ceridwen Preben, hermana de Simon.

Hace una breve reverencia y se levanta con tanta rapidez que sus rulos danzan en torno a su cabeza.

Sus ojos se dirigen brevemente a la caravana que sigue acercándose, casi al punto de poder oírla. Su rostro refleja una fugaz preocupación, pero desaparece con tanta rapidez que no tengo tiempo de pensar en ello.

Theron gira sobre su montura, a mi lado.

—Soy el Príncipe Theron de Cordell. Vengo como escolta de Invierno, que está sumamente deseoso de dar a conocer su reino al mundo. Su hermano ya estará al tanto de nuestra visita.

Lo miro, boquiabierta. *¿Será que yo demuestro la misma seguridad al mentir?*

Theron prosigue.

—Creo que nos hemos visto antes, ¿en Ventralli? Usted fue como embajadora durante el reinado del Rey Jesse hace unos años, ¿no es así?

Ahora sí que el rostro de Ceridwen se desencaja. Gira apartándose de Theron justo en el momento en que la caravana nos alcanza, y sus labios esbozan una sonrisa tensa.

—Ah, ya llegaron —dice, y hace una seña al soldado veranense más cercano—. Teniente, escolte a nuestros huéspedes hasta Juli.

El soldado la mira, visiblemente sorprendido de verla, o por su orden, o por nuestra presencia en Verano. Pero asiente y nos observa con cuidadosa precisión. Se detiene en mí y sus ojos se dilatan, pero no con confusión… sino con placer.

—Sí, Princesa —responde, sin dejar de mirarme—. Nuestro rey querrá hablar con ellos.

Ceridwen le agradece con un gesto y empieza a alejarse entre los árboles ahusados, pero el teniente vuelve hacia ella su sonrisa demasiado complacida, y siento escozor en la piel.

—Princesa —la llama—, su hermano nos dio órdenes de que, si la veíamos en nuestro viaje, debía acompañarnos a Juli. Puede ayudarnos a vigilar si hay bandidos, ¿verdad?

Ceridwen hace una pausa antes de darse vuelta, y cuando lo hace, su rostro refleja placidez.

—Por supuesto, teniente —le responde, y camina hacia él—. Pero temo que voy a necesitar su caballo.

Al teniente se le borra la sonrisa. Pero accede: desmonta segundos antes de que ella suba al caballo y lo ponga en movimiento.

—Son cuatro horas de viaje hasta Juli, pero cuando lleguemos tendrán cama y comida —nos dice.

Nuestra caravana reanuda la marcha, con Ceridwen por delante y el grupo veranense a la retaguardia. Miro a Theron.

—¿La conoces?

Responde con un gruñido neutro.

—No mucho. Hace unos años fui a Ventralli a visitar a mi primo. Ella estaba allí como embajadora, y recuerdo que me fascinó el hecho de que una estacional hubiera sido aceptada en una corte rítmica. Pero no tuve oportunidad de hablar con ella; me habría gustado, al menos para averiguar cómo había logrado convencer a Ventralli de recibirla.

—Tal vez puedas preguntárselo ahora —señalo.

Sir nunca mencionó que Verano enviara embajadores a otros reinos. A veces los rítmicos enviaban embajadores a otros reinos rítmicos, pero por la guerra normalmente era difícil que los estacionales hicieran eso. Sin embargo, Ceridwen de Verano convenció a un rítmico que la recibiera en condiciones de igualdad política.

Ceridwen no puede ser mucho mayor que yo: dieciocho o diecinueve años, como mucho; no obstante, encontró una manera de superar los estereotipos y prejuicios de su reino. Incluso encontró la manera de liderar ataques contra los bandidos a pesar de ser la hermana del rey. Es estacional y embajadora, princesa y soldado, todo a la vez.

Escudriño el horizonte, tratando de distinguir cuál de las siluetas que se mueven es ella.

Tal vez Verano pueda ayudarme más de lo que creí.

Cuando la noche ya cubre todo el reino, atravesamos los grupos apretados de pueblos aledaños a Juli. Las tabernas bullen con música y risas, pero nadie camina entre los edificios; todos se quedan adentro, entre halos de luz. Al principio parece que simplemente se retiraron por la noche, pero mientras Ceridwen se va rezagando de su posición de vanguardia, echando vistazos cada tanto con sus ojos oscuros a los soldados veranenses que vienen detrás de nosotros, me pregunto si no será que los ciudadanos veranenses se esconden de la noche.

Juli es drásticamente diferente de los pueblitos que la rodean. No hay murallas que rodeen la ciudad: solo una cantidad de edificios desorganizados, apoyados los unos contra los otros, a orillas de un afluente del sistema del Río Preben, una serie de riachos que se desprenden del Feni hacia el sur, todos demasiado angostos para poder atracar el barco en el que llegamos. Hay fogones gigantescos encendidos en los techos, y fogatas ardiendo en las plazas, y hasta arden las bocas de los bailarines que hacen la danza del fuego, impidiendo que un rayo de noche negra ensombrezca la fiesta eterna de Juli.

Eso es esta ciudad: un festejo. Cada calle que tomamos está atestada de gente, de cabello tan rojo y desordenado como las fogatas que atienden, y piel bronceada como la de Ceridwen. Van de edificio en edificio, riendo con sus amigos, rogando a los puesteros un poco de vino, y el líquido color rubí se derrama por el borde de las

copas y salpica las calles como charcos de sangre. Hay mujeres con corsés y faldas de encaje recostadas contra la entrada de los edificios, a cual más desvencijado: ventanas sin cristales, huecos abiertos en las paredes color arena que revelan juegos de naipes y tazones para arrojar dados. Como si no se pudiera interrumpir la fiesta el tiempo suficiente para arreglar la ciudad.

Conall y Garrigan, cada uno con una daga, nos rodean con sus caballos a Nessa y a mí. No es que nadie intente interrumpir nuestro viaje; en todo caso, parece que todos nos evitan, que no quieren participar en lo que sea que trae a otro estacional y a un rítmico a su reino.

Y lo que nos ha traído aquí me hace analizar con más urgencia los edificios por los que pasamos. En cualquier lugar podría estar la clave, o haber una pista, que nos lleve a la Orden. ¿Y si alguna de las personas con quienes nos cruzamos sabe algo? ¿Y si ese edificio derruido lleva siglos aquí y guarda una llave en sus profundidades?

¿Por dónde puedo empezar?

Ceridwen se mantiene estoica, guiando a su caballo por entre el mar de gente como si no la viera. Va siempre un paso por delante de los soldados veranenses, por lo que está lo suficientemente cerca de mí que alcanzo a ver cómo se tensa la piel que rodea sus ojos con cada estallido de júbilo de la gente que la rodea, cada risa lejana y apagada, cada vez que alguno de los soldados veranenses silba a las mujeres que están apoyadas en las puertas.

Los reyes de Verano han sido famosos por utilizar su conducto sin importarles mucho el verdadero bienestar de sus ciudadanos. No controlan a su gente tan completamente como Angra, que obligaba a sus súbditos a disfrutar asesinando y torturando a sus enemigos, pero sí imponen una emoción igualmente dañina: el gozo, a tal punto que aparentemente su ejército es un chiste, sus ciudades están casi en ruinas y su economía se basa exclusivamente en las ganancias que obtienen del vino, el juego y los burdeles.

Cuando Sir nos enseñó acerca de Verano, mi reacción fue similar a la que muestran ahora Conall y Garrigan, que miran con el ceño fruncido a todos los veranenses que pasan. ¿Cómo se atreven a quedarse tranquilos en su nube de felicidad mientras en el mundo hay tanta gente que sufre?

Si la ciudad de Juli es una fiesta, el palacio es el corazón de la fiesta. Cruzamos un portal abierto y los guardias nos miran con desinterés, recostados contra la pared. Se abre un patio a nuestro alrededor, un área amplia y polvorienta con un establo a nuestra derecha, un grupo de edificios color arena tan deteriorados como los de la ciudad, y ante nosotros, entre una maraña de enredaderas verdes, plantas espinosas obstinadas y ladrillos de arena medio deshechos, se alza el palacio.

Ceridwen se apea del caballo y se lo entrega a un mozo de cuadra.

—Bienvenidos al Palacio Preben —nos dice, señalando el edificio. Sus ojos se demoran en él, y su rostro refleja las mismas emociones que experimenté al ver por primera vez el Palacio de Jannuari. Abatimiento, desaliento y, sobre todo, cansancio.

Pero no deja que la sensación se prolongue demasiado y se encoge de hombros—. Les haré preparar habitaciones.

—El Rey Simon querrá verlos lo antes posible —dice el teniente.

Los ojos de Ceridwen se posan en cada uno de nosotros, de a uno por vez, y luego mira al teniente con enojo.

—Detestaría interrumpir el jolgorio de mi hermano con asuntos de política —responde, y se vuelve hacia nosotros—. No, las presentaciones pueden esperar hasta mañana. Pasaré a recolectarlos a eso del mediodía.

El teniente vuelve a reír, un estallido abrupto de sonido entre los coros constantes de gritos y tambores. Rezongo para mis adentros por no haberme dado cuenta, antes de oír reír al teniente por el uso de la palabra «recolectar», de lo que ocurrió durante todo el viaje.

Estos soldados son recolectores veranenses. Y sus carros llevan personas.



Meira

El interior del Palacio Preben no se diferencia del exterior: polvoriento, agrietado, descuidado. Aquí el calor es menos intenso, ya sea porque la temperatura desciende por la noche o porque las piedras arenosas logran conservar un poco de frescura. Conall y Garrigan demuestran tanto fastidio por las similitudes entre este palacio arruinado intencionalmente y el nuestro, arruinado por la guerra, que yo no necesito hacerlo, y contengo mi ira para poder concentrarme en conocer al rey de Verano… y pensar por dónde empezar a buscar a la Orden y las llaves.

A la mayoría de los monarcas les encanta exhibir los tesoros de sus reinos especialmente a los dignatarios que los visitan, a modo de demostración de poder; Noam lo demostró con sus absurdos árboles dorados. Quizá Simon esté dispuesto a llevarnos a recorrer las partes más antiguas y atesoradas de Verano, cosas que pueden haber resistido el paso del tiempo y servido para que una Orden misteriosa escondiera en ellos pistas o pequeñas reliquias.

Pero para acceder a esos lugares habrá que ser amable con el rey veranense, y presiento que voy a detestarlo tanto como a Noam, si no más, a juzgar por lo que he visto de su reino hasta ahora. Lo que no hace que sea más fácil conocerlo, y cuando llega la mañana, tengo que hacer un esfuerzo consciente para no buscar mi chakram. Pero llevar un arma a una reunión política…

Hasta yo sé que no es buena idea.

Mi habitación es mucho más agradable de lo que parecía el palacio en las sombras de la noche. En un fogón que hay en un rincón, crepitan las llamas en una pila de leños; los sirvientes encendieron el fuego a pesar de la claridad de la mañana, y hay unas mantas de color naranja y rojo fuego sobre una cama con dosel. Las mesas y sillas dispuestas espaciadamente en la habitación están talladas con figuras de volutas y llamaradas solares que se cierran sobre sí mismas y vuelven a surgir.

Dendera entra poco después de que termino de vestirme. Pienso que va a estar orgullosa de mí por haber elegido un atuendo digno de una reina, pero al ver mi vestido con tablas se detiene y suspira.

—¿Duquesa?

Le brillan los ojos.

—Henn, Conall y Garrigan irán contigo, pero… —Se interrumpe y se vuelve hacia el arcón en el que ella y Nessa empacaron mi ropa. Al cabo de un momento de

hurgar en él, saca una camisa blanca y unos pantalones negros rústicos, y hace una mueca como si detestara lo que va a decir—. Ponte esto. Y lleva un cuchillo, al menos. Algo pequeño que puedas esconder.

La miro boquiabierta.

—¿Es mi cumpleaños?

—¿Qué? No. Yo… —Rezonga y me entrega la ropa—. No confío en este reino.

—Seguramente podré encontrar un chakram por aquí.

Sonrío.

—Un *cuchillo* —me corrige, agitando los brazos—. Muy bien. Pero no me hagas caso. Un chakram, un cuchillo, una espada… santa nieve, ¿por qué no te pones una armadura?

Río, y sus labios esbozan una levísima sonrisa. Si fuera posible capturar un momento, guardarlo en mi relicario vacío, sé que la magia que emitiría sería mucho, muchísimo más fuerte que cualquier cosa que pueda salir de ese barranco.

Después de ayudarme a quitarme el vestido, Dendera se retira y me deja vestirme sola. Me cambio rápidamente, y hago una pausa con la mano sobre el cuchillo que me preparó, algo que le prestó Henn.

La reina de Invierno, armada. Pero si a Dendera, maestra de la corrección, le parece bien que lleve un arma, aunque sea pequeña, tal vez…

Tomo la daga. La acomodo en la palma de mi mano, un peso metálico que evoca recuerdos de un arma más mortal aún. La escondo en mi manga y me doy cuenta de que perdí la oportunidad de preguntar a Dendera dónde está mi chakram. Aunque si quedó en Invierno, de nada me sirve ahora.

Pero no importa: tengo un arma y, por primera vez en meses, llevo puesta mi ropa de antes.

Al acercarme a la puerta del dormitorio, no puedo sino respirar con más tranquilidad. De pronto, Verano me parece un poco menos sofocante.

Sin necesidad de insistirles mucho, Dendera y Nessa acceden a quedarse en su cuarto. Me habría gustado llevarlas conmigo, pero Conall y Garrigan parecen bastante preocupados por tener que custodiarme en este reino, y sería mucho cuidar también a Nessa; estará mucho más segura en la habitación que paseándose con nosotros. Dendera se queda para cuidarla mientras Henn, Conall y Garrigan se reúnen conmigo en el pasillo.

Unos soldados cordellanos están en posición firme frente a una habitación cercana a la nuestra, custodiando el fruto de los montes Klaryn, que está adentro. Se abre la puerta de la habitación contigua y sale Theron, trazándose círculos pequeños con los dedos en las sienes.

—Dime que anoche no probaste el vino de Verano —le digo, y me mira con una mueca pero logra esbozar una sonrisa débil.

—¿No te dejaron una botella a ti también? —Su sonrisa se hace más amplia y se pasa una mano por la cara—. Es que no dormí bien. Pensando demasiado, supongo.

Casi le pregunto en qué estuvo pensando, pero lo sé. En el tratado. En la reunión con Simon. En encontrar las llaves. En todo lo que también ocupa mi mente.

Theron parpadea y su mirada se desliza por mi atuendo.

—Bien —exhala.

Lanzo un bufido.

—Gracias. Eso es lo que toda chica espera oír.

Menea la cabeza y se encoge de hombros, como señalando el resto del palacio y al Rey Simon, que estaría por allí, en alguna parte. La cacofonía que nos recibió la noche anterior se ha apaciguado, y en los pasillos no se oye música, risas ni tambores. El silencio parece algo incómodo en este reino; es más un silencio dolorido que una quietud relajada.

—No —se corrige Theron—. Me refería a que nada de lo que pase en este reino será… normal. Un vestido no sería la mejor idea.

Los ojos pálidos de Henn brillan con el resplandor del fuego que arde en un cuenco cercano.

—Se refiere a que Verano tiene el mismo respeto por los límites personales que el General Herodes Montego.

Me echo hacia atrás y miro sorprendida a Henn, que está recostado contra la pared como si acabara de decir algo sin mucha importancia. Su atención pasa de aquí para allá, inspeccionándolo todo, y me doy cuenta de que en verdad no dijo nada de mucha importancia; simplemente está describiendo nuestra situación, sin ambages. Pero el nombre del general de Angra me produce escozor en la piel.

Theron señala con la cabeza hacia la habitación que sus hombres custodian.

—Probablemente también sea mejor que no se corra la voz de lo que traemos. A menos que pienses que Verano será un buen aliado para Invierno.

Me acerco más a él.

—¿Y la otra razón por la que vinimos?

Pero antes de que alcance a responder aparece Ceridwen al final del pasillo, con ropa tan diferente de la que le vimos ayer que casi la confundo con una más de las damas de la corte de Verano. Lleva las piernas envueltas en una tela anaranjada, que sube envolviendo su torso y se sujeta al cuello en dos tablas. Un corsé de cuero le ciñe el vientre, haciendo juego con las sandalias con tiras que se enlazan hasta las rodillas.

Se detiene a mi lado, irradiando fastidio incluso antes de hablar.

—Anoche mi hermano trasladó su fiesta fuera del palacio, y me ha pedido que se reúnan con él en la ciudad.

Theron se endereza.

—Por supuesto. Gracias, Princesa —añade, enfrentando con formalidad la aparente indiferencia de ella. Bueno, no indiferencia, sino más bien… desagrado.

El ceño de Ceridwen se frunce más aún.

—Vamos. Los carruajes esperan.

Theron levanta una ceja al oír el tono de Ceridwen, pero ella se aleja sin esperar respuesta. Los demás —Conall, Garrigan, Henn, Theron, un puñado de guardias cordellanos y yo— nos damos prisa para seguirla, y casi tenemos que correr para hacerlo. Nos lleva por pasillos iluminados con antorchas; el resplandor anaranjado da a las paredes arenosas del palacio un aspecto cálido y encerrado. Bajamos a toda prisa dos tramos de escaleras y doblamos tres veces a la izquierda hasta que Ceridwen se detiene.

Hay jarrones con bellos hibiscos rosados en unas mesas contra las paredes, que llevan a una amplia arcada por la que se ve el patio exterior. A la luz del día se ven algunos grupitos de árboles flacuchos, mozos de cuadra dirigiéndose apurados aquí y allá, nubes de polvo anaranjado flotando en el aire. Y más allá del muro se alza Juli, con sus edificios tan arenosos como el complejo del palacio.

Ceridwen se vuelve hacia nosotros antes de cruzar la arcada.

—Príncipe Theron, si me permite un momento con la Reina Meira, me gustaría felicitarla por haber recuperado su reino. Encontrarán los carruajes esperando justo a la salida.

Theron frunce el ceño, se vuelve hacia mí y me apoya la mano en la cadera, pero le aprieto el brazo para tranquilizarlo. Yo también tengo motivos para hablar con Ceridwen, y probablemente será mejor hacerlo a solas.

—No tardaré mucho. —Incluyo a Henn, Conall y Garrigan—. Estaré bien.

No parecen muy convencidos, pero la atención de Henn pasa de mí al pasillo donde no hay nadie más que nosotros.

—Estaremos afuera —me dice. Conall y Garrigan lo siguen, y tras una pausa Theron hace lo mismo con sus guardias.

Una vez que salen, Ceridwen se vuelve hacia mí y me mira con la misma desaprobación con que siempre me miraba Sir: la frente tensa, la mandíbula torcida, los ojos listos para detectar la menor amenaza.

—¿Un príncipe rítmico? —susurra, tan bajo que apenas logro captar las palabras.

Me desencajo.

—¿Qué?

Le resta importancia y se cruza de brazos.

—Reina Meira —vuelve a empezar, levantando la voz como si nada hubiera pasado—. Fue difícil recuperar su conducto.

Toco el relicario instintivamente.

—Princesa, ¿qué…?

—Y también su reino —continúa, con una falsa sonrisa—. Y a su pueblo. Cualquiera pensaría que una monarca como usted tendría plena conciencia de lo que valen.

—Por supuesto —concuerdo lentamente, insegura de lo que está diciendo.

Ceridwen se endereza y contempla el vestíbulo como si pudiera ver a través de las paredes, hasta el reino que se extiende más allá.

—Los reyes de Verano nunca han dado mucho valor a sus ciudadanos ni a los demás. Mi reino ha sido marcado por esta vergüenza, pero donde algunos ven una marca como una cicatriz, otros la ven como un accesorio de moda.

Asiento.

—Estoy al tanto de las actividades de Verano.

—¿Sí? —Ceridwen se me acerca más. Tiene los ojos delineados con maquillaje dorado, que forma en sus sienes volutas apretadas que brillan cuando se mueve—. Por eso mi hermano dispuso que se reunieran donde está esta mañana, para demostrarles hasta dónde llegan las *actividades* de Verano. Le preguntará si está dispuesta a contribuir a nuestra… —Hace una pausa y frunce los labios—… economía. ¿Es así? ¿Desea contribuir?

Tardo apenas un segundo en entender a qué se refiere. Me echo hacia atrás, boquiabierta.

—¿Que él… *qué*? ¿Quiere que le venda una parte de mi pueblo?

Ceridwen sonríe.

—Me alegra ver su reacción, Reina Meira. El mundo está lleno de personas que no valoran las mismas cosas que usted y yo. Y sí valoramos las mismas cosas, ¿no es así?

—*Sí*.

—Mi hermano puede ser persuasivo. Solo espero que usted se mantenga firme.

—No tiene idea de lo obstinada que puedo ser.

—Si bastara la obstinación para ser buena reina, yo gobernaría el mundo.

Gira hacia el patio. La sigo.

—Ustedes estaban esperando para atacar la caravana, ¿verdad? ¿Para liberar a aquellas personas?

Se detiene y los músculos de sus hombros desnudos se tensan. Si había sido su intención liberar a aquellos esclavos, querría conservar sus actos en secreto… pero si es alguien a quien le repugnan tanto las costumbres de su hermano, tal vez sea alguien en quien yo pueda confiar, alguien que se levanta contra la oposición, alguien que se solidarice con mi situación y me ayude a encontrar la llave, o incluso a la Orden de los Lustrados, antes que Cordell.

Antes que Theron.

Apenas soporto pensar esas palabras.

Ceridwen se da vuelta hacia mí; la mitad de su cara queda bañada en la sombra de la arcada, y la otra mitad a la luz del patio.

—También es inteligente —murmura; se acerca a mí y me apoya algo contra el abdomen.

Una daga.

¿Cómo hizo para esconder una daga en ese atuendo?

—No todo el mundo tiene el poder que merece —gruñe—. No malgaste el suyo.

Apoyo la mano sobre la suya que sostiene la daga, con una leve presión que le aprieta los dedos contra la empuñadura.

—No tengo intenciones de malgastar mi poder, Princesa. Solo quería ofrecerle mi apoyo. Sé lo que es luchar por la libertad de un reino.

Me mira y parpadea, y en su rostro veo sorpresa, luego horror, y por fin una sonrisa fría y dura que no llega a sus ojos. Se suelta de mi mano y vuelve a guardar la daga.

—Ya veremos, Reina Meira. Como dije, que disfrute su estadía en Verano.

Se aleja, inclinándose para cruzar la arcada. Apenas sale por la puerta, Theron ocupa su lugar, flanqueado por mis guardias.

—¿Qué pasó? —me pregunta.

Sonrío.

—Creo que acabo de ganar una amiga.

El lugar donde Simon nos espera, sea donde sea, no está lejos. Dos calles más adelante, nos detenemos frente a un edificio de cuatro pisos que podría competir con el palacio en antigüedad. El exterior de arenisca con detalles de madera quebradiza habla de años bajo el clima riguroso de Verano, pero de los balcones cuelgan adornos, intentos de disimular el deterioro que se esconde tras trenzas de seda carmesí y manojos llamativos de flores rojas y anaranjadas. Es esa decoración la que da al edificio un aspecto de más categoría, un aire de importancia y majestad, mientras que el palacio daba una impresión más descuidada.

Las paredes que por fuera se veían deterioradas por dentro están perfectamente mantenidas: en cada rincón se ven paneles lisos de piedra color crema con molduras doradas. Hay un pasillo que se extiende por el centro de la planta baja, con baldosas pulidas que brillan con un arcoíris de colores y plantas que custodian docenas de puertas cubiertas por cortinas.

Parpadeo, segura de que estoy viendo mal. Todo el resto de Verano se encuentra casi en ruinas… ¿Por qué este lugar no? ¿Por qué… y qué es?

Aparece una respuesta cuando una de las cortinas se corre y sale una mujer contoneándose, camino a una escalera que está en el otro extremo del pasillo.

Mis ojos se dilatan al punto de que siento que se me van a salir de las órbitas.

Está completamente desnuda.

Garrigan se atraganta por la sorpresa. Conall se lanza hacia mí, se da cuenta de que no hay peligro inmediato y se conforma con una mirada torva y los labios apretados. Theron se sonroja tanto que su piel adquiere un tono púrpura profundo, algo tan raro en él que casi me hace reír.

Ceridwen, sin embargo, no reacciona. Camina por el pasillo central y saluda con un movimiento de la cabeza a un hombre que sale a recibirnos. Mi contingente la sigue, silenciado por diversos grados de conmoción e incomodidad. De las puertas

salen algunas personas más, y al correrse las cortinas se puede ver la misma clase de mujeres que vimos anoche al entrar a la ciudad, mujeres con muy poca ropa, y hombres con vestimenta igualmente escasa. En su mayoría están en divanes, camas, las extremidades desparramadas, el cabello despeinado y la ropa más aún. Y, en general, no están solos. Los clientes que pueblan estos recintos visten desde los andrajos sucios de los campesinos hasta las finas sedas de la clase alta.

Este lugar es un burdel. Y aparentemente alimenta la economía de Verano, sin diferencias de clase social. Qué tolerantes.

Inhalo y agradezco a la suerte que Nessa no haya venido. No quiero imaginar siquiera lo que habrían hecho Conall y Garrigan si su hermana inocente y protegida hubiera caído en un sitio como este.

El calor me abruma, hace que el sudor se acumule en gotitas en mi frente y resbale por mi espalda en oleadas por la falta de ventilación y el modo en que el sol del mediodía calienta el exterior del edificio. Este burdel parece más bien un horno, y mientras nos internamos más en el pasillo, Theron a mi lado, Conall y Garrigan muy cerca a mis espaldas y Henn un poco más atrás, casi espero que los hombres y mujeres que duermen a nuestro alrededor empiecen a crepitar como si se estuvieran cocinando.

Ceridwen nos lleva a un recinto que está en el rincón del fondo a la derecha. Allí, unas cortinas transparentes rodean unos almohadones con fundas de seda lustrosa donde duermen unas personas repantigadas.

Ceridwen nos hace señas de que entremos.

—Aquí es —anuncia, cortante, y se retira abriéndose camino entre nosotros, que nos quedamos allí de pie, mirando desconcertados el recinto y la silueta de la mujer que se aleja.

Theron levanta las cejas.

—Tengo el presentimiento de que no somos bienvenidos —susurra.

Le sonrío.

—Quizá tú no, príncipe rítmico.

Pone cara de exasperación y me sonríe brevemente; luego se vuelve hacia el recinto. Según alcanzo a ver, adentro hay cinco personas durmiendo; todas están superpuestas en una maraña de cabello y extremidades, brillante satén y joyas de oro.

—¿Rey Simon? —prueba Theron.

Nadie se mueve.

—Rey Simon Preben —insiste, en voz más alta.

Del revoltijo de cuerpos, se levanta una cabeza. Aun entre almohadas y extremidades ajenas, se nota que es joven; no tanto como Theron o yo, pero no tiene más de veinticinco años. El cabello escarlata le cae sobre los ojos, uno de los cuales entreabre con un fuerte rezongo y luego se toca algo en la muñeca. Al cabo de un momento, suspira con alivio y vuelve a concentrarse en nosotros.

¿Acaso acaba de usar su conducto para curarse la resaca?

Simon examina a Theron, levanta una ceja y traslada su atención a mí.

—¡Que me chamusquen! ¿Ya es de día?

Se le ilumina el rostro y se levanta. El movimiento despierta a las personas que estaban enredadas con él, lo que provoca gemidos de disgusto a los que no presta atención, mientras pasa por encima de los cuerpos y se para, inestable, frente a nosotros.

Momento en el cual emito un ruido que está entre la arcada y el grito, y bajo la cabeza para no ver más del rey veranense de lo que quise ver jamás.

Está tan desnudo como la mujer a la que vimos hace un momento.

Mi reacción pasa inadvertida para Simon, o bien elige ignorarla.

—¡Reina Meira! Cuánto esperé este…

Theron se aclara la garganta, sin nada de elegancia, y Simon lanza una carcajada.

—¡Ah! —exclama, como si realmente se le hubiera olvidado—. Cuánto lo siento… un momento.

Oigo movimientos y algunos rezongos más de los cortesanos que siguen durmiendo, y al cabo de un rato Theron me codea, presumiblemente porque Simon ha guardado su… bueno…

Es la primera vez que veo a un hombre desnudo, y tenía que ser el insensible rey de Verano. Qué bien.

Me arriesgo a mirarlo y veo que se envolvió con satén escarlata hasta la cintura, y aunque no está precisamente vestido, me conformo.

—¡Reina Meira! —repite, y recoge una copa de una mesita—. Hacía demasiado tiempo que no tenía el placer de recibir una visita de Invierno en mi reino. —Señala con un gesto amplio todo el burdel, con la copa en la mano—. Por eso me pareció mejor que nos presentáramos aquí. Supongo que no habrá visto nunca los esplendores de Verano. Una verdadera lástima, pero pronto lo remediaremos. Hoy tendrá a su disposición a todo el personal de Madame Tia; esta noche me acompañará en una verdadera fiesta veranense en el palacio. Habrá comida, habrá bebida…

Mientras mi mente descifra sus palabras y me doy cuenta de que quiere que nos quedemos *aquí, todo el día*, Simon me entrega la copa y el vino se derrama en su mano. Un poco del líquido oscuro recubre un brazalete que lleva en la muñeca, un grueso brazalete de oro con una turquesa en el centro rodeada por un constante resplandor escarlata. El conducto de Verano.

Quiero decirle con exactitud lo que puede hacer con esa copa, pero logro mantener cierto semblante racional a pesar de la conmoción. No ha hecho nada amenazante… y francamente, ha sido hospitalario. Solo que no es la clase de hospitalidad que necesito.

Pórtate bien, Meira.

Mis labios se abren en una sonrisa leve.

—Gracias, pero ¿no es un poco temprano para todo esto?

Bebe lo que queda del vino y luego arroja la copa hacia la gente amontonada en la cama mientras me guiña un ojo.

—No, si uno cree en sí mismo. —Observa nuestro grupo, esta vez con ojo más analítico, y se decepciona visiblemente—. ¿Cerie no vino con ustedes? Que las llamas la chamusquen. Antes era muy divertida. ¿Se presentó siquiera? Mi hermana, la veranense menos veranense que conozco. Pero cuando se suelta, ¡guarden el vino! Esa chica es una borracha perdida. En ese sentido, supongo que sí es *muy* veranense.

—Rey Simon —interviene Theron. Contengo un suspiro de alivio. Ni siquiera conozco tanto a Ceridwen, pero sin duda no le agradará mucho que su hermano la llame «borracha perdida»—. Venimos con una propuesta para usted. ¿Podemos hablar en algún lugar? ¿Lejos del bullicio de la ciudad? —Hace una pausa y mira hacia un lado—. Dicen que los viñedos veranenses son una vista impresionante.

Frunzo el ceño. *¿Un viñedo?*

El vínculo que pueda haber en este reino con el barranco mágico o con la Orden de los Lustrados tiene que ser algo que haya sobrevivido al paso del tiempo… algo importante para Verano, o algo por lo menos tan antiguo como la puerta.

Por eso Theron quiere ir a los viñedos. Algunos existen desde hace siglos, y si hay alguna pista sobre la Orden o las llaves que haya sobrevivido a las pruebas del tiempo… podría estar en un viñedo. Eso le daría un poco más de sentido a la talla de la vid en llamas.

Mis ojos se clavan en las baldosas bajo nuestros pies. El orgullo que inunda el rostro de Simon.

«*Supongo que no habrá visto nunca los* esplendores *de Verano*».

Pero los viñedos no son lo único que Verano valora como para preservarlos durante siglos. Y quizá la talla no debía entenderse en forma tan literal.

Frunzo la nariz. Santa nieve, si tengo que revisar los *burdeles* de Verano para encontrar la Orden…

Simon sale tambaleante del recinto y engancha un brazo sobre el cuello de Theron.

—¡Verdaderamente gloriosos! Mañana iremos a verlos. Pero hoy… —Sus ojos inyectados de sangre se fijan en mí y Simon silba, soltando una bocanada de aliento ácido—. Me gustaría mucho conocer mejor a la nueva reina inverneña. No es que no me sienta honrado de recibir al heredero de Cordell, pero los monarcas estacionales debemos apoyarnos mutuamente. Solidaridad.

El olor a vino en su aliento me cierra la garganta.

Somos huéspedes en su reino. Tenemos que estar aquí en paz.

No ha hecho nada malo. No ha hecho nada malo.

Pero no importa cuántas razones pueda apilar como ladrillos en una pared, mis impulsos se abren paso.

Somos huéspedes en un reino basado en la esclavitud.

Tenemos que estar aquí en paz… lo que básicamente equivale a apoyar el modo en que se trata a la gente en su reino.

No ha hecho nada malo… a mí. Pero ¿a quiénes ha hecho daño? ¿Cuántas de estas personas son esclavas?

Como en respuesta a mis pensamientos, una de las personas que están en el recinto de Simon se incorpora. Está vestida, por suerte, pero tiene el cabello desgreñado por el sueño, mechones negros que se le adhieren a la piel leonada.

No es veranense. Es yakimí.

Las gruesas líneas de maquillaje dorado que rodean sus ojos se le han corrido por las mejillas y la frente. Se toca el cabello, y cuando percibe que estoy mirándola, levanta una mirada velada.

Aprieto la mandíbula.

Las manchas de maquillaje dorado en la cara casi hacen imperceptible la pequeña marca que tiene en la mejilla. Una *V* marcada a fuego bajo el ojo izquierdo, la piel está quemada pero ya ha cicatrizado, es algo que lleva desde hace mucho tiempo. Quizá desde siempre.

Miro alrededor. Hay sirvientes limpiando el lugar y acomodando sillas; algunas de las personas semidesnudas que están en los distintos recintos empiezan a despertar. En su mayoría son veranenses, de cabello rojo fuego que les cae en mechones enmarañados sobre la piel bronceada; solo se ven unos pocos de otros reinos. Todos están marcados, con cicatrices tan antiguas como la de la muchacha.

Verano marca a sus esclavos. Los sirvientes que nos llevaron anoche a nuestras habitaciones… ¿estaban marcados? En la penumbra era difícil verlo, y honestamente, me distraje vigilando que las piedras de los Klaryn quedaran seguras bajo llave. Me concentré en las cosas en las que se fijaría una reina, no en las que miraría un soldado. En la seguridad de nuestra clave para forjar alianzas, no en los detalles de mi paradero.

Mi cuerpo da un respingo de remordimiento. Debería alegrarme de haberme portado como una reina… pero ahora no puedo sentir sino asco. ¿Cómo es posible que no recuerde si los sirvientes tenían marcas? ¿O siquiera si eran veranenses? Pero los esclavos yakimíes se mueven por el burdel igual que los veranenses, sin inclinación a pelear ni a resistirse a la vida que Simon eligió para ellos. Por más que pueda obligar a los veranenses a aceptar esa vida, no hay magia que pueda permitirle afectar a alguien comprado de otro reino.

¿Acaso estos yakimíes llevan tanto tiempo viviendo así que no saben pelear? ¿Dónde está la gente que no acepta ese destino? Seguramente los esconderán de los recién llegados, para no arruinar la ilusión de placer. Para que todos los visitantes vean la misma perfección falsa que hacía que Primavera tuviera sus campamentos de trabajo tierra adentro, lejos de sus interacciones con el mundo exterior.

Suficiente. Es todo lo que puedo tolerar.

Me aparto de Simon, que sigue colgado del cuello de Theron, y me lanzo hacia la puerta, que está al final del largo pasillo que da a los otros recintos. Mis guardias me siguen, y no puedo sino pensar que todos suspiran de alivio por la partida.

Ceridwen está recostada contra la puerta, con los brazos cruzados y los ojos entornados. Un esclavo veranense aparece a su lado y le susurra algo al oído. Cuando llego hasta ella, se separa del marco de la puerta.

—Discúlpala, hermano —dice Ceridwen hacia el fondo del pasillo—. Anoche se quejaba del calor; nuestro clima es un poco duro para los inverneños, ya lo sabes.

No miro atrás y, honestamente, saldría corriendo del burdel si Ceridwen no me tomara del brazo y me retuviera. Desde atrás, Simon grita alegremente.

—¡Cerie! —Se oyen movimientos y un golpe sólido cuando choca contra la pared del final del pasillo—. Pensé que todavía no habías vuelto. ¡Debes venir también esta noche! Te extraño, hermana.

La expresión en el rostro de Ceridwen hace que sea difícil distinguir si es sincero o no. Ella no dice una sola palabra y deja que el silencio se prolongue hasta que Simon se recompone.

—¡Pero sí, tómese un momento, reina de Invierno! Vaya a tomar un poco de aire.

Un gruñido sube por mi garganta, y Ceridwen ladea la cabeza hacia mí.

—No seas estúpida —susurra, enojada.

Arranco mi brazo de su mano.

—No tienes idea de lo que…

—¿No? —Aprieta los labios y baja la voz hasta que es menos que un susurro—. No, tienes razón. No es que lleve diecinueve años viviendo aquí. No tengo idea de cómo es mi reino. Por ejemplo, no tengo la menor idea de que, si te pones visiblemente en contra de mi hermano, va a tomar represalias. A menos que quieras que empiece a robar esclavos inverneños por la fuerza, no le hagas ver que lo desprecias.

—¿Qué? —Mis pulmones se quedan sin aire—. No se atrevería.

Ceridwen bufa.

—¿Y qué se lo va a impedir? Hace unos años, el Rey Caspar reaccionó a mi hermano como tú. Salió hecho una furia, se le opuso abiertamente. Semanas más tarde, encontré a un grupo de otoñeses encerrados en secreto al sur de Juli. Por eso, repito, *no seas estúpida*.

Me tambaleo, los músculos tensos.

—¿Y Caspar se enteró?

Este edificio parece demasiado abierto y a la vez demasiado pequeño, y no tengo idea de si Simon puede oírnos. Miro hacia atrás, brevemente, y lo veo conversando con Theron en el pasillo. Theron me mira una vez y me dirige una leve sonrisa.

Está distrayendo a Simon.

Se me refresca el pecho, y la gratitud disipa un poco del resentimiento que todavía albergo hacia Theron.

Ceridwen vuelve a atraer mi atención.

—Fueron liberados poco después —responde, sin confirmar ni negar que fue ella quien los liberó—. Pero a aquellos que reciben la marca de Verano no les queda mucha vida después. No arriesgues a tu pueblo. Ten paciencia con mi hermano… tolera sus tonterías.

Me detengo a su lado y obligo a mi cerebro a procesar sus palabras en medio de este estúpido calor, de mi odio por Simon, de mi deseo de marcharme de este burdel y regresar a Invierno.

Pero ella tiene razón. Necesito tolerar las tonterías de su hermano… por ahora. ¿Acaso no acabo de preguntarme si en este lugar habrá alguna pista sobre la Orden o la llave? No puedo irme. Todavía no, al menos.

Se me revuelve el estómago y me concentro en la luz que entra por la puerta del frente mientras levanto la voz.

—Cuando vuelva, Rey Simon, me gustaría recorrer este… —No puedo decirlo—. Establecimiento.

Para poder revisar todos los rincones en busca de una pista de la Orden de los Lustrados, y después huir.

Simon festeja detrás de mí.

—¡Excelente! ¡Por supuesto!

Ceridwen sonríe. Hago una mueca y vuelvo a bajar la voz.

—¿Por qué me ayudas?

Mira brevemente al soldado que le había hablado, que espera fuera del burdel. El hombre asiente y sale a la calle.

—Como dijo mi hermano, Reina Meira —responde, encaminándose a la puerta —. Por solidaridad.



Meira

La recorrida del burdel nos lleva tres horas.

Tres horas.

Un ala del edificio se construyó hace más de cuatrocientos años. Una está dedicada por entero a personas a quienes les gustan las mujeres; otra, a quienes gustan de los hombres; otra, a una mezcla. En el piso más alto hay *suites* privadas, una de las cuales Simon reservó para nosotros, pero su ofrecimiento recibió como respuesta una negativa firme y desapasionada. Theron adivinó muy pronto por qué yo había querido recorrer el lugar, y pasó el tiempo analizando los detalles tanto como yo. Pero parecía que ni una sola habitación, ni una planta, escultura, ni siquiera una baldosa contenía nada relacionado con la Orden de los Lustrados; al menos, no había símbolos como en el barranco.

Entonces, luego de demasiados encuentros con la desnudez, fingí estar exhausta y Simon nos dejó retirarnos a descansar para la fiesta de esa noche.

Si así va a ser la búsqueda en todos los reinos, no creo sobrevivir al viaje.

La celebración que prometió Simon —o, mejor dicho, con la que amenazó— empieza justo después de ponerse el sol. Una vez más, Nessa y Dendera se quedan; esta vez, no porque Nessa no haya intentado acompañarme.

—Tal vez si llevas más gente contigo, él no será tan…

Pero deja la frase inconclusa mientras se refriega las manos con nerviosismo. No le conté todo lo ocurrido; solo lo suficiente para que ella y Dendera tuvieran una idea general de mi opinión sobre Verano.

Le aprieto el brazo con afecto.

—No, quédate aquí. No tardaré mucho.

Se queda mirándome.

—Me vas a contar, ¿no? Cuando vuelvas.

Me muerdo la mejilla por dentro. *Si hay algo que pueda contarte*.

—Volveré pronto.

Los hombros de Nessa bajan hacia adelante; ella se aparta y se sienta junto a Dendera en el rincón de mi cuarto. Parece… derrotada. ¿Acaso pensó que la llevaría? Aunque yo hubiera querido, sus hermanos no lo habrían permitido, y con mucha razón.

Pero Nessa me dirige una sonrisa cuando me voy. ¿Ves? Ella está bien. Es solo este calor, que nos pone a todos con los nervios de punta.

Dendera me permitió quedarme con mis pantalones y camisa nada dignos de una fiesta, pero modestos y más adecuados para Verano que un vestido. Cuando vuelvo a encontrarme con Theron y sus hombres en el pasillo, me toma por la cintura y engancha el pulgar en las presillas de mi cinturón como si fuera su postura natural. No me resisto, demasiado ocupada tratando de prepararme para lo que sea que nos espera.

Un sirviente nos conduce a un salón de fiesta, y los tambores nos llaman con un ritmo que vibra a través de las paredes arenosas. Afuera, como a lo lejos, se oyen más tambores; señalan el comienzo de las fiestas que reverberan por toda la ciudad. Se elevan voces que ríen, y cuando nos inclinamos para cruzar una arcada, a nuestro alrededor se despliega una fiesta.

Telas anaranjadas, escarlatas y doradas envuelven las columnas de ladrillos de arena en un inmenso salón al aire libre. Se alzan cuatro pisos de balcones, que terminan en un retazo de cielo negro azulado que va hundiéndose en la noche, invitando los fogones que arden en todos los rincones, antorchas encendidas en las paredes y bailarines que arrojan hebras de fuego sobre la multitud apiñada. Se oyen exclamaciones y chillidos de placer desde todas las direcciones, salpicados por el tintineo de las copas.

Si en el burdel me había parecido que hacía calor, aquí el ambiente es abrasador. El fuego más cercano sale de la boca de un bailarín que está contra la pared, pero el calor que siento es intenso, seguro y cercano, y palpita sobre mi piel con dedos deliberados pero caóticos. El calor proviene de los veranenses, cuyos cuerpos irradian oleadas calientes, así como a todos los inverneños nos rodea aquel frío impenetrable. Me envuelve, me quema, implacable. Un calor que podría enloquecer a la gente, distorsionar las imágenes y nublar las ideas.

Theron entra conmigo. Mis ojos van de persona en persona, observando cada marca como si fuera un faro. En este salón hay tantos esclavos como no esclavos, que sirven bebidas o comida o bailan con los cortesanos. Hasta los que sirven parecen estar divirtiéndose, y caminan llevando las bandejas sobre sus cabezas.

Simon, esta vez vestido, está sentado en el centro de un estrado en el medio del salón. Cubre el área una magnífica carpa anaranjada, con rayos de sol bordados con hilo dorado que brilla con el resplandor del fuego. Está reclinado con la muchacha yakimí que lo acompañaba antes. Ella nos ve primero y avisa con un susurro a Simon, que vuelca inmediatamente su atención al pie del estrado y esboza una sonrisa radiante.

—¡Reina de Invierno!

Se levanta de un salto, y esta vez ni siquiera se molesta en reconocer la presencia de Theron. ¿Por qué un rey estacional ignoraría tan descaradamente a un rítmico?

Cordell no vende a Verano, lo que significa que para Simon no tienen utilidad. Y es obvio que no le importa forjar una conexión, porque baja del estrado y literalmente *empuja* a Theron a un lado y me rodea los hombros con un brazo.

—¡Meira! ¿Puedo tutearte? —Simon toma una copa de una bandeja que pasa y me la coloca en la mano. La recibo solo para que no se derrame cuando él la suelte—. Prueba esto… no vas a arrepentirte. Un tinto de diez años. Delicioso.

Me tira hacia adelante, tratando de llevarme bajo la carpa que cubre su estrado, pero planto mis pies en el suelo, el calor le quita firmeza a mi cuerpo y trastabillo.

No seas estúpida, viene a mi mente la voz de Ceridwen.

—Gracias —logro decir, y me zafo de su brazo antes de que su piel pueda tocar la mía. La suya es una mente que preferiría no ver—. Pero el Príncipe Theron es más amante del vino que yo.

Theron se sorprende cuando le paso la copa, pero la acepta y me mira con suspicacia.

—Sí —dice, se aclara la garganta y se vuelve hacia Simon—. El vino me encanta.

Simon sonríe.

—¿De veras? Aunque Cordell hace buena cerveza. —Se vuelve hacia mí y entorna los ojos mientras piensa. Un momento después, chasquea los dedos como quien tiene una idea—. ¡Ya sé con qué tentarte, reina de Invierno!

Tengo que hacer un esfuerzo para no fruncir la nariz, pero Simon me hace girar y señala la pared opuesta.

—¡Comida! Las mesas con exquisiteces de Verano. Ni siquiera intentes decirme que no te gusta la *comida*.

Por suerte, su sugerencia es tan inocente que sonrío, y él aplaude, absolutamente encantado de haber podido encontrar algo que me «tiente».

—¡Ven, ven!

Simon entrelaza su brazo con el mío y me lleva entre la gente sin mirar atrás. Theron nos sigue, junto con nuestros guardias, y me doy cuenta por el modo en que se muerde el labio de que está tratando de no ofenderse por el desprecio veranense.

La mesa de la comida está ubicada entre dos columnas de piedra arenisca envueltas en tela amarilla luminiscente. Detrás de la mesa, contra la pared, hay un hogar encendido y las llamas se elevan mucho más de lo necesario; está puesto más como decoración que por su utilidad, supongo. Los esclavos se mueven en torno a la mesa, reponiendo bandejas y, en algunos casos, aportando al espectáculo. A un costado, los bailarines veranenses lanzan bocanadas de llamas vibrantes mientras, en jaulas colgadas con cadenas, resplandecen bolas de fuego que los esclavos arrojan hacia arriba y abajo y las hacen girar.

Simon los mira con una sonrisa radiante.

—Encantadores, ¿no crees? Ah, prueba esto: guiso hecho con maníes y batatas. ¡Un lujo! —Señala un pan relleno con una pasta dorada y hace una seña a una de las bailarinas—. Mostrémosles a nuestros huéspedes una verdadera fiesta veranense, ¿sí?

La bailarina asiente, su sonrisa se hace aún más ancha y hace una señal a un grupo de músicos que están en el rincón, tocando constantes melodías para bailar. Al ver la señal, arrancan con una canción dolorosamente rápida, con mucho ritmo de tambores y panderetas en una melodía que hace latir mi interior.

Los artistas se mezclan en una danza coreografiada, escupen fuego en ciertas partes alegres y balancean las antorchas a la par. Llamas y calor, pies que golpean el suelo, caderas que giran, un juego vertiginoso de luz y energía que cautiva a todos los presentes. A Simon, sus cortesanos, los guardias cordellanos, hasta a mis propios guardias y a Theron, que observan el espectáculo con algo que se parece más a la admiración que a la pasión de los veranenses. Los mismos bailarines, todos de Verano, gesticulan y ríen, absortos en sus propios movimientos. Los esclavos que no bailan miran con el mismo delirio, llenos de gozo.

Mientras observo a los bailarines, su aura de felicidad deja entrever alguna que otra grieta. Una de las bailarinas pisa mal, cae con el pie torcido y en su cara se ve una fugaz mueca de dolor. Pero recupera la sonrisa y su cuerpo continúa bailando como si nada hubiera ocurrido. A otro bailarín le caen cascadas de sudor por la cara y respira con una agitación que le sacude todo el cuerpo, pero sigue sonriendo, con los labios apretados.

Gozo, gozo, por todas partes; al fin y al cabo, esa es la reputación de Verano.

Pero muchas de esas sonrisas son forzadas por el hombre que está a mi lado, que toma una bandeja con lonjas de cerdo y festeja con deleite mientras come y observa a su gente bailar a pesar del agotamiento y los tobillos torcidos.

Cierro los puños, con los nervios llenos de tensión.

Me llama la atención una puerta cubierta por una cortina de abalorios; o, mejor dicho, la persona que aparece por allí, a la izquierda del espectáculo.

Ceridwen.

Todos los demás que están en esta parte del salón parecen hipnotizados por el baile. Por un momento, nadie me observa. Al tomar conciencia de esta oportunidad de libertad siento un estremecimiento tan fuerte e inesperado que me aferro a él antes de que me surja una reacción más lógica. Pero lo único que veo es una meta frente a mí: salvar a Invierno de una ocupación por parte de Cordell, encontrar a la Orden o su llave antes que Theron. Y Ceridwen es la primera persona que conozco en quien quizá pueda confiar.

Ceridwen se da vuelta para hablar con un hombre que está detrás de ella, el esclavo que la acompañaba antes. Juntos salen por la puerta.

Echo un vistazo a los bailarines, que siguen moviendo sus cuerpos en una danza rápida e intensa sin dar muestras de detenerse, y al público, todavía absorto. Sin pensarlo dos veces, retrocedo un paso, inclino los hombros y me interno entre la multitud. Nadie se percata de que me voy, y me inunda una sensación que no sentía desde hacía meses: la emoción de escabullirme, de planear, de emprender una misión. De ser *útil*.

Me lanzo por la puerta con la cortina de abalorios. La fiesta se apaga a mis espaldas, y el pasillo oscuro ahoga gran parte del bullicio. Hay algunas mesas con velas encendidas y varias puertas que dan a más habitaciones, pero me concentro en el final, donde Ceridwen y su acompañante hablan en susurros mientras se internan rápidamente en la oscuridad.

Me doy prisa y esquivo a los esclavos que emergen de diversas habitaciones con bandejas de comida y bebida. Ceridwen y el hombre entran a una habitación sobre la derecha y los sigo, hasta que me doy cuenta de que no es una habitación… es el exterior.

El área de las caballerizas huele a paja, estiércol y fuego, y cada tanto se oyen risas o quejas de un grupo de mozos de cuadra que están sumidos en un intenso juego de dados mientras se pasan botellas de vino. Las antorchas que alumbran el patio revelan establos que rodean el palacio y quedan fuera de la vista. No veo a Ceridwen, pero alcanzo a divisar una tela anaranjada y cabello rojo sobre el techo de un establo, directamente frente a donde estoy. Desaparece… ¿del otro lado del muro? ¿Adónde va? Es la princesa… debería poder salir por la puerta principal sin que nadie le cuestionara nada.

Meira la guerrera no vacilaría en seguirla. Pero la Reina debería regresar a la fiesta y esperar que nadie haya reparado en su ausencia para poder forjar algún tipo de paz entre Verano e Invierno.

Pero el único aliado veranense que quiero está afuera. A juzgar por el ritmo lejano de la misma canción, el baile no ha terminado; probablemente todos sigan absortos en él.

Contra una de las paredes del establo hay una pila de cajones que ofrece una vía fácil para subir al techo. Me subo, hago equilibrio sobre las tejas viejas y retrocedo para ver mejor el muro, con la esperanza, tal vez, de que Ceridwen vuelva a pasar de este lado. Siento un mareo que me hace tambalear y avanzo con pasos inseguros hasta el borde del techo; el calor me consume la energía con cada gota de sudor.

—Hola, inverneña.

Giro inmediatamente. En el suelo hay dos hombres; tienen el cabello rojo adherido a sus caras sucias. Uno de ellos ríe entre dientes.

—¿Tu reina te envió a espiarnos?

Los demás mozos de cuadra se quedan junto al cajón que estaban usando como mesa de juego, bebiendo vino de las botellas y observándonos con las cejas arqueadas. Me preocupa no haber reparado en que se me acercaban, pero a la vez me alivia que no sepan quién soy. Por supuesto que no lo saben: ¿por qué estaría la reina de Invierno escalando establos, sola, a estas horas de la noche? No lo haría. No *debería*, por esa misma razón.

La daga me quema la muñeca, pero no la saco; no quiero que sepan todavía que traigo un arma. Trago en seco y me quedo en lo alto del techo, donde no pueden alcanzarme.

A menos que trepen por los cajones y vengan por mí.

Siento un levísimo asomo de miedo en la nuca, pero no le hago caso. Me he enfrentado a cosas peores. Puedo arreglármelas.

—¿Cuánto falta para que alguien se dé cuenta de que no estás, nena? —Uno de los hombres me apunta con el mentón—. ¿Lo suficiente para divertirnos un poco?

—Estoy segura de que tenemos ideas drásticamente diferentes de lo que es divertirse —logro responder, echando un vistazo a la puerta trasera del palacio. Vacía y oscura.

Los hombres lanzan carcajadas.

—¡Esta sí que tiene lengua!

—¿Y qué más sabes hacer con esa lengüita, eh?

Me tiemblan las piernas y retrocedo hacia la parte más alta del techo. La bola fría de magia del conducto empieza a moverse con las palabras de los hombres, y me produce una arcada.

El patio vacío me espera, oscuro y ominoso. Pasa por mi mente el rostro iracundo de Angra cuando me doy cuenta de que esta área se parece mucho a April: vacía y ávida. Las cosas horribles no suceden en los sitios donde hay mucha gente; suceden en los antros del mundo, donde solo hay una víctima y un atacante, sin nadie que pueda oír los gritos.

—Tranquila, cariño… ¡Solo queremos hablar! Ven aquí abajo.

Me froto la frente, con la piel cubierta de suciedad, e inhalo unas bocanadas de aire sofocante. La humedad pegajosa del sudor en mis manos se vuelve más espesa, una capa de calor húmedo que se siente como… sangre. Sangre como en April, cuando maté a Herodes.

Herodes me miraba como esos hombres.

La magia del conducto me produce una oleada de hielo y me froto las manos furiosamente contra los pantalones, resollando con el aire que se niega a llegar a mis pulmones. ¿Qué no daría en este momento por un poco de hielo…?

No, estoy bien… *estoy bien*.

Una sombra se mueve del otro lado del techo del establo y doy media vuelta; casi pierdo el equilibrio sobre las tejas mientras saco la daga de mi manga. Me lleno de espanto y siento rayos de pavor mientras la sombra avanza. Me lanzo hacia adelante, pero se me nubla la vista: la negrura del cielo, el resplandor lejano de una fogata en un techo. Caigo de rodillas, la daga se desliza por el techo inclinado y el impacto me arranca un gemido, junto con…

Frío.



Meira

Un frío dichoso, maravilloso, me inunda las venas y me llena de pies a cabeza. Grito, tan agradecida por la sensación que, por un momento gélido, todo lo demás desaparece.

Aparece un rostro en mi campo visual. No es Angra, ni Herodes… Es Ceridwen.

Me aferra por los hombros.

—Meira —me llama, con voz lejana—. ¡Cálmate!

La sangre ruge en mis oídos, y mis pulmones se estrujan como pisoteados por una manada de caballos, desinflándose e inflándose apenas para volver a desinflarse. El frío retrocede y mis ojos no logran procesar lo que veo. Ceridwen, sí, pero también… ¿nieve?

Unos copos blancos esponjosos flotan en el aire entre nosotras.

Estamos en Verano, no debería… no puede…

Ceridwen se agacha, con el rostro desencajado.

—¿Qué *hiciste*?

Su pregunta llega entrecortada y áspera, y me quedo sentada allí, con las manos en la nieve blanda que se acumula sobre el techo y el cuerpo estremecido de frío y horror.

Nieve. En Juli.

Hice nevar *en otro reino*.

La magia de conducto está vinculada a cada reino como a cada monarca: afecta solamente al reino o a las personas que le corresponden. Yo no debería haber podido crear nieve en Verano, pero aquí estoy, sentada entre pilas de nieve, observando cómo se evaporan los copos en el calor implacable.

—Yo… —empiezo, mientras recojo un puñado—. Yo no…

—¿Mi reina?

Me pongo de pie y subo a toda velocidad por el plano inclinado del techo. Garrigan levanta la mano como para sostenerme si me caigo, parado firmemente sobre los cajones. Tiene el rostro manchado de polvo y sudor, y mira hacia el patio por encima del hombro. Los mozos de cuadra ya no están; no quedan más que las botellas de vino vacías a la luz tenue de las antorchas.

—Se… fueron —jadeo—. ¿No la vieron? ¿La viste…?

Señalo la nieve, pero ya no parece más que un charco de agua en el techo.

Garrigan me mira con semblante velado.

—Si vieron algo, creo que están lo suficientemente borrachos para que quede en el olvido. Pero, mi reina… —Hace una pausa y exhala, y justo cuando pienso en lo que me va a costar explicárselo, suspira—. ¿Se encuentra bien?

Gracias.

—Sí —respondo, antes de saber incluso la respuesta. *¿Estoy bien?*

Me froto el pecho, tanteando levemente la magia. *No, no estoy bien*.

Ceridwen mira a Garrigan con ojos entornados y luego echa un vistazo hacia el palacio.

—Me alegra ver que no duraste mucho en la fiesta de mi hermano —observa; se pone de pie y apoya las manos en las caderas—. Pero ¿qué hacías, exactamente?

Sus ojos bajan al charco que hay a nuestros pies, pero no dice nada sobre eso. Siento su silencio como un reto, como un desafío a hablar del tema, o simplemente reserva la información para usarla más adelante en mi contra. Sea cual fuere su motivo, no estoy de humor.

Echo los hombros hacia atrás.

—Estaba siguiéndote. Pareces ser la única persona cuerda en este reino, y quería averiguar si hay alguien en Verano que merezca la amistad de Invierno.

Pregúntame por mi magia. Te reto a que lo hagas.

Ceridwen ladra con mirada torva.

—¿Y por qué me persigues a mí y no a mi hermano? Él es quien manda en este reino, quien tiene el poder.

Escupe la última palabra; todavía no toca el tema de mi magia, al menos no directamente. Retrocedo. Estoy harta de la política, de decir cosas sin decir nada. Estoy cansada, y el sudor seco me deja el cuerpo rígido, y lo único que quiero es correr de regreso a Invierno y hundirme en una pila de nieve.

Pero hace un momento, el deseo de semejantes cosas produjo resultados potencialmente desastrosos, de modo que contengo ese deseo.

—Necesito ayuda —empiezo a responder, con voz débil—. Y no de tu hermano. Aunque no seas la portadora del conducto, puedes ayudar a tu reino…

Me interrumpo súbitamente.

Ella ayuda a su pueblo, a pesar de no tener el conducto. Lo ayuda sin magia.

Eso es lo que quiero, un deseo que ni siquiera sabía que tenía: gobernar Invierno sin necesidad de magia. Ser reina, ser *yo misma*, sin tener que depender de la magia imprevisible, aterradoramente poderosa que reside en mi pecho.

Pasamos tanto tiempo luchando por recuperar el conducto que nunca me planteé si sería lo mejor para nuestro reino… pero ahora que lo tengo, ahora que he visto lo que puede hacer…

Preferiría que bastara lo que somos, personas normales, nada más.

Los ojos de Ceridwen se posan en el relicario que llevo al cuello. Cuando vuelven a mí, mi cuerpo se endurece, preparándose para un ataque.

—¿Aunque no sea la portadora del conducto? —repite, y dirige su atención hacia la calle que está del otro lado del muro. Su rostro refleja reconocimiento y fastidio, y sigo la dirección de su mirada.

El esclavo que antes acompañaba a Ceridwen sale rápidamente de entre las sombras de un callejón. Asiente una vez, levanta tres dedos y desaparece, todo tan rápido que se me habría escapado si la atención de Ceridwen no se hubiera desviado hacia él.

Me vuelvo hacia ella y lanzo un chillido de sorpresa. Ahora está cerca de mí, nariz con nariz, y me mira con una expresión torva en esos infinitos ojos pardos.

—Muy bien, reina de Invierno… ¿Quieres hacer lo que yo hago? Ese hombre está haciendo arreglos para ayudar a una familia de tres yakimíes a escapar. Pero ya habrás notado el hermoso recuerdo que Verano regala a su propiedad, ¿verdad? ¿La marca en forma de V? Significa que no pueden volver a su hogar: Yakim los enviaría de vuelta. Pasarán el resto de su vida en un campamento de refugiados lejos de la civilización, y solo podemos ayudar a unos pocos cada vez para que Simon no sospeche. Y aun así, sospecha de mí, pero tengo que seguir ayudándolos justamente porque no soy la portadora del conducto.

Siento el pulso en los oídos.

—¿Pero usarías magia si pudieras?

Ceridwen me mira entornando los ojos y abre la boca como si estuviera segura de su respuesta, pero se detiene, con la mandíbula tensa.

—¿Por qué me preguntas eso?

Debí esperar esa respuesta.

—Solo intento averiguar cuál es tu postura, Princesa. Si eres alguien que… —*Que tiene los mismos ideales que yo, que cree en las mismas libertades, que apoyaría mi intención de mantener cerrado el barranco*—. Si eres alguien en quien pueda confiar —concluyo.

—¿Y yo, cómo sé que tú eres alguien en quien puedo confiar?

—Buena pregunta. —Me cruzo de brazos—. No lo sabes.

Su asombro se intensifica, pero ahora es más curiosidad y menos ofuscación. Vuelve a mirar brevemente hacia la calle ahora vacía. Con una exhalación larga y lenta, se frota la piel entre los ojos.

—Mi hermano usa su conducto para que salga el sol en los días nublados —susurra.

Espero; le permito el silencio. Ella lo aprovecha para mirarme, y demuestra lo exhausta que está en el modo en que sus hombros caen hacia adelante.

—Lo cual es… hermoso. Supongo. Pero también lo usa para evitar embarazos indeseados en sus burdeles… indeseados por él, claro, no necesariamente por las esclavas. Se da el gusto de elegir esas cosas, y antes yo me creía capaz de matar por semejante poder. Pero… no. —Se encoge de hombros, el ceño fruncido—. No querría ser otra cosa. Me cuesta tanto remediar la magia de mi hermano que no me gustaría

tener magia yo misma. Sería como apagar el fuego con fuego. Y, créeme, no da resultado.

Ceridwen parpadea, como volviendo en sí luego de su admisión, y se me acerca rápidamente.

—Y te juro que, si algo de esto llega a oídos de Simon…

—¡No! —la interrumpo—. No le diré nada. Yo…

No quiere magia. Por supuesto, eso dice ahora que no cree que eso pueda ser posible. Pero necesito confiar en ella. Necesito ayuda con esto.

Viene a mi mente el temor de Noam. Si alguien que conoce a la Orden de los Lustrados nos oye mencionarla, no le costará llegar a la conclusión de que encontramos el barranco de magia. No es que me importe el motivo de Noam para mantenerlo oculto; tengo mis propias razones para desear que el resto del mundo no se entere.

Mi objetivo tiene más que ver con la visión de Noam que con la de Theron.

He alcanzado un nuevo nivel de repulsión política.

—Estoy buscando algo —empiezo a explicar—. Algo que podría evitar… *—El fin del mundo—*… que Cordell llegue a gozar de un poder incontrolable. Y pienso que puede estar aquí, en Verano.

—Verano nunca hizo tratos con Cordell. No tiene por qué haber aquí nada de ellos.

—No, no es algo que les pertenezca; algo que ellos también buscan. Es imperativo que yo lo encuentre primero.

La expresión en el rostro de Ceridwen es de puro desconcierto. Ojos entornados, labios apenas separados.

Rezongo y me doy con el puño contra la frente, con los ojos cerrados.

—Ni siquiera sé lo que busco, francamente.

¿Una llave? ¿A la Orden misma? Cualquier cosa, en realidad, pero no tengo idea de por dónde empezar.

—Por eso viniste —adivina Ceridwen—. No para aliarte con Verano.

La miro de cerca.

—No puedo hablar por Cordell, pero yo preferiría estar desnuda en una tormenta de arena antes que aliarme con tu hermano.

Ríe.

—Te ayudaría si pudiera, reina de Invierno.

Sus ojos se desvían hacia los charcos de agua a nuestros pies, pero guarda silencio.

Sí, decididamente toma mi uso de la magia como algo para estar prevenida en caso de que yo la traicione. Ninguna de las dos se siente cómoda aún con la otra… pero esta conversación es un comienzo.

Aceptaré lo que pueda.

Garrigan me roza el codo.

—Deberíamos entrar, mi reina.

Eso me hace reparar en lo vacío que está el patio. Garrigan nota mi mirada inquisitiva.

—Henn se quedó en el palacio por si usted regresaba. Conall fue a revisar el patio al este.

—No deberían haberse separado —empiezo a reprenderlo, pero la reprimenda cae inerte a mis pies. Fui yo quien se escabulló sola.

Garrigan me mira de reojo y con exasperación.

—Ya lo sé —suspiro.

Me acerco al borde del techo y bajo hasta los cajones, donde está él. Descendemos al suelo polvoriento, y los ecos de fiestas lejanas me dan suficiente respiro para revivir la noche con detalles clarificadores.

No tengo idea del efecto que habrá tenido mi partida en Simon. Podrían haberme matado o algo peor, si Ceridwen y Garrigan no me hubieran encontrado. Y cuando me dejé llevar por el pánico y perdí el control de mi magia, fue una suerte que solo hiciera nevar. Pero *¿cómo* hice eso? Es imposible… o debería serlo. Cada Conducto Real solo puede afectar a su respectivo reino.

Necesito respuestas con desesperación. Necesito encontrar a la Orden de los Lustrados.

La culpa que siento en las entrañas se me hace demasiado similar a la que me invadió cuando conduje a los hombres de Angra hasta nuestro campamento en la Llanura de Rania. Después de que Sir no quiso enviarme en esa misión, después de asegurarle a él y a todos que podía hacerlo, fallé de todos modos, y tuvimos que abandonar nuestro hogar una vez más.

Esta noche, alguien podría haber salido lastimado por mi imprudencia. Eso es lo que hace la imprudencia: lastima a la gente que me importa.

Creía haber aprendido eso ya.

Pero cuando Ceridwen baja también al suelo, me alivia saber que tengo ayuda, si llego a necesitarla. Si descubro qué es lo que estoy buscando.

Me enjugo el sudor de la frente y empiezo a cruzar el patio en dirección a la puerta. Algo tintinea contra mi bota, y al bajar la vista veo una de las botellas de vino vacías de los mozos de cuadra, que resplandece a la luz de una antorcha cercana.

Frunzo el ceño y me agacho para mirarla. Cuando yo era niña, Finn tenía algunas botellas de vino de Verano. Quizás en algún momento convencí a Mather de que me ayudara a robar una. No recuerdo muchos detalles posteriores por la borrachera, pero sí recuerdo la botella: el vidrio de un color granate translúcido, la etiqueta desprendiéndose en jirones, cubierta de tanta mugre que tuve que rasparla para poder llegar al corcho.

«*Mejor que disfruten esa borrachera*», dijo Finn a Sir cuando nos descubrieron, en estado casi comatoso pero sin poder parar de reírnos. «*Acaban de beberse cincuenta años de oporto veranense añejo*».

A decir verdad, no nos lo bebimos *todo*; apenas logramos beber unos cuantos sorbos hasta que el sabor se nos hizo insoportable. Y Sir parecía más enojado por el hecho de que Finn tuviera el vino que por nuestra borrachera, ya que a continuación hizo añicos la botella y reprendió a Finn por comprar productos de un reino tan corrupto.

«*Acaban de beberse cincuenta años…*».

Se me ocurre una idea.

—¿Cuánto tiempo añejan el vino? —pregunto a Ceridwen.

Ve la botella a mis pies y no le presta importancia. Supongo que hay miles de botellas tiradas por todo el reino.

—Depende del vino. ¿Por qué?

—¿Cuál es la botella más antigua de Verano?

—Tenemos algunas botellas y barricas guardadas como muestra de las primeras cosechas. Yo diría que, a esta altura, tienen varios siglos de antigüedad. No pensé que te interesara el vino.

Siglos de antigüedad. Es decir… ¿lo suficientemente antiguas como para haber existido en la época en que la Orden escondió las llaves?

Me pongo de pie y golpeo las manos contra los muslos. ¿Cuánto debería decirle?

—Creo… que podrían serme útiles.

—Ya lo creo. Es sabido que el alcohol tiene sus usos.

Río sardónicamente.

—No las quiero para beber. ¿Dónde están?

Ceridwen cede y agita una mano como quitándole importancia.

—Sígueme.

Empiezo a seguirla pero me paro en seco.

—Un momento… ¿están aquí? ¿No en un viñedo?

—Por supuesto que están aquí. —Ceridwen echa un vistazo atrás—. El mejor vino del reino se guarda en la reserva privada de mi familia desde que en Verano hace calor.

No había esperado que fuera tan fácil, pero Ceridwen reanuda la marcha y yo la sigo sin hablar.

Nos conduce al interior del palacio. Nos detenemos apenas el tiempo suficiente para que Garrigan haga llegar un mensaje apurado a Henn y Conall de que estoy a salvo. Por suerte, Ceridwen evita la fiesta y nos lleva por pasillos oscuros, dando un rodeo para evitar el bullicio hasta una escalera que baja hacia las entrañas del palacio. El aire se hace más liviano a medida que descendemos, y cada capa de frescura da alivio a mis músculos. Quizá mis inverneños y yo podamos quedarnos en el subsuelo el resto de nuestra estadía en Verano; sin duda sería mucho más llevadero.

Cuando la escalera nos deposita en un recinto amplio, mi cuerpo zumba de adrenalina y mis ojos se fijan en cada detalle, como si la misma Orden de los

Lustrados pudiera estar allí, esperándome. Pero la oscuridad se adhiere a las piedras, de modo que lo único que percibo es el eco de nuestros pasos en las paredes.

Ceridwen recoge una farola y la enciende, y las llamas doradas echan luz sobre una bodega.

O, mejor dicho, un *depósito* de vino. En todas las direcciones se extienden hileras e hileras de estantes de madera, que la farola no alcanza a alumbrar. En cada estante hay botellas cubiertas de polvo o barricas apiladas en filas prolijas. El aroma acre del roble se mezcla con el fuerte olor almizclado del tiempo, lo que confirma que este sitio ha soportado muchas generaciones de convulsión y guerra, dificultades y penurias. Un lugar intacto durante décadas… o, con suerte, siglos.

—Bienvenida a la reserva Preben —dice Ceridwen en tono mordaz; nos hace una seña para que la sigamos y avanza siguiendo una hilera, mientras la luz de su farola se mece sobre las botellas cubiertas de polvo. Garrigan y yo la seguimos en silencio, levantando polvo con cada paso.

Izquierda, izquierda, derecha, izquierda; Ceridwen dobla tantas veces que sé que no podré encontrar la salida sin ayuda. Esta bodega debe de abarcar como mínimo todo el ancho del palacio, si no más: tal vez toda la superficie del complejo del palacio. Cuanto más nos adentramos, más gruesas las capas de polvo y más cargado está el aire de olor a antigüedad y encierro.

Finalmente, Ceridwen se detiene y señala una estantería de madera que, a mis ojos, se parece a todas las otras que acabamos de pasar. En los estantes superiores hay botellas, con el cuello hacia afuera, mientras que los inferiores contienen barricas pequeñas almacenadas en filas horizontales.

—El vino más antiguo en existencia —anuncia Ceridwen; es evidente que no le impresionan las posesiones de su propio reino—. Para todos los reyes es una cuestión de orgullo dejarlos añejarse aquí.

Extiendo la mano hacia una botella, pero me detengo y miro a Ceridwen a la luz trémula de la farola. Con todas mis expectativas, no tomé en cuenta el hecho de que estas botellas son *importantes* para alguien. No son cosas que pueda abrir y pasar por un cedazo. Pero ¿es necesario abrirlas? Tal vez tengan alguna marca exterior.

Al verme vacilar, Ceridwen frunce los labios. Toma una botella y me la pone en las manos, y al hacerlo se levanta una pequeña nube de polvo.

—Haz lo que necesites con ella. Mi hermano está orgulloso de su reserva de vino, pero ¿acaso le importa su pueblo? Me importan tanto sus prioridades como a él las mías.

Envuelvo el cuello de la botella con los dedos.

—¿Él no sabe lo que piensas?

Ceridwen ríe entre dientes con amargura.

—Estoy bastante segura de que lo sabe, pero nunca está sobrio el tiempo suficiente para hacer algo más que preguntarse por qué soy tan cascarrabias. Pero dime, ¿qué es lo que estás buscando?

La pregunta corta el aire, cargada con los favores que ella me ha hecho.

Doy vuelta la botella hacia un lado, hacia el otro, limpiando y revisando cada parte de su superficie en busca de… Ni siquiera sé de qué. De la Orden de los Lustrados, quizás.

—Prefiero no involucrarte en esto hasta que no me quede alternativa. —Levanto la mirada—. Ya tienes bastante con tus problemas, me parece.

Ceridwen gruñe con aceptación aunque no muy convencida.

Dejo la botella y tomo otra.

Al cabo de doce botellas, ninguna de las cuales me da más que un ataque de estornudos por el polvo, me arrodillo frente a las barricas. Garrigan se queda detrás de mí mientras Ceridwen, que dejó de intentar ayudarme hace nueve botellas, se recuesta contra el extremo de la estantería, con la cabeza inclinada sobre el pecho y la farola apoyada en el suelo a su lado.

Al retirar la primera barrica se oye el chapoteo del vino. No tiene nada de raro, ningún sello de los Lustrados ni una llave sujeta al aro. Lo mismo ocurre con la siguiente.

Y con otra.

Y otra más.

Retiro otra barrica y rozo el exterior con los dedos, analizando la madera. Mi certeza casi llega a su fin mientras vuelvo a acomodarla y extiendo las manos hacia la siguiente. Tal vez me equivoqué; quedan apenas unas barricas más. Podría ser…

Pero esta no se mueve cuando la tiro: queda firmemente sujeta al estante. Vuelvo a tirar, pero nada.

Ceridwen se inclina hacia adelante, atraída por el modo en que el estante se sacude con cada tirón infructuoso.

—¿Necesitas ayuda?

—No lo sé —admito, recorriendo con los dedos las partes de la barrica que están a mi alcance. Examino el fondo y palpo una línea lisa de algo parecido a la cera, adherido a la curva de la barrica.

Frunzo el ceño. ¿Alguien sujetó esta barrica al estante? ¿Por qué? ¿Tan especial es para Verano?

¿O es tan especial para alguien más?

Todas las barricas tienen un corcho en el lado plano, mirando hacia afuera. Golpeo la barrica con los nudillos, esperando un ruido sordo que me indique que adentro hay vino. Pero el sonido es… ¿hueco?

Hay una sola manera de averiguarlo.

Me arrodillo en el frío piso de piedra y envuelvo el corcho con los dedos. *Por favor, por favor, por favor…*

Ceridwen se pone de pie inmediatamente y chilla a modo de protesta cuando echo todo mi cuerpo hacia atrás, tratando con todos los músculos disponibles de arrancar el corcho. Se queda paralizada, las manos hacia afuera, esperando lo peor…

Pero no sale nada. Tengo el corcho en la mano y la abertura de la barrica está totalmente despejada.

Mis pulmones se desinflan con la exclamación de asombro que lanzo.

No hay vino en la barrica. Entonces ¿qué contiene?

Ceridwen apoya los brazos en las caderas, el ceño fruncido, pero no dice nada cuando vuelvo a acercarme a la barrica. Los bordes del lado plano tienen un diseño experto y no se pueden abrir, de modo que me pongo de pie, giro y lo rompo de una patada.

La madera se astilla con un estruendo que destruye el silencio, y se rompe en fragmentos irregulares. Vuelvo a darme vuelta y los arranco por completo; el piso queda cubierto de trozos de madera. La farola, junto a los pies de Ceridwen, alumbra con su luz trémula el interior de la barrica.

Y bien en el fondo, sobresaliendo de la cara apoyada en el estante, hay una palanca.

Se enciende en mí una alarma que me carcome la mente.

Esto está mal, dice mi instinto. *Esto es peligroso. No la tires…*

Inhalo, rodeo la palanca con los dedos y tiro hacia atrás con todas mis fuerzas.

La palanca se resiste un momento, pero cede cuando aplico todo el peso de mi cuerpo. La madera rezonga y se lanza hacia mí con todo; solo se mueve el ancho de una mano, pero eso basta para que algo, muy debajo del piso de piedra, rezongue y rechine. El calor me lame las botas, me carcome las piernas y sigue ascendiendo en una súbita erupción que hace que todo mi cuerpo palpite alerta.

El suelo se abre.

Giro rápidamente hacia la derecha, donde Ceridwen se inclina sobre mí con el rostro contraído por la confusión.

—¡A un lado! —exclamo, mientras el rumor del suelo y las oleadas de calor se intensifican, y se abre un abismo a mi lado… justo donde está Ceridwen.

Me lanzo hacia ella y la empujo hacia atrás con farola y todo mientras el piso de piedra baja entre las estanterías. Una abertura pequeña, de apenas dos brazos de ancho, pero profunda, y mientras Ceridwen logra sostenerse en la parte sólida del piso y la farola se acomoda a su lado con estrépito, yo caigo al abismo que la habría tragado.

—¡Meira! —grita, al mismo tiempo que Garrigan ruge: «¡Mi reina!».

Mis dedos se aferran al borde del abismo recién formado, y soportan todo mi peso cuando golpeo el costado del agujero. La pared de roca me raspa la cara, las piedras irregulares se me clavan en el vientre, pero fuera de eso, estoy ilesa. Sacudida como piedra que rueda en una avalancha, pero ilesa.

Ceridwen me aferra por las muñecas.

—¿Estás bien? Sostente…

Pero no le hago caso. Este pozo se abrió cuando tiré la palanca, lo que significa que tiene algo que ver con la llave o la Orden. O quizás sea solo una perversa broma

veranense escondida en una barrica de su vino.

Con los nervios de punta, echo un vistazo por encima del hombro. Abajo, a una distancia de unas dos veces mi estatura, se ve una luz trémula en el fondo del abismo, en forma de un aro de fuego. *¿Será que la palanca activó esto también? ¿Por qué?*

Los otros lados del pozo son de roca irregular, cortada rápidamente, y se ven grandes pedazos que sobresalen. No hay nada más fuera de lo común, ni llamas ni marcas, y vuelvo a mirar hacia el aro de fuego.

Allí, en el centro del círculo de llamas, hay algo que resplandece con la luz.

—Espera —digo a Ceridwen y ahora también a Garrigan; los dos se han arrodillado para ayudarme a salir. Esperan, y en esa breve pausa suelto la pared de roca. El tirón inesperado de mi peso hace que me suelten, y caigo en medio de una nube de polvo y suciedad al costado del aro de fuego.

—¡Mi reina! —La voz de Garrigan se llena de pánico, y se acerca a Ceridwen—. ¿Tiene una cuerda? ¿Una escalera? ¿Algo?

Ceridwen rezonga.

—Disculpa, Verano no guarda muchos elementos para escalar en la *bodega*.

—¡Pues vaya a buscarlos!

—¡Tranquilo, inverneño, ella está bien!

Pero la voz de Ceridwen se va alejando mientras habla; seguramente se dirige a un área de depósito, o a buscar lo que Garrigan exige.

—Un momento, mi reina —me dice Garrigan.

—Estoy bien.

Doy un paso tentativo hacia el centro del círculo de fuego. No esperaba precisamente que el piso se abriera la primera vez, y no quiero que nada me tome desprevenida de nuevo. Pero el piso de piedra irregular está firme, y el fuego aporta luz y oleadas de calor que hacen que la cara se me cubra de sudor mientras me inclino hacia el objeto que está en el centro.

Es una llave. Antigua y de hierro, larga como mi mano, con un diseño entrecruzado en el extremo que rodea un sello: un rayo de luz que cae sobre la cima de una montaña. El símbolo de la Orden.

Me echo hacia atrás; la incredulidad me vacía el cuerpo de toda emoción.

La encontré.

—¡Cuidado!

La voz de Ceridwen precede al golpe de una cuerda en el piso de piedra a mi lado.

Del diseño entrecruzado de la llave sale una cadena que se curva como una serpiente. Tomo la cadena, me guardo la llave en el bolsillo y me apuro a aferrar la cuerda, conteniendo la respiración por la posibilidad de toparme con más sorpresas. Pero no ocurre nada; es como si la llave quisiera que la tomara, como si el pozo hubiera estado esperando que alguien tirara esa palanca y revelara todos sus secretos.

Y quizás así era.

Cuando llego al piso de la bodega, Garrigan está pálido de preocupación. Me toma por el codo y me ayuda a levantarme, y abre la boca para volver a preguntarme si me lastimé…

Cuando un rumor reverbera bajo nuestros pies.

Me doy vuelta enseguida. El pozo desapareció.

Ceridwen aprieta los labios y ahoga un grito contra ellos, señalando las piedras, luego a mí, luego la barrica.

—¿Qué… fue… *eso*?

—Yo… —*Santa nieve, ¿cómo voy a explicar esto?* Saco la llave del bolsillo y la sostengo frente a mí por la cadena—. Encontré lo que necesitaba. Si eso te sirve.

Ceridwen sacude la cabeza y se presiona las sienes con los puños.

—*¿O sea?*

—Una llave —digo, y me responde con un gruñido como quien dice *¡No! ¿En serio?*, por lo obvio del caso—. Una llave de algo… terrible. Y antiguo. Y…

Me interrumpo, aferrando aún la cadena.

La esperanza me quita el aliento, como un torbellino que sube por mis pulmones. Lo logré. Encontré la llave… Encontré la pista que nos dejó la Orden.

De veras lo logré.

Y esto prueba, incluso más que la puerta, que la Orden existe.

Pero…

La incertidumbre me carcome, mi preocupación constante crece en una nueva dirección, y vuelvo a mirar hacia el pozo mágicamente cerrado. Ya no hay calor, como si nunca hubiera existido. Solo la palanca dentro de la barrica de vino queda como única señal de la existencia del pozo.

¿Por qué estaba esto en Verano? Todavía no entiendo eso, por qué la Orden puso una de las llaves en este reino. ¿Por qué no en Otoño, Primavera o Invierno? ¿Por qué en Verano, en Juli, en la bodega del palacio?

Vuelvo a observar las estanterías. La antigüedad de este sector, el polvo acumulado en las botellas, la reverencia que los veranenses —bueno, excepto Ceridwen— demuestran hacia este vino, significa que era algo que perduraría en el tiempo. Este es uno de los símbolos de Verano desde hace siglos: el vino.

La Orden colocó esta llave en un lugar importante para Verano para garantizar que sobreviviría en el transcurso de la historia. Eso al menos explica parte de la razón: por qué la bodega, no por qué *Verano*.

¿Será que las otras llaves están en sitios semejantes?

—Meira —ladra Ceridwen, y me vuelvo hacia ella, sobresaltada. Ya no parece conmocionada, y me mira con la misma expresión que tenía hace un momento, cuando hice nevar. Como tomando nota de mis debilidades para aprovecharlas en el futuro, analizándome y buscando la manera de que esto redunde en beneficio para Verano. Debería sentirme como ante Noam, pero ella suspira, se frota los ojos y sacude la cabeza.

—Estás involucrada en algo peligroso, ¿no? —pregunta.
Empiezo a responder, pero en el silencio pesado de la bodega, se oye un grito.
Vuelvo la cabeza hacia allá al instante.
Conozco esa voz.
—Theron.



Mather

—Relaja la muñeca y exhala al soltar. —Mather acomodó el brazo de Hollis para alinear el cuchillo que este tenía en la mano con el blanco que estaba en el fondo de la habitación—. Aunque sea tu mano la que arroja, debes sentirlo en todo el cuerpo. En los hombros, la cintura, las piernas. Sigue el movimiento.

Con una exhalación, Hollis lanzó el cuchillo y lo observó girar por el aire hasta clavarse en la pared con un tembloroso *zzzac*, a cinco líneas del círculo central. Su rostro se llenó de decepción, pero no dijo nada; solo caminó hasta la pared para arrancar el cuchillo.

—Está empeorando —observó Kiefer, sentado sobre la mesa que habían trasladado contra la puerta de la casa abandonada para despejar toda la parte trasera de la habitación y, al mismo tiempo, impedir que entrara alguien sin previo aviso.

—Si crees que puedes hacerlo mejor —repuso Mather, y le ofreció un cuchillo, la empuñadura hacia Kiefer.

Pero este se limitó a mover la cabeza y recostarse más contra la pared, con las piernas extendidas sobre las mellas y manchas de la madera.

—Ustedes no necesitan mi ayuda para hacerse matar. Ese capitán Brennan va a enterarse de esto, y me conformo con ver cómo el Rey que no Fue descubre cuáles son las consecuencias para la gente *de verdad*, la que no es de la realeza.

Mather bajó el cuchillo.

—Eres un imbécil, Kiefer.

—Toda mi vida —respondió, pero aunque mantuvo los ojos cerrados, Mather pudo ver la tensión en los labios del muchacho. Era ese tipo de muecas, el hecho de saber que lo de Kiefer eran solo palabras y una mala actitud, lo que impedía que Mather repitiera aquella pelea que habían tenido en el cobertizo.

Mather recorrió la habitación con la mirada. Hollis estaba otra vez frente al blanco, mientras que a algunos pasos a su izquierda Trace y Phil practicaban la lucha con espadas en una pista improvisada. No era más que un círculo dibujado con ceniza en las tablas del piso, y la línea se iba desdibujando con cada sesión a medida que los muchachos se salían de los límites para esquivar las espadas de práctica: varas finas de madera que se habían desprendido de las paredes de la casa.

Hacía cuatro días que William había ejecutado la orden de Noam de interrumpir el entrenamiento de los inverneños, algo que el mismo Mather había sugerido no

mucho antes. Pero Mather se había referido a que no tenía sentido entrenar a hombres que apenas podían digerir alimentos nutritivos, mucho menos sostener una espada. Los mayores, los frágiles. No había querido decir que *todos* debieran dejar de practicar, y francamente, la mayor parte de lo que había dicho desde el regreso a Invierno había sido porque estaba enojado. Todo lo que le había dicho a Alysson, a William… santo hielo, incluso a Meira.

Pero Mather tenía dieciséis años que probaban que hasta el grupo más pequeño podía infligir daño. Ellos seis eran mejor que nada. Bueno, en realidad eran cinco, pero Mather sabía que a la larga Kiefer cedería y empezaría a entrenarse; su hermano, Eli, ya había cedido, y estaba sentado contra la pared cerca de Hollis, observándolo preparar cada tiro.

Hasta ahora había sido fácil eludir a William, tan fácil que Mather se preguntaba por qué no lo había intentado antes. Mientras pasara de vez en cuando por la casa que compartía con él y con Alysson o lo vieran reconstruyendo alguna que otra estructura, lo dejarían en paz.

Conseguir provisiones era otra cosa, algo que todavía tenía que resolver; las únicas armas utilizables que había en Invierno estaban en manos de los cordellanos, y no podía robarlas sin llamar la atención, pero ya encontraría la manera de hacerlo. Ya se las había ingeniado para robar algunos cuchillos durante las comidas.

Trace bajó su espada contra la de Phil. La fuerza partió al medio la espada de Trace, que se quedó con un pedazo en la mano y el otro salió volando. Mather maldijo por lo bajo al perder otra espada quebradiza cuando la mano de Trace atrapó el otro pedazo de madera en el aire.

Ahora equipado con dos varas del largo de un antebrazo, falsos cuchillos en lugar de imitaciones de espadas, el rostro de Trace se iluminó. Lanzó una estocada a Phil, que apenas había conseguido recobrar el equilibrio y sostenía la espada con brazos inseguros. Trace trazó un movimiento cortante y lanzó otra estocada, en una acometida de madera y brazos que hizo que Phil trastabillara hacia atrás.

Finalmente Phil cayó, y su espada se deslizó fuera del círculo mientras él alzaba los brazos por encima de la cabeza.

—¡Me rindo!

Trace retrocedió, el rostro cubierto de sudor. Sus ojos buscaron a Mather y sonrió, jadeante.

—¡Soles negros, qué bueno estuvo eso!

Mather le sonrió, radiante.

—Decididamente, lo tuyo es pelear con cuchillo —opinó, y asintió mirando a Hollis, que los observaba fascinado. Todos habían compartido esa expresión por lo menos media docena de veces desde que Mather los había iniciado en esta aventura demente: cuando alguien bloqueaba un golpe, cuando alguien daba en el blanco. Con más frecuencia compartían la decepción momentánea que había mostrado Hollis al errar. Necesitaban saborear momentos como estos, cuando alguien tenía un logro.

Trace salió de la pista, todavía sonriente al llegar junto a Hollis.

Phil miró a Mather con una mueca.

—¿Esto significa que tengo que practicar contigo otra vez? No creo que mi orgullo soporte tantas derrotas en un solo día.

Mather rio y empezó a adelantarse, pero alguien más llegó a la pista antes que él. Feige, que no había sido más que una sombra callada y observadora en el rincón, sonrió a Mather al tiempo que recogía la espada que había dejado Phil.

—Yo practicaré con nuestro Rey que no Fue —anunció.

Mather había dejado en claro que ella podía entrenar si lo deseaba, pero Hollis siempre había puesto algún pretexto para que no lo hiciera. Mather nunca entendía por qué no quería que ella peleara, ni por qué Feige cedía ante su hermano cuando había demostrado ser tan fogosa aquella primera noche. De hecho, desde aquella noche no había sido más que aquel apodo tan acertado que Phil le había puesto: un fantasma que se mantenía al margen de las interacciones.

Hollis pasó el cuchillo a Trace.

—Feige, no me parece que…

—El desafío no fue para ti —replicó ella, fríamente—. Fue para el Rey que no Fue.

Mather sintió la mirada de Hollis sobre él, una presencia muy perceptible a su derecha. Sus músculos se tensaron, y ya sabía que haría esto. El soldado que había en él necesitaba saber qué clase de guerrera era aquella muchachita, por qué Hollis la mantenía encadenada, si aquel destello inquietante en sus ojos se extendía a algo más que palabras sabias.

Sin decir palabra, Mather recogió un trozo de madera mientras Phil se quitaba de en medio. Hollis protestó enojado, esperando que Feige lo obedeciera, y que Mather fuera más sensato. Todos los demás quedaron en silencio, y hasta Kiefer se inclinó hacia adelante con interés.

Feige entró a la pista de práctica y evaluó a Mather con la mirada. Él también la observó, manteniendo los pies justo por fuera de la línea de ceniza. Ella llevaba ropa holgada sobre su cuerpo flacucho: la tela amplia sería una molestia para ella, igual que el cabello suelto. O ella no se daba cuenta de esos obstáculos o no le importaban.

Hubo un estallido de frescura dentro de Mather, era ansiedad mezclada con adrenalina. Ingresó al círculo.

Feige se lanzó hacia él y su espada cortó el aire. Mather retrocedió y se mantuvo a la defensiva. La muchacha tenía gracia; sus movimientos eran fluidos y metódicos, como si hubiera elaborado cada movimiento incluso antes de empezar. Quizás esos días de observarlos entrenar le habían permitido desarrollar su propia serie de ataques. Cualquiera fuera la razón, peleaba con una avidez que Mather nunca había visto. O sí la había visto, solo que nunca en alguien que no fuera un soldado enemigo: sed de sangre, desesperación, ansias de pelear. Mather disfrutaba los movimientos de

una pelea, utilizar los músculos de un modo controlado y activo, pero esta niña gozaba con la *sensación* de la pelea, la amenaza de que su mano derramara sangre.

Esa comprensión le produjo un mínimo asomo de temor, y empezó a responder a los golpes. Por más que ella estuviera ansiosa de pelear, todavía no era rival para él, y Mather la vio comprender eso mientras la repelía lentamente.

El júbilo que había en los ojos de Feige fue apagándose con confusión, y su sonrisa dio paso a una mirada torva. Ahora peleaba con ira, y eso solo provocaba accidentes. Era necesario que Mather pusiera fin a la pelea antes de que se lastimara a sí misma o a alguno de los muchachos que los miraban con ojos dilatados por el asombro.

Por eso Hollis no había querido dejarla pelear. Los demás podían estar derrotados y doloridos, pero ninguno dejaba que eso interfiriera con su entrenamiento; en todo caso, parecía que eso ayudaba a aliviar un poco la tensión que llevaban. Pero Feige ponía en la pelea cada momento de su pasado, hasta que Mather no distinguía si ella se daba cuenta de que no era una pelea de verdad. O si tal vez se había propuesto matarlo solo para ver si, al llevar esto hasta las últimas consecuencias, se aplacaba su dolor.

Mather lanzó con la espada lo que debería haber sido una estocada mortal; la madera halló un punto desprotegido y dio contra el cuello de Feige. Pero no se rindió, sino que apartó la espada de él y contraatacó. Mather parpadeó, sorprendido, y ella alcanzó a darle en las piernas. Hizo que una de las dos se aflojara y se arrojó sobre la espalda de Mather. Le presionó la espada falsa contra el cuello y lo hizo echar la cabeza hacia atrás para que la mirara arrodillado.

Mather la levantó por encima de su cabeza, la derribó de espaldas y la sujetó con un brazo contra el pecho. Le quitó la espada y arrojó la suya, con la mandíbula apretada.

—Podrías pelear muy bien —dijo, en tono cortante— si aprendieras a controlar tu ira.

Al ver la mirada furiosa de Feige, Mather sintió despertar todos sus instintos. Una vez, cuando eran niños, Meira lo había convencido de robarle a Finn una botella de vino de Verano. Cuando William los descubrió, les quitó la botella medio vacía y la estrelló contra el fuego, y el vino hizo que las llamas dejaran de ser como tranquilos dedos anaranjados y se convirtieran en un estallido de calor abrasador. Mather veía eso ahora en Feige: llamas que crecían más y más, alimentadas por un miedo primigenio.

—Quítate de encima —le dijo, furiosa.

Antes de que Mather pudiera reaccionar, Hollis se lanzó hacia él y lo apartó de un tirón. Mather se levantó, tambaleante, y Feige se puso de pie rápidamente, los hombros caídos, el cabello desgreñado color marfil cayendo sobre su rostro.

Mather se adelantó pero Hollis extendió la mano y sus dedos se le clavaron en el brazo.

—Feige, esto se acabó —ordenó.

—No. —Mather sintió que todos inhalaban, confundidos—. No podemos ignorar las cosas porque les tenemos miedo; tu hermana tiene que aprender a controlar su ira.

—No necesito hacer nada —gruñó Feige—. Estoy *bien*.

—No estás bien. Ninguno de nosotros lo está. Y hasta que admitamos eso…

Se interrumpió, metió la mano en el bolsillo y la cerró en torno a la talla que llevaba allí. Cuando la sacó, Feige calló y se quedó mirando su creación.

—Hijo del Deshielo —susurró Mather. Apretó los dedos sobre el híbrido de copo de nieve y flor silvestre, e inclinó la cabeza para que Feige lo mirara. Esta vez, cuando ella lo miró a los ojos, parecía casi dócil, y Mather no podía creer que una misma chica pudiera demostrar una gama tan amplia de emociones en tan poco tiempo—. Tenías razón —prosiguió—. Ninguno de nosotros pertenece a Invierno, ¿verdad? Todos los demás tratan de aferrarse a un Invierno que conocieron alguna vez. Pero nosotros no llevamos esa carga: el Invierno que conocemos siempre ha sido una creación nuestra, un reino que construimos en sueños. Así que tienes razón, Feige. Todos somos… —Hizo una pausa y giró la talla para mostrar la inscripción que tenía al dorso—… Hijos del Deshielo. Nuestro propio híbrido de pasado y futuro.

La sonrisa más leve y delicada asomó por un instante a los labios de Feige. Tomó a Mather por sorpresa tanto como los cambios abruptos de humor que ella revelaba: aquella chica era una tormenta de emociones.

Igual que la niña alocada que lo había metido en toda clase de problemas, una niña en cuyos ojos brillaba el mismo impulso desesperado y cegador de triunfo.

Alguien que solo le había sonreído así una vez en los últimos tres meses, porque él había elegido no hacerla sonreír más así.

Había cerrado la puerta a Meira, y le había echado llave. Ahora lo único que le esperaba eran estas personas; tal vez podría ayudarlas donde ya no podía ayudar a Meira.

Donde nunca había podido ayudarla.

—Hijos del Deshielo —repitió Phil, rascándose el mentón—. ¿Como nuestro grupito?

Los ojos de Eli se iluminaron de ansiedad, y se volvió hacia Kiefer, que seguía sentado en la mesa a un costado. Kiefer parecía estar dando vueltas a esas palabras en su mente, probando la fuerza que tenían, imitando la vacilación de los otros muchachos. Como si necesitaran pertenecer a algo, pero ninguno quisiera ser el primero en admitir esa necesidad.

Por fin Trace sonrió.

—Me gusta.

Phil rio y rodeó con un brazo el cuello de Mather.

—¡Los Hijos del Deshielo, liderados por el feroz Rey que no Fue de Invierno! Vamos a inspirar temor en los corazones de nuestros enemigos.

—Y esperanza en el futuro —añadió Mather.

Eso hizo que Phil se pusiera serio, y retiró el brazo.

—Sí, eso haremos.

El resto del grupo parecía igualmente entusiasmado con la idea; sonreían y hacían chistes al respecto mientras reanudaban el entrenamiento. Hasta Kiefer se acercó un poco más, con cautela, a donde estaban arrojando los cuchillos y se quedó cerca de su hermano y de Phil, y todos se quedaron observando cómo le iba a Trace con sus tiros.

Feige regresó a su asiento en el rincón, donde sacó su cuchillo de tallar y volvió a encorvarse. Cuando Mather se apartó de ella, a su lado lo esperaba Hollis.

—Es usted nuestro líder, milord —susurró Hollis—. No abuse de ese poder.

Mather tragó en seco.

—No lo haré. Necesitamos esto, Hollis. Necesitamos enfrentarnos a lo que somos. —Señaló a Feige con un gesto—. A todo lo que somos, especialmente a las partes que nos duelen.

Hollis se quedó mirándolo con expresión insegura. Pero asintió y fue a sentarse con Feige en el rincón. En cierto modo, ese silencio resultó más intimidante que si Hollis lo hubiera amenazado. Feige era una tormenta de emociones, pero Hollis era el ojo de esa tormenta.

Pero lograrían salir de todo eso. Ahora se tenían mutuamente.

Tal como lo sugería su nombre recién adquirido, todos se deshelarían.



Meira

Ceridwen echa a correr primero y encabeza el regreso por entre las filas de vino… y hacia el grito. Los pensamientos me abandonan y dan lugar al instinto mientras corro tras ella.

El grito de Theron se apaga en el silencio eterno de la bodega. La última vez que lo oí gritar así estábamos en la sala del trono del palacio de April, Angra estaba de pie junto a él, quebrándole las costillas una por una con la Decadencia…

Tal vez quede alguna chispa de memoria de mi acceso de pánico. Tal vez el oír gritar a Theron en la oscuridad de Juli se parece demasiado a oírlo gritar en la oscuridad del palacio de Angra. Pero cuando Ceridwen dobla una esquina a toda velocidad y se detiene súbitamente, paso junto a ella y mi preocupación se desvanece tras aquello que ocupa mi mente más y más.

Dos filas más adelante se abre la escalera, y una luz brumosa se filtra hacia la bodega. Mis ojos se fijan en una figura apretada contra el lado izquierdo de las estanterías de vino que están ante nosotros. Me basta un segundo para saber que es él, por el verde y dorado de su chaqueta; me detengo delante de Theron y mi instinto se acelera por lo inerme que estoy. Indefensa, una vez más, obligada a no poder hacer otra cosa que observar mientras…

Pero aquí no hay amenaza.

Exhalo en soplidos cortos y el sudor cae por mi cuerpo como ríos recién despertados con cada segundo que paso revisando los estantes, el piso, incluso el cielorraso.

Theron me toca el hombro y giro de inmediato.

En su mano brilla la sangre como un faro, fresca y reluciente, y hace que me recorra un espasmo de preocupación.

Theron sacude la cabeza.

—No, no es mía. Cuando me di cuenta de que no estabas, vine a buscarte y… —Las palabras raspan su garganta seca, y levanta la mano bañada en sangre para señalar el comienzo de esta hilera, hacia un punto donde no llegan ni la farola de Ceridwen ni la luz de la escalera—. Traté de ayudarlo, pero ya estaba muerto.

Miro hacia el final de la hilera; mi corazón se desacelera y mis extremidades pierden poco a poco la tensión.

Parece que todo estuviera ocurriendo en el límite de un sueño: los soldados cordellanos que bajan la escalera a toda velocidad, trayendo farolas que iluminan esta bodega con luz casi de día y hacen que todas las sombras se alejen serpenteando. El alivio de que alguien más haya oído gritar a Theron, de saber que alguien más habría podido auxiliarlo si yo no hubiera estado allí. O si, estando allí, hubiera fallado.

Todo eso pierde importancia cuando me arrodillo junto al hombre. No es veranense; la luz de las farolas cordellanas le alumbra el rostro y revela unos rizos negros apelmazados que caen sobre la piel aceitunada, que tiene marcada una *S* en la mejilla izquierda. Mira con ojos pardos vidriosos hacia las hileras de botellas de vino polvorientas, sin saber de la sangre reluciente que le envuelve la garganta como un collar macabro. El calor abandona su cuerpo, la tibieza de la vida que se va; su sangre aún no está seca y resplandece con un vibrante tono rubí.

Lleva apenas unos minutos muerto.

Me pongo de pie con la mano contra la boca. Lo asesinaron mientras estábamos aquí abajo. La angustia se me adhiere a cada músculo hasta que mi mano cae, inútil. ¿De dónde es? ¿De Otoño? No, tiene ojos muy claros. ¿De Ventralli? Por favor, que no sea ventrallino… Theron es mitad ventrallino, y no sé qué significaría para él ver a un compatriota de su madre reducido a esto.

—¿Mi reina?

Garrigan me tira del brazo, tratando de apartarme del cadáver.

Paso a su lado, con una mano cerrada en un puño y la otra apretando con tanta fuerza la cadena de la llave que el metal amenaza clavárseme en la piel. Theron se limpia de la mano la sangre del hombre con un paño, y sus soldados le hacen las mismas preguntas que Garrigan me susurra por lo bajo:

—¿Se encuentra bien? ¿Está seguro?

No me resigno a preguntar si el hombre es ventrallino. Si Theron no se dio cuenta de eso, no quiero señalarlo. Tal vez no vio los rasgos del hombre en la penumbra. Tal vez no quiere mirar y da por sentado que la víctima es veranense.

Aunque eso no hace que la muerte resulte menos chocante.

Ceridwen es la única a la que no parece importarle ninguno de los vivos. Espía el entorno con expresión solemne y un temor lógico… hasta que ve el rostro del hombre.

Trastabilla, suelta la farola que rebota a sus pies como una jaula metálica.

—¿Princesa? —digo, pero se aparta y trata de recobrar la compostura en el límite de la luz de las farolas. ¿Será que lo conoce? ¿O simplemente la afecta su muerte?

Vuelvo a mirar al hombre. No es el esclavo que estaba ayudándola, y suspiro aliviada. Pero aun así… ¿quién era?

—Bueno, esto sí que arruina la fiesta.

Mis hombros se tensan y, al echar un vistazo hacia atrás, veo a Simon al final de la fila, justo al lado del cuerpo del hombre. Lo rodea media docena de cortesanos,

ningún guardia, y casi todos tienen en la mano una copa de vino y nos miran como si fuéramos una función preparada para entretenerlos.

Ceridwen camina hacia él hecha una furia, y la aferro por el brazo sin llegar a pensar por qué.

—Tú hiciste esto… —acusa a su hermano, pero se detiene. Su mirada baja hacia mi mano en su brazo, se suelta y sigue hacia las filas que están más allá.

Simon da unos pasos como contoneándose; su camisa de seda anaranjada refleja la luz y su conducto emite un resplandor escarlata difuso cuando traza un arco en el aire con el brazo como danzando. Se detiene justo frente a mí; sus ojos están llenos de venas inflamadas y enrojecidos por el alcohol.

—Reina de Invierno —me dice, con una inclinación—. ¿Para qué vino a Verano, si no para participar en todo lo que tenemos para ofrecer? Seguramente no para… —Sus ojos se desvían hacia el cadáver y su aire de ebriedad deja entrever a alguien observador y calculador. Letal—. *Esto*.

Es una actuación. Estará borracho, pero tiene tanto control sobre su reino como Noam sobre Cordell.

Al darme cuenta de esto me siento peor. Porque él recordará que desaparecí de su fiesta; recordará que Invierno ofendió a Verano.

Y recordará que me encontró aquí abajo, en su bodega, con un cadáver.

—Por supuesto que no. Vinimos aquí abajo —me cuesta mentirle— para ver la inmensa colección de vino de Verano.

Theron cambia de posición y lo miro, impulsada aún por mi instinto de mantenerlo a salvo.

Y por eso no me doy cuenta hasta ahora, muy tarde, demasiado tarde, de que puede ver la llave que pende de la cadena que tengo en la mano.

Theron baja la vista y se tensa al verla. No es necesario que diga una sola palabra para que yo entienda todo lo que siente. Lo tiene claramente escrito en la cara.

Los ojos dilatados, los labios que se elevan en una semisonrisa: sorpresa y alegría cuando no digo nada que desmienta sus suposiciones.

Luego su rostro se relaja y separa los labios, confundido y dolido porque emprendí la búsqueda sin él, porque no estoy haciendo nada para confirmar o negar la importancia de lo que tengo en la mano.

Simon se me acerca con su contoneo.

—¡Con mucho gusto se la habría mostrado! —Mira mi mano por un segundo, aunque es obvio que no entiende por qué Theron la mira con tanta atención—. El Príncipe Theron y yo estábamos enfrascados en una conversación muy interesante cuando nos dimos cuenta de que ya no estaba. ¿Algo acerca de unificar el mundo? Una meta muy elevada para un estacional.

Miro a Theron con ojos entornados. Pensé que estaba esperando la excursión a los viñedos de Verano para hablar con Simon sobre su tratado. ¿Por qué se lo dijo esta noche?

Theron no me da ninguna pista que explique por qué cambió de planes; simplemente sigue mirando la llave.

Acomodo los dedos en torno a la cadena y los eslabones de metal se me clavan en la palma de la mano mientras trato, sin éxito, de esconderla.

—Alguien debería…

Señalo el cadáver, sin saber bien lo que quiero decir. ¿Cubrirlo? ¿Llevarlo y prepararlo para su entierro, cremación o lo que sea que hacen con los cadáveres en Verano? Aunque ¿harían eso por él, si era esclavo? Me carcome una repulsión corrosiva. Detesto tener que pensar siquiera este tipo de cosas en este reino.

La reacción de Simon intensifica mi preocupación. Hace un gesto con la mano como si el muerto no fuera más que una mancha de polvo en el piso.

—¿Qué me decía, Príncipe Theron? ¿Que hay un tratado para firmar?

Miro a Simon con cara de pocos amigos; Theron parpadea y asiente, arrancado de su concentración en mi mano por la mención del cadáver y por el hecho de que Simon hable de negocios tan cerca de una víctima de asesinato.

—Nosotros… —Se aclara la garganta—. Iremos después a Yakim y Ventralli. Y más adelante, a Paisly y Primavera. Tengo un… —Sus ojos bajan un instante hacia el cadáver pero vuelven a subir inmediatamente, y gira un poco para no verlo—. Preparé un borrador de tratado que define los requisitos de un mundo unido. Apoyo en tiempos de conflicto, la convocación a un consejo si hay amenaza de guerra…

Simon aplaude, interrumpiéndolo. Sonríe, una sonrisa radiante que se contagia como la chispa de una llama, y pronto todos sus cortesanos también están sonriendo.

¿Es que a *nadie* le importa el cadáver?

Simon levanta su copa en una especie de brindis. Su conducto emite una luz roja brumosa, más tenue que el violeta intenso del de Noam.

Vuelvo a enfurecerme. Simon está usando su conducto para fomentar el ánimo festivo en sus cortesanos. Lo único que sienten, lo único que sentirán *jamás*, incluso aquí, incluso con el piso manchado de sangre.

—Grandes ambiciones, por cierto —comenta Simon, riendo entre dientes—. Nunca pude rechazar una invitación de un rítmico. Las fiestas, ustedes entienden. Y a ti te interesará mucho acompañarnos, especialmente en Ventralli, ¿no es cierto, hermanita?

Me lleno de pánico. No estábamos invitándolo a ir con nosotros…

Pero Theron no lo corrige.

Ceridwen, que aún nos da la espalda, mira por encima del hombro y sus ojos llenos de furia horadan a Simon. Se aparta y se pierde en la oscuridad de la bodega.

Simon vuelve a sonreír como si la reacción de su hermana fuera exactamente lo que quería.

—Excelente —dice, con una sonrisa conspiradora—. Le encantará Yakim, Reina Meira: ¡hacen el mejor *whisky*! Pero por ahora… ¡hay vino para beber! —Dicho lo

cual, vuelve con su grupo de cortesanos, probablemente esperando que lo sigamos mientras sube la escalera.

Apenas los veranenses salen de la bodega, me vuelvo hacia los guardias de Theron, los únicos otros aquí a los que puedo dar algún tipo de orden.

—¿Pueden ocuparse de él? —pido, con voz suave, mirando hacia el cadáver.

Los soldados asienten sin mofarse ni negarse a la pobre reina de Invierno. Al menos les importa. Eso aumenta mi odio por este reino: en comparación, Verano hace que me parezca un poco más a Cordell.

Mientras sus hombres se ocupan de buscar a alguien que recoja el cuerpo, llevo a Theron hacia la escalera para interponer una hilera de estanterías entre el hombre y nosotros.

—¿Vas a dejar que vengan con nosotros? —le pregunto, con voz lo suficientemente baja como para que me oiga solo Theron—. No necesitamos…

Me aferra el brazo y me levanta la mano.

—¿Dónde encontraste esto?

La llave rebota contra mí y los dedos de Theron me aprietan la muñeca. Apenas la llave me toca la piel, aparece una escena ante mis ojos.

Estoy otra vez en la celda. Angra está agachado delante de Theron y de su báculo emanan sombras negras que sofocan la habitación. Theron se mece hacia adelante, luchando por respirar y soltando exhalaciones agitadas. Parpadea, desorientado, hasta que sus ojos se fijan en Angra, y la expresión de su rostro me desarma.

No es miedo. No es resistencia. Ni siquiera es ira.

Está agotado.

—Él no… no la salvó… —jadea Theron; tiene el cuello empapado en sudor. ¿Cuánto tiempo lleva Angra torturándolo?

¿Y torturándolo con qué?

Angra extiende una mano y toca la mejilla de Theron. Doy un respingo hacia atrás y mis hombros chocan con la pared de piedra. Angra vaciló. Antes de tocar a Theron. Fue una pausa extrañísima de apenas un segundo, como si no estuviera seguro.

Angra nunca es… ERA… inseguro ni cuidadoso. Con respecto a nada.

—¿Qué es esto? —grito, aunque ni Angra ni Theron me prestan atención.

—Él habría podido salvarla —susurra Angra, y su malicia habitual desaparece. Su voz suena rara sin ella, desinflada, como una flor sin pétalos—. Él tenía todo el poder. Habría podido enviarla de vuelta a su reino… habría podido ayudarla a sanar. Pero no lo hizo. Y en este mundo existen muchos como él, muchos que no merecen el poder. —Angra se le acerca más—. ¿Quién merece el poder, Príncipe Theron? ¿Quién?

Trastabillo y resbalo sobre las piedras polvorientas de la bodega, tan desorientada como estaba Theron en… ¿La visión? ¿El recuerdo? No lo sé. No *quiero* saberlo… pero lo sé.

Esto le ocurrió. Estas escenas son recuerdos de Theron, aunque reprimidos o escondidos por la magia de Angra. La Llave de la Orden, la primera de las tres que abren la puerta… ¿es un conducto? O al menos tiene magia, como la barrera.

Santa nieve. Theron me la quitó. En algún momento, mientras estuve abstraída, me quitó la llave.

Vuelvo a mirarlo, pero está examinando la llave, la hace girar entre sus dedos, sin darse cuenta de mi pánico. No ve nada cuando la toca; si lo hiciera, reaccionaría de alguna manera.

En la oscuridad de la bodega, con la piel cubierta de sudor, casi se parece al Theron de la visión. Derrotado, asustado, *pequeño*.

No tengo corazón para quitarle la llave… y no quiero correr el riesgo de tocarla y ver más del veneno que le instiló Angra. Theron no lo recuerda; lo que sea que su mente esté haciendo para enfrentar lo ocurrido, él lo necesita. Y en este momento necesita esta llave, la necesita por el modo en que la aferra en su puño y suspira como si se hubiera quitado un poco de peso de los hombros.

—La encontraste —dice—. ¿Dónde?

Mi cuerpo se entumece; me da miedo moverme, miedo de que cualquier cosa inesperada pueda destrozarlo.

—En una barrica de vino.

Una parte de mí no quiere mentirle, no quiere ocultarle la verdad.

Pero la otra parte de mí, la de la reina lógica, despierta con una advertencia: *Él sabrá que saliste a buscarla sin él. Podrías haberle dicho que la encontraste por casualidad*.

Claro, porque eso es totalmente creíble.

Discutiendo conmigo misma. Sacudo la cabeza y Theron insiste, sin pensar nada malo. Como siempre.

Pero cuando empieza a hablar, regresan algunos de sus hombres con esclavos veranenses que se ocupan del muerto. ¿Tratarán de averiguar quién lo mató? Este reino es peligroso. Podría haber sido cualquiera, especialmente con la cantidad de gente que hay arriba, en la fiesta.

—Sé que no te agrada Verano —dice Theron—. Pero vamos a necesitar un frente unido antes de… —Se interrumpe y baja la voz a apenas un susurro—. Antes de que se abra el barranco mágico. Mi padre no va a querer dispersar la magia voluntariamente… eso lo sé. Sé que va a resistirse. Y por eso estoy haciendo esto. Necesitamos un frente unido para obligarlo a someterse.

Retrocedo y lo contemplo. La fuerza de su mandíbula, el ángulo definido de sus hombros. Algo de la visión reciente me inquieta en el fondo de la mente. Poder… Angra repetía esa palabra, una y otra vez. *Él tenía todo el poder*.

Esto es lo que Theron quiere más que nada, ¿verdad? No sentirse impotente.

Pero aunque la meta de Theron pueda ser gloriosa, lo único que veo son sus fallas. El modo en que, a la larga, habrá abuso de la magia; en que podemos luchar

por alcanzar la paz entre todos los reinos, pero siempre quedarán asperezas que no se pueden limar con palabras suaves.

El objetivo que tengo yo es muy diferente: que la magia se use con la menor frecuencia posible. Que no haya riesgo de que se cree la Decadencia; que no haya temor de que los líderes inestables pierdan el control de su magia y lastimen a personas inocentes; que no haya temor de que los gobernantes perversos esclavicen a reinos enteros con un poder inhumano.

Ya no puedo seguir mintiendo.

—¿No te parece raro que Simon haya aceptado tan fácilmente?

Theron niega con la cabeza.

—Los rítmicos son los más difíciles de convencer; los estacionales siempre han buscado desesperadamente la paz. Nunca me preocupó la posibilidad de no poder convencerlos.

Eso no explica por qué Simon aceptó tan fácilmente; su reino, aunque sea estacional, siempre se ha mantenido al margen de todo conflicto, felizmente ebrio fuera de la guerra, participando solo para hacer alguna compra ocasional en Primavera. Además, es el único estacional, además de nosotros, que tiene una alianza con un rítmico, por más que la tengan escondida o no sea oficial. Entonces ¿por qué a Verano habría de importarle que todos se unieran, cuando su lugar en el mundo está asegurado?

Me llevo una mano a la frente; las preguntas me producen mareo encima de una fatiga cada vez mayor. Sin decir otra palabra, me dirijo a la escalera. ¿Debería buscar a Ceridwen? Aunque encontrarla aquí abajo… Me perdería, sin duda. Pero ella conoce el camino. Estará bien. Espero.

Con Theron a un lado y Garrigan al otro, salgo de la bodega.



Meira

Nos quedamos en Verano una semana apenas aceptable. Con énfasis en *apenas*.

Todos los días son calurosos y lentos, y todas las noches se llenan con las mismas fiestas. Theron va a los viñedos de Verano y aprovecha el tiempo para que Simon le firme el tratado. Yo opto por no acompañarlos con el pretexto de estar descompuesta por el calor (bueno, en realidad no es del todo una mentira, pero en fin) y disfruto el tiempo sin Theron y el desenfrenado rey veranense, quien me aseguró que había asignado hombres para investigar la muerte del esclavo, pero solo después de hacer un gesto frívolo con la mano.

«*Los esclavos a menudo terminan mal en Verano*», me había dicho, como si estuviera diciéndome simplemente que en Verano hace calor, no que alguien hubiera *muerto* bajo su cuidado.

Si yo tuviera algo de poder aquí, lo haría yo misma, pero mi relación con Simon ya es más bien precaria. Especialmente porque sabe que le pregunté por la muerte del esclavo, y me dijo que asignó hombres para investigarla; si llega a enterarse de que me puse a hacerlo yo misma, aun después de eso…

Odio el hecho de dejarme frenar por eso. La Meira de antes se habría lanzado de lleno a investigar y habría buscado justicia para el hombre asesinado sin mirar atrás ni una sola vez. Pero la reina Meira tiene que preguntarse: si Simon robó personas a Otoño, ¿haría lo mismo con Invierno?

Ya no soy yo sola. Soy todo un reino, y no puedo cometer errores.

Lo único rescatable de Verano es Ceridwen, a quien veo aún menos que a Theron y Simon; apenas la vi una vez del otro lado del comedor durante el desayuno. Nuestra alianza tampoco es aceptable políticamente, por eso trato de no llamarla. Ahora mi mente funciona en tono político con mucha facilidad. La política insensible que me impide conversar con quien habría podido ser una buena amiga, preguntarle si conocía al hombre asesinado, y todo porque Simon nos observa y se pregunta por qué elijo hablar con su hermana y no con él.

Cuando por fin nos marchamos de Verano con nuestra caravana, que ahora contiene dos estacionales y un rítmico, tardamos seis días en llegar a Putnam, la capital de Yakim. Los primeros días seguimos bajo el calor sofocante de Verano, y el aire opresivo hace ondular el paisaje árido y seco a nuestro alrededor. Los días siguientes, por suerte, nos adentramos en el extremo noreste del Bosque Eldridge

Austral, la arboleda húmeda y densa que cubre la frontera izquierda de Verano hasta los Montes Klaryn.

La diferencia de temperatura es gloriosa. Aunque mis inverneños suspiran aliviados de estar en un clima más fresco, nuestros acompañantes veranenses se crispan con una incomodidad que será prolongada; los rítmicos acaban de entrar en su primavera propiamente dicha, o sea que no habrá más que frescura durante el resto del viaje. Esa idea me alivia un poco, pero ¿por dónde empiezo a buscar a la Orden o las llaves en Yakim?

La llave de Verano estaba vinculada a su vino; ¿qué cosa podría esconder una llave en Yakim? Sus símbolos perdurables de grandeza podrían ser cualquiera de sus cientos de bibliotecas, universidades o depósitos. ¿Y si no está en un lugar histórico, como la llave que encontramos en Verano? ¿Y si está en un sitio completamente diferente?

A los tres días de salir de Verano, llegamos al afluente que convierte al Feni en el Río Langstone. El Langstone corre por el límite oriental de Yakim y de Ventralli, y luego desaparece en un lago cerca de los Montes Paisel en el norte, por lo que comúnmente se lo usa como guía para viajar por la margen occidental. Además, es lo bastante ancho, profundo y poblado para que haya muelles y barcos mercantes, y cuando nuestra larga caravana de dignatarios cordellanos, veranenses e inverneños cruza hacia Yakim por el transitado camino principal que sigue el Langstone, observamos las primeras muestras del caos industrial de un rítmico.

La gente pasa en su ajetreo, en su mayoría trabajadores que van de pueblo en pueblo en carros tirados por caballos, cargados de paja, productos agrícolas o herramientas. Quedan boquiabiertos al pasar nuestra caravana, extrañados de ver a tanta gente de tantos reinos distintos.

—Es… mucho —jadea Nessa, con asombro palpable mientras se inclina hacia adelante en su montura, los ojos tan dilatados que me preocupa que no haya parpadeado desde nuestra entrada a Yakim.

El Langstone, fresco y azul, se extiende tan lejos a nuestra derecha que no alcanzamos a ver la otra orilla, como un manto infinito de agua salpicada de barcos. Eso atrapa su atención; no la multitud que pasa y nos mira con la misma admiración con que ella observa los barcos. Veo que algunas bocas forman la palabra *inverneños* y algunas narices que se fruncen con desdén. Aquí el prejuicio entre rítmicos y estacionales no se inclinará a nuestro favor como en Verano.

Juego con una presilla de mi vestido de viaje, el mismo que Dendera me obligó a ponerme para salir de Invierno. Me permitió usar mi ropa normal y cómoda hasta hoy, cuando me acorraló y me explicó que, aunque todavía nos faltan unos días para llegar a Putnam, es imperativo que creemos una buena impresión. Y estuve de acuerdo con cada una de sus palabras.

Aquí no debe haber errores. Ni riesgos.

—¡Mi reina! —Nessa señala a lo lejos, entusiasmada—. ¿Aquel barco es cordellano?

Asiento, agradecida por la distracción. Una de las enormes bestias de madera que bogan en el río tiene una bandera flameando en el mástil; la tela se estira con el viento y revela una espiga de lavanda con una hoja de arce dorada contra un fondo verde.

—Y aquel otro es ventrallino. —Señalo uno que está justo al lado del primero, con una bandera de un violeta profundo que tiene una corona plateada—. Y aquel, yakimí —agrego, señalando un barco que tiene una bandera con un hacha dorada sobre fondo marrón.

Los recuerdos de las lecciones de mi niñez con Sir me provocan una punzada de nostalgia. No hace más de un par de semanas que no lo veo, pero lo echo mucho de menos, y me pregunto si ese dolor estuvo aquí todo el tiempo, solo que no lo había notado.

Probablemente estará ocupado supervisando el control de Noam y entrenando a nuestro ejército inverneño con Mather. La imagen de ellos en un patio de entrenamiento lleno de gente, ejercitando técnicas y armando sesiones de práctica, me llena de una emoción demasiado familiar: nostalgia de Invierno; nostalgia de Sir, de Mather y de la vida que llevan.

Me enderezo un poco y aprieto la mandíbula. Ya no son mi familia: ahora son mi general y mi… lo que Mather quiera ser. Algo distante, formal y sin sentido.

Nessa suspira, y me vuelvo hacia ella. Al menos todavía la tengo a ella.

Su expresión maravillada se convierte en una serena curiosidad.

—Quiero verlos a todos.

Sonrío.

—Los verás, Lady Kentigern. Ahora eres una viajera del mundo.

Su cuerpo se afloja, pero se limita a encogerse de hombros.

—Si no hubiera pasado nada de esto, creo que habría ido a una de las universidades de Yakim. Querría saber lo más posible sobre el mundo.

—Aun así podrías ir a una de esas universidades. —Hago una pausa. ¿Podría? Supe de algunos ciudadanos estacionales a los que se les permitió asistir a las universidades de Yakim, pero no es frecuente. Si ella quiere ir, buscaré la manera de que pueda hacerlo—. Ya no hay nada que te impida vivir.

—Soy feliz donde estoy. Me hace sentir cerca de todo lo que perdimos. —Sus ojos se dirigen a sus hermanos, que van delante de nosotros, y no logro discernir si realmente no nos oyen o simplemente están simulando—. Pero si las cosas fueran distintas… No lo sé. Me gusta imaginar las posibilidades. Eso también es parte de la libertad: poder soñar, y saber que podría hacerlo si quisiera.

¿Cómo se las arregla siempre para hacerme sentir triste y feliz al mismo tiempo?

—Estos viajes te han vuelto muy sagaz.

Nessa ríe, y siento que la distancia entre nosotras se acorta un poco. Por un momento somos como antes, solo dos adolescentes luchando por sobrevivir. Cuando todo esto termine, voy a crear una universidad en Invierno, o una biblioteca al menos. Una colección de historia y ciencia, palabras y libros. Un lugar donde Nessa pueda ser quien es y también quien habría podido ser: una chica de pie en un sitio cavernoso, rodeada por escrituras y obras de conocimiento, observando cada palabra con una esperanza intensa e inquebrantable.

Su sonrisa se va borrando, y sujeta las riendas con fuerza. No dice nada más; simplemente me mira y espera.

Pero por mi otro costado se acerca un caballo, y al darme vuelta veo a Ceridwen, que tiene la mirada fija hacia adelante como si no se hubiera percatado de que se separó de los jinetes de Verano. Lleva una postura correcta a pesar del modo en que se ajusta un grueso manto marrón sobre los hombros, y sus nudillos blancos son el único indicio de que está tan incómoda como los soldados veranenses que cabalgan detrás de ella, abrigados y tiritando.

No dice nada, y miro levantando una ceja con confusión a Nessa, que exhala, decepcionada. ¿Acaso quería que le dijera algo más? Empiezo a preguntárselo, pero acicatea a su caballo y se adelanta para ponerse a la par de Garrigan. Una vez que se aleja, al menos tanto como se puede alejar alguien en una caravana en constante movimiento, Ceridwen se vuelve hacia mí.

—Se me ocurrió que debería prepararte para Yakim, Reina Meira —dice, con rostro impasible—. Me doy cuenta de que no has tenido mucho trato con otros rítmicos, y este es… único. La Reina Giselle es el producto de una sociedad estructurada y lógica, y como tal…

—¿Ahora nos hablamos? —No lo digo como reproche; me contengo y me pongo seria—. Te agradezco tu preocupación, Princesa, pero puedo manejarme sola con un rítmico.

No es necesario que me ayudes. No quiero arrastrarte a mi guerra.

Mi caballo relincha cuando lo hago avanzar, pero la mano de Ceridwen se extiende rápidamente y me aferra el brazo. La retira con la misma rapidez, y yo aflojo las riendas para seguirle el paso.

El veranense más cercano está unos cuantos pasos más atrás y no puede oírnos. De todos modos, me inclino hacia ella.

—¿Qué pasa?

Sus ojos escrutan los míos.

—Mi hermano ya sospecha de mí… y desconfía de ti. Si me ve contigo demasiado a menudo, se pondrá peor.

Es la misma razón que me di para no acercarme a ella.

—Lo siento.

Me mira, sorprendida.

—¿Por qué?

—Conocías a aquel hombre. Al que encontramos en la bodega. —Mantengo la espalda recta, y mi expresión no delata a nadie que pueda estar mirando que estoy hablando de un homicidio—. Debería… no sé. Debería haberte ayudado. Perdóname por no haberlo hecho.

—No deberías ser tú quien pida disculpas. —El rostro de Ceridwen se afloja y su expresión se aclara—. Estaba al cuidado de mi hermano; Simon es el responsable. El solo hecho de que alguien tenga magia no significa que la merezca.

No pide disculpas ni modifica su declaración para no incluirme en ella, como monarca que quizá no sea digno de su magia, y en cierto modo eso me hace respetarla más. Necesito tener en mi vida más personas que me cuestionen, que me desafíen, que puedan admitir que tengo defectos.

—¿Alguien averiguó quién lo mató? —insisto, aún en voz baja.

Niega con la cabeza.

—No es raro que haya homicidios en Juli.

Pero sus palabras quedan en el aire entre nosotras, y sé que, si estuviéramos solas, se explicaría mejor.

Sin embargo, es riesgoso hablar de eso, de modo que cambio de tema.

—Cuéntame sobre Giselle.

Ceridwen asiente.

—Cuando conociste a mi hermano, ¿notaste que suele ser… despreocupado?

Echo un vistazo a los veranenses que nos siguen. Simon cabalga rodeado de sus soldados, que llevan pecheras de cuero acentuadas con cordones rojo rubí. Detrás de él, tirado por un par de bueyes de pelo largo, sigue un carruaje elegante de madera oscura como el vino, pintado con llamas anaranjadas y soles dorados. De los bordes del techo inclinado cuelgan borlas, y por entre ellas espían algunas caras. ¿No es ese el carruaje personal de Simon? ¿Quiénes van adentro?

Una de las caras se vuelve hacia mí, y se me tensa la mandíbula al verle la marca en la mejilla izquierda. Me vuelvo hacia Ceridwen, que parpadea con fatiga.

—Sí, mi hermano trajo consigo un cargamento de prostitutas —gruñe—. Sí, hace esto siempre que viaja. Y sí, esto me da deseos de cortarle sus partes masculinas, pero no hay nada que pueda hacer sin desafiarlo abiertamente. Pero no fue eso lo que te pregunté.

Miro adelante, con los labios apretados.

—El calor horrendo de Verano me distrajo bastante, pero sí, noté que tu hermano era «despreocupado». ¿Qué tiene que ver?

—Que Giselle es todo lo contrario. Ser un reino que se concentra en el conocimiento tiene sus beneficios, pero esos beneficios tienen su precio. Los yakimíes que reciben el aumento de comprensión que les da el conducto son los de la clase alta, o un puñado de la clase baja que ha demostrado ser útil. Esa es la fuerza que impulsa a Yakim: la utilidad. Lo cual los hace rentables y eficientes en conjunto, pero en lo que respecta a todas las piezas individuales… —Ceridwen señala con un

gesto a los campesinos que pasan, llevando sus carretas o mulas cargadas—. Según lo ve Giselle, es más sensato usar sus recursos para tener una gran población de pobres que lleven a cabo la mayor parte de los trabajos manuales de menor categoría, y una población culta más pequeña que ocupa los puestos especializados: médicos, profesores, legisladores…

Entorno los ojos.

—¿O sea que permite que la mayor parte de su pueblo viva en la pobreza, aunque tiene los conocimientos y el poder para ayudarlos? —Ceridwen asiente y pongo cara de exasperación—. ¿Por qué de los pocos monarcas que conozco solo me agrada uno?

Sonríe.

—Porque es imposible odiar a una criatura que apenas empieza a caminar.

Río, pero enseguida se me borra la sonrisa.

—Pero ¿por qué? —susurro—. ¿Por qué Otoño no es tan corrupto?

Ceridwen ladea la cabeza y se encoge de un hombro.

—Hay hombres buenos —responde, y sus ojos se fijan en algo al costado de mi cabeza, como si estuviera contemplando un recuerdo—. Lo raro es que haya un hombre *fuerte* que sea bueno, y no un *débil* bueno. Esos son los que arruinan el mundo. Los hombres que tienen buenas intenciones pero ceden a las opiniones ajenas hasta que sus buenas intenciones destruyen una cantidad indecible de vidas.

Mi mano se afloja en las riendas.

—No estás hablando solo de Otoño, ¿verdad?

Ceridwen levanta una ceja.

—Responderé esa pregunta, Reina Meira, si me explicas cómo hiciste para que nevara en Juli, y cómo encontraste un pozo con fuego en la bodega de mi palacio.

Me pongo tensa. Al ver que no respondo, esboza una sonrisa apagada.

—Todos tenemos cosas que necesitamos esconder —dice, y frena un poco a su caballo para unirse nuevamente al grupo de Verano.



Meira

Desde mi habitación en el cuarto piso del Castillo Langlais se ve la mayor parte de Putnam, la capital de Yakim. El otro lado del castillo se extiende sobre el Río Langstone, lo que permite que el agua turbulenta haga girar unas ruedas gigantescas que proveen energía para todo el edificio. Esta energía producida por el agua permite que se enciendan luces con solo girar una perilla, o que de los grifos salga agua caliente sin necesidad de calentarla con fuego. Una de las muchas cosas que me explicó Ceridwen antes de que llegáramos, pero el hecho de tener la explicación en la cabeza no hace que lo que pasa bajo mis dedos me resulte menos extraño.

La habitación está llena de objetos varios y decorativos: cuero y roble lustrado conforman la cama, una mesa y sillas, con detalles de plata y botones, perillas y palancas de cobre. Pero lo que más llama mi atención es un artefacto que hay en el rincón: reemplaza un hogar. En un extremo tiene un panel con perillas, mientras que el otro se conecta a la pared y a la fuente de energía. El resto consiste en una serie de tubos de vidrio enroscados como serpientes que se curvan en dos secciones bien definidas. Cuando se gira una de las perillas, los tubos del lado derecho se encienden y calientan; cuando se gira otra perilla, el lado izquierdo enfría. Cuando se acciona una combinación de perillas, se puede regular la temperatura a gusto de quien ocupe la habitación.

Cuando llegué, estaba regulado para combatir el frío de la primavera propiamente dicha, y la cantidad de tiempo que pasé girando las diversas perillas y asombrándome por los cambios instantáneos de temperatura no es algo que me enorgullezca. Pero entregarme a la admiración por los artefactos resulta ser una actividad monótona que me despeja la mente, y empiezo a formar planes para buscar la siguiente llave a pesar de mis nervios crecientes por encontrarme con la reina yakimí.

Giro la perilla a la derecha. Calor. A la izquierda. Frío.

Al menos he decidido en qué tipo de edificio quiero buscar primero. La pista que hizo que Theron adivinara a Yakim en la entrada del barranco mágico había sido una pila de libros. Hay docenas, quizá cientos de bibliotecas en Yakim, pero puedo empezar por las áreas más antiguas de Putnam y observar cualquier cosa que parezca fuera de lo común. Pero sin duda Theron hará lo mismo. ¿Debería tratar de trabajar con él esta vez? Pero él todavía tiene la primera llave; si consigue también la segunda…

Necesito una ventaja sobre Cordell. Y necesito concentrar mi búsqueda en la Orden de los Lustrados y en averiguar más sobre la magia.

A eso se reduce todo. A elegir el bienestar de mi país por encima del bienestar de mis relaciones.

Se abre la puerta de mi habitación y me pongo de pie, agradecida por la interrupción. Dendera se asoma.

—Los demás están reunidos cerca de aquí. Ven, te mostraré.

Recojo la falda de mi vestido tableado mientras Dendera vuelve a salir al pasillo, flanqueada por Conall y Garrigan. No volvió a ofrecerme usar ropa normal, pero hasta yo me doy cuenta de que este sitio es mucho menos amenazante físicamente que Verano, y no veo motivos para llevar un arma cuando tanto depende de entablar una amistad con Giselle. Aquí las únicas amenazas son políticas o emocionales: amenazas derivadas de los prejuicios y comentarios poco disimulados. Eso espero.

En los pasillos del Castillo Langlais veo los mismos artefactos y adornos que en mi habitación. Cada tanto hay un panel con perillas contra las paredes de piedra, unas esferas amarillas que emiten luz constante, y el piso está cubierto por una gruesa alfombra tejida marrón. Todo sería tenue y sombrío si no fuera por las luces; su brillo continuo da al pasillo un aspecto luminoso y parejo, a diferencia de las velas o los fogones a los que estoy acostumbrada.

Dendera lleva a Conall, Garrigan y a mí por dos pasillos hasta que entramos a un amplio estudio. Hay sillones de cuero sobre una alfombra con estampado marrón rojizo, y contra las paredes hay tantos libros que me recuerdan al cuarto de Theron. Pero estos libros me dan otra impresión; mientras que los de Theron estaban bien cuidados o preparados para su restauración, estos están acomodados deliberadamente, sí, pero algunas páginas sobresalen, los lomos dejan ver pliegues y costuras, y hay algunas cubiertas sueltas. Nunca me importaron mucho las cosas que Theron conserva del lado ventrallino de su madre, pero hasta a mí se me hace un nudo en el estómago cuando veo el estado de estos libros.

Cuando entro, Theron se levanta de uno de los sillones de cuero y cruza la habitación hacia mí.

—Una de las razones por las que Ventralli y Yakim tienen una relación más bien tensa —explica, mientras sus ojos recorren las estanterías que nos rodean. Se masajea la nuca y hace una mueca como si tratara de aplacar un dolor, ya sea por el estado de los libros o por la creciente tensión del viaje—. Diferencia de prioridades: arte versus información.

—Me niego a dejarme fascinar por ninguno de sus otros inventos —le aseguro, y sonríe.

—Estuviste jugando con el termostato, ¿eh?

Siento calor en las mejillas.

—Puede ser.

Asiente.

—La primera vez que visité Putnam, me perdí una cena de estado porque rompí el termostato y casi incendié mi cuarto. Después me las ingenié para quedar encerrado en uno de sus… —busca la palabra— ascensores, creo que los llaman. Habitaciones que suben y bajan, en lugar de escaleras. Todo este reino es una enorme trampa.

Lo miro con incredulidad.

—¿Por qué yo no he visto nunca estas cosas? Creo que Yakim, con toda su eficiencia, debería vender estas cosas al mundo.

—Están dispuestos a vender lo que necesitan para sobrevivir, pero el conocimiento es poder, y estas cosas, por pequeñas que sean, son su poder.

—Probablemente es mejor así, de todos modos. —Santa nieve, qué bueno, qué *normal*, me parece sonreírle—. Odiaría que algún príncipe distraído saliera lastimado por espirales calientes y habitaciones que se mueven.

Theron levanta una ceja, pero el tono rosado de sus mejillas me indica que él también se alegra por esta conversación liviana.

—¿Y cuánto tiempo estuviste jugando con el termostato?

—Eso no es asunto tuyo.

—Eso pensé.

Dendera sale para ayudar a Nessa a desempacar. Conall y Garrigan se posicionan en la entrada y hacen lo posible por pasar inadvertidos mientras Theron me conduce hasta un sofá mullido. Esta vez Henn no está; les permite tener su primera misión solos fuera de Invierno, y contengo una sonrisa al ver cómo le cuesta a Garrigan disimular el orgullo.

Simon y Ceridwen están sentados en el suelo, cerca del termostato de esta habitación, mucho menos incómodos ante los rayos de calor que emanan de las espirales. Cada uno lleva algo que representa a su reino: Theron tiene puesto el uniforme militar verde y dorado de Cordell; yo estoy vestida de blanco y plateado. Ceridwen y Simon son los más llamativos.

Simon parece haberse empeñado en lucir todos los símbolos de su reino. Un cuadrado de tela escarlata sujeto por unas trenzas entrecruzadas de cordel rojo forma una pechera decorativa que le cubre el torso desnudo. Sobre el cuadrado escarlata, una llama anaranjada y roja lame la tela, y en su muñeca resplandece el conducto de Verano. Tiene los ojos delineados con maquillaje dorado y el cabello escarlata recogido en una coleta alta adornada con soles pequeños y grupos de rubíes. Con tantos detalles finos, debería tener el aspecto de alguien de la realeza, pero por el modo en que está recostado contra la pared, las piernas extendidas frente a sí, la cabeza gacha, parece un niñito al que obligaron a vestirse bien para una ocasión especial. Casi espero verlo estallar en una rabieta.

Ceridwen ha cambiado sus varias capas de piel por un atuendo de tiras y retazos de tela, con pantalones abolsados en los muslos y sandalias cuyas tiras suben entrecruzándose por sus espinillas. A pesar de la ropa más sencilla, parece más noble que su hermano, incluso (o quizá por eso mismo) con el único otro adorno que lleva

puesto: una llama roja pintada debajo del ojo izquierdo, en el lugar donde todos los esclavos de Verano llevan su marca.

Levanto las cejas, y aunque sé que repara en mi sorpresa, no reacciona; simplemente se vuelve hacia el termostato y extiende las manos hacia él. ¿Será siempre tan audaz?

Alguien se aclara la garganta, y doy un respingo al reparar en la única persona en la sala a quien no conozco. Hay un hombre alto en la puerta, y a juzgar por la expresión de sobresalto de mis guardias, como también de Theron y Simon, nadie más lo oyó entrar. Fija en mí unos ojos insondables; las arrugas en su piel morena y el gris en sus rizos oscuros me indican que tiene más o menos la edad de Sir. Tiene una fina cicatriz desde la sien hasta el mentón, que le parte la mejilla con el tono pálido y liso de una herida antigua.

Une las manos sobre su vientre.

—La Reina Giselle solicita que la acompañen en el laboratorio de la Universidad de Putnam. Los carruajes los esperan —anuncia, mirándome a los ojos. Aunque la conexión dura apenas unos segundos, tengo la impresión de que está analizándome.

Sin embargo, estamos en Yakim, que es conocido por estudiar. Y está vestido como si él mismo acabara de llegar de un laboratorio: lleva un delantal de cuero sobre una camisa arremangada hasta los codos y unos pantalones marrones ajustados. Pero ahora que lo observo mejor, ¿no era que los yakimíes tenían un color más claro, no tan moreno como este hombre? Quizá los tonos de piel varían y no presté atención a eso durante las lecciones de Sir acerca de Yakim.

Antes de que pueda analizarlo más, el hombre sale tan silenciosamente como entró.

Todos nos levantamos para seguirlo, y me vuelvo hacia Theron.

—¿La reina está en la universidad?

Asiente como si fuera de esperar, y una de sus manos se levanta para acomodar el bolsillo de la pechera de su uniforme. Ese movimiento me recuerda instantáneamente mis responsabilidades. La llave de Verano. Él querrá ir en busca de la de Yakim una vez que hayamos expuesto nuestra «mentira que no es mentira».

Pero para este reino, por mi parte no será mentira. Es cierto que quiero un aliado que me ayude a enfrentar a Cordell; Ceridwen es útil, pero necesito a alguien que sea lo bastante fuerte para contrarrestar a Noam. Los productos de nuestras minas ya están bien guardados otra vez, en espera del momento en que pueda ofrecérselos a Giselle… sin la presencia de Simon.

Más política delicada. Más planificación e intrigas que me hacen doler la cabeza. Pero al recordar que esta reunión será menos falsa para mí que cuando conocí a Simon me paro un poco más erguida, más decidida.

—Giselle pasa allí gran parte de su tiempo —explica Theron—. Ella…

—… pierde el tiempo inventando interruptores de luz cuando podría estar poniendo freno a la pobreza en su reino.

Miro de reojo a Ceridwen, que cierra la retaguardia del grupo detrás de Theron y de mí; su semblante no delata en lo más mínimo que acaba de insultar a la reina de Yakim.

Theron se encoge de hombros.

—Algunos dirían eso —admite, con un vistazo al criado, que todavía puede oírnos.

Ceridwen se apantalla.

—Cielos, olvidé cómo se enrarece el aire cuando hay más de un rítmico en el mismo lugar.

Theron lanza una risita burlona pero guiña un ojo a Ceridwen.

—Los celos son de un color que no le sienta bien, Princesa.

Ceridwen baja la mirada hacia mí y vuelve a mirar a Theron, con ojos llenos de emoción genuina. Desaparece antes de que yo pueda descifrar qué es, algo que remite a los misterios que ella guarda.

—Y una estacional no es una pareja adecuada para usted, Príncipe —replica.

Mis pulmones se vacían de pronto. Todavía estoy boquiabierta cuando ella se va, apretando el paso para ir con su hermano detrás del criado. Siento que sus palabras logran llegar hasta el muro que he construido en torno a mis sentimientos por Theron y señalan cuánta distancia queda entre nosotros, a pesar de las grandes promesas de él de cerrar la brecha entre rítmicos y estacionales. A pesar de que no estoy segura de querer que lo haga.

Theron me toma de la mano.

—Ella no importa.

Me arriesgo a mirarlo brevemente, pero tiene la mirada fija al frente, la mandíbula tensa, los ojos duros.

Recorremos algunos pasillos para descender hasta la entrada del castillo, una habitación corta pero amplia con dos pasarelas a cada lado de un puente arqueado de madera. Hay ruedas que giran en un arroyo burbujeante que corre por el centro de la habitación misma, una versión en miniatura de las ruedas enormes que giran en el Río Langstone. El agua le da a la habitación un ambiente templado y húmedo, y cuando cruzamos el puente y salimos del castillo, el aire exterior está apenas un poco más fresco.

A nuestro alrededor se extiende un patio, verde y lleno de mozos de cuadra y dignatarios yakimíes que vienen y van, y al final de este se alza la muralla de piedra gris del complejo. Los carruajes nos esperan al pie de la escalinata, y el criado ya se acomodó en el asiento del conductor de uno de ellos. Sus ojos están sobre mí antes de que me dé cuenta, y cuando lo veo, vuelve a fijar en mí esa mirada analítica.

Frunzo el ceño. ¿Tan fascinante me encuentra? En realidad es probable, ya que soy la niña-reina recién resurgida del estacional caído. Pero eso no me impide fruncir más el ceño en una pregunta tácita.

Sus labios se crispan en una sonrisa que se extiende a pesar de la cicatriz, y vuelve los ojos hacia el camino.

Dentro de su carruaje, Ceridwen espera con el mentón apoyado en una mano. En otro carruaje hay algunos soldados cordellanos, mientras que el último es el de Simon, el de madera color vino tirado por bueyes. Frunzo la nariz mientras subo al carruaje de Ceridwen, seguida por Theron, Garrigan y Conall. Una vez que estamos todos, los carruajes se ponen en marcha por la calle ancha que pasa frente al Castillo Langlais y salimos a la ciudad.

Putnam es como todas las otras ciudades yakimíes que he visto. Techos de paja, paredes blanqueadas, vigas de madera marrón en forma de X para sostener las estructuras y añadir un toque decorativo sencillo. Las construcciones que rodean el palacio tienen cuatro y cinco pisos, unas moles altas que huelen a riqueza, con torres con relojes gigantes y caños de cobre que se enroscan en diseños complicados por los costados de los edificios. Las personas que caminan por la zona llevan atuendos tan costosos como sus casas: sombreros marrones altos, amplias faldas color marfil, relojes de bolsillo que cuelgan de las chaquetas, y bastones con puntas de oro. La moda podría competir en extrañeza con la desnudez y las tiras de cuero de Verano, y no puedo dejar de mirarlos al pasar.

Cuando cruzamos un puente sobre un brazo del Río Langstone, los edificios pasan a ser un poco menos llamativos. Estructuras más bajas y despojadas, con paredes agrietadas, techos con algunas tejas de menos, ventanas sucias. La moda es la misma, solo que más deslucida, y se ve más gente trabajando en lugar de paseando por las calles.

Frente a mí, Ceridwen apoya el codo en la ventanilla y nuestras rodillas se chocan con cada sacudida del carruaje. Me observa mientras viajamos, y cada tanto sus ojos pasan a Theron, que todavía me tiene de la mano pero mira por la otra ventanilla con expresión asesina.

Viajamos en un silencio denso y sofocante, hasta que por fin Ceridwen lanza un largo suspiro.

—Construyeron la Universidad de Putnam lejos del castillo, en el centro de la ciudad —comienza a explicar, solo para llenar el aire con palabras. Pasamos por una vidriería, donde hay un fuego encendido a pleno detrás de un hombre que sopla por un tubo largo de metal. Se forma una burbuja blanca translúcida antes de que nos alejemos hacia la siguiente calle—. A los yakimíes les pareció mejor dividir sus posesiones en caso de guerra.

Cambio de posición y Theron me aprieta más la mano, casi hasta hacerme doler; se niega a soltarme.

—¿No para que todos en la ciudad tuvieran acceso a ella?

Theron me mira brevemente, sorprendido a pesar de su enojo. ¿Acaso debería haberme quedado callada? Además, lo que Ceridwen había dicho cuando salíamos del Castillo Langlais no era mentira. Solo fue muy directa.

Ceridwen niega con la cabeza.

—Es triste, pero no. Solo algunos yakimíes tienen acceso a las universidades que hay por todo el reino. Los demás…

Señala por la ventanilla hacia un grupo de niños que acarrean varas de madera de las que cuelgan docenas de herraduras pesadas. Sus piernas flacuchas apenas parecen tener la fuerza para sostener sus cuerpos, mucho menos el peso del hierro; tienen las caritas sucias de hollín y la ropa arrugada y manchada.

Se me aprieta el estómago.

—Giselle no es confiable, ¿verdad?

—Se parece a mi padre —añade Theron lentamente. Le aprieto la mano con afecto—. A menudo me pregunto por qué él accedió a casarse con una mujer de Ventralli y no con alguien de Yakim. Yakim comparte las cosas en las que él cree: eficiencia, estructura, emprendimiento. Pero a pesar de lo que tienen en común, queda una gran diferencia que disuadiría incluso a mi padre.

—¿Cuál es? —pregunto.

Pero Ceridwen ya está señalando hacia afuera. Sigo su dedo hacia un callejón y al carruaje que va por él, en dirección contraria a la que llevamos, internándose en la ciudad. La madera teñida de color vino lleva pintada la llama de Verano. Parece que Simon ha decidido no reunirse con Giselle.

Aparto los ojos del carruaje-burdel de Simon, sin poder dejar de preguntarme por qué se está alejando. ¿Para ganar dinero con sus servicios? Se me revuelve el estómago.

—A pesar de todos los defectos que tiene mi padre —prosigue Theron, en voz baja—, no se podría decir que no es un buen rey. Él considera que todos los cordellanos, por humildes que sean, son *suyos*, y se pone verde al pensar en vender a alguien a Verano, como hace Yakim.

Ceridwen lanza una risa burlona.

—Un rítmico que tiene conciencia. ¿Qué otras rarezas acosarán al mundo? Quizá nieve en Verano.

Al principio, parece que simplemente estuviera declarando un absurdo, pero cuando me mira a los ojos por un segundo, siento las preguntas sin respuesta que todavía tiene en la mente. Cómo hice nevar en Juli. Cómo descubrí un pozo escondido en su bodega. Aprieto los dientes; me niego a dejarme alterar por ella.

El rostro de Theron se ensombrece.

—No insultes a mi reino cuando el tuyo está repleto de defectos.

Ella lo mira boquiabierta, sobresaltada; luego descubre los dientes y se cruza de brazos en actitud defensiva.

Miro a Theron y levanto ambas cejas.

—Pensé que tu objetivo en este viaje era la unificación. Ya sabes, barrer con los prejuicios, tratarnos *bien*.

Me mira sorprendido; mueve la cabeza y las sombras se disipan en su rostro. Afloja la presión sobre mi mano y la retiro, y estiro los dedos mientras él se inclina hacia adelante.

—Lo siento —dice a Ceridwen.

—En realidad, admiro la postura de tu padre —responde ella, con su propia versión de una disculpa. Vuelve a mirar por la ventanilla—. Ojalá más reinos apreciaran así a sus ciudadanos.

Theron sonríe a medias.

—Quizás, con esta unificación, así será.

Me muerdo el labio; las imágenes del recorrido me dan vueltas en la mente. Ciudadanos finos de clase alta paseándose frente a sus hogares perfectos; niños cargando herraduras por la calle. Por un instante brevísimo, vuelvo a April y a la imagen de los niños allá. La única diferencia entre ellos era su color. En un reino que se declara tan avanzado, nadie debería parecerse a alguien de los campamentos de trabajo de Angra. Ni siquiera los campesinos, ni siquiera los pobres. Ni siquiera debería haber una división; no había diferencia entre los otros prisioneros inverneños y yo, y sin embargo aquí estoy, viajando en un carruaje elegante. ¿Cuál es la única diferencia? ¿La magia de mi conducto?

Mis ojos vuelven nuevamente a la ventanilla, hacia el súbito cambio de paisaje. Ya no se ven edificios descuidados, niños que trabajan ni pobreza; ahora nos rodean paredes altas y unos edificios elegantes de ladrillos, y más gente vestida a la moda tradicional de Yakim: líneas rectas, telas marrones y detalles en cobre. Debemos de estar en la universidad. Así de rápido fue el cambio, sin término medio. Así como la mayoría de los ciudadanos de Verano se ven obligados a embriagarse y a vivir en una nube de felicidad. O lo aceptan o… sufren. Ceridwen es prueba de eso. Este mundo no es sino extremos.

Es necesario que haya otra opción, algo más que cumplir o sufrir. Más que la magia abusiva que existe hoy o que la amenaza de que todo el mundo tenga magia. Es necesario que exista la posibilidad de ser *normal*.

¿Acaso la gente seguiría dividiéndose, albergando prejuicios y fomentando el odio si no hubiera magia? Por supuesto que sí. Pero si no hubiera magia, si no hubiera Decadencia, nada que hiciera que una persona fuera inhumanamente distinta de otra, al menos las cosas serían parejas. El solo hecho de que eso no lo curaría todo no implica que las cosas no fueran mejores de lo que son.

Me enderezo en el asiento del carruaje. Eso es lo que le preguntaré a la Orden, si llego a encontrar alguna pista que me lleve a ellos.

Cómo eliminar la magia de nuestro mundo.

La mano de Theron envuelve la mía y me saca de mi súbita epifanía. Doy un respingo y me lleno de pánico hasta que por fin me calmo.

Así como así, fácilmente, mi magia asciende por mi cuerpo y el hielo fluye por mis venas a borbotones, recorriendo mi cuerpo en un ataque frenético de nieve y frío.

Me zafo de la mano de Theron y me aplasto contra el rincón del carruaje, ciega a todo salvo a aquella corriente inesperada de magia. No me siento amenazada ni asustada ni ansiosa; ¿por qué reacciona así?

Jadeo, no puedo respirar por el nudo helado en la garganta, y cuando parpadeo, estoy en el piso del carruaje en brazos de Garrigan.

—¡Mi reina! —dice, y no sé cuánto hace que está llamándome.

La puerta del carruaje se abre de repente. El criado espera afuera y sus ojos oscuros me recorren hasta que vuelve a mirarme a los ojos, pero esta vez, en lugar de ser una mirada analítica, me mira con tristeza. Con solidaridad.

Pobre reina de Invierno, dice la mirada.

Nadie lo contradice; en todo caso, Theron, Ceridwen, Conall y Garrigan reflejan la misma actitud.

El frío bulle en mi pecho y se extiende a mis manos, convirtiendo cada músculo en hielo cristalizado. Empujo a Garrigan para que me suelte. La magia palpita ansiosa por salir de mí, por lanzarse hacia él y Conall, por usarlos, porque eso es todo lo que hace. Lastimar, controlar y destruir. Me apresuro a apartarme de ellos y me aplasto contra el asiento mullido del carruaje.

—¡Váyanse! —grito.

Tal vez, si se apartan lo suficiente, si no hay inverneños cerca de mí, la magia se disipe y no lastime a nadie. O quizás provoque una nevisca en Yakim y no sea la princesa veranense la única que vea el defecto de mi magia, sino toda una universidad llena de ciudadanos rítmicos.

Me arden los pulmones pero contengo el aliento; me niego a darme energía hasta que me calme. ¿Qué diría Hannah si estuviera aquí? No, no la quiero aquí… *no la quiero*. Ella es parte de la magia, y estoy harta de la magia. No necesito a Hannah.

Tranquila, tranquila, *por favor cálmate*…

El frío helado baja por mis extremidades y salta de mis dedos, y sale de mí disparada antes de que logre dominarla, antes de que pueda frenarla. Se me abren las costillas y un rayo me atraviesa la carne, me incinera los músculos y me corta el corazón en dos mientras mis ojos se encuentran con los de Garrigan y los de Conall.

Pero nada de eso se compara con el puro horror de observar lo que les hago. No solo les doy fuerzas como hice con Sir; la orden que grité. ¡Váyanse!, reverbera en todo mi cuerpo. Recoge la magia y sale disparada como un torrente de escarcha, cristales de hielo que chocan con sus cuerpos…

Y los expulsan del carruaje.



Mather

El viento helado mordía el rostro de Mather, combatiendo el sudor que le cubría la frente. Estaba a apenas un piso de altura, pero el viento serpenteaba entre las otras casas a medio reparar y hacía que los copos de nieve se adhirieran a su pecho desnudo, y el hielo y el frío se fundían con el esfuerzo y el calor. Una ráfaga lo hizo trastabillar sobre el armazón del techo de esta casa, y aprovechó el movimiento para probar la robustez de las tablas que acababa de clavar. Protestaron pero resistieron.

—No voy a atajarte.

Phil lo miró de reojo, divertido, los dedos ocupados en rescatar clavos viejos de los tablones podridos del piso de la cabaña.

—Tu preocupación me conmueve, pero no voy a caerme —replicó Mather, agitado. Para demostrarlo, se puso de pie e hizo equilibrio sobre la viga que formaba la base del armazón triangular.

Phil bufó.

—Fanfarrón.

Mather sonrió, sosteniéndose de la cumbrera, la viga larga que abarcaba toda la longitud del techo, o de lo que en algún momento sería el techo. Desde allí, alcanzaba a ver toda la plaza: una docena de techos a medio construir y edificios sin terminar, y montones de inverneños llevando a cabo las mismas tareas que él y Phil.

La atención de Mather se desvió a la zona noreste de la ciudad. Todavía faltaban por lo menos tres secciones para que las reparaciones llegaran a la casa del Deshielo. Tenían un par de meses más hasta que tuvieran que pensar seriamente en mudarse, o al menos en guardar sus equipos de entrenamiento hasta que los constructores terminaran por allí.

Hasta ahora habían tenido suerte. Suerte de que poca gente llegara a las afueras de la zona habitada de Jannuari; suerte de que, mientras Mather y los otros integrantes del Deshielo colaboraran ocasionalmente con las reparaciones, nadie notara su ausencia los demás días; suerte de que solo hubieran pasado poco más de dos semanas desde el inicio de su entrenamiento secreto, de modo que todavía no habían necesitado armas de verdad más allá de los cuchillos comunes que Mather había logrado robar.

Un grupo de soldados cordellanos venía rodeando la plaza, patrullando la zona como lo habían hecho todo el día. Mather los miró furioso, sabiendo que ellos no

verían su expresión pero sintiéndose mejor al hacerlo. De las caderas de cada soldado colgaban una espada y dos dagas, armas perfectamente afiladas que exhibían, desaprovechadas y tentadoras. Hasta las espadas de madera que había usado el ejército inverneño antes de la prohibición de Noam habían sido un préstamo de Cordell. ¿Se darían cuenta los cordellanos si desaparecían algunas de sus espadas de la armería? Probablemente sí.

Observó con ojos torvos cómo los soldados marchaban hacia esta casa, examinando a los inverneños que los rodeaban con un aire posesivo que Mather sentía como una hoja desafilada que le corría por la espalda.

Zzzac.

Mather bajó los ojos hacia la casa contigua, a la que habían asignado a Hollis, Trace y Feige. El techo no era más que media docena de vigas paralelas al suelo, y Mather podía ver el interior de toda la casa de una sola planta.

Y cuando lo hizo, una sensación de alarma se encendió en él con tanta intensidad que se tambaleó en el techo y tuvo que volver a sostenerse de la cumbrera.

—Todavía no pienso atajarte —canturreó Phil, analizando un clavo particularmente difícil.

Pero Mather no le hizo caso. Sus ojos volaron hacia los cordellanos, que venían por el edificio anterior.

Cualquier movimiento súbito no haría más que llamar la atención, y eso era lo último que necesitaban. Porque Feige estaba de pie en postura de arrojar, con un brazo hacia atrás… y un cuchillo en la mano. Ya había otro clavado en la pared, con el mango todavía vibrando por la fuerza del lanzamiento. Dos de los cuchillos lastimosos que Mather había robado para el entrenamiento, pero *solamente* para el entrenamiento en la cabaña del Deshielo, bien lejos de las miradas cordellanas.

Mather susurró a Trace y Hollis, que estaban afuera, detrás de la casa, uno sosteniendo una viga mientras el otro la serruchaba. Pero con el ruido de martillazos y sierras partiendo madera, su aviso se perdió en el aire, tan inútil como los copos que danzaban alrededor.

—Vaya, ¿qué tenemos aquí? —dijo uno de los soldados, que entró a la cabaña justo en el momento en que Feige arrojaba su última daga. Esta surcó el aire, desviada por el respingo de sorpresa que dio ella, y chocó con estrépito contra la pared antes de caer al suelo.

Feige se lanzó hacia allí, la recogió y dio media vuelta con el cuchillo frente a ella. La cabaña no medía más de diez pasos entre la puerta principal, que ahora bloqueaban los soldados, y la pared del fondo. Hasta Mather habría sentido una punzada de miedo en esa situación, pero Feige estaba directamente petrificada. Su piel color marfil había adquirido un tono gris mortal, sus ojos no parpadeaban, su cuerpo menudo estaba encorvado en actitud defensiva, tanto tratando de protegerse como preparándose para atacar.

Mather se movió apenas el primer soldado dio un paso hacia ella. Se impulsó desde el techo y saltó por el aire, de una casa a la otra.

—Un arma, ¿eh? —observó el soldado; sus botas se deslizaban por el piso con pasos más y más grandes—. ¿Qué haces con esto?

Mather cayó sobre el techo de la cabaña. Agradeció el impulso que traía, porque un segundo después Feige gritó.

Era el grito que todo inverneño contenía en lo más profundo de su ser, un grito que surgía de la tortura, del sufrimiento repetido e interminable. Mather lo sintió como el aullido de un lobo; el sonido le llegó hasta el fondo de sus entrañas y lo encendió. Le habló de un modo que él odiaba, temía y rehuía, tanto porque entendía ese miedo como porque sabía que las cosas que Feige había soportado habían sido mucho peores que cualquier cosa que él hubiera experimentado.

Feige atacó, gritando aún, y cortó con la daga la mejilla del soldado. Este aulló, y la sorpresa lo aturdió lo suficiente para darle tiempo a ella de volver a atacar, solo que esta vez la hoja le golpeó apenas la manga. El soldado esquivó el siguiente golpe de Feige y ladeó su cuerpo para atraparla.

Mather se aferró a la viga más cercana y se dejó caer al interior de la cabaña. La madera áspera le raspó las manos, pero él siguió y trabó las piernas como un ariete que dio de lleno en el segundo soldado. El hombre voló al suelo, sin aliento, y rodó indefenso mientras Mather caía y se volvía hacia el otro soldado, que se levantó antes de llegar a atrapar a Feige.

—¿Qué crees que haces? —bramó el hombre, pero Mather lo aferró por el cuello del uniforme y lo arrojó a la calle justo después de que Trace y Hollis entraran a toda velocidad.

Mather se dio vuelta y resbaló hasta detenerse al ver a Feige acurrucada en el rincón, extendiendo una mano con una de sus dagas. Seguía gritando de ese modo horrible, desgarrador, como si ya no pudiera controlar el grito. Tal vez nunca había podido.

Cuando Hollis llegó hasta ella, se arrodilló a un brazo de distancia y miró a Trace con la expresión abatida de quien esperaba una batalla y se encontró con una guerra.

Un soldado seguía rodando por el suelo delante de Mather, tosiendo para recobrar el aliento que había perdido. Mather lo aferró por el brazo y lo arrastró hacia afuera mientras el otro soldado empezaba a levantarse en el patio y desenvainaba la espada, con la sangre en el ojo.

—El Rey Noam prohibió todas las armas excepto las de su ejército —ladró el soldado.

Adentro, los murmullos suaves de Hollis ahora se mezclaban con los gritos de Feige. Mather depositó al segundo soldado a los pies del primero y clavó los tacos de sus botas en la nieve frente a la cabaña.

—Tenía un cuchillo de cocina —gruñó—. Nada más.

A esa altura, habían atraído bastante gente. Todos los inverneños que estaban en los alrededores se daban vuelta e interrumpían su trabajo, con clavos en los puños o martillos en el aire.

—Además —prosiguió Mather—, si la tocas, voy a destriparte.

—*Vamos* a destriparte —añadió Phil, que llegó con Trace. Hubo un movimiento a la derecha; eran Kiefer y Eli, que llegaban corriendo mientras Feige seguía gritando. Se plantaron al lado de Mather, formando un solo frente unido.

—¡Mather!

El orgullo que iba creciendo en Mather le obnubiló la mente. Su atención se desvió hacia William, que venía abriéndose paso entre la gente junto con Greer. Los seguía Alysson, que había estado llevando agua a los trabajadores. Los tres se detuvieron entre él y los soldados cordellanos.

—*Basta* —ordenó William, enojado, y si aún hubieran estado en su campamento nómada, la orden habría surtido efecto.

Pero Mather se adelantó, tambaleante, y toda su furia y su adrenalina se convirtieron en incredulidad.

—¿Me ordenas que me detenga? ¿Y *ellos?* —Señaló con un dedo a los cordellanos, que observaban la discusión con pura rabia.

—No hagas una escena —gruñó William, y se volvió hacia los hombres—. Les pido disculpas por el malentendido. Rectificaremos la situación y acataremos todas las órdenes del Rey Noam.

Sus palabras pusieron a Mather más furioso aún.

—No puedes…

Pero Greer se interpuso cuando Mather se lanzó hacia adelante.

—Detente —le dijo secamente.

Mather forcejeó con Greer para que lo soltara. El hombre mayor lo sostuvo con fuerza, sus ojos oscuros firmes.

—¿No oyeron los gritos? ¡Ellos tienen la culpa!

Feige ya se había calmado un poco, ya fuera por el consuelo de Hollis o porque se le había pasado el miedo.

Uno de los soldados pareció llegar a la conclusión de que no valía la pena gastar energías en esa pelea, porque hizo una seña a William con la mano.

—La próxima vez no seremos tan indulgentes, General.

William bajó la cabeza en una reverencia.

—Gracias.

El soldado chasqueó los labios con desagrado, dio media vuelta y se alejó entre la multitud. Su compañero lo siguió, y ambos lanzaron unas carcajadas burlonas, como un grito de victoria dirigido a Mather. Habían ganado algo. Una batalla diferente, que dejó a Mather boquiabierto mientras William se volvía hacia él.

Antes de que pudiera decir palabra, William lo arrancó de manos de Greer e inclinó la cabeza para susurrarle al oído, furioso.

—Los cordellanos son nuestros únicos aliados hasta que la reina consiga otros. Si no puede, Cordell es todo lo que tenemos; no podemos ponerlos en nuestra contra.

—Habrían lastimado a Feige —replicó Mather, indignado—. Le habrían…

—No sabes eso.

—¡No quise averiguarlo! ¿Habrías dejado que la hicieran gritar *más*?

Detrás de William, los inverneños empezaron a volver a sus tareas, por orden de Greer. Solo Alysson se quedó, los miró a ellos y luego a la cabaña y sonrió, el mismo consuelo que Mather había visto tantas veces. Una sonrisa que le indicaba que todo iba a estar bien, porque ¿cómo podía alguien mirarlo así si su vida estaba destinada a ser infeliz?

Ahora Feige estaba frente a la cabaña, estrujándose las manos sobre el vientre con movimientos rápidos y apretados. Ya no tenía las dagas, y miraba la nieve acumulada a lo largo del camino con ojos que en realidad no veían. Mather dio un paso hacia ella, pero Hollis, que estaba detrás de ella pero sin tocarla, sacudió la cabeza de inmediato.

—¿Feige? —intentó Mather.

Ella se amilanó. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No quería estar indefensa otra vez —fue todo lo que susurró.

A Mather le partió el corazón.

Hollis se llevó a Feige. Los demás integrantes del Deshielo se quedaron, observando, vacilantes, tratando de no dar la impresión de que esperaban que alguien se rindiera.

Mather tenía el desagradable presentimiento de que esa persona sería él.

—¿Y si nunca tenemos otras opciones? —preguntó, volviéndose hacia William—. ¿Y si Meira regresa y nuestro aliado más poderoso sigue siendo Cordell? ¿Y si Noam abre ese maldito barranco mágico y se hace más poderoso aún? *Entonces ¿qué?*

William apretó la mandíbula.

—No estaremos en esa posición.

—¡Ya estamos en esa posición! Ya nos hiciste esto una vez, en Bithai. Angra había enviado su ejército por nosotros, y Noam había acordado venderme, y tú no hiciste nada, porque a pesar de todo lo que habíamos logrado, lo único que te pareció que quedaba por hacer era rendirte. Hemos avanzado muchísimo, muchas veces, pero parece que eso solo te dio más miedo. ¿Qué temes que pase? Ya lo perdimos todo, y sobrevivimos. ¡Podemos sobrevivir sin Cordell! ¡Podemos resistirnos a ellos!

—El solo hecho de que podamos pelear con ellos no significa que sea lo correcto. Hay otras opciones, caminos que no ponen en riesgo la vida de nuestra gente. —William se adelantó de pronto, y todo su cansancio se borró en una última ráfaga de certeza—. Es cierto que lo perdimos todo, y nos llevó décadas recuperarlo. No vamos a correr ese riesgo otra vez. Ahora lo tenemos, y vamos a aceptarlo. Nuestro reino, nuestras vidas, nuestras familias.

Mather quedó boquiabierto. El modo en que William pronunció la palabra *familias* como si fuera solo una tarea más, algo fácil de cumplir, hizo que Mather mirara detrás de él, a Phil, Trace, Kiefer y Eli. Adelante, William y Alysson esperaban. Una división decisiva.

—Durante dieciséis años fuimos todo lo que teníamos —dijo Mather, volviéndose una vez más hacia William—. Todos nosotros. Finn, Greer, Henn y Dendera, y también todos los que murieron. Y ni una sola vez sentí que queríamos estar juntos. Pero no queríamos estar juntos… no queríamos formar una familia permanente en otro sitio, porque quizás así habría sido imposible recuperar a nuestras verdaderas familias. Pero… ¿se supone que ahora sí somos una familia? ¿Así de fácil?

Alysson se acercó.

—Mather, todos nos amábamos…

—Eso lo sé —la interrumpió; la ira le daba un tono cortante a su voz, y no estaba seguro de lo que esperaba lograr con esto. No, sabía lo que quería, sentía la pregunta revoloteándole en los labios, quemándole la boca, llenándolo por completo y desangrándolo a la vez.

William solo lo miraba, sin responder, sin reaccionar, y Mather se enderezó e inhaló, tratando de serenarse. Pero no podía; no podía detener lo que había empezado, y la pregunta escapó de él como un rugido de necesidad.

—¿Por qué me siento más conectado con seis huérfanos de lo que estuve nunca con mis propios padres?

Alysson meneó la cabeza, sin entenderlo del todo, pero dolida de todos modos. William solo lo miró, con los músculos endurecidos por la confusión. Mather no quería oír sus respuestas, no quería saber, de modo que dio media vuelta para seguir a Hollis y Feige.

William lo aferró del brazo.

—Hijo, no me des la espalda…

—¡No soy tu hijo! —Las palabras escaparon de Mather con tanto dolor que se le debería haber llenado la boca de sangre—. Quiero serlo… no tienes idea de cuánto quiero serlo. Pero no lo soy, William, y no sé por qué. Dime por qué nunca sentí, y *todavía* no siento, que sea otra cosa que un soldado inverneño para ti.

William apretó la mandíbula con ojos velados.

—Eres un soldado inverneño —murmuró. La voz le temblaba ligeramente, como si no pudiera contenerse, como si tal vez, solo tal vez, esto también lo afectara profundamente—. Todos somos, en primer lugar, inverneños. Tenemos que aceptar nuestras vidas como son *ahora*. Eres nuestro hijo. Invierno necesita a Cordell. Eso es todo.

Mather retrocedió, sacudiendo la cabeza, sacudiéndola y sacudiéndola porque aquí se dividían él y William. Esta era la línea, la marca, el lugar donde sus diferencias de opinión podían dividir a un reino y hacer que todos acabaran muertos.

—Te equivocas —replicó—. Nuestras vidas no son tan sencillas. Ganamos nuestra libertad, pero todavía estamos en peligro, y nada volverá a ser normal jamás.

Los otros hijos del Deshielo siguieron a Mather cuando se alejó, hecho una furia.

Esa noche, Phil lo venció durante la práctica.

Mather quiso fingir que era por la tensión del día. Pero hasta a Kiefer le faltaba su cinismo habitual, y entrenaba con nueva decisión.

Por eso, cuando Mather se movió hacia la izquierda y Phil a la derecha, y la falsa espada de Phil se clavó en el pecho de Mather, todos en la cabaña se acercaron de prisa y palmearon a Phil en la espalda con entusiasmo. Todos salvo Hollis y Feige, que se quedaron donde habían estado todo el tiempo: Feige en su taburete, haciendo volar astillas de madera como una nevisca, y Hollis en el suelo, a su lado.

Mather dio un paso hacia Feige. No se atrevió a acercarse más; hasta el menor movimiento en su dirección la asustaba, aunque mantenía los ojos fijos en su talla.

—Feige —intentó Mather. Detrás de él, los muchachos callaron, y Mather le tendió las manos, lleno de necesidad. Necesidad de que *todos* sintieran la victoria de Phil—. Feige, no tengas vergüenza.

Hollis lo miró, enojado.

—¿No hiciste suficiente ya? —gruñó, tan por lo bajo que Mather casi no lo oyó —. De no ser por todo esto, ella no habría tenido el cuchillo.

Mather se arrodilló.

—Sé que no habría tenido el cuchillo si no hubiera sido por esto, y hoy tampoco habría llorado así de no ser por lo que yo les hice. Pero a la larga, habría llorado de todos modos. En alguna parte, de alguna manera, algo habría desatado esa reacción, así como a la larga algo podría ser demasiado para todos ustedes. Nos han pasado cosas horribles, todavía nos pasan, y probablemente seguirán pasando durante el resto de nuestras vidas. Lo que nos define no es nuestra capacidad de no permitir jamás que nos superen; lo que nos define es no dejar que se adueñen de nosotros. Somos el Deshielo, y no nos derrotarán los recuerdos ni los hombres perversos.

Los ojos claros de Feige se alzaron hacia los suyos, y sopesó las palabras de Mather de a una a la vez.

—Somos el Deshielo. —Asintió con decisión—. Y *no* nos vencerán.

A su lado, Hollis exhaló, y cuando Mather lo miró, ya no había acusación alguna en su rostro. Agotamiento, sí. Pero el comienzo de lo que se podría ver como… aceptación.

—No nos vencerán —repitió Mather, y lo dijo en serio.



Meira

Conall y Garrigan salen disparados por la puerta y se estrellan contra el criado, que cae al suelo mientras ellos continúan por el aire y van a dar contra la pared de ladrillos del edificio más cercano.

Todo en mí se vacía.

Los *arrojé*.

Hay manos que me levantan, voces que murmuran, pero mi visión se nubla y la magia me duele en cada nervio. Cierro los ojos solo un momento.

Pero una voz que no conozco pregunta, con tono de reprimenda:

—¿Está enferma?

Es una mujer. Sus palabras suenan agudas, femeninas y cercanas. Cuando abro los ojos, hay dos personas, una a cada lado de donde me depositaron, en un sillón de una sala imponente en uno de los edificios de la Universidad de Putnam. No recuerdo haber llegado aquí, y la desorientación me hace girar hacia la mujer que habló.

Tiene treinta y tantos años, y algunas arrugas en torno a sus ojos grandes y alertas. Unos gruesos rizos negros le caen sobre los hombros como espirales de ónix perfectamente acomodadas, y le rozan apenas un hacha que lleva a la espalda. Filosa y resplandeciente, con dos hojas que salen de un mango de madera bruñida. Emite un levísimo resplandor dorado, el mismo brillo iridiscente que surge de la daga de Noam en una nube violeta. El conducto de Yakim.

Conque esta mujer es la Reina Giselle.

Mi atención se vuelca a la otra persona: Theron. Lo único que veo en su rostro es preocupación, y me arranca de mi estupor.

—Conall… Garrigan…

Murmuro sus nombres mientras mis ojos recorren ansiosos una sala que tiene por lo menos la mitad del tamaño del salón de baile de Jannuari. El techo bajo, las paredes de piedra gris y el piso negro se ven acentuados por los otros objetos que hay aquí y que le dan al lugar un aspecto tétrico. Hay mesas con altas pilas de tubos de vidrio, y líquidos que burbujean en diversos cuencos calentándose al fuego. Contra las paredes hay estanterías y armarios atestados de papeles, libros y frascos, instrumentos y antiparras. No hay aquí otros yakimíes además de Giselle, como si hubieran hecho salir a todos para hacerme lugar.

En cambio sí hay otros no yakimíes, y mis ojos vuelven a observarlos. Ceridwen, los guardias cordellanos y…

Me incorporo de repente, pero trastabillo y Theron se levanta a toda prisa y me sostiene por el codo. La sangre afluye a mi cabeza mientras me obligo a mirar a Conall y Garrigan. Están de pie y se los ve un poco inestables; Conall se sujeta un brazo con la mano contraria y Garrigan tiene el puño apoyado en la frente.

—¿Qué hice? —exclamo, pero es más un suspiro que una pregunta.

Garrigan me mira y empieza a curvar los labios en una sonrisa que intenta restarle importancia al tema. Pero cuando abre la boca, no sale nada. ¿Qué excusa podrían entender? *Los hice volar por el aire*. Usé mi magia para expulsarlos del carruaje.

No hay motivo para esto.

Pero los guardias cordellanos sí ven una razón. Se miran con caras de velada exasperación y ríen entre dientes, y prácticamente puedo oír los pensamientos que pasan por su mente.

La débil niña-reina ni siquiera sabe manejar bien su magia.

Me clavo los dedos en el vientre y cierro los ojos al exhalar.

Basta. Es la última vez que pierdo el control.

Basta.

Mientras sucede todo esto, Giselle se levanta de su silla y vuelca su atención a un libro de registro que hay sobre una mesa cercana, donde toma notas como si todos los días se desmayara una reina extranjera en su universidad. Su atuendo refleja la decoración de su reino: lleva una chaqueta marrón ajustada de mangas largas y cuello alto con botones de bronce que llegan hasta el mentón. Debajo de la chaqueta se abre como una explosión una falda gruesa de lino blanco.

Yo tampoco me molesto en preocuparme por nada. Apenas tengo energía para dirigirme hacia la puerta con paso inseguro, y cuando estoy a mitad de camino Theron me aferra del brazo.

—Meira… ¿adónde vas?

A revisar este reino hasta encontrar respuestas.

—Apártate —le digo, enojada—. Suéltame.

No se mueve.

—Sé que los últimos meses han sido horribles, pero si te vas, nunca sabremos lo que habríamos podido lograr. Por favor… yo mismo te acompañaré al palacio después de que nos hayamos presentado.

Estoy muy cerca de gritarle todas las cosas que ya he dicho pero él no oyó.

Las metas que tienes van a volver a desatar la Decadencia en el mundo.

Tu padre jamás cederá, no importa cuánto apoyo tengas.

Te equivocas, Theron.

Y ya no me importa proteger su inocencia. No me importa el modo en que tiembla ligeramente, tan desesperado por hacer el intento, por conservar la esperanza.

Lo único que me importa es cómo tiemblan Conall y Garrigan, por *mi* culpa. Por mi magia.

Conozco mi objetivo: mantener mi reino a salvo. Y no dejaré que me lo impidan.

—Eres el único que cree que este emprendimiento traerá la paz —gruño—. A Giselle no le importará un plan idealizado que le presenta una *niña*. Te das cuenta de eso, ¿no?

Theron retrocede pero recobra la compostura.

—A veces una sola persona es suficiente.

—Completamente de acuerdo, Príncipe Theron.

Ceridwen se me acerca, con los ojos fijos en la espalda de Giselle, que parece haber olvidado que estamos en su reino.

Le respondo de mal modo.

—No necesito tu ayuda. Necesito *irme*. Esta reunión no tiene sentido.

—¿De veras? —Se me acerca más—. Necesitas aliados. ¿O no?

Mira brevemente a Theron. Es más un gesto que una mirada, y mi fogosidad se apaga.

Cordell.

Todavía necesito aliados. Con ejércitos.

¿Cómo es que Ceridwen ya sabe cómo amenazarme? ¿Porque tenemos la misma debilidad?

Pero ¿qué obtiene ella de esto?

—¿Qué quieres? —cedo, con la mandíbula apretada.

—¿Quién dijo que quiero algo?

Con exasperación, me pongo al lado de Theron, directamente frente a ella, sin darle la satisfacción de otra respuesta. Theron me mira arqueando una ceja, sus ojos recorren a Ceridwen una vez, y juro que le dirige en silencio la palabra *gracias*.

—Bien —me dice Theron.

No, no está bien. Yo debería estar huyendo de aquí, revisando hasta el último rincón de este reino en busca de la llave o la Orden, y en lugar de eso…

Tomé la decisión que tomaría una reina. Una decisión medida, sin apresuramientos.

Entonces ¿por qué no cede la presión en mi pecho?

Miro a Conall y Garrigan, que se acomodan detrás de mí, tratando de asumir la posición normal que han tenido tantas veces. Pero cuando creen que no los veo, los dos se palpan con cuidado las costillas o los hematomas que tienen en las mejillas.

Verlos así, dañados por mi culpa y pero firmes a mi lado, provoca dos reacciones distintas en mi cuerpo: un gran remordimiento por no merecerlos en absoluto, y una cascada más intensa aún de furia en crecimiento.

Voy a ser alguien que merezca su lealtad. Voy a *hacerme* digna de ellos.

—Reina Giselle. —Theron levanta la voz y se adelanta—. Yo…

—Esta visita es muy poco ortodoxa —dice Giselle, sin interrumpir lo que está escribiendo—. Probablemente oyó todo lo que dijimos.

—Alteza —vuelve a intentar Theron, manteniendo un tono sereno y parejo—. Venimos con la mejor de las intenciones: una oportunidad de forjar una alianza entre todos los reinos de Primoria.

Y para distraerla el tiempo suficiente para encontrar un modo de abrir el barranco mágico sin que se entere, añado mentalmente.

Giselle aparta la vista de sus notas y sus ojos pasan a Ceridwen, Theron, y a mí.

—Yakim nunca estuvo en guerra con ninguno de ustedes. ¿Por qué habría de importarme algo que no tiene que ver con mi reino?

Theron da otro paso cauteloso hacia ella.

—Porque no se trata solo de paz; también de igualdad. Derribar viejas barreras y crear una nueva norma entre los ocho reinos de Primoria.

—Igualdad. —Giselle chasquea la lengua como si la palabra le supiera mal—. ¿Cuáles serían los beneficios de semejante acuerdo?

No dejo de mirarla, aunque no parece interesarle nadie en la habitación más que Cordell. Eso me irrita, y recuerdo lo que dijo Ceridwen sobre cuando hay más de un rítmico en el mismo sitio. No solo me cuesta respirar; es difícil no sentirme como una criatura escuchando hablar a dos adultos.

Theron saca de su chaqueta un pergamino enrollado y se lo entrega.

—Un tratado, ya firmado por Verano, Otoño y Cordell. Los términos son muy sencillos; establece condiciones para un mundo en el cual los ocho reinos sirvan no solo a sus ciudadanos sino también los unos a los otros. En tiempos de guerra, nos reunimos en consejos de paz; si hay problemas, acudimos en la ayuda de quien la necesita. Deseará leerlo, seguramente, de modo que no le pido que lo firme hoy.

Giselle toma el pergamino con los ojos entornados, pensativa. El discurso de Theron suena importante, pero tengo que contener un rezongo.

¿Cambiará algo con esto?

—¿Noam firmó esto? —pregunta Giselle con voz firme.

Theron no se amilana.

—Cordell lo firmó, sí.

Giselle ve en las palabras de Theron la misma falla que veo yo. Lo mira con suspicacia y se hace silencio; luego suspira.

—Te pareces mucho a tu padre. Qué pena —murmura, un sonido apenas audible que quizá fue intencional, o que pudo ser accidental por su volumen.

Theron frunce el ceño, como yo. ¿Fue una crítica a Noam? ¿De parte de otro rítmico?

Antes de que pueda hacerme esperanzas de que quizá Yakim sea un mejor aliado de lo que había creído, los ojos de Giselle se apartan de Theron y se fijan en mí.

—¿Invierno no lo firmó?

Maldición.

Tiene razón. Yo no firmé ese tratado.

Theron se vuelve hacia mí, sonriendo como si hubiera planeado esto.

—No —responde a Giselle—. Pero si Yakim acepta este tratado, pensé que se podría hacer una ceremonia de firma conjunta entre Yakim e Invierno. Un símbolo para el mundo de que rítmicos y estacionales se comprometen con estos ideales.

La curiosidad de Giselle se convierte en análisis.

—¿Por qué Invierno esperó para firmarlo con Yakim? Entiendo que Cordell tiene que ver con ese estacional.

Hasta ahora había parecido que a Giselle le fastidiaba tenernos allí, pero esa pregunta en particular revela sus verdaderos sentimientos.

Ella me invitó a su reino hace semanas, cuando la visitaron Finn y Greer… y yo me presenté con Cordell, que proclama la unificación del mundo, declarando tener una visión del futuro que pondría a todos en igualdad de condiciones. Una visión que contraría los intentos de Yakim de retirar a Cordell de Invierno.

No importa la sinceridad de Theron, no importa a qué se refería Giselle con ese extraño comentario acerca de que Theron se parecía a Noam; esta visita es un insulto para Yakim.

Mi enojo inicial deja lugar al arrepentimiento. No pensé bien antes de iniciar esto.

Theron le sonríe.

—Invierno esperó porque trae un obsequio de su parte para Yakim: una participación en los Klaryn.

Quedo aturdida por la conmoción cuando Theron levanta un brazo hacia la puerta y entran guardias cordellanos. Uno de ellos trae un cajón. ¿Dónde estaba? ¿En su carruaje?

Lo deposita a los pies de Giselle.

—Lo que una vez fue propiedad solo de los estacionarios ahora también es de los rítmicos —prosigue Theron, ignorando mi mirada atónita.

No me avisó que pensaba obsequiar a Giselle los productos de Invierno… los productos de *mi* reino.

No debería haber hecho eso sin consultarme. Yo tenía planes de regalar participaciones en los Klaryn, sí… pero pensaba hacerlo *por Invierno*, no por el plan de Theron.

Cordell no tiene derecho a regalar nada de los Klaryn.

Giselle observa el cajón y su expresión ofendida se transforma en lo que creo que es asombro. Ojos dilatados, labios fruncidos, cejas ligeramente levantadas. Acomoda el pergamino en sus manos y mira a Theron.

—Denme tiempo para pensar en su propuesta —es todo lo que dice.

Theron sonríe.

—Es todo lo que le pedimos.

Pero ella ya está volcando otra vez su atención a sus notas.

—Así es.

Theron se vuelve hacia mí con una sonrisa deslumbrante.

—¿Ves? No fue una reunión inútil, después de todo —susurra.

La obnubilación que me produjo la incredulidad me deja vacía y agotada, y lo único que atino a hacer es mirarlo boquiabierta y menear la cabeza.

—Necesito ir a acostarme —digo; me doy vuelta y me recojo la falda.

—Por supuesto.

Theron me rodea la cintura con un brazo para sostenerme, ofreciéndome consuelo y ayuda sin ningún reparo, con total descaro.

Me duele más el hecho de que ni siquiera se le ocurra que hizo algo malo. Pero ¿por qué habría de ocurrírsele? Yo le dije que estoy de su lado. Le mentí, y este es el resultado de mi mentira: él piensa que tenemos los mismos objetivos. Cree que estaré de acuerdo con lo que sea que haya que hacer.

Pero aunque en verdad estuviera de su lado, no aceptaría esto. Porque no somos solo dos amigos unidos en una meta de paz; somos un estacional y un rítmico, una reina y un príncipe. Y Giselle acaba de ver al heredero de Cordell regalar pedazos de Invierno.

Theron no tenía derecho a hacer esto.

Me lleno de decisión a pesar de la conmoción y el dolor. Al llegar a la puerta, doy la vuelta y al mismo tiempo hago que Theron me suelte. Conall y Garrigan trastabillan detrás de mí, conteniendo su incomodidad. Y más atrás, Giselle está dándonos la espalda, con el cajón de productos de los Klaryn a sus pies y el tratado de Theron sobre la mesa, junto a su libro de registro.

Es posible que Theron haya desperdiciado mi única oportunidad de obtener el apoyo de Yakim, pero no me dejaré derrotar tan fácilmente. Theron mismo lo dijo: a veces una sola persona es suficiente.

Observo a Conall y Garrigan. Necesitan descansar… pero vuelven a entrar sin pensar en su propio bienestar.

Theron se me acerca.

—¿Estás bien?

No lo miro.

—Dejen uno de los carruajes para mí.

Mira brevemente a Giselle, luego a mí.

—¿Quieres hablar con ella? Yo podría…

—No —respondo; oigo mi propio tono cortante y me aplaco un poco—. Gracias, pero no —digo, con un poco más de calma—. Invierno también necesita desarrollar una relación con ellos, ¿no? Déjame hacer esto. Solo quiero presentarle mi reino.

No parece muy convencido, pero asiente.

—Está bien.

Si agrega algo más, no lo oigo; paso a su lado y vuelvo a entrar. Ceridwen ya salió, presumiblemente a esperar en el carruaje, de modo que cuando Theron se va, quedamos solo Giselle, mis guardias y yo.

Un momento después, la puerta se cierra a mis espaldas. Giselle está junto a su libro, su pluma raspando el papel; probablemente no repara en mí cuando me detengo del otro lado del cajón, tratando con todas las fuerzas que me quedan de no mirarlo.

Se hace silencio; el burbujeo de los líquidos en los tubos de vidrio se oye fuerte, sin nada que lo apague. Inhalo profundamente.

—Reina Giselle —empiezo. Formal. Correcta. De reina a reina—. Desearía…

—Sé lo que piensa de mí, reina de Invierno —me interrumpe, con voz serena y sin emoción. Deja su pluma sobre el libro y gira hacia mí, con ojos analíticos.

Trago en seco.

—¿Sí?

—No comparte el modo en que gobierno mi reino. Piensa que soy despiadada.

No reacciona en absoluto: solo esa mirada pesada. Que hace que me resulte más fácil no sorprenderme al ver que adivinó lo que siento, y me cruzo de brazos con los músculos tensos.

—Admito que me cuesta ver reinos que tratan a su pueblo como yo no trataría al mío, especialmente después de tanto esfuerzo por recuperarlo.

Listo: político y amable, ¿verdad?

Giselle sonríe.

—Juzga mucho para ser alguien que conoce tan poco cómo funciona el mundo.

Eso sí que no fue político ni amable.

—¿Perdón?

Señala con la cabeza hacia una puerta en un costado de la habitación.

—Venga.

Sin explicaciones. Cruza el salón y desaparece por la puerta, esperando que la siga como una reinita estacional obediente.

Hago una seña a Conall y Garrigan antes de que intenten siquiera apartarse de la mesa en la que están apoyados.

—Quédense aquí.

Conall protesta.

—Mi reina…

—Quédense. Aquí —repito; detesto hablarles en tono tan estricto.

Conall cede a regañadientes; me recojo la falda y camino hacia la puerta.

Se abre un pasillo hacia la izquierda, iluminado por algunos más de esos globos brillantes. Al final hay otra puerta abierta, que derrama una luz blanca brillante hacia el interior menos iluminado. Entro por allí… y casi al instante retrocedo.

La puerta da a un entrepiso que rodea un recinto de por lo menos dos pisos de profundidad, donde hay filas de maquinarias, mesas y trabajadores. Los yakimíes se mueven de aquí para allá, accionando palancas y operando las máquinas; todos se mueven en forma coordinada.

Giselle enlaza los dedos en el enrejado de hierro que protege el entrepiso.

—Una de las fábricas de pruebas de la Universidad de Putnam. Mis profesores crean diseños de nuevos artefactos, y aquí se hacen los prototipos. —Me mira brevemente con una ceja levantada—. Dígame, reina de Invierno. ¿Alguna de esas personas le parece descontenta?

Recupero la compostura, me acerco a la barandilla y miro hacia abajo. Me irrita el tono de Giselle, su aire inevitable de superioridad; espera demostrar que me equivoco, ponerme de su lado.

Quienesquiera que sean esos trabajadores, no son los campesinos sucios y maltratados que vi al llegar. Están aseados, prolijos, llevan camisas blancas limpias y pantalones del talle correcto. Solo sus delantales de cuero están sucios, por la grasa negra que recubre algunas de esas máquinas, de la misma que usaríamos nosotros para lubricar las ruedas de los carruajes o los equipos de montar.

Miro a Giselle.

—Por supuesto que esta gente está bien cuidada; son de su clase alta, ¿no? Usted me agradaría más si en su reino *todos* estuvieran así, pero hasta ahora no ha sido ese el caso.

Apenas termino de hablar caigo en la cuenta. Insultar a la reina de Yakim no es la mejor manera de forjar una alianza con ella.

Pero Giselle ríe y sus ojos pasan de mi cabeza a mis pies.

—Es muy joven, ¿no? Sí, es cierto que no todos en mi reino reciben el mismo tratamiento; pero estos trabajadores que ve aquí no son de la clase alta. Son campesinos que demostraron utilidad; por medio de su trabajo están ascendiendo en las filas de la sociedad, y aunque parezca que son obreros que obedecen a los planes de un señor superior, son libres de trabajar en sus propios proyectos en su tiempo libre. Se los *alienta* a hacerlo. Yo no devalúo a mis ciudadanos como usted cree; simplemente les doy valor solo cuando se lo ganan.

Observo a los trabajadores, que siguen moviéndose en su ajetreo. Ninguno parece otra cosa que absorto en sus tareas.

—Los felicito. Han logrado adaptarse a su sistema. Pero ¿elegirían este sistema si usted no estuviera imponiéndoles esta necesidad de conocimientos?

Giselle me mira, sorprendida por primera vez.

—¿Es mi uso de la magia lo que desprecia? —Entorna los ojos y, al cabo de un segundo, gruñe como si acabara de ocurrírsele algo—. Todos tienen ese deseo de conocimiento. Todos… incluso usted. Yo promuevo ese deseo. No es como en otros reinos que obligan a su gente a ceder a emociones o intereses que de otro modo no tendrían. El conocimiento es una meta universal. No base su opinión de mí en un odio tan infundado, Reina Meira.

—No es infundado…

—Sí lo es. —Me interrumpe con un ademán—. Cualquiera de los campesinos a los que vio viviendo en situaciones indeseables puede cambiar su destino en un

instante. Si demuestran ser útiles a Yakim, serán elevados al rango correspondiente. El uso no es un derecho, Reina Meira… es un privilegio.

Quedo boquiabierta, lista para rebatir sus acusaciones con mis propios argumentos.

Pero en realidad estoy de acuerdo con parte de lo que dijo.

No todos merecen las mismas cosas. No todos merecen el poder… es justamente por eso que no quiero que se abra el barranco mágico. Y si la sociedad yakimí se basa realmente en que la gente de cualquier clase se gane su lugar, quizá no sea un reino tan odioso, después de todo.

—Si piensa que cualquiera de sus ciudadanos puede ser útil al reino —arguyo—, ¿por qué vende algunos a Verano?

El rostro de Giselle se transforma por completo y sus labios se elevan en una sonrisa delicada y condescendiente.

—Todos hacemos cosas que no debemos explicar a los extranjeros por la seguridad de nuestros reinos. Si tanto le desagrada Cordell, ¿por qué permite que reine sobre Invierno?

¿Ella tiene razones para vender a Verano que afectan la seguridad de su reino? ¿A qué se refiere?

Me muerdo el interior de la mejilla con tanta fuerza que el dolor se refleja en mi cara.

—Yo no le permito nada a Cordell. A usted misma parece no agradarle mucho Noam. —Aquí veo una oportunidad—. Lo cual me hace pensar hasta dónde llegará esa opinión.

Levanta una ceja como analizándome.

—Si busca aprovechar esa opinión mía, aquí encontrará poco apoyo. No veo a los estacionales con el mismo desdén que los otros rítmicos; los estacionales, igual que mi pueblo, tienen la posibilidad de demostrarme su utilidad. Pero ¿para qué me sirve Invierno ahora? No, Reina Meira; sus problemas son solo suyos. Y sepa que, por más que valoro la utilidad, detesto la interferencia, y haré lo que sea necesario para que mi reino siga funcionando. No trate de traer aquí sus problemas.

No confío en lo que yo pueda decir a continuación, de manera que me quedo callada. El rostro de Giselle sigue inexpresivo y analítico, como si simplemente estuviera recitando información, no amenazándome.

—Los rítmicos van a destruirla, niña, a menos que se lo impida —añade, sin ponerse al margen de esa agrupación. Se da vuelta y se dirige a una escalera que conduce a la fábrica—. Puede retirarse, Reina Meira. Dígale al Príncipe Theron que pensaré en su tratado.

Me quedo en el entrepiso, procesando esa conversación como obnubilada. La franqueza de Giselle sería positiva si no fuera por mi odio instintivo a su aire constante de superioridad. Todo esto fue una prueba, ¿no? Ella estaba buscando *utilidad* en mí. En Invierno.

Y Theron le ofreció lo único que habría podido consolidar esa utilidad.

La furia que siento por él hierve cuando Giselle llega al piso inferior. Camina por los pasillos, conversa con los operarios, se detiene a examinar una máquina particularmente grande que la dobla en altura y de la que sale una cantidad de largos tubos de metal en fila. Cada operario con quien se cruza se vuelve hacia ella con visible entusiasmo por mostrarle sus proyectos.

Es cierto que le importan quienes se lo ganan. Pero es horrible que la valía sea de quienes mejor pelean por ella. ¿Y los niños que todavía son demasiado jóvenes para ser útiles y viven en la pobreza? ¿Y aquellos que quizá no quieren llevar una vida de conocimiento pero que saben que, para triunfar, tendrán que acatar la voluntad de Giselle? ¿Y una débil y estúpida reina de Invierno que no tuvo la previsión de impedir que este viaje fracasara antes de iniciarse?

Me froto las sienes. Mis problemas son minúsculos en comparación con los otros que mencioné. La perspectiva redirige parte de mi enojo conmigo misma hacia la bola que vibra en mi pecho.

Eso es lo que más me enoja del mundo: que la magia empuja a la gente a llevar una vida que quizá no desea. Nadie debería tener que rogar permiso para ser quienes son, y que sus ruegos no sean escuchados.

Nadie debería estar obligado a ser algo que no es.



Meira

Nessa y Dendera ayudan a Conall y Garrigan a sentarse apenas regresamos a mi habitación. Conall se encorva y se mantiene lo más quieto que puede, con el brazo lastimado contra el vientre. Frente a él, Garrigan se inclina hacia adelante con la cabeza en las manos, callado, quieto.

Se me estruja el corazón y me acerco a ellos, pero me detengo; no confío en mí misma.

—¿Cómo están? —logro preguntarles.

El dolor es visible en el rostro de Conall, pero trata de disimularlo y asiente.

—Estaremos bien, mi reina.

Nessa le apoya las manos en los hombros.

—¿Qué pasó?

—Perdí el control. Otra vez —admito, con voz seca.

Dendera corre al baño contiguo para traerles agua.

Es Garrigan quien me mira con los ojos entornados, una mano en el cabello.

—¿Eso les sucede mucho a quienes tienen conductos?

—No lo sé —respondo—. Pero voy a dominarlo.

Dendera regresa y apoya un paño mojado en la frente de Garrigan, y le enjuga algo del sudor que se le formó. Entrega otro paño a Nessa, que hace lo mismo por Conall, y bajo la atención solícita de las dos, Conall y Garrigan parecen relajarse un poco.

—Ustedes dos, descansen —les digo, y me vuelvo hacia la puerta.

Dendera gira hacia mí instantáneamente, con el rostro serio.

—No vas a salir sola.

—A menos que Henn esté disponible.

—Está familiarizándose con los alrededores. Debería volver en una hora.

—No tengo una hora.

Era posible que Theron ya estuviera buscando la llave. Mis últimas esperanzas de ayudar a Invierno sin la influencia de Cordell residían en encontrar a la Orden o las dos llaves que faltaban antes que él. Yakim es indiferente. Aún queda la posibilidad de formar una alianza con Ventralli, y lo intentaré con todo lo que me queda, pero… Theron es medio ventrallino. Diga lo que diga, se pondrán de su lado.

Tengo que encontrar la llave o a la Orden. *Ahora*.

—Estaré bien… lo prometo. Estuve bien en Verano, y ese reino era mucho más peligroso.

En realidad, no estuve tan bien en Verano, pero eso no me servirá para apoyar mi argumento.

Mis promesas no logran apaciguar la mirada enojada de Dendera.

—Lleva a Nessa, por lo menos.

¿Y que me pregunte por qué estoy enojada? ¿Que descubra cosas que pueden evocarle su pasado?

—No —respondo sin pensarlo, y el entusiasmo se apaga en el rostro de Nessa. Justo cuando pensaba que yo no podía odiarme más…— Digo… necesito que te quedes a cuidarlos.

Nessa se recuesta, decepcionada, contra la silla de Conall y le apoya la mano en el antebrazo. No quiere mirarme y tiene los labios apretados. La lastimé.

Lo que queda de mi corazón se desmorona.

La mirada de reprobación de Dendera afea sus palabras.

—Dime adónde vas. Apenas vuelva Henn, lo enviaré contigo.

—A las bibliotecas de Yakim. A las del palacio, para empezar.

Asiente; oye mis palabras como el pedido inofensivo que son, pero Nessa me mira con el ceño fruncido. Las dos saben sobre el barranco mágico, conocen el verdadero propósito de nuestro viaje: buscar la manera de abrirlo. Saben que eso es lo que estoy haciendo, y que estoy haciéndolo sin Theron.

—Buscaré a alguien que te indique dónde están —dice Dendera, y se levanta—. No dejaré que andes por ahí sin rumbo. Y toma.

Saca una daga pequeña de la vaina de Garrigan.

Levanto una ceja. Para alguien que tanto se opone a que yo use armas, me ha dado unas cuantas en las últimas semanas.

—Escóndela en tu corsé —me dice. Entorna los ojos y agrega—: No hagas que me arrepienta de darte un arma otra vez.

Acepto la daga.

—No lo haré —respondo, con más sinceridad de la que seguramente esperaba, porque su tensión se evapora en algo que parece sorpresa.

Sale, y regresa un momento después con un sirviente que me lleva al interior del Castillo Langlais.

—Las bibliotecas del palacio custodian los libros más antiguos y valiosos —explica el criado mientras bajamos una escalera—. En la Universidad de Putnam están los volúmenes más funcionales, destinados al estudio y al uso. Pero para los fines de un estacional, creo que los libros que están aquí serán apropiados.

¿Los fines de un estacional? Lo único que le dije fue que quería ver las bibliotecas de Yakim. Frunzo el ceño y miro su cabeza desde atrás, tratando de entender sus palabras, y cuando las entiendo me exaspero.

Él no cree que me interesen los libros que son *para estudio y uso*. Lo cual, creo, es una arrogante manera yakimí de llamarme estúpida.

—Ah, por supuesto —respondo—. Me encanta mirar libros. A veces hasta capto una o dos palabras.

El hombre me mira brevemente y sus ojos observan mi mirada exageradamente serena. Luego, con un bufido altanero, vuelve a mirar adelante y el resto de nuestra recorrida por el palacio transcurre en silencio.

Dos pasillos más adelante, entramos a un salón de dimensiones monstruosas. Tres pisos de altura, con estanterías que se extienden en balcones que rodean todo el contorno del salón, vistiendo de cuero y pergamino el espacio iluminado y cálido. No hay hogares ni ninguna clase de fuego; la luz proviene más bien de aquellos globos de brillo constante. Hay sillones de cuero ubicados en círculo sobre alfombras de color marrón rojizo y en hileras a lo largo de los balcones, como soldados de guardia. Y al final de cada anaquel hay cuelga un óvalo de metal espejado con números grabados, que identifican los libros que contiene.

El sirviente se detiene en el centro de un círculo de asientos y gira hacia mí, con las manos a su espalda.

—Esta es la Biblioteca de Evangeline II, reina de Yakim hace seiscientos treinta y dos años.

¿Seiscientos treinta y dos años?

Despierta la adrenalina en mí. Tal vez sí es lo mejor empezar por estas bibliotecas.

¿Theron también habrá llegado a esta conclusión?

El hombre me mira de reojo. Empieza a hablar otra vez, y caigo en la cuenta de que esperaba alguna reacción de mi parte, un *ooh* y *aah*, o algún tipo de reconocimiento más allá de quedarme mirando en silencio.

—Si necesita asistencia, el bibliotecario residente estará por aquí —dice, como si estuviera dándole instrucciones a una criatura—. Le ruego que trate este espacio con el respeto que merece.

Y se retira rápidamente. Parece que la franqueza total es característica de los yakimíes.

Me dirijo hacia la primera hilera de libros y descubro que no soy la única visita, aunque sí la única que no es yakimí. Algunas personas me miran brevemente al pasar, vistazos que se convierten en miradas fijas y sorprendidas y luego descaradamente curiosas. Como si yo no fuera una persona de verdad sino una estatua, y estuvieran tratando de averiguar cómo me habían esculpido.

Después de cuatro hileras más de números exasperantemente inútiles, me detengo. El resto de esta hilera está libre de yakimíes por el momento, y disfruto la soledad de que no me miren con tanta curiosidad. Para colmo, no tengo idea de lo que estoy buscando. Otra vez. Todos estos libros tienen títulos como *Ley y justicia*, *La*

urbanidad en las comunas y *Declaraciones del oeste de Ardith*. Nada sobre magia, ni siquiera sobre los Klaryn.

Me recuesto contra un anaquel, con la mente confundida por el cansancio. Tal vez, si logro convencer a Theron de que me deje ver la llave que encontré en Verano… puede que algo se me haya escapado, una pista para encontrar la siguiente. Pero eso implicaría volver a tocarla, y no quiero arriesgarme a ver… recuerdos.

—¿Encontraste otro pozo escondido?

Doy un respingo y me aparto de la estantería. Ceridwen se cruza de brazos en la entrada a esta hilera, con una sonrisa pícara en los labios. A su lado, ubicado como para ver las hileras detrás de nosotros, está el esclavo que la siguió al salir de la fiesta en Verano. Debe de ser suyo. Aunque no imagino que ella tenga esclavos voluntariamente, conociendo su postura con respecto a los hábitos de Verano. Tal vez solo es su amigo.

Aprieto la mandíbula. Si el hombre es su amigo, es probable que sea confiable, pero de todos modos bajo la voz.

—Te lo dije. No quiero involucrarte en esto… no es *necesario* que te involucres. Esto no es…

—Acabo de viajar hasta aquí contigo y Cordell —replica Ceridwen—. Ya estoy involucrada. O en lo que sea que simulas estar haciendo, de modo que no veo por qué no involucrarme en lo que es en verdad. Y la última vez te ayudé, ¿no? Además —sonríe otra vez—, me agrada que estés en deuda conmigo.

No puedo evitar que se me borre la sonrisa instantáneamente. Pero el brillo que hay en los ojos de Ceridwen apela más a la camaradería. Saludo con un movimiento de cabeza a su amigo, que me observa con cauto interés.

—Él es de confianza, supongo.

El hombre sonríe, y sus dientes blancos son como un tajo brillante en su piel bronceada; la marca en forma de S se le arruga bajo un ojo. Pero Ceridwen lo presenta antes de que alcance a hacerlo él.

—Lekan. —Le da unos golpecitos en el pecho—. Lleva más tiempo que yo colaborando con los ataques a las caravanas; además, su esposo dirige el campamento donde enviamos a los esclavos que liberamos. Es de confianza.

Lekan hace una reverencia.

—Mi princesa confía en usted; por lo tanto, yo también.

Una de las comisuras de mi boca empieza a elevarse, pero se detiene cuando caigo en la cuenta de algo.

—Pero ustedes son veranenses —declaro—. ¿No los afecta la magia de Simon?

Dirijo la pregunta también a Ceridwen, porque en todo el caos transcurrido desde que la conocí, nunca se me ocurrió peguntarle cómo puede pensar con claridad cuando su hermano tiene a todos los demás ciudadanos de su reino en constante estado de gozo. Mi pregunta hace que a Lekan se le borre la sonrisa, pero Ceridwen ríe.

—¿Tardaste todo este tiempo en preguntármelo? —Chasquea la lengua—. No eres la llama más brillante de la fogata, ¿eh?

—No hagas que te golpee en la biblioteca.

Vuelve a reír.

—Son años de práctica, de aprender a distinguir nuestros propios sentimientos de los que son inducidos por la magia. Además, nos ayuda el hecho de que la magia de Verano es, digamos, *débil*, dado que mis ancestros la han usado en tanta cantidad para el gozo. Pero la mayoría de las personas están tan acostumbradas que ya no necesitan mucha ayuda para estar contentas.

Lo dice con tan poca ceremonia como si acabara de decirme que en Verano hace calor. Lekan se aparta un poco de nosotras, y su reacción resquebraja el aparente desinterés de Ceridwen.

Es difícil lo que hacen, resistirse a la magia de su rey. Más difícil de lo que Ceridwen deja entrever.

Sin duda, Verano también se beneficiaría de la falta de magia, de que su monarca estuviera obligado a gobernar solo con fuerza y voluntad.

Alguien se aclara la garganta detrás de mí. Echo un vistazo hacia atrás y llevo la mano a la daga que escondo en el corsé.

El sirviente que nos llevó al encuentro de Giselle, que condujo nuestro carruaje por Putnam. Esos ojos negros vuelven a fijarse en mí, de aquella manera analítica que ya me tiene más que un poco harta.

—¿Puedo ayudarla a encontrar algo, Alteza? —pregunta, un segundo después. Mira a Ceridwen y Lekan, decide que no son tan fascinantes como yo y vuelve a concentrarse en mí.

Lo miro con ojos entornados.

—¿Quién es usted?

El hombre hace una complicada reverencia.

—Rares, el bibliotecario residente. Parece perdida, querida… ¿puedo ayudarla?

—*Usted* es el bibliotecario residente.

—Sí.

—¿Y también el cochero?

La sonrisa de Rares no se inmuta.

—Me ofrecí a acompañarla a visitar a la reina; usted es toda una novedad aquí, en Putnam. ¡Una adolescente que liberó a su reino sin ayuda! No pude resistirme a la oportunidad de verla con mis propios ojos.

—Me alegro de haberle brindado un poco de distracción.

—Y yo puedo brindarle asistencia *a usted* —dice Rares—. ¿Qué la trae a la gran Biblioteca de Evangeline II?

Ceridwen se inclina hacia adelante al oír la pregunta, tan ansiosa como él por averiguar mi respuesta, mientras Lekan vuelve a mostrarse indiferente y vigila la biblioteca como un guardia.

Yo quería ayuda, ¿no? Y ahora la tengo de dos personas distintas. Ninguna de las dos podría perjudicarme, a menos que les diga directamente que se descubrió la entrada del barranco mágico… o que sepan algo sobre la Orden de los Lustrados, lo cual es un riesgo que tendré que correr; ninguno quedará destruido por lo que podamos averiguar sobre Angra ni la Decadencia.

¿Qué tengo que perder?

Me vuelvo hacia Rares.

—¿Qué información tienen sobre algo llamado Orden de los Lustrados?

Ceridwen frunce el ceño.

—¿De los qué? ¿Lustrados?

—De ellos necesito ayuda. Solo que no tengo idea de dónde buscarlos.

Hago una pausa y los observo a ella y a Rares para ver su reacción. Si alguno de los dos sabe qué es la Orden, se darán cuenta de por qué los busco.

El rostro de Ceridwen no cambia, y sus ojos se mueven mientras piensa. Pero Rares no necesita tiempo para pensar en mi pregunta; su sonrisa se ensancha con gusto y curiosidad, empieza a caminar y nos hace una seña para que lo sigamos.

—No se me ocurre nada en la Evangeline II, pero esta biblioteca es un poco aburrida, y algo como la «Orden de los Lustrados» parece bastante místico. La Biblioteca de Clarisse está cerca de aquí, y puede ser más adecuada para su búsqueda.

Ninguno de ellos sabe lo que es la Orden.

Me apresuro a seguir a Rares e inclino la cabeza cuando me mira.

—¿Qué libros hay en esta biblioteca?

—Libros sobre leyes y edictos.

Eso me exaspera. ¿El criado me trajo a la biblioteca de *derecho*? ¿Qué cosa en mí puede hacer pensar a alguien que quiero pasar el tiempo revisando libros sobre normas?

Rares ve mi cara de fastidio y ríe.

—Le pido disculpas, querida. ¿No era lo que esperaba?

—No. —Le sigo el paso mientras recorremos otra hilera de libros, en dirección a la pared del fondo—. Usted tampoco es lo que esperaba. ¿Es yakimí?

—No, querida. No soy de Yakim.

—¿Ventralli? —pregunta Ceridwen, observando sus rasgos—. No parece ventrallino.

Mueve la cabeza como asintiendo.

—Conoce a los ventrallinos, ¿sí? Es raro que yo esté aquí, pero *alguien* tenía que ocuparse de estos libros. Porque, francamente, esto es una vergüenza. Entonces estoy arreglando lo que puedo, dando que hablar a un reino que *adora* estudiar a la gente fuera de lo común. —Me guiña un ojo—. No tienen modales estos yakimíes. Temo que me he contagiado una plétora de conductas impropias de ellos. Ah, aquí es: la Biblioteca de Clarisse, donde están los libros de historia y los registros oficiales.

Rares abre una puerta en el fondo de la biblioteca de derecho, que da a otro salón igualmente grande. También tiene la misma disposición, con balcones, sillas y globos de luz, y los mismos espejos que marcan cada hilera con números. En esta biblioteca hay mucha menos gente: la única persona además de nosotros es un sirviente que barre una alfombra a nuestra izquierda.

Rares entra como quien sabe con exactitud adónde va, y solo se detiene para sacar un libro de un anaquel y ponérmelo en los brazos.

—Un registro de censos, pero solo para Yakim, y solo hasta la última primavera propiamente dicha. Los demás están en esta fila y sus alrededores. Son listas de personas, comercios, hasta alguno que otro caballo; si existe en Yakim algo llamado «Orden de los Lustrados», lo encontrará aquí. —Se vuelve hacia una fila que está detrás de él—. Y aquí empiezan los registros de censos de Ventralli, y en esa otra fila, los de Cordell. Trataron de hacer censos en los estacionales, pero ya sabe cómo son las relaciones con ustedes. Por aquí hay algunos sobre Paisly; son viejos y, en su mayoría, inexactos. Dicen que es una pesadilla viajar hasta allá, que las montañas son aún más imposibles que los Klaryn de Invierno.

Rares pasa rápidamente a la siguiente hilera, conmigo a la zaga. Miro a Ceridwen con aire inquisitivo, y ella contiene la risa y se encoge de hombros como diciendo *Tú te lo buscaste*.

—Mire, esto es bueno: el *Análisis de las Sociedades Secretas* de Bisset. —Rares saca un libro de un anaquel y me lo pone en los brazos—. ¡Le va a helar la sangre en las venas! Aunque imagino que, para usted, el frío no será tan incómodo como para nosotros. Este otro debería servirle: *Estudio de lo desconocido*. Ah, y no deje de consultar *Mundos olvidados*; es obvio que a Richelieu le encantaba el sonido de su pluma rozando el pergamino, pero cada tantas páginas aporta buena información. Ah, y…

Cuando Rares termina por fin, Ceridwen, Lekan y yo tenemos los brazos cargados de libros, y más recomendaciones nos esperan en los estantes. Miro a Rares, con dificultad para sostenerlos. Aunque, si estos libros se me caen, puedo pasar el tiempo recogiendo las hojas sueltas en lugar de leerlos todos.

Quizá no fue una de mis mejores ideas buscar información sobre la Orden de los Lustrados. Con cuánta facilidad olvidé mi sufrimiento al tratar de leer *La magia de Primoria*… pero mi cerebro la recuerda bien, y ya se encoge de dolor mientras miro la cubierta de *El reinado de la Reina Eveline I y las culturas sociales en su época*.

Santísima nieve.

Rares palmea las manos.

—Cuando termine, querida, no se preocupe por acomodar los libros; déjelos sobre la mesa, lo más desorganizados que sea posible. —Señala una mesa que está detrás de mí, situada en un descanso entre las filas de libros—. El bibliotecario residente a cargo de la Biblioteca de Clarisse es un hombre ofensivamente irritable, y nada me

agradaría más que crearle trabajo innecesario. ¡Avíseme si alguno de estos libros le sirve, o si necesita más!

—Espere. —Ceridwen deposita su carga en la mesa después de Lekan y se detiene, pensativa, mordiéndose la mejilla por dentro—. Lustrados —repite, como saboreando el término—. Parece una palabra que usarían los ventrallinos.

La sonrisa perenne de Rares se hace más amplia, como si entendiera adónde apunta ella, pero yo estoy perdida.

—¿Por qué? —pregunto.

Ceridwen se apoya la mano justo debajo de la clavícula, mirando hacia otra parte, y no puedo evitar pensar que aparta la mirada más para no revelar algo que para pensar.

—Por lo que significa: purificados por el sacrificio. La cultura ventrallina está llena de palabras así; palabras deliciosas para actos oscuros, palabras oscuras para actos deliciosos. Significados extravagantes, artísticos. —Se vuelve hacia Rares—. ¿Dónde tienen los libros sobre Ventralli? Que no sean de censos.

Frunce la nariz, y sonrío. Al menos no soy la única que se amilana al pensar en leer todo esto. Si Theron estuviera aquí, se lanzaría de lleno sin dudarlo.

Se me retuercen las entrañas, pero trato de no pensar en él.

En realidad, los libros sobre Ventralli podrían ser un buen lugar donde buscar; la pista final en la entrada del barranco era una máscara, que señala la cultura ventrallina de usar máscaras elaboradas. Tal vez Ceridwen está bien orientada.

Rares se da unos golpecitos en los labios con un dedo.

—Buena deducción, Princesa. Ya la convertiremos en toda una Yakimí.

Ceridwen tuerce los labios con desagrado.

—No me insulte.

Lekan gruñe y le da una fuerte palmada en el hombro. Ceridwen lo mira enojada, y él le sostiene la mirada sin amilanarse; es una interacción que no llego a entender. Pero al instante Ceridwen cede.

—Lo siento —masculla, pero aunque parecería que la disculpa debería ir dirigida a Rares, es Lekan quien asiente y la acepta.

Rares pasa por alto el momento y señala hacia el rincón del fondo a la izquierda.

—Última fila, estantes numerados del 273 al 492. Habrán notado, sin duda, las marcas al final de las hileras. Un encanto, ¿no les parece? Verán lo útiles que pueden ser. ¿Alguna otra cosa?

—No, si la vida es buena —rezongo; me doy cuenta de lo ingrata que fue mi respuesta, y me corrijo—. Digo, gracias.

Rares me guiña un ojo.

—Que disfrute su estadía en Yakim, Alteza.

Se retira, en la dirección opuesta a la que toman Ceridwen y Lekan, hacia los libros ventrallinos. Dado que mis únicas opciones son quedarme y empezar a revisar

los libros que eligió Rares o seguirlos, descargo los libros que tengo en mis brazos y, sin dudarlo, voy hacia las estanterías.

Los globos de luz se reflejan en las placas espejadas, y los números parecen moverse sobre las superficies reflectoras hasta que Ceridwen se detiene ante una fila rotulada con un óvalo donde se lee «273-492».

—¿La Orden de los Lustrados, dijiste? —pregunta, mientras empieza a examinar los lomos de los libros.

—Sí…

El rótulo que está al final de esta fila atrapa mi atención.

¿Acaso… se movió?

Me acerco más, con la cabeza inclinada. La luz del globo más cercano se refleja en ella y…

Lanzo una exclamación de sorpresa y me subo a la silla que custodia esta fila, para acercarme fácilmente al rótulo. Ceridwen se vuelve hacia mí mientras Lekan se encoge de hombros y vuelve a vigilar los pasillos vacíos.

—¿Qué pasa? —me pregunta, en voz baja por la quietud de la biblioteca.

Apoyo las manos en el estante y tuerzo la cabeza. Normal: solo el óvalo con los números grabados, nada de importancia. Pero cuando me muevo hacia el otro lado, la luz cambia y se revela una imagen luminiscente. Un rayo de luz que cae sobre una montaña.

El sello de la Orden de los Lustrados, escondido en la superficie reflectora del óvalo de metal.

—Está aquí —respondo, aunque todavía no sé a qué me refiero. Algo está aquí, en este anaquel, o en un libro de los que están en este anaquel.

Se me acelera el pulso y paso la mano por el óvalo. Mis dedos rozan el borde y río con sorpresa.

El óvalo *se movió*.

Vuelvo a hacerlo y la placa espejada gira, milímetro a milímetro, bajo mis dedos.

Ceridwen vuelve a prestar atención a la estantería y da un salto hacia atrás, sorprendida.

—¡Santas llamas! Sigue haciendo eso… Se está abriendo un compartimiento detrás de uno de estos anaqueles.

Doy un respingo hacia el costado y examino el piso de la biblioteca junto a la estantería.

—Cuidado, fíjate si…

Pero Ceridwen se me adelantó y ya está probando el piso con los pies y aferrándose a los estantes por si llegara a abrirse aquí también un pozo inesperado. Me mira con una ceja levantada.

—Solo sigue moviéndolo.

Caen libros al suelo a medida que ella va arrancándolos del estante. Yo sigo empujando el óvalo, diente por diente del engranaje, hasta que se traba y los números

vuelven a quedar derechos. Con la falda agitándose a mi alrededor, salto de la silla y me subo al estante, con cuidado de evitar los libros amontonados que Ceridwen retiró para hacer lugar.

La pared del fondo de uno de los anaqueles se abre, y revela un compartimiento secreto.

Ceridwen, con un montón de libros contra el pecho, se vuelve hacia mí. Su sorpresa se transforma en una expresión de diversión presumida, e inclina la cabeza, agitando sus rulos.

—¿Lo ves? —dice, triunfante—. Sí me necesitas, reina de Invierno.

Mi sorpresa se evapora y siento un leve asomo de inquietud cuando introduzco los dedos por la abertura y la abro del todo. La madera rechina por la antigüedad, y recibo en la cara unas cuantas nubes de polvo. Toso, pero sigo abriendo la portezuela hasta que un globo de luz cercano alumbra el compartimiento estrecho. Me tiemblan los dedos al introducirlos, pero los recuerdos de mi último encuentro con una llave de los Lustrados me hacen vacilar. ¿Esta también será un conducto?

En el fondo hay un paño aplastado. Lo rodeo con la mano, esperando la dureza del metal que me advierta que hay una llave, pero la trama gruesa del paño se curva sobre algo abultado.

Lo saco y lo abro en mis manos, con un nudo en el estómago por dos emociones distintas: esperanza de que se trate de la llave… y pavor de que se trate de la llave.

Al desplegar el paño queda al descubierto una llave, idéntica a la que encontré en Verano: de hierro, antigua, con el sello de los Lustrados en la cabeza.

Muy fácil. *Otra vez*.

Me vibra una advertencia en la garganta, un aviso instintivo de peligro inminente. Pero debería sentir alivio. Estoy más cerca de encontrar a la Orden, o cuando menos, de tener ventaja sobre Noam. Esto es bueno. No amenazante: *bueno*. Quizá la Orden quiere que se encuentren las llaves. Quizá las separaron solamente para que no fueran tan accesibles.

Pero solo tengo dos llaves… y ninguna respuesta. No tengo información sobre la Orden en sí, ni nada que pueda ayudarme con mi magia. Sí, estoy un paso más cerca de poder mantener cerrado el barranco, pero necesito más que eso. Y fue solo por suerte que encontré estas dos llaves primero; habría podido encontrarlas Theron, con el mismo esfuerzo. No tiene sentido que la Orden se tomara la molestia de esconderlas con tan poca protección, a menos que *quisieran* que se las encontrara. Pero ¿por qué? Y más aún: ¿por qué Yakim? Verano, Yakim, Ventralli… ¿qué tienen en común estos tres reinos?

No… cálmate, Meira. En este momento, solo son dos llaves, nada peligroso. No voy a preocuparme hasta que se materialice una amenaza viable. Ya tengo bastantes otras cosas por las que preocuparme.

El paño que envuelve esta llave muestra una escena muy similar a la del tapiz que me envió la reina de Ventralli con Finn y Greer. Montañas que rodean un valle lleno

de rayos de luz y, en el centro, una bola de luz más brillante aún, tejida con hebras amarillas, blancas y azules, y todo girando.

Magia.

Exhalo, con manos temblorosas. El hecho de guardar la llave en un tapiz que muestra los Klaryn y la magia, escondido en una hilera de libros sobre Ventralli… es intencional. Sin duda, la llave final está allá.

Miro a Ceridwen.

—Ahora vamos a…

Hace una mueca incluso antes de que hable. Miro a Lekan, que la observa con un dejo de solidaridad.

Ceridwen asiente.

—A Ventralli. De todos modos, ese era el plan.

—Sí —respondo, lentamente—. Pero… no es necesario que vengas con nosotros.

Ceridwen deja en el suelo los libros que tiene en los brazos.

—Gracias, pero en Ventralli conozco a alguien que puede ayudarnos con eso. —Señala el tapiz, con expresión desapasionada—. Eso te ayudará a descubrir algo, ¿no? Admítelo: sin mí, estás indefensa.

Empiezo a sonreír, aunque no deseo aumentar su incomodidad con respecto a Ventralli. Pero doy un respingo cuando la quietud de la biblioteca se hace añicos de pronto al oírse música.



Meira

Un piano rompe el silencio; quien lo toca da rienda suelta a la melodía desde cerca, notas parejas que repiquetean como gotas de lluvia en una ventana.

Sé quién es sin necesidad de verlo; alguna relación arraigada acude a mi mente con fuerza. Justo cuando percibo el instinto, me inunda una sensación de familiaridad: encuentro una llave con Ceridwen, y Theron me distrae del hallazgo.

En Verano, le había restado importancia pensando que solo había sido una coincidencia que Theron estuviera en la bodega. Fue a buscarme; probablemente preguntó a un sirviente y este le indicó el camino.

Pero que esté otra vez aquí, justo cuando acabamos de encontrar la llave… ¿Me habrá seguido? ¿Por qué me habría seguido sin revelarse antes ni participar en la búsqueda?

Mi cuerpo se estremece con otro escalofrío de inquietud. No, no voy a desconfiar tanto de él. Theron todavía es mi amigo, todavía es *él*, y no haría semejante cosa.

Pero ya lo hizo, susurran mis instintos. *Dos veces ya: en Invierno, cuando contó a Noam sobre el barranco, y aquí, al darle a Giselle los productos de las minas de los Klaryn*.

Cierro los dedos en torno al tapiz. ¿Esta llave también será un conducto? Es probable; tengo muy fresca en la mente mi reacción a la barrera del barranco mágico y a la primera llave. Pero solo tuve visiones al tocar la llave y también a Theron; entonces, si no toco la llave, debería estar bien.

Abro uno de los bolsillos de mi vestido y echo allí la llave directamente desde el tapiz. El hierro me golpea el muslo, pero la tela de mi vestido impide que me toque la piel.

—Guárdame esto —pido a Ceridwen, y le entrego el tapiz—. Por favor.

Vacila y entorna los ojos.

—Solo si me explicas lo que está pasando. Todo —exige.

No respondo enseguida. Ella espera.

—Lo haré —cedo, y ni siquiera yo sé si es mentira—. Pronto. Te lo prometo.

Ceridwen lo piensa, un segundo, dos. Finalmente pone cara de exasperación, toma el tapiz y cierra el compartimiento secreto.

—Muy bien. Ocúpate de tu príncipe rítmico.

Me sorprende que ella también haya adivinado quién es el pianista, pero no dice nada más. Ceridwen deja los libros desparramados y ella y Lekan se alejan hacia la puerta principal.

Distraída, aferro el relicario que llevo al cuello, y el conducto vacío me da una especie de alivio. Lo cual es completamente absurdo: ¿estoy repleta de magia, y aun así un trocito de metal inútil me reconforta?

Salgo de esa fila y dejo que la música me guíe entre las estanterías. Doblo una última vez y doy con un pequeño descanso donde hay algunas sillas y un piano contra la pared. Theron está inclinado sobre él, y cuando sus dedos rozan las teclas la música sube de pronto, se interrumpe y vuelve a bajar. Cada nota… *duele*. Lenta y palpitante, llena de melancolía el aire vacío, de modo que incluso antes de que él diga nada, me siento abatida.

No levanta la vista mientras toca; mueve la cabeza de lado a lado, con los labios apretados por la concentración. Pero sé que me ve llegar; hay un sobresalto súbito en sus hombros, y una nota sale fuera de tono bajo el revoloteo de sus manos.

Deja de tocar, y la canción termina con un estrépito de teclas.

—Fui a tu cuarto para asegurarme de que hubieras regresado bien, pero Dendera me dijo que te habías ido. —Me mira brevemente, tan rápido que casi se me escapa el movimiento—. Te habías ido. Otra vez.

—Necesitaba estar sola un rato. No voy a pedir disculpas por eso —respondo, y solo me amilana un poco la dureza de mi voz—. Eres tú quien debería pedirme disculpas. No tenías derecho a darle a Giselle productos de los Klaryn.

—Para eso los trajimos. —Theron se pone de pie—. *Teníamos* que darle algo de nuestras minas… es rítmica. Nunca habría…

—*Un momento*. —En mi pecho despierta el frío; esta vez lo recibo con agrado y abro mi cuerpo al modo en que cada nervio se llena de copos de nieve y astillas de hielo. Sé que mi voz refleja esa sensación—. Las minas son de Invierno. No hay un *nuestras*.

Theron se lanza hacia mí y me interrumpe. Me pone las manos en los hombros y me atrae hacia él. Sus labios se apoyan en los míos, pero no en un beso suave, cariñoso; es un beso duro y desesperado, los dedos tiesos, la boca firme, su cuerpo una montaña formidable y yo atrapada en la cima, perdida sin remedio entre las nubes, el viento y la luz.

—Pero todavía hay un *nosotros* —replica—. Siempre habrá un nosotros.

Lo empujo para apartarme de él.

—No —declaro, con voz firme—. Siempre habrá una *separación*.

Los brazos de Theron quedan abiertos delante de él; jadea, levanta las manos y se las pasa por el cabello.

—Tienes que dejar de hacer esto —gruñe.

—¿De hacer qué?

Porque no tengo idea de a qué parte se refiere. ¿Dejar de mentir? ¿De elegir a Invierno por encima de los objetivos de él?

Me niego a dejar de hacer una de esas cosas.

Rezonga y mira al techo.

—De apartarme. ¿Cómo esperas que…?

Levanto la mano.

—Espera… ¿estás enfadado porque no me abro a ti?

Asiente, y a la miríada de emociones que siento en el estómago se agrega la ira.

—¿Que no me abro a ti? Lo *intenté*, Theron. Te di mi opinión sobre el barranco mágico; te dije lo que pienso de tu padre. Pero tú haces a un lado todo lo malo e ignoras todo menos tus propias esperanzas. No tienes derecho a enojarte conmigo. Yo tengo que mantener la calma porque nadie más es capaz de soportar la verdad.

—Tienes que abrirte a alguien —insiste Theron—. Entiendo por qué no puedes hacerlo delante de tu gente, pero necesitas a *alguien*. Y yo pensé… —Se interrumpe al tiempo que empieza a aflojarse, vacila y espera las palabras siguientes—. Pensé que ibas a…

Algo cambia en sus ojos. Como si acabara de ocurrírsele algo, una idea horrible que lo conmociona y lo hace reaccionar con furia.

—Mather —gruñe—. Es por él, ¿verdad?

—¿Mather? —repito y trastabillo; su nombre es como una ráfaga de viento que me llena de frío.

—Todo este tiempo —prosigue Theron, alterado— supe que lo amabas, pero creí que lo habías dejado…

—Sí, lo amo… es decir, lo *amé* una vez, pero…

—… y creí que las cosas estarían mejor ahora. ¡Todo está mejor! Tenemos el barranco mágico, tu reino está libre y podemos ser *nosotros…*

—¡No puedo seguir haciendo esto!

Me callo. Theron se calla. Los dos nos quedamos mirándonos en el silencio angustiante.

Theron exhala.

—¿Haciendo qué cosa? —Pero no me da tiempo para responder—. Eso es lo que trato de decirte: no tienes que seguir conteniéndote. Estoy aquí para apoyarte, y…

Habla tan rápido, y a pesar del consuelo que sus palabras intentan transmitir, baja los hombros y toda su postura indica que habla solamente para impedir que lo contradiga.

—No, Theron —susurro; abre la boca y sus palabras quedan en el aire—. No puedo… estar contigo. Así no. Creo que podría, algún día, si Noam insiste en que nos casemos; si es lo mejor para Invierno. Pero no puedo estar contigo *ahora*, que hay tanto que nos divide. —Me cubro los ojos con la base de las manos mientras una oleada tibia de lágrimas se agolpa contra mis párpados—. Creo que lo sé desde hace

un tiempo, pero estabas dolido, y no quise agregarte sufrimiento. Ya te causé suficiente dolor. Pero ahora te estoy causando más.

Bajo las manos; tengo la vista nublada y solo veo el contorno borroso de un muchacho frente a mí.

—No sé cómo resolvértelo. Ni siquiera sé cómo resolver lo mío. Podrá parecerte que todo está mejor, pero no es así, Theron. No puedo hacer lo que quieres. No quiero que se abra el barranco mágico, y haré todo lo que pueda para mantenerlo cerrado. No estamos unidos en ese viaje. —El corazón me raspa la garganta y me sofoca, pero no es el dolor del arrepentimiento; son las palabras que debería haber dicho mucho tiempo antes—. Lo siento. No debí mentirte, pero no quería…

Me froto los ojos hasta que logro enfocarlo, y cuando lo hago, una parte de mí se encoge. Me observa con rostro dolido, distante y duro, y la combinación se me clava en las entrañas como clavos.

—No quería lastimarte —concluyo.

—¿Solo por eso me amarías? —escupe Theron—. ¿Si mi padre te lo ordenara?

—¿*Eso* es lo único que sacas en limpio de lo que dije? —resuello, pero apenas lo hago, su rostro se desencaja. No fue lo mejor que podía decir, y se inclina hacia adelante, el cuerpo tenso.

—Entendí que estuviste *usándome*. Creí que tú, justamente, entendías lo que es que te usen con tanta violencia que te preguntas si queda algo de ti. Pero eres igual a mi padre. —Ahoga una exclamación—. Eres igual a…

—No soy como Noam en absoluto —replico—. Porque lo siento, Theron. Lamento haberte mentido. Lo lamento todo, pero ya no sé *nada*, y todo lo que hago es mi reacción instintiva a lo que creo que servirá para proteger a Invierno. ¿Acaso tu padre alguna vez te pidió disculpas por las cosas que hizo? No. Entonces no te atrevas a compararme con él. Yo *no soy* Noam.

Poco a poco, la ira de Theron va cediendo, y deja al descubierto al muchacho que había debajo. Las sombras temblorosas que todos llevamos dentro de nuestros cascarones demasiado frágiles, aterrados de que alguien las vea algún día.

Tras un largo segundo en el que ninguno de los dos sabe qué decir o hacer para mejorar las cosas, da un paso atrás.

—El tratado —dice—. Si Giselle acepta firmarlo, ¿lo firmarás? Eso sí es lo mejor para tu reino.

—Sí —respondo antes de que pueda seguir.

El tratado no tiene importancia, francamente; si eso lo tranquiliza, lo firmaré. Pero me contengo y espero que me pregunte qué haré con respecto al otro tema, al más importante, a la meta que lo hace tocar distraídamente su bolsillo.

Todavía tiene la llave que encontré en Verano. No sabe que encontré la de aquí.

Resisto el impulso de tocar mi bolsillo, pero siento el peso de la llave contra el muslo. ¿Qué pasará cuando él la busque por su cuenta y no la encuentre? ¿Seguiremos viaje a Ventralli?

—¿Podemos, al menos, estar de acuerdo en compartir la información que encontremos? —pregunta Theron, con voz queda.

—¿Información?

Inclina la cabeza.

—Información relativa a la búsqueda que quizá te trajo a esta biblioteca.

Trago en seco. Nunca me habló en ese tono, un tono vacío y formal que establece expectativas claras entre dos personas; política y buenos modales, nada más.

En mi cuerpo aún vibra la magia que se arremolina dentro de mí. En este momento no la impulsa la ira; la impulsa el dolor, brillante, caliente y esperado, como si ahora que he admitido directamente lo que somos Theron y yo, mi cuerpo se aflojara con resignación.

Basta de mentiras. Él sabe lo que quiero con respecto a la magia, y yo sé lo que él quiere.

Por eso no le digo que tengo la llave. Al menos, no directamente.

—Deberíamos seguir viaje a Ventralli —logro decir—. Apenas esté firmado el tratado.

Theron levanta las cejas; su rostro revela a las claras que entiende y está sorprendido. Al ver que no le doy detalles, lanza un bufido de incredulidad y se pasa una mano por el cabello, y luego se queda mirando el suelo con los hombros tensos.

—Ya verás —dice—, cuando se abra el barranco, que todo lo que hice fue para protegerte.

No pensé que fuera posible sentir más dolor, pero ahora siento una punzada que palpita donde debería estar mi corazón.

—No necesito que me protejas *a mí*. Necesito proteger *a Invierno*.

Theron baja la mano y me mira.

—Eres más que ese reino.

Se está esforzando mucho por ser tierno, por ser el Theron que me cautivó en Bithai. Pero la ternura ya no es lo único que quiero. Yo quiero… a Invierno. Quiero a alguien que piense en proteger primero a Invierno y en segundo lugar a mí. No al revés.

—No —respondo—. No lo soy.

Theron me mira boquiabierto, pero sale de su estupor con un breve movimiento de la cabeza.

Se da vuelta y camina hacia la puerta sin decir otra palabra.

Lo observo marcharse, esperando que mi dolor crezca hasta paralizarme, esperando quebrarme en pedacitos y desintegrarme. Y en un momento de mi vida, creo que lo habría hecho. Pero al saber lo que él quiere hacer con el barranco mágico, siento más certeza que en mucho tiempo.

Hay muy pocas cosas que elegiría antes que la seguridad de Invierno.

Y Theron no es una de esas cosas.

Cuando la puerta se cierra, meto la mano en el bolsillo. Mis dedos se cierran en torno a la llave, con una firmeza resuelta. Tengo una de las llaves. Tengo una manera de…

El metal antiguo se me clava en la piel, y apenas lo toco sé que me equivoqué. Sea lo que sea la magia que poseen estas llaves… no es sencilla; no la entiendo del todo.

La insensibilidad me sube por el brazo, se extiende por mi pecho y me derriba al suelo. No puedo hacer más que trastabillar mientras caigo, demasiado irritada conmigo misma por haber tocado la llave para estar asustada.

—¡Mi reina!

El rostro de Henn entra en mi campo visual. Sus labios se mueven, diciéndome algo, pero la magia es rápida, como una oleada demente de nada que extiende una sombra sobre mis ojos.



Meira

La magia me recubre de frío en medio de una maraña de confusión que se amplifica cuando una voz me enciende, un sol que sale sobre un paisaje empapado de noche.

—Nadie de corazón corrupto debe llegar a la magia. No, deben tener el corazón puro… no, bueno… no, no, nada de eso. Quien llegue a la magia debe tener un corazón dispuesto. Deben estar listos. Y estas pruebas… estas pruebas harán que lo estén.

—¿Qué pruebas? ¿Listos para qué? —pregunto. Pero ¿a quién se lo estoy preguntando? Nadie está hablando… aquí no hay nadie más que yo. Todo esto está en mi cabeza, es conocimiento que llega en mi propia voz a partir de… ¿la llave?

Creo que tengo la llave en la mano. Dormida, en alguna parte, la tengo en la mano, y está usando mi voz, que habla y habla.

—Y estas pruebas… estas pruebas harán que estén…

La nada se levanta, se va esfumando en ondas como cortinas que se abren en una ventana hasta que todo lo que me rodea es blanco: paredes con paneles color marfil y rebordes plateados.

Invierno. Estoy en un estudio en el Palacio de Jannuari.

—¡Tengo que hacer esto!

Hannah está de pie en el centro de la habitación, de espaldas a mí, hablando con un hombre que tiene la frente apoyada en la pared.

—Tú no entiendes —se queja ella—. Es la única manera de salvarlos.

Al verla ahora me doy cuenta de lo mucho que la eché de menos. Pero no reacciona a mí, ni cuando digo su nombre ni cuando me paro delante de ella, boquiabierta.

—Ellos necesitan esto, Duncan —arguye, y su voz se quiebra con un sollozo.

Me doy vuelta, pero el hombre no está de frente a nosotras; su largo cabello blanco le roza la espalda y tiene la cara hundida en las manos. Duncan. Mi padre.

—Pregunté a la magia —prosigue Hannah—. Le rogué que me dijera qué hacer. No quiero salvarlos solamente de Angra; quiero salvarlos de todos los peligros del mundo. —Sus sollozos se aquietan; echa los hombros hacia atrás y su postura se endurece—. Le pregunté cómo salvar a Invierno.

Esto ya lo sé. La magia le dijo que cuando un conducto se rompe en defensa de un reino, la magia se aloja en el gobernante. Este se convierte en el conducto, en una cantidad ilimitada de magia para su pueblo. Por eso dispuso que Angra le rompiera el relicario: tenía que salvar a nuestro pueblo de él.

—Tengo que dejar que nos mate —afirma, tratando de convencerse a sí misma tanto como a Duncan.

¿Que nos mate?

Mientras la observo, en mi mente se desarrolla el resto de la historia. Una parte en particular se presenta con una sacudida incómoda que me deja sin aliento.

¿Cómo es que no vi esto antes?

Hannah dispuso que Angra le rompiera el relicario… pero también que la matara. Eso fue parte de su trato con él: le prometió poner fin al linaje Dynam, sin saber que estaba embarazada, y que eso implicaba matar también a su hijo.

—Cuando un conducto se rompe en defensa de un reino, el gobernante de ese reino se convierte en el conducto. Y si el conducto volviera a romperse… si ese gobernante muriera en defensa del reino siendo el último de su linaje, la magia buscaría alojarse en quienes le sigan en proximidad: los ciudadanos del reino. —Hace una pausa, sin aliento—. A ellos… a ti… nunca les faltará nada. Tengo que hacer esto, Duncan. Tiene que matarnos para que Invierno se salve.

Matarnos.

No, esto está mal. Es un truco…

—Tienen que estar listos. Y estas pruebas… estas pruebas harán que lo estén.

Mi voz otra vez, provocándome. Enredo los dedos en mi cabello y meneo la cabeza para que la información no se hunda en mi mente. Pero lo hace, y todo se aclara.

Si lo que dijo Hannah es cierto, si yo no hubiera nacido… si Hannah hubiera dejado que Angra nos matara a las dos hace tantos años…

En este momento, nuestro reino en ruinas estaría entero. Sir habría criado a Mather como su hijo. Nessa, Garrigan y Conall estarían llenos de poder, y Primavera habría caído, y la Decadencia sería un recuerdo lejano, sepultado bajo toda la magia del conducto de invierno.

¿Eso es lo que la llave quiere que vea? ¿Que mi existencia misma impidió que mi pueblo estuviera a salvo?

—Un corazón dispuesto —dice la magia en mi voz—. Estas pruebas harán que estés lista.

Me inclino hacia adelante y grito con frustración, con agotamiento, con todo lo que me queda. Ni siquiera grito palabras; solo ruido, por lo cansada que estoy de librar una guerra cuando apenas puedo ver un paso por delante, lo cansada que estoy de ser la única que ve la guerra, de ser la única que quiere vivir sin magia.

Y ahora… ¿qué? ¿Debería dejar que todo esto me mate para que mi pueblo pueda ser su propio conducto? No puede ser. Esto ni siquiera tiene nada que ver con

el barranco mágico… y se supone que estas pruebas me ayudarán a llegar al barranco, ¿no es así?

Pero las visiones que tuve al tocar a Theron tampoco tenían nada que ver con el barranco mágico. Sin embargo, él no vio nada, y tocó la llave; si hubiera visto algo, lo habría visto reaccionar. Entonces ¿por qué solo yo? ¿Por mi propia magia? ¿Por qué la Orden habría dispuesto que las llaves fueran conductos que solo reaccionaran con quien posee un conducto? ¿Nadie que no tenga magia puede abrir la puerta? Nada de esto tiene sentido.

—¿Qué está pasando? —grito—. ¿Por qué necesito esto? ¿QUÉ HAGO?

Jamás olvidaré la primera nevisca en Invierno. Unos días después de que regresamos, el tiempo cambió como si celebrara nuestro regreso. Los copos cortaron el aire, las nubes oscurecieron el cielo, la temperatura bajó más aún. Todos los inverneños que estaban en Jannuari corrieron a las calles a recibir la tormenta, a absorber el frío con atónito éxtasis.

De pie en el patio del palacio, los brazos levantados hacia el cielo, con todos los demás sentidos adormecidos por el frío y con un viento que apagaba cualquier otro sonido, cerré los ojos. Nunca, en toda mi vida, me había sentido tan increíblemente sola. Pero era una soledad perfecta, una paz delicada, como de ensueño.

Esto que siento ahora, al volver en mí y casi ahogarme en mi temor, la sangre rugiendo en mi cabeza… esto es exactamente lo contrario de aquello. Sola, pero desolada y hundiéndome en el olvido.

Me incorporo súbitamente, y el dosel que cubre mi cama en el palacio de Yakim se sacude por la fuerza del movimiento.

—¿Mi reina?

Nessa tiene mi mano en una de las suyas; la llave está a mi lado, sobre el cobertor, y tengo los dedos agarrotados luego de que ella me obligó a abrirlos. Inhalo, y mis pulmones gritan como si hubiera estado conteniendo el aliento durante todo el sueño. O la pesadilla, más bien, pero retiro mi mano de la de Nessa y trato de levantarme, sin apartar los ojos de la llave, con el cuerpo temblando de la cabeza a los pies.

—¿Qué pasó…? —empiezo a preguntar, pero lo sé. Siento el conocimiento en todo mi cuerpo; cada músculo me duele, empapado en él, mientras camino a uno y otro lado con el vestido arrugado meciéndose en torno a mis piernas.

Nessa se pone de pie.

—Henn dijo que te desmayaste en la biblioteca. Dendera trajo a un médico, pero no te encontró nada malo. Pero estabas muy quieta, y yo no podía creer que no fuera nada… al menos, nada *natural*. Entonces todos se fueron y les dije que me quedaría contigo, y vi que tenías el puño muy apretado. Fue esa llave… te hizo algo. ¿Qué es? Tiene que ver con el barranco mágico…

—Nessa —la interrumpo con prisa.

Hannah planeó que muriéramos… pero no pudo cumplirlo conmigo, por alguna razón.

No tengo idea de cómo encontrar a la Orden de los Lustrados, más allá de estas llaves. Hay algo más en relación con ellos, algo que no entiendo, y me aterra.

Y si le cuento algo de esto a Nessa, le dará aún más material para sus pesadillas. Theron ya se quebró, y no soporto la idea de que ella también sufra más…

—No puedo decírtelo…

—¿Por qué?

Rodea la cama hacia mí, enojada, las mejillas encendidas.

—Porque no es tu pelea.

Su mirada se endurece.

—Mentirosa.

Eso me sobresalta. Nessa, mi Nessa, está enojada conmigo.

—Sé que estás ocultando algo —prosigue—. Lo sé desde que volvimos a Invierno. Todos los demás estaban felices, pero tú no; ganamos la guerra, pero tú tenías la misma expresión que en el campamento: asustada, como esperando que algo se rompiera. Es por el barranco mágico, ¿verdad? Algo de eso te preocupa. ¿Noam? ¿Angra? ¿Qué es?

Sacudo la cabeza, ya sea como respuesta o porque no puedo, no quiero admitir esto ante ella.

—¡Deja de ocultármelo! Yo me crie sufriendo. No sé por qué todos piensan que soy tan frágil. ¡Puedo soportar la verdad!

Se abre la puerta que conecta mi cuarto con la habitación contigua. Dendera, Henn, Conall y Garrigan entran corriendo y se quedan helados al ver a Nessa gritándome.

—No deberías tener que hacerlo —le digo—. Tu vida no debería ser así. Yo haré que sea mejor.

—¡Esa no es tu responsabilidad!

—Soy la reina… ¡por supuesto que lo es!

—No, *no es cierto*. —Nessa me clava un dedo; todos los músculos de su rostro están tensos—. Tu trabajo es asegurarte de que tengamos comida y casas; no es hacernos felices a todos. Merezco saber lo que está pasando. No eres la única que ama a Invierno y quiere protegerlo.

—Pero yo soy el conducto de Invierno, Nessa. —Se me quiebra la voz—. Soy la única que puede…

—¡Basta! —Nessa señala el resto de la habitación, a todos los que se congregaron allí—. No eres la única. Este reino es tan mío como tuyo. ¡También es mi guerra!

«*¡Esta guerra también es mía, Sir! Tienes que dejarme pelear. ¡Puedo ayudar, sé que puedo!*».

Mi propia voz me llega como un eco de Nessa, y no puedo sino mirarla, sorprendida. Todas las decenas de veces que le grité exactamente esas mismas

palabras a Sir.

Me cubro la boca con las manos, paralizada por la conmoción. Dendera y Henn también se dan cuenta en el mismo momento que yo, y su preocupación da paso a la triste expresión de la verdad.

Le hice a Nessa lo mismo que Sir me hizo durante años. Lo que les hizo a todos. Trató de cumplir él solo las tareas más insanas: las incursiones para recuperar la mitad del relicario, las búsquedas de nuevos campamentos, las reuniones con posibles aliados. Siempre estaba solo, estoico, duro y apartado de nuestra vida hasta que inevitablemente nos necesitaba con desesperación. Trató de mantener sobre sus hombros el peso de nuestros fracasos para que no tuviéramos que enfrentarnos a la dolorosa verdad de lo que era nuestra vida.

Yo lo odiaba por eso. Todos lo odiábamos. Veía que Dendera y Alysson se miraban, o que Finn rezongaba a espaldas de Sir, y sabía que todos, en alguna medida, sentíamos la misma necesidad enloquecedora de sacudirlo para que entendiera que ya conocíamos los peligros de nuestra vida. En todo caso, su reticencia a permitirnos colaborar empeoraba las cosas.

Y yo hice exactamente lo mismo. Traté de imponerle a Nessa una vida específica.

El dormitorio se llena de un sonido gutural, áspero, y Dendera me mira levantando las cejas. Soy yo: estoy riendo. Me cubro la boca con las manos pero no puedo parar; una risa demente me sube por la garganta y hace erupción en las palmas de mis manos hasta que me doblo en dos, sin poder respirar, al comprender lo absurdo que es haberme convertido en Sir.

Caigo al suelo, con un calambre en el vientre. Todos se quedan mirándome, lo cual solo me provoca más risa.

Nessa se arrodilla a mi lado; su enojo se disipa y solo le queda de él un tono rojizo en el cuello.

—¿Meira?

Bajo las manos, el ataque de risa se me pasa y súbitamente me empieza a temblar el pulso.

—Me llamaste Meira.

Suspira, pero su sonrisa vuelve a cegarme; una de esas sonrisas que me enfrían hasta el alma.

—Siempre fuiste Meira —dice, como si fuera lo más obvio del mundo.

Muevo la cabeza mientras Dendera se acerca y se arrodilla a mi lado.

—Traté de no serlo —respondo; las palabras me salen antes de que alcance a pensar una respuesta.

Dendera me toma de la mano, con el rostro inexpresivo, esperando.

—¿Por qué?

Su pregunta, o quizás el sueño, o simplemente los meses en que me consumió el miedo, me quiebran y todo sale a raudales, hasta la última razón por la que me aferro tanto a la Reina Meira.

—Cuando conseguí la mitad del relicario e hice que los hombres de Angra me siguieran hasta el campamento. Cuando me resistí a unirme a Cordell por el matrimonio a pesar de que habría resuelto tantas cosas. Cuando irrumpí en la oficina de Noam y corrí el riesgo de destruir nuestra única alianza. Incluso en el campamento en April, cuando derrumbé las rampas, podría haber matado a mi propia gente. Todo lo que hice, cada uno de mis actos egoístas, fue impetuoso, riesgoso, y perjudiqué *a todos*. —Me caen lágrimas por las mejillas, lágrimas calientes, abrasadoras—. Siempre fui reina, cada instante de mi vida, y habría podido ayudar a todos… pero no lo hice. Fui muy egoísta. Habría podido hacer *más*, habría podido…

Salvar a todos. Habría podido salvar a todos en Invierno, si Hannah hubiera dejado que Angra nos matara a las dos. Pero no lo hizo: me envió lejos. No pudo hacerlo. Fue débil, o quizá fuerte… no sé qué fue, pero no lo hizo, y yo soy igual a ella. Soy débil, tengo miedo y me esfuerzo mucho, pero nunca es suficiente.

Nada de lo que soy es suficiente, por eso intenté ser otra.

Dendera me silencia con una mano en la mejilla.

—Escúchame, Meira Dynam. Sí, cometiste errores, pero te he observado sucumbir a este papel en los últimos meses, y eso, creo, ha sido el peor error que cometiste. El peor error que *todos* cometimos. Todos hemos tenido miedo, Meira, y mírame. *Tú nos salvaste*. Tú, esta muchachita hermosa y alocada que tengo ante mí… *tú* nos salvaste. Así que vuelve a ser tú misma, y quien seas entonces será exactamente lo que necesitamos.

Tú *nos salvaste*.

Sus palabras quedan flotando delante de mí, tentadoras, incitantes. Nunca lo había pensado así. Nunca me permití disfrutar lo que hice bien; solo pensaba en el bien que *habría podido* hacer.

Pero… yo nos salvé. *Yo* nos salvé.

Inhalo, y esta vez lo siento. Esta vez me atraviesa como un torrente, vivificante y fresco, que me llena con la certeza de Dendera y Nessa.

Dendera se pone de pie y se acerca al baúl que está contra la pared. Adentro hay infinitas piezas de tela, algunas prendas a medio coser, y ella hurga entre todo eso. Cuando saca la mano, el aire que logré inhalar abandona mi cuerpo como una ráfaga que me hace levantar a toda prisa.

Mi chakram está en su funda; la gran hoja circular brilla, afilada y pulida, con el mango gastado en el medio.

—Mi reina —dice Dendera al entregármelo, y se inclina sobre el arma.

Mis dedos rodean el chakram y mi mano se acomoda naturalmente; cada músculo se relaja con una oleada de paz. Nunca debería haber estado sin él. Esta soy yo, quienquiera que sea, cuando tengo mi chakram en la mano. Soy la reina pensativa y cautelosa que me he obligado a ser, y también la chica apasionada que empujó a su reino al borde de la derrota… pero que también lo rescató de ese borde.

Una reina guerrera.

Puedo ser ambas cosas. *Voy a ser* ambas cosas. Estoy cansada de luchar conmigo misma; tengo demasiados enemigos, demasiados obstáculos, para desperdiciar tanta energía en someterme. Tengo demasiado pocos amigos para alejar a quienes tengo más cerca. Necesito empezar a confiar en ellos. Y si se quiebran…

Pues tendremos que recoger juntos los pedazos.

Bajo mi chakram a mi lado y me vuelvo hacia Nessa.

—De acuerdo, voy a explicarles todo. Pero primero… —Exhalo—. Hay alguien más que también necesita oír la verdad.



Mather

El enfrentamiento con los soldados cordellanos debió de ser el golpe final para la resolución de William, porque desde entonces, había atiborrado a Mather con tareas. Tareas mundanas, de poca importancia, cuando durante las semanas anteriores no habían reparado en su ausencia. William le mandaba hacer tareas por otras vías: Finn le decía que había que lijar unos tablones, o Greer lo iba a buscar para lavar los platos. Mather no veía a William en absoluto, y al no verlo, se ponía más furioso.

Mather merecía que William le gritara por la actitud desafiante que había tenido; no era que se arrepintiera de haberlo hecho, pero si lo hubiera enfrentado cuando estaban en el campamento nómade, William le habría enseñado en persona el significado de la palabra *obediencia*. Así los castigaba (en realidad, más que nada a Meira): se encargaba de que aprendieran que cada soldado tenía que ser *perfecto* para que una misión fuera un éxito.

Pero en esta nueva vida, William no lo reprendía. No lo regañaba ni volvía a hablar de lo ocurrido; simplemente pasaba a otra cosa y todo quedaba en el olvido.

Eso fue también el golpe final para la resolución de Mather. La última prueba que necesitaba de que se encontraba exactamente donde Invierno lo necesitaba: construyendo una defensa. Porque con líderes como William, que lo evitaban todo, bastaría un puñado de soldados para arrasar con Invierno.

Y ya había más que un puñado de soldados en Invierno.

Mather tomó un callejón angosto por algún resto de instinto, para seguir una ruta dispersa y caótica a fin de que no pudieran seguirlo. Aunque no habría sido difícil adivinar adónde iba todas las noches después de terminar su lista de tareas: no había muchas calles habitadas. Pero aun así, se tomó su tiempo hasta que llegó a dos edificios de la casa del Deshielo y se permitió un ligero suspiro de alivio.

El suspiro se le cortó al ver la figura encorvada en los escalones, moviéndose con ruido metálico. ¿Un soldado cordellano? ¿Acaso alguien había descubierto finalmente sus sesiones secretas de entrenamiento?

La preparación calmó los nervios de Mather: la quietud del ataque. Se lanzó hacia adelante, tomó a la persona por el cuello y arrojó a quienquiera que fuera a la calle.

Pero había tocado cabello largo en el cuello de la persona. Y sobre los hombros no tenía una armadura, sino algo de lino, y cuando el intruso cayó al suelo, hubo un grito que sonó muy… femenino.

Aunque el sol había empezado a bajar hacia el horizonte, quedaba suficiente luz, y cuando los ojos de Mather enfocaron el rostro del intruso, se adelantó de un salto y la ayudó a levantarse.

Santa nieve, no era un soldado… Era Alysson.

Ella lo miró, aturdida, y sus ojos se entornaron en una pregunta muda.

Mather hizo una mueca.

—Creí que eras… —dijo, pero no terminó la frase—. Lo siento.

Alysson le apoyó una mano en el hombro como si no recuperara del todo el equilibrio hasta tocarlo, hasta comprobar que *él* estuviera bien.

—¿Creíste que era un cordellano?

Mather frunció el ceño al tiempo que la puerta de la cabaña se abría de pronto. Salió Phil a toda prisa, seguido por todos los demás, pero no llegó lejos pues su pie se enganchó con un bulto que había sobre el último escalón. El bulto sobre el que Alysson había estado encorvada.

Phil se detuvo, con una de las espadas de práctica en el puño. Seguramente estaban entrenando solos y oyeron el grito de sorpresa de Alysson, y cuando Mather los miró, toda la sangre de su cuerpo se le fue a los pies. Alysson estaba allí, mirando a Phil con su espada de madera, y se daría cuenta de hasta qué punto Mather había desobedecido a William.

Pero Alysson no parecía en absoluto espantada. De hecho, parecía asombrada.

Su mano se aflojó en el hombro de Mather.

—¿Consiguieron estos resultados usando *astillas*?

Mather abrió la boca, la cerró, y volvió a abrirla.

—¿Qué?

—¡Miren!

Ruidos metálicos, golpes secos de hierro. Phil estaba inclinado sobre el último escalón, hurgando en el bulto. Apartó una manta gruesa y encontró armas. Espadas, dagas, un arco y un puñado de flechas.

Todos se quedaron contemplando las armas, que se derramaron como una catarata mortal por los escalones. Especialmente Mather; sus ojos ávidos calculaban cuántas espadas, cuántas dagas. Ocho dagas, cuatro juegos.

Se volvió hacia Alysson, que ahora tenía los brazos cruzados mientras observaba al Deshielo bajar los escalones, con cuidado de no tocar las armas, como si al hacerlo fueran a desaparecer.

—¿De dónde las sacaste? —le preguntó Mather, con manos temblorosas como si ya supiera la respuesta, previendo las repercusiones que eso tendría—. ¿Cómo lo *supiste*?

Alysson lo miró con una leve sonrisa que enseguida se transformó en una risa casi burlona.

—Pasé dieciséis años en un campamento, rodeada de peleas. ¿Crees que no sé reconocer cuando un grupo de niños, que deberían ser tan flacuchos como el resto de

los inverneños mal nutridos, empieza a desarrollar músculos? ¿Cuando deberían ser inestables y débiles, pero caminan por la calle con, me atrevería a decir, *gracia*? —Chasqueó la lengua—. Sé que yo nunca empuñé una espada, pero eso no significa que no haya prestado atención.

A Mather se le cerró la garganta.

—¿Lo sabías? ¿Lo *sabes?* ¿Quién más… y dónde conseguiste…?

Santo hielo, termina alguna frase.

Pero por más que lo intentara, Mather no logró emitir más que palabras a medias. Sabía que, con el tiempo, los miembros del Deshielo empezarían a mostrar cambios físicos por el entrenamiento, pero había supuesto que todos atribuirían al trabajo en la reconstrucción de casas el hecho de que sus niños guerreros hubiesen empezado a llenar su ropa más de lo que deberían. Pero Alysson se había dado cuenta… Alysson, que nunca había hecho más que mirar una pelea al pasar.

Entonces, ¿quién más lo sabía?

Alysson aparentemente vio el horror en el rostro de Mather y le acarició una mejilla.

—Por supuesto que William lo sabe, pero últimamente no está viendo muchas cosas que debería ver.

Mather movió la cabeza, temiendo haberla oído mal.

—¿No estás de acuerdo con él?

Pero en el mismo instante en que hacía la pregunta, lo entendió.

—Él no sabe que trajiste estas armas.

Hubo en su mente el más leve asomo de tristeza, y se dio cuenta de que quería que William lo supiera. Quería que William se ocupara de esto, que viera lo que él había hecho, que sus ojos se llenaran de orgullo como los de Alysson.

Esto último hizo que Mather quedara boquiabierto.

—Pero *¿por qué*?

Alysson le apretó el hombro con cariño.

—Las necesitas. Y eres mi hijo, aunque te cueste aceptarlo. Siempre fuiste y siempre serás mi hijo. Así son las relaciones: cuando una persona está ciega, la otra debe ver por ella. Cuando uno tiene problemas, el otro debe ser fuerte.

Mather le tocó la muñeca, lleno de asombro.

Allí estaba Alysson, esa mujer de la que siempre se había aprovechado porque había ayudado a la resistencia inverneña en el campamento, no en el frente. Sinceramente, nunca la había visto como alguien que pudiera guiarlo, que pudiera darle fuerzas. Ese rol siempre había recaído en William.

Pero Mather se había equivocado.

En muchas cosas.

—No deberías ser tú quien tenga que unirnos a todos —susurró.

El Deshielo estaba en la calle abandonada frente a la casa, probando armas, riendo al ver cuánto más pesada era una espada en comparación con sus varillas de

madera. Mather no quería que lo oyeran, no quería arruinar ese momento que estaba floreciendo entre él y su madre.

Su madre. Fría nieve, esta vez lo había pensado casi sin resistencia.

La sonrisa de Alysson se borró.

—Tú me necesitas más. William también. Es la naturaleza de su cargo. Hace mucho aprendí que debo ser su apoyo mientras Invierno se apoya en él. Además —vaciló, y levantó las cejas con aire conspirador—, si quieres, algún día tú puedes hacer lo mismo con Meira.

Mather no salía de su asombro. Alysson también conocía esa parte de su corazón. ¿Acaso algo se le había escapado alguna vez?

Ella se acercó más.

—Luchaste por Invierno de manera espectacular. Estoy más orgullosa que nunca de llamarte mi hijo, y haré todo lo que pueda por ayudarte mientras ayudas a nuestro reino. Pero no olvides luchar también por ti mismo; no te avergüences de eso.

Mather cerró los ojos y bajó la cabeza en un gesto de… ¿entrega? ¿Aceptación? ¿Gratitud? Todo eso. Se sentía lleno de remordimiento, pero a pesar de ello, sentía una gran alegría: ahora el Deshielo tenía armas. Armas de verdad, y el apoyo de Alysson.

Pero no podía quitarse de la cabeza la imagen de Meira, su rostro al dejarla en el cuarto la noche de la ceremonia. Sus ojos grandes y desesperados, las lágrimas que se derramaban como ríos violentos por sus mejillas. Lo había desgarrado dejarla así, y con razón.

Nunca debería haber salido de esa habitación. Todas las cosas que había querido hacer: correr de vuelta hacia ella, luchar por ella, eran cosas que *debería* haber hecho.

Ahora lo entendía, a través de la fuerza silenciosa de Alysson.

Dulce nieve, había conocido a Alysson toda su vida, y ni una sola vez la había visto quebrarse. A lo sumo podía recordar alguna que otra lágrima en sus ojos al morir otros integrantes de su grupo. Pero no más que eso, era todo el dolor que demostraba; y los otros recuerdos que Mather tenía de ella eran de verla con una mano en el hombro de William, o un gesto firme, silencioso, cuando alguien partía en una misión. Callada y firme, y Mather nunca lo había notado, ni una vez.

Había estado ciego demasiado tiempo.

Por eso, cuando Mather abrió los ojos, pensaba decírselo. Pensaba caer de rodillas y rogarle que lo perdonara por haber sido un hijo tan ingrato.

Pero el clima apacible de la calle vacía cambió, reemplazado por una sensación que él conocía muy bien: la de estar alerta. Los integrantes del Deshielo empuñaron sus armas con decisión, y sus cuerpos formaron una U hacia un atacante que apareció del otro lado de la calle, frente a la cabaña. Todo se nubló y Mather giró inmediatamente hacia el enemigo, buscando ya la daga que siempre llevaba en la bota.

Alysson vio su movimiento. Mather lo supo por el modo en que sus ojos lo siguieron al girar, los brazos extendidos, la daga preparada.

Pero ella no se movió; solo frunció la frente y su boca se entreabrió en un leve gemido.

Mather no pudo identificar aquella expresión. No, se negó a hacerlo, la apartó de su mente a pesar de sentirla como golpes persistentes en el cráneo. No era la primera vez que veía esa expresión… *conocía* esa expresión…

Sus ojos bajaron al pecho de Alysson, a la creciente mancha escarlata que iba tiñendo de rojo su vestido azul. La punta de una espada resplandecía contra su cuerpo como un dije macabro en un collar.

El enemigo no estaba frente a la casa. El enemigo se había acercado sigilosamente, tan cerca que Mather debería haberlo oído, o visto, o detenido…

La espada salió por la espalda de Alysson y ella cayó hacia él, y se le apagaron los ojos al desplomarse en sus brazos. Mather soltó la daga, y su corazón bombeó una conmoción paralizante a todo su cuerpo mientras sus dedos palpaban a Alysson desde la cabeza hasta los hombros, en busca de alguna señal de vida, alguna explicación… pero él lo sabía. Lo supo apenas vio las armas que ella había traído, pero tenía la esperanza de que no hubiera ido allá, de que se hubiera dado cuenta de que eso sería un acto suicida.

—Robó armas —confirmó un soldado cordellano desde su posición detrás de Alysson. Era el mismo que había amenazado a Feige unos días atrás, y su espada, bañada en sangre oscura, resplandecía a la luz crepuscular—. Y no se tolerarán ladrones en una colonia cordellana.

Un grito. Un sonido agudo y penetrante, y Phil salió de las filas del Deshielo con la espada en alto. Mather gritó cuando el soldado cordellano giró hacia Phil; gritó porque no podía imaginar perder a alguien más, no ahora…

El soldado alzó la espada, con la punta hacia el cuello de Phil. Este se detuvo un segundo antes de que se la clavara, con el pecho agitado, desesperado por respirar.

Pero Mather no tuvo mucho tiempo para sentirse agradecido. El cordellano se rio de él con desdén y hubo gritos, ruido de armaduras por la calle y gritos de victoria que resonaban por la ciudad. Sonó un cuerno, largo y fuerte, un ruido pulsante y desgarrador que señalaba…

… *una colonia cordellana*.

Noam. Se había apoderado oficialmente de Invierno.

No, lo único que señalaría ese cuerno sería el fin de la ocupación cordellana en Invierno. Esto se acabaría ya mismo, *esa noche*.

Unos brazos tiraron a Mather, unas voces gritaron en medio de su repentina obnubilación mortal.

—¡Tenemos que escapar!

—¡Son demasiados… levántate!

Mather gruñó y empujó a quien intentaba levantarlo. Todos eran enemigos, todos morirían por esto, porque tenía las manos bañadas en la sangre de Alysson y el cuerpo de ella estaba inmóvil en el suelo, donde él la había acomodado. Se apresuró a recuperar su daga, los ojos empañados por un rojo asesino, mientras el soldado cordellano se alejaba corriendo, el cobarde, para reagruparse con más soldados que aparecieron al final de la calle. Cobardes, todos los cordellanos eran cobardes, y Mather los mataría a todos.

Una cara entró en foco.

—Son demasiados —insistió Hollis—. Tú nos enseñaste eso. Nos enseñaste a evaluar las situaciones, a replegarnos si es necesario. Tenemos que escapar *ahora*.

Se encendió en él una chispa de conciencia. Por lo menos una docena de cordellanos cubrían la calle hacia el norte, bloqueando cualquier retirada hacia las partes abandonadas de Jannuari. Los soldados marchaban hacia ellos con pasos firmes, provocadores; estaban acorralándolos hacia el centro de la ciudad. Por los gritos de alarma que se oían en el resto de Jannuari, Mather adivinó que estaban bloqueando del mismo modo todas las calles que daban salida de las áreas habitadas. Un círculo irrompible de cordellanos se cerraba finalmente en torno a los inverneños.

Mather enfundó su daga, levantó en brazos el cuerpo de su madre y echó a correr. El Deshielo lo siguió, todos equipados con armas que no sabían del todo cómo usar. Pero empuñaban las espadas con una decisión tan letal que Mather se apiadó de cualquier cordellano que intentara detenerlos. Pero ¿qué podían hacer? ¿Adónde irían?

Al palacio. Allí estaba William.

Pero Meira… Noam se había vuelto irrevocablemente contra Invierno; ¿acaso había abierto el barranco mágico? ¿Acaso Meira le había fallado de alguna manera? ¿Estaba Noam aquí, en Jannuari, o había ido a buscarla?

¿Estaría viva aún?

Mather reprimió los pensamientos que amenazaban incapacitarlo bajo el cuerpo que cargaba. No, todavía no podía pensar. Meira tenía que estar viva.

Y si no lo estaba, no había nada en Primoria que pudiera proteger a Noam.

La escalinata del palacio voló bajo los pies de Mather, que golpeó la puerta con el hombro y la abrió con tanta fuerza que la hizo golpear la pared. Por la hora tardía, las áreas principales estaban vacías; todos los trabajadores habían regresado a sus casas o a sus habitaciones. Siete pares de pies cruzaron con ruido atronador el salón de baile, subieron la escalera de mármol y recorrieron pasillos vacíos de marfil y plata que los envolvieron en las sombras crecientes de la noche. La bruma grisácea le daba a todo un aspecto de ensueño, y alentaba la idea de que esto estaba mal, *mal*, y Mather podía componerlo…

Corrieron hasta la oficina de William, y los envolvió el aire frío del balcón. La puerta estaba entreabierta y Mather se detuvo a pocos pasos de allí, con los brazos

entumecidos por la fuerza con que aferraba el cuerpo de su madre.

Está muerta, William. Cordell la mató porque no quisiste escucharme, porque los dejaste quedarse aquí, porque no me esforcé lo suficiente por proteger a Invierno.

Está muerta porque los dos somos débiles, William. Porque soy tu hijo en todo sentido.

Pero ninguna de esas palabras salió de su boca al entrar a la oficina de William, porque William estaba de espaldas a la puerta, de frente a Brennan, que le apuntaba con una espada.

… demasiado tiempo —decía Brennan—. Pero mi amo ya no necesita la libertad de este reino, y por fin me ordenó asumir el control de lo que por derecho le pertenece a Cordell. Felicitaciones: son ustedes el primer reino estacional que se convierte en colonia cordellana, y pronto lo seguirá Otoño. Estoy seguro de que lo considerarán un honor.

Un gruñido ascendió por la garganta de William.

—No es la primera vez que oigo a un hombre hablar así de su rey. «*Mi amo*». No se refiere a Cordell. Usted no sirve a Noam, ¿verdad?

Brennan chasqueó la lengua.

—Noam tiene sus usos, pero todos preferimos un sol naciente a uno poniente.

¿Un sol naciente? ¿Mi amo? ¿A quién se refería Brennan? Los únicos hombres a quienes Mather había oído hablar así de su rey eran hombres que servían a Angra.

Pero Brennan había dicho: *Lo que por derecho le pertenece a Cordell…*

No importaba; lo único que importaba era el peso en los brazos de Mather, el cuerpo tibio aún contra el suyo.

—William.

Mather mismo se sorprendió de lo cansada que sonó su voz. Le raspó la garganta como el aire seco en un día de calor, y cuando lo hizo, William lo miró por encima del hombro, ignorando por un instante a Brennan y su espada que aún lo apuntaba.

Los ojos de William miraron apenas a Mather antes de bajar hacia el cuerpo de Alysson. Cualquier emoción que hubiera estado sintiendo William se borró de su rostro; los músculos se relajaron y su frente se aflojó.

No era la primera vez que Mather veía a William reaccionar a la muerte, a sus soldados que llegaban heridos al campamento y morían horas más tarde. Había enfrentado esas muertes con estoicismo, y demostraba su dolor mediante gestos pequeños: les ponía una mano en la frente, se inclinaba sobre el cadáver.

Pero así se sentía realmente la muerte, del modo en que William contemplaba el cuerpo de Alysson como si pudiera infundirle por la fuerza un poco de su propia vida por pura necesidad. Como si no lograra captar la imagen de ella, como en esos sueños fugaces antes del amanecer. Como si ya hubiera planeado la muerte del asesino, desde la primera espada en desenvainarse hasta el último gemido del soldado, un ruego silencioso, torturado.

Mather cayó de rodillas y el cuerpo de Alysson resbaló de sus brazos mientras William se volvía hacia Brennan. Apareció una daga, la hoja presionada entre los dedos de William. Se agachó, aferró la mano de Brennan que empuñaba la espada y se la retorció hasta que Brennan gritó de dolor al dislocársele los dedos. Cuando Brennan amagó una represalia, Mather sintió que el Deshielo inhalaba súbita y colectivamente detrás de él, William deslizó la mano contra la garganta de Brennan.

Brennan trastabilló hacia atrás y chocó contra la biblioteca, los ojos fijos en el techo. Se llevó la mano a la herida del cuello, y William lo observó, de pie junto al capitán cordellano que iba deslizándose al suelo, con la sangre manando por entre sus dedos en espasmos ahogados.

Cuando se desplomó contra la pared, Mather se estremeció con un solo pensamiento.

Murió demasiado rápido. Debería haber sufrido… santo hielo, yo quería que sufriera.

William se agachó junto al cuerpo de Alysson, con la mano manchada de rojo por la sangre de Brennan. Mather no pudo deducir nada en el rostro de William; podría ver más si mirara una pared. Meira había dicho eso mismo sobre Mather, algunas veces. Ella pensaba que era una decisión consciente, pero no lo era; simplemente él era así, como lo era William ahora, y Mather sintió deseos de aferrar a William por los hombros y sacudirlo hasta arrancarle una emoción de verdad.

—Te irás de aquí —dijo William. Mather lo miró sorprendido, sin poder procesar las palabras, mientras William recogía en sus brazos el cuerpo de Alysson y se ponía de pie—. Probablemente la reina estará en Ventralli para cuando llegues allá; dirígete al Río Feni. Irás más rápido en barco, súbete a lo que puedas. Haz lo que tengas que hacer, Mather. *Lo que sea*.

Mather se levantó de un salto mientras William acomodaba el cuerpo de Alysson sobre su escritorio. La cabeza de ella se volcó de costado, el cabello blanco como una cascada sobre la mejilla, con algunos mechones empastados de sangre y tierra. Tenía los ojos abiertos, mirando sin ver el estudio donde se apiñaban los Hijos del Deshielo.

¿Cuánto hacía que Mather había estado en ese mismo lugar, llamando cobarde a su madre? Ella no había dicho una sola palabra para impedirlo. Mather apretó los puños, tratando frenéticamente de recordar todo lo que ella sí le había dicho. Debería haberlo anotado todo, debería habérselo grabado en la piel. Debería, debería, *debería*.

—Lo siento —gimió Mather.

Eso lo quebró. No el hecho de ver el asesinato de su madre, no los cuernos de Cordell que seguían sonando afuera, señalando la ocupación.

William se dio vuelta y aferró a Mather por los brazos; sus dedos se clavaron como tenazas en el músculo.

—No puedes permitirte ser débil. Irás a ver a nuestra reina y te asegurarás de que esté a salvo. —William lo sacudía mientras Mather gemía; maldición, qué débil seguía siendo—. ¿Me entiendes?

Mather empujó a William para soltarse. No, este hombre no tenía derecho a hacerse el fuerte. Los dos sabían quién era más fuerte, y ahora estaba *muerta*.

Quería decirle todo eso a William. Maldición, su madre acababa de morir, y quería que William se portara como un padre, que lo abrazara y le asegurara que saldrían adelante juntos.

Pero no lo harían. Eran esto, siempre lo habían sido y seguirían siéndolo.

Entonces Mather convirtió sus sollozos en un gruñido.

—Tú tampoco puedes quebrarte. Si percibo debilidad… —¿Podía hacer esto? ¿Podía amenazar a William?—. Te mataré. Te lo juro, William; ya permitiste esta ocupación. No tienes otra oportunidad. No dejaré que Invierno vuelva a caer.

William se apartó sin responder, y Mather salió del estudio. Detrás de él se oyó el sonido de una espada al desenvainarse: William estaba armándose.

El deshielo siguió a Mather en silencio, y él agradeció por dentro que no intentaran hablarle. Ellos también estaban horrorizados, lo sabía; su libertad había sido muy breve. Pero Mather siguió adelante, por las calles oscuras, evitando a los soldados mientras se desataba el caos. Aquí había cordellanos peleando para doblegar a los inverneños; por allá había inverneños levantando las manos en señal de rendición. Aquí unos cordellanos ladraban órdenes; allá unos inverneños caían de rodillas y gritaban obediencia.

Mather sintió asco al ver cuántos se rendían sin pelear. Pero no podía detener a todo un ejército con apenas siete guerreros. Al ser tan pocos, fue más fácil salir de Jannuari sin ser vistos, pero fue todo lo que pudieron hacer. Necesitaban a Meira.

Él necesitaba a Meira.

«*Luchaste por Invierno de manera espectacular, y estoy más orgullosa que nunca de llamarte mi hijo. Pero no olvides luchar también por ti mismo; no te avergüences de eso*».

Quizá Mather no recordaba todo lo que le había dicho Alysson, pero sí recordaba lo último. Se cubrió con esas palabras como con una armadura, junto con la promesa que le había hecho a William: no dejaría que Invierno volviera a caer.



Meira

Ceridwen se cruza de piernas, sentada junto a la espiral de tubos en mi cuarto, las más leves oleadas de calor le llegan a la piel. Estar en una habitación llena de inverneños era «como que te arrojen a un cubo de agua helada», había dicho, y después de tanto tiempo de observarme caminar hacia uno y otro lado dando explicaciones disparatadas, supongo que necesita algo que la reconforte.

—Espera un momento. —Mueve el dedo por el aire como señalando toda la información que acabo de revelar—. Cuando se rompió el relicario de tu madre, tú te convertiste en el conducto. Eso lo entiendo, creo. Pero ¿estas llaves que encontramos *también* son conductos? ¿Y de alguna manera están interfiriendo con tu magia?

—Interfiriendo, no. —Me recuesto contra uno de los postes que sostienen el dosel sobre mi cama—. Más bien, interactuando. La Orden las hizo como pruebas para ayudar a quien las encontrara con… algo. Mi corazón tiene que estar dispuesto, pero no logro descubrir cómo me van a ayudar las cosas que vi para estar lista para hacer qué cosa. Ni qué tiene que ver todo esto con el barranco mágico.

—¿Estás segura de que fue la Orden quien hizo las llaves? —pregunta Conall, tocando con ademán protector la tablilla que le sostiene el brazo lastimado—. Dijiste que Angra podría ser el conducto de Primavera, así como tú eres el de Invierno. ¿Y si todo esto es cosa de él? Estaba en las primeras visiones que tuviste. Podría ser una trampa.

—Sin embargo, no hubo noticias de él en ninguna parte —objeta Henn.

Garrigan se encoge de hombros, y estos presionan la silla en la que se ubicó apretadamente junto a Nessa.

—Ya hace más de tres meses que cayó. Si está vivo, ¿por qué esperar tanto tiempo? No tiene sentido. Tiene que ser la Orden. Además, la entrada del barranco estaba escondida hasta hace pocas semanas. ¿Cómo podría Angra haber preparado todo esto sin nuestro conocimiento?

—Bueno, tuvo libre acceso a Invierno durante dieciséis años —señala Ceridwen.

Dendera niega con la cabeza.

—No tocó las minas. Cuando volvimos a abrirlas, era obvio que no se habían usado en más de una década: estaban sucias, peligrosas e inestables. No creo que se trate de él.

Juego con mi relicario mientras ellos intercambian ideas. Lo han tomado mucho mejor de lo que yo podía haber esperado, y recibieron todo lo que sé sobre Angra, la magia, el barranco y Cordell con miradas curiosas y asintiendo pacientemente.

Bueno, casi todo.

Solo les dije que en mi último sueño había visto a Hannah y Duncan. No les conté lo que Hannah dijo que pasaría si yo muero.

Un estremecimiento me hace soltar el relicario, y me cruzo de brazos para disimular el temblor. Buscaré otra manera de fortalecer a mi pueblo. Este mundo no necesita todo un reino de personas-conductos; siempre luché por impedir que la magia se difundiera.

Lo que Hannah dijo no importa. No es necesario que yo muera para esto. *No lo haré*.

Henn se rasca el mentón, paseándose, pensativo, delante de Dendera, que está sentada en un banco contra la pared.

—Estoy de acuerdo. Creo que estas llaves son nuestra mejor oportunidad de obtener respuestas. Una vez que consigamos la última llave, tendremos más ventaja sobre Cordell para mantener cerrado el barranco.

—¿Y eso bastará? —Conall se inclina hacia adelante y hace una mueca al ejercer presión sobre su brazo lastimado—. Noam podría quitarnos las llaves por la fuerza. ¿De qué le servirá a Invierno tener las llaves para detenerlo?

—Podríamos conseguir la primera llave, la que tiene el príncipe —sugiere Garrigan—. Abrir el barranco. Recuperar suficiente magia para…

—No —respondo—. Seguiremos camino a Ventralli, pero no vamos a abrir esa puerta. No vamos a correr ese riesgo; hay otras maneras de derrocar a Noam. Puedo tratar de obtener el apoyo de Giselle, o de Ventralli.

Ahora mis palabras parecen débiles, y cuando Ceridwen se inclina hacia adelante, siento que mi frágil seguridad se quiebra más aún.

—Lamento echar fuego a tu hielo, pero Yakim no va a repeler a otro rítmico por ti. Llevo años suplicándole a Giselle que apoye a Verano… que nos venda alimentos en lugar de personas. Pero se niega.

—¿Y si le demuestro que puedo serle útil? Le daré lo que quiera. Santa nieve, le daré todas las minas que me pida.

—¿Y qué pasa cuando se entere de que Cordell ya tiene el barranco mágico? Sentirá que la engañaste, y entonces tendrás a dos rítmicos furiosos contigo.

Rezongo, dando rienda suelta a mi frustración. De todos modos, no me hacía muchas esperanzas con Yakim después de mi conversación con Giselle.

—¿Y Ventralli?

Ceridwen ríe.

—Sabes quién era la esposa de Noam, ¿verdad? Habrá muerto estando al cuidado de Noam, pero santas llamas, los ventrallinos adoran a Theron. Ventralli estaría tan dispuesto a declararle la guerra a Cordell como Simon a renunciar al vino.

—Sin embargo, tanto Yakim como Ventralli se ofrecieron como anfitriones de Invierno. —Entorno los ojos al hablar, tomando conciencia. No es la primera vez que me doy cuenta de la locura que es este viaje, y ahora me afloja tanto todos los músculos del cuerpo que me dejo caer sobre la cama—. Yo respondí a sus invitaciones. —Me froto las sienes, con los ojos cerrados—. Me invitaron para poner a prueba la influencia de Cordell en Invierno. Cordell respondió con un tratado de unificación, y yo respondí *trayendo a Cordell conmigo*. Esa puerta que ellos abrieron, sea lo que sea… no solo la cerré de un golpe sino que además la tapié con una maldita barrera cordellana. Y ahora el único aliado de Invierno es…

Mis ojos se dirigen a Ceridwen, que extiende las manos.

—Oye, ponme en una habitación con Noam y acabaré con tu problema en un santiamén.

Bufo.

—No me tientes. Pero eso provocaría todavía más problemas.

Dendera se pone de pie.

—¿Cuál es nuestro plan, entonces?

La miro, y mi mente da vueltas con toda aquella información.

No podemos esperar ayuda de Yakim. Tampoco de Ventralli. Paisly está demasiado lejos para ofrecer asistencia. En Verano tengo escaso apoyo, y con Otoño me une una alianza más endeble aún… pero no creo que Nikoletta vaya a levantarse en contra de su hermano, aunque sea un imbécil. A menos que él se apoderara directamente de Otoño, pero no puedo creer que sea capaz de semejante estupidez.

O sea que…

—La Orden —digo a todo el mundo—. Son nuestra única oportunidad de encontrar un modo de sellar la puerta del barranco, o hasta de deshacernos de la magia. De cualquiera de las dos maneras impediríamos que siguiera extendiéndose el poder de Cordell y tendríamos más ventaja contra ellos; o al menos, nos darían una herramienta para negociar la libertad de Invierno. Tenemos que buscar la última llave y a la Orden, y si dicen que no hay manera de sellar el barranco para siempre o de detener a Cordell sin magia, yo misma abriré la puerta. Pero no hagamos planes para eso hasta estar seguros.

Una sonrisa lenta se extiende en el rostro de Henn.

—Una decisión sensata, mi reina. ¿Dónde crees que esté la última llave? En Ventralli, claro, pero ¿dónde?

Me muerdo el labio.

—¿Qué cosa simboliza a Ventralli? En Verano, era el vino; en Yakim, los libros. La pista que había en el barranco y que nos hizo pensar en Ventralli era una máscara. Pero la llave que encontramos en Yakim estaba envuelta en un tapiz, que es otro símbolo de la afinidad de Ventralli por las artes. —Miro a Henn a los ojos—. Tal vez… ¿en sus museos? Empezaremos por allí. Sus gremios también podrían ser un buen lugar donde buscar, así que luego podemos seguir por ellos.

Dendera asiente.

—Bien. Tenemos un plan.

—Sí.

Una parte de mí arde por lanzarse a la batalla, a deshacer físicamente esta amenaza con el chakram que ahora llevo sujeto a la espalda. Me he quitado todos los escudos que construí en torno a mí, pero puedo conservar algunas cosas, elegir aquellas partes que me beneficien y usarlas para fortalecerme. Incluí a Ceridwen, Conall, Garrigan, Nessa, Dendera y Henn; les conté los problemas a los que me enfrento. Permaneceré serena y cauta, pero me permitiré ser temeraria cuando sea necesario. Aprenderé de mis errores.

A diferencia de Hannah.

A diferencia del modo en que me mintió y obligó a todos a mantener esa mentira durante toda mi vida. A diferencia de cómo todavía me oculta cosas; tuvo tres meses para contarme el resto de su plan. Tal vez, si *ella* hubiera aprendido de sus errores, todos estaríamos mejor. Tal vez, si nunca me hubiera dicho ninguna de esas mentiras, habríamos sido libres mucho tiempo antes.

Me enderezo. *No.* No necesito pensar en ella; lo que ella quería ya no importa. *Lo que ella quería ya no importa*.

—Deberíamos dormir —interviene Garrigan—. Casi es de día.

—Esperen. —Miro a Henn—. ¿Volverías a Invierno?

No vacila.

—Por supuesto. ¿Por qué, mi reina?

Obligo a las palabras a salir antes de que se me anude el estómago por el remordimiento.

—Porque Theron y yo… Las cosas han cambiado. Ya no estamos tan unidos en nuestras metas como lo estuvimos una vez, y no sé si… Es decir, él no sería tan cruel, pero era nuestro aliado cordellano más fuerte. Aunque eso no nos sirvió de mucho. Pero ahora… Ve a ver cómo está todo en Invierno, ¿sí? Por favor.

Henn se pone solemne y asiente lentamente.

—Por supuesto —repite.

Dendera se levanta para darle un beso, rápido y suave. Él le aprieta el hombro con cariño y desaparece en la habitación contigua para empacar; Garrigan y Conall van con él para recibir las últimas órdenes antes de la partida.

Ceridwen se pone de pie y cruza la habitación hacia mí.

—Lo siento.

Yo también me levanto, con los pulgares enganchados en las tiras de la funda de mi chakram. Santa nieve, qué bien me hace sentir tenerlo otra vez conmigo, tanto que puedo fingir que no entiendo a qué se refiere Ceridwen.

—¿Por qué?

Ella me mira entre irritada y conocedora.

—Los muchachos rítmicos siempre te rompen el corazón —afirma, pero su rostro se tensa con sus propias penas—. Pero mantengo lo que te dije. Él no era un buen amante para ti. Eres demasiado buena para él.

Al instante siento un calor que me sube por el cuello, y echo un vistazo a Dendera y Nessa, las únicas que quedan en la habitación además de nosotras, pero las dos están hablando en susurros junto a la puerta.

—No era mi *amante* —replico—. Santa nieve, ¿los veranenses no piensan en otra cosa?

—Créeme, cuando encuentres a la persona correcta, tú tampoco pensarás en otra cosa —responde Ceridwen débilmente.

Inclino la cabeza y bajo la voz.

—Ya te conté mis secretos. ¿Alguna vez me contarás los tuyos?

Me mira sorprendida pero se recupera rápidamente.

—Eso no era parte de nuestro trato, reina de Invierno.

Y sin decir otra palabra, pasa junto a Nessa y Dendera y se marcha. Me quedo mirándola, atónita, pero me recupero cuando Nessa se me acerca.

Estuvo callada todo el tiempo que hablé, como armando el rompecabezas a su manera, y ahora, frente a ella, me invade la incómoda certeza de que será ella quien vea lo que ninguno de los demás pudo ver.

Nessa se retuerce las manos.

—¿Todavía le tienes miedo?

Toco el relicario, la cáscara de lo que fue una vez. De nuevo, mi vacilación responde por mí.

—Yo también lo tendría —dice Nessa—. No sientas culpa por lo que hiciste; no creo que tu magia sea tan mala como tú piensas. Después de todo, hizo mucho bien. Nos sanó, ayudó a salvarnos, derrotó a Angra en April. Sé que eso no la hace menos temible, pero… —Hace una pausa y se encoge de hombros—. Es un arma que tenemos, y necesitamos todas las armas que podamos conseguir.

Sonrío.

—Realmente eres demasiado sagaz para tu propio bien, Lady Kentigern.

Nessa se sonroja y retrocede; sale por la puerta a toda prisa, seguida por Dendera. Yo me quedo con los engranajes, botones y tubos de cobre retorcidos del dormitorio yakimí; los rayos tenues del sol naciente empiezan a espiar por entre las cortinas. No sé cuánto tiempo nos quedamos hablando: horas, la mitad de la noche, toda la noche. Ahora siento el cansancio, y mi mente empieza a caer en esa suave bruma que hay entre el sueño y la vigilia. El momento en que los pensamientos pasan rápidos por mi mente, completando significados que se me escaparon.

Y es por eso que las palabras de Nessa me afectan tanto.

«*Es un arma que tenemos, y necesitamos todas las armas que podamos conseguir*».

Yo estaba en lo cierto. Nessa vio el eslabón que faltaba: la magia hizo mucho bien. Pasé mucho tiempo rechazándola, temiéndola, pero… tal vez pueda ayudarme, aun en su estado imprevisible. Como sea, es magia; es poder.

Al menos tengo que hacer el intento.

Mi vestido se tensa contra mis rodillas cuando me arrodillo en la cama. La llave de los Lustrados sigue sobre el cobertor, silenciosa y oscura, y mientras la contemplo, pasa por mi mente todo lo que sé sobre la magia de los conductos. Cómo entró en mí cuando Hannah murió y Angra rompió el relicario. Cómo quedó latente en mi interior hasta que descubrí que estaba allí: una magia pasiva fundada en la elección. Y antes de eso, cómo Hannah llegó a estar tan desesperada que se rindió a ella para poder averiguar cómo salvar a Invierno.

Frunzo el ceño.

Ella preguntó a la magia cómo salvar a Invierno. Y esta magia se basa en la elección: ella *eligió* preguntar por Invierno.

Un corazón dispuesto, había dicho la magia de la llave. Estar dispuesto es un tipo de elección, estar preparado y aceptar las cosas que vendrán; ¿es eso lo que la llave quería hacerme ver?

Porque… ¿y si Hannah no hubiera preguntado cómo salvar a Invierno? ¿Y si hubiera elegido preguntar cómo detener a Angra, o poner fin a la guerra, o cómo derrotar a la Decadencia? ¿Acaso habría obtenido una respuesta diferente?

¿Qué necesito para estar lista para preguntar?

Me reclino sobre las almohadas; mi chakram me presiona la columna vertebral. Me invade la bruma vacía del sueño, y los acontecimientos de las últimas semanas se desenvuelven en esta noche de desahogo. Pero voy más allá, intentando alcanzar la magia. Un intento suave, cuidadoso, los comienzos de un puente entre ella y yo, y por ese puente envío un solo pensamiento.

¿Cuál es la pregunta correcta?

Mi pecho se enfría; la magia responde con suaves dedos de hielo que se expanden por mi cuerpo como los dibujos de escarcha en una ventana. Cuando habla, no es como Hannah; no son palabras claras en mi mente. Es como la magia de la llave, mi propia voz y mis propias emociones, oleadas de convicción que me llenan de conocimiento como si este siempre hubiera estado allí. Me queda un pensamiento pesado, persistente, que me acuna hasta dormirme.

Cuando esté lista para formularla, lo sabré.

Henn parte hacia Invierno a la mañana siguiente. Y descubro con gran alivio que no necesito prepararme para firmar el tratado de Theron, porque Giselle se niega a firmarlo «hasta que lo firme otro rítmico». Dice esto sin reconocer que Cordell lo ha firmado y orquestado, y la grieta evidente que esto ocasiona entre Yakim y Cordell hace nuestra estadía más que un poquito incómoda.

Sin necesidad de que nadie lo sugiera, Theron accede a ponernos en marcha hacia Ventralli al cabo de unos pocos días en Putnam.

Sé que espera que el rey ventrallino firme el tratado para poder así convencer a Yakim; sigue aferrándose a su visión de paz. Pero cuando abandonamos el Castillo Langlais, en nuestra caravana variopinta de soldados y ciudadanos de tres reinos distintos, lo observo desde mi grupo de inverneños. No hemos interactuado más allá de los planes necesarios para el viaje, y aun ahora, cada cual se mantiene con su grupo.

Theron siente mis ojos en él y se da vuelta. A pesar de lo lejos que está, el aire está tenso e incómodo entre nosotros, las emociones anudadas por las palabras que no se dicen.

Dendera monta su caballo a mi lado. Cuando ella y Henn finalmente admitieron sus sentimientos, pareció lo más fácil del mundo. En un minuto *no eran* y al minuto siguiente *eran*, y resultó tan bueno y verdadero que a nadie se le movió un pelo. Incluso ahora, siento que estoy viendo apenas la mitad de ella, mientras que su otra mitad va camino a Invierno a todo galope.

Así de fácil debería ser. Así de fácil quiero que sea. Quiero mirar a alguien y saber que todos mis deseos y necesidades concuerdan con los suyos, en lugar de entrar en conflicto. La unificación *debería* ser el tema principal de una relación.

Entonces, a pesar de que Theron todavía me observa, me vuelvo hacia Nessa en busca de algo que hacer, alguna otra cosa que mirar que no sea él.

Al cabo de unos segundos, siento que mira hacia otro lado.

Rintiero, la capital de Ventralli, queda a poco más de medio día de viaje al norte. Todo lo que Sir me enseñó sobre Ventralli gira en torno a su amor por el arte: el color, la vida y la belleza, el arte replicado en el dolor y la imperfección. Su conducto de linaje masculino, una corona de plata, pertenece a su rey actual, Jesse Donati, un hombre de poco más de veinte años. Su esposa, Raelyn, le dio tres hijos, dos niñas y un varón, todos menores de tres años, o sea que realmente querían tener hijos, o que querían tener un heredero varón lo antes posible. Esto último es más probable.

La afinidad de Ventralli por la belleza se pone en evidencia cuando llegamos a Rintiero al anochecer. Quien haya diseñado esta ciudad la construyó para complementar la puesta de sol tan perfectamente como las estrellas complementan la noche. Subimos por una serie de colinas que componen la frontera entre Yakim y Ventralli y nos conducen al Valle de Rintiero, y nos dan una vista aérea de la ciudad que parece más bien una joya facetada.

Rintiero se curva en una media luna de rocas ahusadas y líneas rectas de muelles que se internan en el Río Langstone, todo ello cubierto por el azul profundo de un cielo a punto de hundirse en el sueño. Hay un manto de frío en el aire, el frío de una noche de primavera propiamente dicha. Un suave resplandor dorado ilumina las

calles; velas, probablemente, pero nada como las llamas violentas de las fogatas de Verano ni la luz constante de las lámparas de Yakim.

Los edificios de cuatro y cinco pisos se apoyan los unos contra los otros o se aferran a los acantilados, todo en los colores más vibrantes que haya visto. Verdes azulados robados del mismo Langstone; el magenta vivo del rubor de una cortesana; los cremosos tonos melocotón que darían envidia a cualquier hortelano. Intercalados entre los edificios se ven los gremios de Ventralli: por lo menos una docena de cúpulas de vidrio, paneles gruesos que reflejan la belleza incomparable del cielo nocturno.

Los edificios titilan y palpitan con las luces como si inhalaran profundamente, y mientras nos acercamos a la ciudad, yo hago lo mismo. Este reino transmite instantáneamente más calma que cualquiera de los que hemos visitado. El camino no está atestado de campesinos que regresan del trabajo, y los pueblitos aledaños no están sucios o descuidados ni se ven pobres. Todo está como es necesario: entero, bonito, valorado.

Seguramente fue por eso que Noam se alió con Ventralli al casarse con la madre de Theron. Parecería que Cordell y Yakim tienen más en común por su amor compartido por la eficiencia, pero llevo menos de una hora en Ventralli y ya *siento* a Cordell.

Recorremos las calles sinuosas de Rintiero y entramos a un bosque exuberante que rodea el palacio como una muralla viva. El complejo en sí se ve tan adormilado y sereno como la ciudad; unos mozos de cuadra reciben nuestros caballos y unos sirvientes nos conducen a habitaciones dentro del palacio. El resto de los cajones de los Klaryn se guardan bajo llave; ahora que sé lo inútiles que van a ser, son una carga en nuestro viaje, pero todos parecen haber absorbido el clima relajante de Rintiero. Sin pensarlo dos veces, todos nos metemos en nuestras respectivas camas y nos dormimos bajo el reflejo de las estrellas.



Meira

El poder de lo escondido.

A la mañana siguiente, la inscripción en letras gruesas y arremolinadas que figura sobre las puertas del salón del trono del Palacio Donati me mira. Me recuesto contra la pared que está justo enfrente de las dos puertas blancas decoradas; sus brillantes molduras plateadas y sus detalles de zafiro añaden belleza a la confusión, y toco la máscara que llevo puesta.

—¿Estás segura de que esto es necesario? —pregunto.

—¿No te gusta?

Dendera toca su propia máscara, que le cubre medio rostro: una máscara blanca con pequeños copos de nieve de cristal en torno a los ojos.

Los sirvientes ventrallinos nos dieron una variedad de máscaras adaptadas a cada reino, que siempre tienen a mano para los huéspedes extranjeros. Parecían absolutamente encantados de que al fin alguien fuera a usar las máscaras inverneñas; aparentemente, hacía décadas que no eran más que adornos en los estantes. Conall y Garrigan no se quejaron en absoluto de tener que usarlas también, y están a mi lado estoicamente con unas sencillas máscaras de seda blanca que les cubren la mitad del rostro y se confunden con su piel y su cabello de color marfil.

—No es eso —respondo—. Es solo que no veo por qué es necesario que las usemos. No somos ventrallinos.

Dendera sonríe pero no veo más que eso en su expresión.

—Por respeto a su cultura. Además, si no participamos en los rituales de Ventralli, les daríamos ventaja, pues ellos sí tendrían máscaras.

Veo mi reflejo en uno de los espejos dorados que revisten las paredes de este vestíbulo. La máscara que Dendera eligió para mí es medio copo de nieve; las líneas rectas forman agujeros naturales para los ojos y luego se abren como un abanico. Me rizó el largo cabello blanco y me lo dejó suelto, y cuando uno de los sirvientes nos ofreció una colección de vestidos y zapatos en lugar de mis trajes gastados o de algún vestido sin terminar de Dendera, ella llegó a llorar de alegría.

La moda ventrallina es única, por no decir más. Este vestido se compone de capas superpuestas de tul de color rosa y melocotón, y la capa externa está adornada con hebras retorcidas de cuentas de cristal. Las mangas son de una sola capa de tul, y se me ven los brazos a través de una bruma color melocotón. Vi algunos de los otros

vestidos que nos trajeron: modelos ceñidos, hechos completamente con joyas apretadas entre sí sobre tela color piel; faldas que llegaban solo hasta las rodillas; escotes que se abrían como abanicos en conos gigantes de tela rígida. Cada vestido daba la misma impresión que los edificios de la ciudad, como si cada parte de ellos estuviera bien cuidada.

Al menos este vestido tenía bolsillo, y en él llevo la llave que encontré en Putnam, envuelta en un cuadrado de tela. Me acomodo las capas de tul en torno a las piernas y siento el peso de la llave contra el muslo. Nos espera otra presentación, y cuanto antes acabemos con ella, más pronto podré empezar a buscar la llave final en los museos de Rintiero.

Dendera se endereza y se da vuelta al oír pasos, que yo también oigo. En efecto, el resto de nuestro grupo se dirige hacia nosotros por el largo corredor espejado que se extiende ante las dos puertas adornadas. Theron con sus soldados, todos con sus uniformes cordellanos, ahora acompañados por máscaras verdes y doradas, decoradas con espigas de lavanda y hojas de arce. Por la máscara, se me hace imposible ver la expresión de Theron, pero me mira a los ojos al acercarse y separa los labios como si quisiera decir algo.

Me doy vuelta y busco a Ceridwen entre la gente. Simon y sus guardias llevan máscaras acordes a su reino, con llamas que se extienden ondulantes por sus rostros y se funden perfectamente con su cabello escarlata. Simon tiene puesta la misma ropa que usó en Putnam, pero el vestido que eligió Ceridwen combina a la perfección los estilos de Ventralli y Verano. Es de tul rojo que sale de una franja dorada a la altura del pecho y le envuelve el cuerpo hasta que se divide y cae en dos secciones sobre la pierna izquierda. Cuando camina, al abrirse la tela se espía una seda rojo sangre, que tiene un complicado diseño de fuego bordado hasta la cadera. En el torso se entrecruzan más tiras doradas, en una bella mezcla de oro, rojo y naranja; llamas, belleza y arte.

Ceridwen no me mira; tiene los ojos clavados en las puertas como si fueran un enemigo, y no logro discernir si se prepara para huir o para pelear.

—¿Princesa? —digo, cuando todos se detienen frente a nosotros—. ¿Estás…?

—Está hermosa mi hermanita, ¿verdad? —Simon se tambalea hacia ella y la palmea en la mejilla, apoyando el conducto que lleva en la muñeca sobre el hombro desnudo de Ceridwen—. Está nerviosa, eso es todo.

Ceridwen hace una mueca.

—No voy a hablar contigo ahora…

Las puertas se abren y todos se acallan, pero para Ceridwen, el silencio es más duro, más pesado, y se retrae, baja la cabeza y agacha los hombros.

—El rey los recibirá ahora —anuncia un mayordomo, que lleva una máscara sencilla de seda púrpura y plateada. Gira sobre sus talones y entra al salón, lo seguimos: un río lento de dignatarios que se aferran a un silencio incómodo como si fuera lo único que nos salvará de ahogarnos.

Cuando empiezo a avanzar, veo que Ceridwen se rezaga, con la mirada fija en el salón que nos espera y la respiración lenta y entrecortada. Todos pasan de largo; hasta Dendera sigue adelante para darnos espacio. Solo Conall y Garrigan esperan, y atrás, junto a la pared, un hombre se separa del grupo veranense y se queda detrás de Ceridwen. Lekan.

Me mira a los ojos, los suyos enmarcados por una máscara de seda roja. Si en su mirada hay una advertencia, no puedo verla, y me vuelvo hacia Ceridwen.

—¿Desafías a tu hermano todos los días, pero le temes a Ventralli?

Mueve la cabeza, saliendo de su estupor. Cuando me mira, reconozco la misma nada ineludible que sentía yo cada vez que Sir se negaba a dejarme colaborar. Las brasas oscuras, ardientes, de no ser suficiente.

—¿Qué te pasa? —susurro.

Se pasa la lengua por los labios y se refriega las manos contra el vientre.

—El rey de Ventralli me dio este vestido —dice, casi como si no fuera consciente de estar hablando.

—Es hermoso.

—No debería habérmelo puesto.

Se recoge la falda y retrocede unos pasos rápidos, pero se detiene cuando Lekan y yo empezamos a seguirla, y todos nos quedamos allí: yo, con una mano extendida; Ceridwen, con una mano en la falda, y Lekan, preparado para lanzarse hacia ella.

—Ceridwen, dime qué pasa —insisto.

Mira hacia atrás con ojos enrojecidos. Me recorre con la mirada; luego inhala rápidamente por la nariz y se endereza.

—Nada —responde, cortante—. Cuando esta presentación termine, sígueme. Te llevaré con alguien que puede ayudar con…

Se toca el canesú, y me doy cuenta de que debe haber escondido allí el tapiz.

Asiento, todavía sin entender.

—De acuerdo, pero…

Pasa a mi lado y se lanza hacia la sala del trono sin dejarme terminar. Lekan la sigue de prisa y me saluda al pasar con una inclinación de cabeza, y me parece oírlo mascullar una disculpa.

Levanto tanto las cejas que estoy segura de que sobresalen por encima de mi máscara. Conall y Garrigan parecen tan desconcertados como yo; Garrigan se encoge de hombros y me ofrece una sonrisa alentadora. La acepto y le sonrío, y mantengo la sonrisa en mi cara al entrar a la sala del trono.

Aferro mi falda con los puños apretados, manteniéndome alerta por si llega a pasar lo que Ceridwen temía. La sala del trono se extiende ante mí, un piso de mármol verde y blanco que forma volutas en una danza colorida bajo dos hileras de columnas marrones rojizas. El cielorraso está revestido por paneles celestes, interrumpidos solamente por un círculo dorado en el centro que se curva formando una concavidad que resplandece a la luz de las farolas que rodean el salón. En las

paredes, más allá de las columnas, hay mosaicos que crean un calidoscopio de tonos verdes y marrones que crean imágenes de arbustos, pasto, arces y robles, y más. Arriba, la cúpula dorada brilla como un sol, y nos ubica en una versión artística de un bosque, perfecto e intacto.

Me detengo junto a Dendera, tratando de no quedar demasiado boquiabierta al contemplar las maravillas que me rodean. Cuanto más miro, más detalles observo. Como el venado taraceado que se esconde detrás de un árbol en uno de los mosaicos, o las rotaciones del sol talladas en la cúpula, o el rey y la reina de Ventralli, que están sentados en tronos hechos de… ¿espejos? Cada trono está revestido por espejos del tamaño de una mano, que dan la ilusión de que los tronos se han convertido en diamantes. En la tarima sobre la que se encuentran los tronos hay también una cantidad de cortesanos, un puñado de hombres y mujeres, pero hay alguien, una mujer, que está más cerca del trono del rey que los demás. Su máscara de un amarillo vivo no logra disimular su desdén evidente; frunce los labios al vernos llegar y se inclina para susurrar algo al oído del rey. Sentado allí, con la cortesana a un lado y la reina en su trono del otro lado, el rey parece… encerrado.

Mi admiración se aplaca y una punzada de ansiedad me hace adelantar; mi cuerpo vibra con la necesidad de hablar con Jesse y Raelyn antes de que nadie interceda en nombre de Invierno. Una vez más, Dendera me toma del brazo; la razón de que haya venido conmigo esta vez fue ayudarme a discernir cuándo ser impetuosa y cuándo, calma. A juzgar por la mirada que me dirige, quiere que deje hablar primero a los reyes ventrallinos.

Como si lo percibiera, la reina se pone de pie. La cortesana mayor se aparta del rey y mira a la reina con una especie de seña que no entiendo.

El vestido de Raelyn Donati se acomoda con un susurro de sedas como si ella controlara hasta el último centímetro de tela. Un canesú negro se conecta en la cintura con cascadas de seda negra, y todo cae detrás de sus piernas en una explosión de lustrosa oscuridad. El frente de la falda es un torbellino de colores: capas de tul amarillo girasol y rojo rubor. Su máscara combina los colores y las telas del vestido, sujeta con discreción entre sus gruesos rizos oscuros. Sus agudos ojos color avellana observan a cada uno de nosotros como si estuviera examinando distintas telas para elegir cuál le desagrada menos.

Se detiene en Ceridwen. Incluso con la máscara, todo el semblante de Raelyn cambia, y pasa del aburrimiento al fastidio con algunas crispaciones en los labios. Me arriesgo a echar un vistazo a Ceridwen, que tiene los ojos clavados en el piso de mármol y el cuerpo tan tieso que parece una columna más.

Raelyn da un solo paso hacia adelante, se vuelve hacia mí y se detiene al borde de la tarima donde están los tronos.

—Reina Meira —dice, y une las manos en la espalda.

Me preparo para lo que sea que viene. Intuyo el desagrado de Ventralli ahora que me doy cuenta de lo que significa haber traído a Cordell en este viaje, pero todavía no

sé de qué manera van a responder a la afrenta. Giselle solo nos hizo un desaire; ¿qué hará Ventralli? ¿Poner todo su peso detrás de Cordell?

Sin embargo, me sorprendo al verla abrir la boca en un suspiro.

—Lamento enterarme del sufrimiento de su pueblo, pero me alegra saber que al fin han alcanzado un estado de paz.

Sus palabras son amables, pero habla como quien recita una sentencia de muerte. Dendera me codea, y parpadeo sobresaltada.

—Este… gracias. —Me aclaro la garganta—. Gracias, Reina Raelyn. Invierno le agradece su… —¿Apoyo? No. ¿Solidaridad? Eh…—… sus buenos deseos.

Raelyn asiente en aceptación y se vuelve hacia su esposo.

—Mi señor, nuestros huéspedes han viajado mucho, y aún no les hemos ofrecido una buena bienvenida ventrallina. —Apoya una mano en el brazo de Jesse—. Tenemos preparada una celebración en su honor esta noche, ¿no es cierto?

Ahora toda la atención se vuelca a Jesse. Pero aunque todos lo miramos, él solo mira a Ceridwen con ojos dilatados, los músculos del cuello tensos, la mandíbula apretada. Siento como si todos los hubiéramos interrumpido a ellos dos, y debiéramos salir con disimulo para darles intimidad.

Se me atasca el aire en la garganta, y hago todo lo que puedo para no toser en el silencio. Eso es exactamente lo que estoy observando, a lo que Simon aludió indirectamente, lo que Raelyn sabe muy bien, por el modo en que toca a Jesse y mira a Ceridwen con una sonrisa de desdén.

El rey de Ventralli ama a Ceridwen.

Y a juzgar por el modo en que ella lo mira…

Ella también lo ama.

Ese es su secreto. Por eso parecía disgustarle tanto mi relación con Theron: somos iguales. Y su relación está tan rota como la mía.

La mujer mayor se inclina hacia adelante y apoya la mano en el otro brazo de Jesse, como para ayudar a Raelyn a sujetarlo en el trono. Él se sobresalta cuando lo toca y se pone de pie súbitamente, apartando las manos de ambas de un modo que provoca en las dos mujeres una sorpresa que ninguna máscara podría disimular.

Jesse mira al resto del grupo como si acabara de percatarse de nuestra presencia. Como si no pudiera ver nada más allá del fuego que es la princesa de Verano.

—Por supuesto, mi señora.

Con el cabello oscuro suelto sobre los hombros y la sencilla máscara de seda roja sobre los ojos, complementa a su esposa en todo. En todo, salvo en el modo en que no deja de mirar a Ceridwen, sin reparar en que Raelyn se acerca y vuelve a tomarlo del brazo, y sus dedos finos se curvan en torno a él.

Los ojos color avellana de Jesse nos miran una vez más y se detienen en Theron.

—Príncipe Theron —dice—. Por supuesto. Lo… esperábamos. Sí. Una celebración, esta noche.

Jesse se vuelve hacia Raelyn y vuelve a inclinar la cabeza en una reverencia.

—Sí. Una celebración —repite; luego se da vuelta y se aleja entre los tronos espejados. La cortesana mayor lo sigue y le susurra algo inaudible, y lo único que alcanzo a oír como respuesta de él es un cortante «Ahora no, madre».

¿Su madre?

Al darse vuelta Jesse, hay un destello de plata: la corona de Ventralli, que lleva colgada de la cadera en una funda. Unas finas varillas de plata sostienen una variedad de joyas, desde rubíes y esmeraldas hasta diamantes, y todo ello emite un levísimo resplandor plateado, la misma aura de magia que emana de todos los conductos que son objetos. ¿Cómo no reparé en ella antes? ¿Y por qué la lleva colgada del cinturón, y no en la cabeza?

Jesse se lanza hacia una puerta ubicada detrás del estrado, y sale casi como si huyera de su madre.

No se comporta como alguien que tiene el poder de cambiar a su país.

Apenas él se va, Raelyn se vuelve hacia nosotros.

—Los veremos esta noche.

Hace un ademán que nos indica que podemos retirarnos y ella también pasa entre los tronos espejados; toma del brazo a la cortesana mayor y ambas desaparecen por la puerta por la que salió Jesse.

Empiezo a adelantarme cuando una mano me detiene.

—No tuve oportunidad de…

Pero no es Dendera: es Theron.

Engancha mi brazo en el suyo mientras todos se dirigen a la salida del salón, y me lleva como si estuviéramos haciendo lo que se espera de nosotros, como si todo hubiera vuelto a la normalidad. Dendera habla con Conall y Garrigan, pero ve que Theron me lleva del brazo y levanta las cejas, como preguntando si quiero que intervenga.

Me vuelvo hacia Theron en respuesta.

—Ya tendremos los dos la oportunidad de hablar con ellos —dice Theron, y baja la voz al dividirnos—. Dales tiempo.

Pero mientras habla, algo le llama la atención al frente de nuestro grupo. Ceridwen se recoge la falda y echa a correr, seguida de cerca por Lekan. Llega a las puertas y sale a toda velocidad; sus pisadas resuenan en el pasillo, y su hermano y sus hombres ríen al verla huir. Aprieto el brazo de Theron; es un espasmo involuntario mientras sigo armando el rompecabezas.

—¿Sabías sobre ellos? —susurro.

Theron me mira y su otra mano se levanta para apoyarse sobre mis dedos. No, no fue mi intención aferrarlo así, pero se queda mirándome y no puedo ver su expresión detrás de estas malditas máscaras.

—Se rumorea que todo empezó cuando ella era embajadora en Ventralli —responde—. Nadie habla de eso. Hace años que es el escándalo de la familia Donati, y a Raelyn le importaba mucho… hasta hace poco menos de un año.

Quedo boquiabierta mientras pienso.

—Hasta que tuvo al hijo varón de Jesse. Aseguró la continuidad del linaje Donati, y ya nadie podía amenazar su situación. —Se me vacían los pulmones, y mis ojos se dirigen hacia la puerta a la cual nos acercamos—. Y aun así, Ceridwen sigue amándolo.

Siento los ojos de Theron sobre mí, anclas que solían mantenerme los pies sobre la tierra, pero ahora los siento más como límites.

—Él también sigue amándola —susurra—. Por más que le digan que está mal. Por más que los cortesanos lo desprecien por ello. Siempre la amará.

Parece muy seguro; ¿cómo podría saber eso? Entonces me acaricia el dorso de la mano con el pulgar.

Ya no está hablando de Jesse.

Gracias a todo lo frío, Nessa entra a toda prisa a la sala del trono y nos encuentra saliendo.

—Meira —dice, tomándome del otro brazo—. Necesito mostrarte algo.

No se amilana ni se corrige por haberme llamado por mi nombre, y eso solo me da deseos de besarla, pero acepto de buena gana la salida que me ofrece.

—Hasta pronto —digo a Theron, y me aparto de él. Dendera, Conall y Garrigan me siguen, y dejo que Nessa me saque del salón, simulando que la máscara alcanza a esconder la decepción en el rostro de Theron.

Quizá las máscaras no sean tan mala idea, después de todo. Nos permiten vivir en mundos tan intactos como el bosque de la sala del trono: controlados y resplandecientes, inmaculados y perfectos. Un mundo donde puedo concentrarme en las cosas que necesito atender, no en las emociones frágiles de una relación rota.

—Tengo que seguir a Ceridwen —digo a Nessa, bajando la voz, apenas salimos del salón. El pasillo ya está vacío, salvo por los últimos dignatarios veranenses, que giran a la izquierda y se encaminan hacia el frente del palacio.

—¡Lo sé, pero esto te servirá! —Me aferra con más fuerza y me lleva hacia la izquierda, por un pasillo que sale de este principal—. No iba a desempacar y quedarme sentada a esperar noticias… así que le pregunté a uno de los criados qué tapices hay en el palacio.

Me mira con una gran sonrisa, y doblamos a la izquierda y luego otra vez a la derecha.

—¿Tapices? —le pregunto.

—Como el que encontraste en Putnam. ¡Pensé que ese también sería un buen punto de partida! El criado dijo que hay todo un gremio dedicado al arte de la tapicería, pero que está en el centro de la ciudad. Eso sí, en el palacio tienen cientos, lo que no me sorprende. Pero me mostró…

—¿Era un hombre? —la interrumpe Conall, mientras vamos prácticamente corriendo por el pasillo.

Nessa se sonroja pero trata de disimular poniendo cara de exasperación.

—Sí, un alegre mayordomo de setenta años. Vamos, no tienes que preocuparte tanto por mí.

Conall cede, mascullando para sí. Nessa prosigue.

—El caso es que me mostró algunos de los que más los enorgullecen, y… pues, ¡mira!

Abre una puerta que da a una galería llena de tapices: pequeños con paisajes, grandes con batallas, tapices largos que muestran muchedumbres. Pero ninguno de ellos cautiva la atención de Nessa, y me lleva hasta la pared del fondo del salón vacío, donde hay colgados ocho tapices idénticos en tamaño y forma.

Los cuatro de la derecha, los entiendo al instante.

En uno se ven personas de cabello escarlata con adornos anaranjados y rojos, con llamas en los uniformes hechos de tela retorcida y escasa con tiras de cuero y sandalias. En el fondo se ve un desierto agrietado, el sol cegador que abrasa la tierra con hilos dorados, vides que forman un marco para toda la escena.

El que está a su lado muestra hombres vestidos con túnicas en verde azulado, bermellón y marrón, y mujeres envueltas en bandas del mismo satén lustroso, de cabello negro y tez morena, a tono con el fondo de árboles rojos, amarillos y marrones.

En el siguiente se ven mujeres con vestidos tableados color marfil y hombres con telas cruzadas sobre el torso en forma de X. Alrededor hay campos nevados y el cielo gris brumoso amenaza con más nieve.

Y en el último, unos campos floridos detrás de personas con ropa liviana de colores apagados, rosa, blanco amarillento y lavanda.

Los estacionales. Las partes de Primavera que he visto estaban dominadas por la guerra y la Decadencia, pero este tapiz muestra cómo debería ser Primavera. La antigüedad de los hilos, la textura gastada en los bordes, me hace pensar que estos tapices deben de tener varios siglos.

Contengo el aliento.

Los cuatro tapices que están a mi izquierda muestran los reinos restantes. Cordell, con su verde, su dorado y sus campos de lavanda; Yakim, con sus marrones, sus bronces y engranajes; Ventralli, con sus estilos eclécticos y sus edificios coloridos; y Paisly, con sus…

Montañas.

Nessa se acerca al tapiz que muestra a Paisly y señala hacia arriba, saltando.

—Tú nos mostraste el tapiz que encontraste antes de viajar a Ventralli. Sé que todavía lo tiene Ceridwen, pero creo que recuerdo lo suficiente. Este se le parece, ¿no?

Me detengo ante el tapiz y quedo boquiabierta.

—No solo se le parece —respondo—. Esas *son* las montañas.

Y así es. Exactamente el mismo círculo de montañas que vi en el tapiz que encontramos en Putnam: un aro de piedras grises de picos agudos. Pero en lugar de

haber una bola de magia bordada en el centro, hay personas de pie dentro del círculo, vestidas con túnicas largas y gruesas de color granate y negro con volutas de hilo dorado que forman dibujos complicados en las mangas acampanadas. Los cuellos altos se elevan en torno a su cabello color ébano, con mechones retorcidos y anudados contra sus cabezas morenas.

—¿Paisly? —pregunto. ¿El tapiz mostraba los Montes *Paisel*?

¿O era solo una pista para guiarnos hasta la llave?

Me acerco al tapiz de Paisly y paso la mano sobre la trama. El denso entretejido pende de un broche en lo alto de la pared, y no alcanzo la mayor parte del tapiz. Pero analizo los bordes, busco donde puedo, levanto la base del tapiz. No hay nada en la pared detrás de él, ni bolsillos en el material.

Por lo que veo, no hay nada relacionado específicamente con la Orden.

—No puede ser casualidad. —Me vuelvo hacia Nessa—. ¿O sí?

Se encoge de hombros, y en su rostro el entusiasmo disminuye apenas una pizca.

—¿Me habré equivocado? Tal vez esas no son las montañas.

Retrocedo y vuelvo a observar el tapiz. No, no cabe duda de que son las montañas.

—¿Será que tenemos que ir a Paisly? —me pregunto en voz alta.

Dendera ríe.

—Santa nieve, espero que no.

Pero no puedo deducir otra cosa de esto. El tapiz de Putnam nos trajo aquí. ¿Verdad? Quizás encontremos otra cosa si buscamos en los museos o gremios de Ventralli. Puede que esto sea solo una extraña coincidencia.

Mis pensamientos se interrumpen cuando alguien se aclara la garganta en la puerta. Es el mayordomo de antes, con las manos en la espalda y el mentón levantado.

—El rey solicita su presencia —anuncia; vuelve a salir y empieza a alejarse a paso tan vivo que llega a la mitad del pasillo antes de que yo logre procesar siquiera lo que dijo.

Cierro los puños y lo sigo. Dendera me toma del brazo.

—¿No deberíamos hablar de esto? Necesitamos…

—No —le respondo, sin alterarme—. La llave no está aquí. Necesito tiempo para decidir qué hacer ahora, y de nada nos servirá quedarnos por aquí. Además, yo también necesito reunirme con Jesse. No puede empeorar las cosas.

Pero no sé qué puede querer el rey. Tal vez sí encuentre la manera de empeorar las cosas.

Todas seguimos al mayordomo y dejamos atrás los tapices ventrallinos.



Meira

Jesse nos espera en un estudio tan abarrotado y caótico que no puedo sino sentir curiosidad por esta reunión. No es una habitación preparada para recibir a dignatarios extranjeros e impresionarlos con exhibiciones de poder y extravagancia; es realmente su estudio, atiborrado de pergaminos y estanterías cargadas de libros de registro muy usados.

Si hubiera alguna duda respecto del parentesco de Jesse con Theron, esta habitación la despejaría. El desorden salpicado con obras de arte (una pila de máscaras en el rincón, un tapiz enrollado en el suelo, un cuadro apoyado contra la pared) me recuerda tanto al cuarto de Theron en Bithai que casi espero encontrarlo a él también aquí. Pero nos espera solo Jesse, y solo cuando entramos y se cierra la puerta se levanta de un salto y se da vuelta.

—¡Reina Meira! —exclama alegremente, y se le cae un registro, que se estrella sobre la alfombra verde aterciopelada. Pero parece algo intencional, ya que se lanza hacia una pila de papeles que hay sobre su escritorio sin poner atención en el libro que se le cayó.

—No pensé que el rey de Ventralli trataría los libros con tanto desdén —observo, y Dendera me reprende en un susurro.

Pero aparentemente Jesse no me oyó.

—Ah, no, ese no sirve.

Suelta la pila de papeles y se dirige hacia un pergamino que está sobre su escritorio, mascullando algo ininteligible.

—¿Rey Jesse? —digo.

Me mira de pronto, sorprendido detrás de su máscara de seda roja. Sus ojos van a la puerta, cerrada detrás de Dendera, Nessa, mis guardias y yo, y luego nos observa; sus labios se abren con exhalaciones tensas e irregulares.

—¿Son de fiar? —pregunta Jesse, y deja el pergamino sobre el escritorio con un golpe—. Claro que lo son; son su gente. Usted los salvó.

—No entiendo…

—Reina Meira, necesito su ayuda. —Jesse sale de detrás del escritorio y cruza la habitación hasta mí. Pliega los brazos a la espalda para enderezarse y asumir la postura más ceremoniosa que le he visto hasta ahora, y la corona que lleva en la

cadera emite un destello de plata—. Me doy cuenta de que esto es poco ortodoxo, pero deseo formar una alianza con usted.

Abro tanto los ojos que se me corre la máscara con el copo de nieve.

—¿*Usted* quiere una alianza *conmigo*?

Dendera ahoga una leve exclamación de alegría cuando Jesse asiente.

—Usted se liberó. Liberó a su pueblo —explica, y sus hombros caen ligeramente —. Derrotó a un gran mal. Yo necesito hacer eso. Necesito… ayuda.

Así de rápido, mi asombro se convierte en cautela.

—¿Qué necesita, exactamente?

Jesse interpreta mal mi preocupación y hace un ademán de desagravio.

—No, no, tengo intenciones de compensarla… lo que necesite. Lo que sea. Es solo que… —Sus ojos se fijan en un punto del piso—. Esto ha llegado demasiado lejos. Mi esposa. Hay que detenerla.

No puedo evitar una exclamación.

—¿Quiere destronar a su esposa?

Jesse me mira a los ojos y asiente.

Recuerdo, aturdida, mi breve encuentro con Raelyn. No me pareció particularmente terrible, pero apenas estuvimos unos minutos en la misma habitación. En todo caso, me pareció… dura. Distante. Pero, al fin y al cabo, estamos en Ventralli; ellos desarrollaron su cultura a base de ocultamiento.

—Usted es el rey —declaro, solo porque necesito recordarme que Jesse es, en efecto, el hombre más poderoso de este país—. ¿Por qué querría rogarle ayuda a un *estacional*? ¿No puede decretar su divorcio y ya?

Jesse menea la cabeza en negación tensa y decidida.

—¿Cree que no he intentado ponerle fin a esto pacíficamente? Ella tiene apoyo. Mucho apoyo. Incluso de mi propia madre, y era eso lo que estaba haciendo cuando ustedes entraron: trataba de revisar todas mis relaciones para ver qué aliados me quedan. Pero la necesito a usted. Usted derrocó a Angra. Sabe de estas cosas.

—Lo derroqué con una guerra sangrienta y costosa, no por medio de la política. ¿Por qué no recurre a Cordell?

Se me retuercen las tripas. El rey de un rítmico me está ofreciendo una alianza casi de rodillas, y yo estoy rechazándolo. Pero no tengo recursos de más para ayudarlo y, de todos modos, lo que Invierno pudiera darle provendría indirectamente de Cordell.

—Ya les pedí ayuda. —Jesse se aparta, se vuelve hacia su escritorio y revisa los papeles sin mucho propósito. Sus ojos suben hacia los míos, ahora más suaves, y algo de su desesperación se aplaca—. Pero temo que mi esposa también ejerce su influencia sobre ellos. Ella hace eso: me quita todo lo que tengo, infecta a quienes podrían apoyarme hasta que no me queda ningún aliado más que ella.

Me adelanto.

—¿Cómo que ejerce influencia sobre Cordell?

—Por eso necesitaba verla tan repentinamente. —Jesse vuelve a mirarme—. Está hablando con Theron en este mismo momento. Yo necesitaba reunirme con usted antes de que…

Mi cerebro se detiene de golpe, aunque él sigue hablando.

¿Raelyn… y Theron? ¿Fue a verla a ella en Ventralli, y no a su propio primo? Aunque es cierto que Finn y Greer dijeron que, básicamente, era Raelyn quien gobernaba el reino.

Pero ¿en quién confío? No sé lo suficiente acerca de Raelyn ni de Jesse para elegir entre los dos. La decisión natural sería apoyar al portador del conducto; es quien tiene el linaje que siempre estará en el poder.

A menos que él muera y la corona pase a su hijo. Sin duda, Raelyn haría las veces de regente hasta que él cumpliera la mayoría de edad, y para entonces, ella podría ser aún más ferozmente poderosa.

¿Será Raelyn esa clase de persona? Aparentemente, Jesse piensa que sí.

Parpadeo, sorprendida de mí misma. Parece que estoy aprendiendo a pensar políticamente. No sé si eso es algo que deba enorgullecerme.

Jesse se encorva sobre unos papeles en el piso, todavía hablando.

—… soldados apostados al oeste, que son leales a mí, creo.

Todo esto me da vueltas, el caos de una política tan acalorada en lo que parecía un reino bello y pintoresco. Me vuelvo hacia Dendera y veo con sorpresa que asiente.

¿Acepto?, articulo sin sonido.

Vuelve a asentir.

Pero hay algo en esto que todavía no me convence. La inquietud parece ser mi compañera fiel.

—¿Por qué ahora? —Me vuelvo hacia Jesse, que deja de revisar los papeles y me mira—. Porque yo también necesito aliados, rey Jesse, y si accedo a esto, voy a necesitar apoyo muy pronto. ¿Por qué es tan imperativo que encuentre aliados para combatir a su esposa justo ahora?

Jesse se pone pálido.

—Porque ella…

Deja la respuesta inconclusa y queda boquiabierto.

Cada nervio de mi cuerpo se pone alerta, una sensación que me inunda la memoria.

Yo tenía cuatro o cinco años; era tan pequeña que mis recuerdos constan de pantallazos borrosos de imágenes que pueden o no ser reales. Una densa cúpula de hojas mojadas en el Bosque Eldridge; los brazos de Alysson en torno a mí, cerca de una fogata; y un sonido, un estallido violento: el de una rama al quebrarse.

De por sí, no era nada fuera de lo común; en el Eldridge se quebraban ramas todo el tiempo. Pero hubo algo que me resultó más pesado, más intenso que cualquier ruido que hubiera oído. Porque al instante, Alysson me retiró de su regazo y se lanzó sobre el cuerpo de Sir, que estaba tendido inmóvil sobre las malezas del bosque. Pasó

mucho tiempo sin moverse, segundos que se me hicieron días, hasta que por fin, *por fin*, se dio vuelta y murmuró que los hombres de Angra habían asesinado a su compañero.

Mientras lo observaba, mientras su esposa lo atendía y la gente corría atareada a mi alrededor, lo único que yo oía era esa rama quebrándose una y otra vez, la rama que él había pisado al caer junto al fuego. Durante años después de eso, cada vez que oía quebrarse una rama, me daba un vuelco el corazón y se me llenaban los ojos de lágrimas, esperando que la muerte se presentara de repente.

Ahora, de pie en medio del estudio del rey de Ventralli, siento el ruido antes de que se produzca. No es el quiebre de una rama, sino algo igualmente común, un ruido que siempre se asocia con la llegada de algo, algo que no puedo controlar.

Dos golpes fuertes en la puerta.

Me doy vuelta, y el tul de mi vestido susurra por la fuerza del giro. Jesse se levanta de un salto, y con un gris enfermizo en el rostro se lanza hacia la puerta y la abre.

Allí está Lekan, con el puño levantado para volver a golpear y el rostro descubierto lleno de sudor. Ve a Jesse y da un respingo: físicamente, con violencia *retrocede*, frunce los labios y su cuerpo se encorva.

—Necesito a la reina de Invierno —anuncia, secamente.

Jesse se apoya contra la puerta.

—¿Y Ceridwen? ¿La ha visto? ¿Puede…?

—Necesito a la reina de Invierno —repite Lekan como un gruñido, y empuja a Jesse a un costado. *Empuja al rey de Ventralli*.

Miro a Lekan boquiabierta. Sé que Jesse es… lo que sea de Ceridwen, y que Lekan es amigo de ella, pero eso fue una osadía. Y lo dice alguien que una vez se encerró en la oficina del rey de Cordell.

La mirada de Lekan se suaviza al llegar frente a mí.

—Necesito su ayuda.

—Hoy estoy muy buscada —comento, y Jesse insiste:

—¿Dónde está?

Miro a Jesse con ojos entornados. Apenas vio a Lekan, preguntó dónde estaba Ceridwen. Pero tienen una relación, ¿no? ¿No debería saber dónde está? ¿O sucedió algo?

¿Será por eso que está tan desesperado por conseguir aliados?

«*Ella hace eso constantemente… infecta a quienes podrían apoyarme hasta que no me queda…*».

Santa nieve. ¿Será que Raelyn le hizo algo a Ceridwen? La dejó en paz todos estos años, pero tal vez… tal vez por fin decidió hacer algo contra la amante de su esposo.

Miro a Lekan y asiento.

—Por supuesto.

Jesse contiene un rezongo, dividido entre su deseo de que ayude a Ceridwen y el de que lo ayude *a él*. Pero cede, casi al instante, y sus ojos se fijan en los míos.

—Por favor, reina Meira —pide—. Piense en mi propuesta. Podemos hablar de esto después de que hayamos…

Lekan se vuelve contra Jesse cuando el rey extiende la mano para tomar una espada que está colgada en la pared. El diseño de la funda y las joyas de la empuñadura dicen a gritos que es solo decorativa, y el hecho de que Jesse no lleve armas indica que no es un guerrero.

—Esto no es asunto suyo —gruñe Lekan—. Quédese aquí. No haga nada. Eso le sale bien.

El pecho de Jesse se desinfla, y se apoya contra el marco de la puerta.

La Meira de antes admira el descaro de Lekan, pero la Reina Meira se escandaliza.

—Es el *rey de Ventralli* —le digo, entre consternada y divertida.

Pero Lekan se limita a tomarme del brazo.

—Se repondrá.

Y echamos a correr, mientras Jesse se queda con las manos sobre el rostro y el conducto colgado inútilmente de su cadera.

Los pasillos del Palacio Donati son exasperantemente largos.

Cuando llego a mi habitación, ya estoy quitándome el vestido. Conall y Garrigan cierran la puerta, Dendera corre hacia el baúl que está en el rincón y saca algo de ropa más apropiada para salir a buscar a alguien. Nessa lo recoge todo de manos de Dendera y me empuja detrás de un biombo.

—Ella lo ama —empieza a explicar Lekan. Se me parte el corazón—. Lo ama desde hace cuatro años. Bueno, más, en realidad: desde antes de que él se casara con Raelyn. Pero eso no importa; fue a verlo justo después de la reunión con todos en la sala del trono. Le dijo que ya no quería seguir, que quería terminar. No es la primera vez que lo intenta, pero esta vez había algo diferente.

—¿Qué cosa? —pregunta Dendera—. ¿Por qué esta vez era diferente?

—Porque Ventralli empezó a vender personas a su hermano.

Me inclino hacia adelante, sosteniéndome con una mano en el biombo.

El ventrallino asesinado en la bodega.

Su muerte no solo me afectó humanamente, sino también por motivos políticos. Su presencia en Verano debería haberme resultado muy llamativa; yo *sabía* que solo Yakim y Primavera vendían gente a Verano, pero estaba demasiado absorta en mis cosas para ver más allá de mí misma.

Ceridwen debería haberme contado cómo había evolucionado la situación de Verano. ¿Por qué no lo había hecho? ¿Por orgullo? ¿Porque yo me lo pasaba hablando de mis problemas?

Dendera suspira.

—La traicionó.

Sus palabras son muy sesgadas, y cierro los ojos como para evitar que den en el blanco. No necesito la observación de Dendera para notar lo mucho que nos parecemos Ceridwen y yo, ambas en nuestras relaciones sin futuro con la realeza de dos reinos rítmicos.

Pero Lekan responde torvamente.

—No lo creo. Creo que fue su esposa. Es manipuladora, por no decir más, y siempre está buscando maneras de impulsar la economía de Ventralli. Además, Jesse no es despiadado. Será débil, pero nunca cruel. —Hace una pausa y exhala lentamente—. Pero Ceridwen no quiso escucharme. Fue a hablar con él, y luego no la vi más. Los sirvientes dijeron que regresó poco después, que se quitó el vestido y se puso… ropa de batalla.

Por eso Jesse estaba tan fuera de sí. Ceridwen terminó con él, probablemente le contó que su esposa estaba vendiendo ventrallinos a Verano, y se marchó.

Nessa dobla mi vestido una vez que me lo quito y que vuelvo a mi atuendo normal, los pantalones negros y la camisa blanca que usé en Verano. La llave, aún envuelta en un paño, va a mi bolsillo mientras que el chakram va a mi espalda, y mientras salgo de detrás del biombo, me ajusto las correas de la funda.

—Yo sé adónde fue —declaro.

Lekan se inclina hacia adelante, sorprendido.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Porque sé adónde iría yo si me hubieran roto el corazón —le respondo—, y empiezo a pensar que Ceridwen y yo nos parecemos en más de un aspecto.

Sé adónde iría yo si hubiera terminado con un hombre a quien amara, si mi reino estuviera bajo la amenaza constante de un mal más fuerte que yo. Armas en alto, marcharía a la guerra. Eso es lo que mi cuerpo me pide a gritos desde que finalmente acepté todo lo que soy, guerrera y reina. Enfrentarlo todo sin vacilar, buscar la pelea en lugar de rehuirle.

Sé que necesitamos seguir buscando a la Orden, buscando respuestas. Pero si dejo que alguien que me importa se pierda en el caos, habré perdido de todos modos. Haría lo mismo por Nessa, o Mather, o Sir: lo dejaría todo por acudir en su ayuda. Mi parte temeraria, la de la huerfanita guerrera, es solo eso. Alguien que actúa impetuosamente, pero siempre con buenas intenciones.

Voy a ser esa niña y también la reina, todas mis partes. Voy a ayudar a Ceridwen y a mi reino; puedo salvar a todos.

Puedo salvar a todos.

Eso es.

Miro a Lekan, sorprendida, y la sorpresa me refresca. Ya sé qué preguntarle a la magia del conducto.

Pero casi no me cuesta empujar eso al fondo de mi mente y dedicar casi toda mi atención a la búsqueda de Ceridwen.

—Pero ¿adónde fue? —pregunta Lekan.

Mi rostro se tensa.

—Fue a detener a su hermano.

Conall y Garrigan protestan cuando les ordeno que se separen. A Garrigan, que se quede con Dendera y Nessa por si ocurre algo mientras no estoy, y a Conall, que venga con Lekan y conmigo. Conall arguye que, aunque no tiene el brazo quebrado, sí está lastimado, y debería acompañarme Garrigan. Sin embargo, por eso mismo quiero que sea Garrigan quien se quede: está más capacitado para proteger a Dendera y Nessa.

Además, ahora tengo mi chakram. Es todo el apoyo que necesito.

Nessa nos hace un ligero ademán de saludo cuando salimos de mi habitación; el cuero blando y gastado de mis botas no produce ruido sobre el piso de mármol. Lekan sabe dónde se estableció la caravana veranense, de modo que apenas salimos del palacio, se nos adelanta a Conall y a mí por las calles empedradas y sinuosas de Rintiero. Lleva pantalones abolsados anaranjados y poco más bajo su áspero manto marrón, pero no demuestra intenciones de cambiar de ropa ni de tomar más armas. Espero que tenga todo lo que necesita. Hasta Conall no necesitó más que quitarse la máscara para estar listo.

Sigo a Lekan mientras se escabulle por un callejón, trepa un muro y baja a otra calle. Quizá deberíamos haber buscado la ayuda de más aliados de Ceridwen; ¿no tenía al menos una docena de bandidos cuando la conocí, en las afueras de Juli? Seguramente no habrá traído solamente a Lekan con ella. Pero si no tenía planes de atacar a su hermano, tal vez no necesitaba a toda su comitiva.

Las probabilidades que tenemos los cuatro contra una docena, dos docenas, infinita cantidad de soldados, me recuerda la otra cuestión que tengo en mente: la pregunta que quiero formularle a la magia.

Mientras Lekan, Conall y yo pasamos a toda prisa por los parques y edificios coloridos de Rintiero, cruzándonos con ventrallinos que recorren los mercados o los patios amplios o extraen agua de los pozos bajo el sol de la tarde, la pregunta me recorre con fuerza, tensa e implacable, hasta que no puedo pensar en otra cosa, y no puedo creer que no la haya planteado antes.

Con cautela, con desesperación, formo las palabras en mi mente y las empujo una a una hacia la bola de hielo, magia y maravilla que espera.

¿Cómo salvo a todos?

Porque quiero salvar al mundo, no solo a Invierno. Quiero que todos los habitantes de Primoria estén libres de Angra, de la magia y del mal; que, al menos, tengan una *oportunidad* contra tales amenazas.

Quizás al plantear esta pregunta encuentre una manera de salvar a Ceridwen de los hombres de su hermano. Quizás me muestre cómo ayudar a Invierno sin necesidad de encontrar a la Orden. Tal vez lo resuelva todo; lo *resolverá* todo, porque es la pregunta correcta. Lo sé con todo mi ser, incluso con las partes de mí que

todavía se estremecen y tiemblan de temor ante la magia. Esto está bien, igual que lo que estoy haciendo ahora. Así debió ser siempre.

La magia oye mi pregunta. Siento que reacciona a mí, al modo en que me relajo tras mis palabras, como una apacible entrega que me estremece. La respuesta irrumpe en mi mente como si siempre la hubiera sabido, un reconocimiento instantáneo que consume todos los demás pensamientos que tuve jamás.

Dejo de correr, no puedo moverme ante la respuesta. La respuesta que salvará a todos. La respuesta que yo quería…

No. No la quiero. No la quiero, y caigo de rodillas y me aferro la cabeza como si pudiera hundir las manos en mi mente y extraer el conocimiento.

Hannah preguntó cómo salvar a su pueblo, y la magia le indicó *cómo salvar a Invierno*. Dejó que Angra rompiera el relicario y la matara porque quería compartir la magia con todos en el reino. Se sacrificó sin darse cuenta de que había otra pregunta que formular, un sacrificio más grande que se podía hacer.

Sacrificio.

La palabra me desarma, y me parece sentir la mano de Conall en mis brazos, la voz de Lekan diciéndome que apenas faltan unas cuadras. Mi cuerpo se mueve mientras mi mente da vueltas, y otra vez estoy corriendo, volando por Rintiero.

La magia tiene que ver con elegir. Elegir usarla, elegir rendirse a ella, elegir tomarla del barranco… elegir permitir que se rompa en defensa de un reino. La elección es la magia más poderosa de todas, y de ese poder, la elección más fuerte que se puede hacer es un acto de sacrificio.

La gente tomó la magia del barranco. Así como a nadie más que a Hannah se le ocurrió rendirse a su conducto, a nadie se le ocurrió devolver la magia a su sitio.

Esa es la elección más potente que puede hacer alguien: renunciar a un conducto y devolverlo al barranco. Decir que prefiero ser débil y humana a ser más fuerte que otros. Prefiero un mundo seguro y libre de magia que uno letal y poderoso.

Esa elección suprema, ese acto de sacrificio abnegado de devolver un conducto al barranco de magia, forzará al barranco a desintegrarse, y con él, a toda la magia. Y como la Decadencia es magia, ella también se destruirá.

Debería ser fácil salvar al mundo, para alguien que ostenta un conducto. Bastaría con encontrar el barranco, arrojar el conducto a él y salir a una nueva existencia.

Pero el conducto de Invierno soy yo.

Y para destruir toda la magia tendría que arrojarme voluntariamente al abismo insondable de energía y poder. La fuente de magia que, cuando la gente empezó a fabricar conductos, podía *matar personas* si se acercaban demasiado.

Yo tendría que morir.

Lekan se detiene junto a un muro y no tengo idea de dónde estamos. En alguna parte de Rintiero, con el sol en lo alto, y no veo nada más que la luz cegadora de la tarde que cae con rayos dorados. Ahora hace más calor; no el calor sofocante de

Verano, pero sí lo suficiente para hacerme transpirar… aunque no sé con certeza si es por el sol o por el pánico que siento.

Los ojos de Lekan pasan sobre mi rostro.

—¿Se encuentra bien?

No logro responder. No siento nada más que el conocimiento en mi mente, cuánto lo detesto, y cuánto odio también a Hannah ahora. Quiero desplomarme en la calle y borrar de mi memoria la palabra *morir*, porque es lo único que puedo ver ahora. Hannah quiso que yo muriera para salvar a Invierno; la única manera de que yo pueda salvar a todos en Primoria es que muera.

Si Hannah nunca hubiera formulado a su conducto la pregunta equivocada, si nunca hubiera permitido que Angra rompiera el relicario y la matara y me convirtiera *a mí* en el conducto de Invierno, podría hacerlo. Podría salvar a todos y también a mí misma, y nada me dolería tanto como me duele ahora el pecho.

Caigo contra la pared que está a mi lado, y la roca áspera me raspa la manga mientras me cubro la cara con las manos. Quiero vivir. Quiero encontrar una manera de salvar a todos y VIVIR. ¿Tan horrible es que quiera salvarme yo también? ¿Acaso es un pedido tan espantoso?

Lekan me baja las manos. Sus ojos están apacibles, su frente fruncida.

—La caravana está a la vuelta de la esquina. Me doy cuenta de que esta no es su lucha, reina de Invierno, pero necesito su ayuda.

La caravana. Ceridwen. Debo ayudarla. Ella tiene el tapiz… aún no encontramos a la Orden. Tal vez ellos tengan una manera; tal vez sepan algo que pueda ayudarme.

Tal vez, tal vez, *tal vez*. Eso es todo lo que pienso últimamente, un enorme torbellino de posibilidades, nunca nada definido ni seguro. Ya no perderé el tiempo con tantos tal vez. Se acabó, *se acabó*.

Lo único definido que sé en este momento es que Ceridwen me necesita, y eso es todo lo que puedo ver. No el nuevo peso de la respuesta que me taladra el cráneo como clavos. No la magia, atrapada, confundida y deseosa de salir ahora que me rendí a ella; le planteé una pregunta y recibí mi respuesta. Pero no, ya no voy a rendirme a ella. Puede que lo haya hecho por un breve segundo, pero no voy a ceder. No voy a aceptar esto.

Las lágrimas me empañan los ojos.

—De acuerdo —respondo a Lekan.



Meira

Lekan inclina la cabeza en agradecimiento y empieza a decir otra cosa cuando diviso un movimiento súbito que me hace girar. Inmediatamente, Conall toma una daga con su mano buena mientras Ceridwen llega corriendo por la calle detrás de nosotros, el rostro encendido de ira tóxica.

—¿Qué hacen aquí? —grita, aunque no puedo sino sentir que su ira no está dirigida a nosotros. Es solo una parte de ella, ávida y salvaje.

Lekan se adelanta.

—Vinimos a impedir que cometieras una estupidez.

Inhalo, temblorosa. *Concéntrate, concéntrate. No pienses en nada más. Soy un soldado; Sir me entrenó para dominar mis emociones. Puedo hacer esto*.

No quiero morir…

—Lekan dijo que habías desaparecido —explico, apretando los puños con más y más fuerza para contrarrestar el temblor de mi voz—. Supuse que habrías ido a cometer alguna locura… como impedir que tu hermano siguiera recolectando esclavos.

Le tiemblan los labios y mira a Lekan y luego a mí.

—No quiero evitar una recolección —responde—. Quiero evitar *las* recolecciones.

Lekan comprende antes que yo lo que quiere decir. Mira hacia la calle a la que da nuestro callejón y, al ver que aún está despejada, gruñe:

—No puedes vencerlo, Cerie.

—En Verano, claro que no podía; pero aquí solo tiene una fracción de sus soldados. Es ahora o pierdo la oportunidad. Sabes mejor que yo que esto se tiene que acabar.

Lekan se pasa una mano por el cabello y los mechones rojos se desgreñan entre sus dedos.

—¿Cómo es que esto va a impedir las recolecciones?

Pero apenas formulo la pregunta, sé la respuesta.

Va a matar a su hermano.

—Ceridwen —susurro, como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago.

Me mira, enojada.

—No te atrevas a juzgarme. Es el último heredero vivo de Verano; si muere, estaremos libres de magia. Verano podrá ser más que un reino obnubilado por el gozo, y si algún día tengo un hijo, me encargaré de que sea mucho mucho mejor rey que mi hermano. No tienes idea de cómo ha sido, de lo que está haciendo ahora, y no puedo…

—¿Por qué ahora? —pregunta Lekan, en tono sombrío, y me evita el hacerlo—. Si es por Jesse…

—¡Esto no tiene nada que ver con él! —La voz de Ceridwen amenaza convertirse en grito, pero se contiene y baja a un susurro apremiante—. Simon… tú lo viste, Lekan. —Lo mira con ojos entornados—. ¿No lo viste?

Lekan menea la cabeza.

—Con los esclavos no veranenses —explica—. Puede controlarlos, como controla a sus propios súbditos. No sé cómo, pero no se puede permitir que siga haciendo esto, especialmente si su influencia se está extendiendo a más reinos. Es demasiado.

—Espera… ¿los demás que estaban en Juli actuaban como los esclavos veranenses porque *Simon* los controlaba? —pregunto para aclarar. Ceridwen asiente.

Yo creía que era más bien el modo en que los esclavos lograban tolerar sus vidas, pero…

Simon *controla* a personas que no son de su reino.

Hubo una sola persona capaz de influir en personas ajenas a su reino: Angra.

—No, Cerie. Solo los droga —replica Lekan, inseguro—. ¿No?

Pero Ceridwen se lanza entre Lekan y yo y corre hacia el camino y más allá, hacia donde espera la caravana. Lekan la aferra del brazo y la obliga a parar, pero ella se zafa y lo señala con un dedo firme.

—Te necesito en el suelo —dice, y gira hacia mí—. Y tú… me *debes* una, reina de Invierno. Tu chakram me serviría mejor sobre un techo. Pero tu guardia debería venir conmigo.

—No vine a pelear por usted —declara Conall—. Vine a proteger a mi reina.

Los labios de Ceridwen tiemblan al renovarse la furia, pero tomo a Conall por su brazo bueno; mi cuerpo se mueve independiente de mi mente alborotada y caótica.

—Iré al techo —le digo—. Puedes quedarte en el suelo debajo de mí. Pelea aquí abajo.

Angra. ¿Simon controla a personas que no son sus súbditos? No, no, ella tiene que estar equivocada…

Conall no parece nada convencido, pero oye la orden en mi voz y asiente brevemente.

Ceridwen gruñe con aprobación y da otro paso atrás.

Lekan hace ademán de seguirla.

—Espera…

La mirada furiosa que ella le dirige podría horadar una pared de ladrillos.

—Lleva demasiado tiempo haciendo daño a nuestro reino, y si está usando la magia en los no veranenses…

Quiero gritarle; una oleada de miedo se levanta en mi interior. No, no puede ser la Decadencia… *no puede* ser magia. Hace meses que no hay señales de Angra ni de su oscuridad.

Pero la Decadencia necesita dónde alojarse, como toda magia. Tiene que provenir de alguien…

Lekan aprieta la mandíbula, y el modo en que empieza a avanzar me hace pensar que ella lo empujó demasiado. Sin embargo, se queda allí, con los músculos tensos, mirándola con ojos que dicen más que cualquier palabra. Finalmente asiente, un solo movimiento firme de la cabeza. Ceridwen esboza una sonrisa mortal y luego se aleja corriendo y dobla la esquina. Lekan la sigue, ya con un par de cuchillos que sacó de alguna parte de su manto.

Los observo hasta que ya no veo sus sombras en la calle. La ciudad está en silencio, a no ser por el rumor lejano de la gente dedicada a sus tareas diarias y, más cerca, voces ásperas de soldados. Miro a Conall, pero solo se queda esperando. No leyó la amenaza en las palabras de Ceridwen. No llegó a la misma conclusión que me aterra.

La magia de Angra no se disipó.

Podría estar vivo.

Me obligo a hacer una seña con la cabeza a Conall; él se dirige a la esquina del edificio y se funde entre las sombras entre esta calle y la siguiente, hacia donde corrieron Ceridwen y Lekan.

No me doy tiempo para hacer nada más: ni pensar, ni reflexionar en todo lo que amenaza destruirme desde adentro. Por ahora, por este instante fugaz, soy solo una chica que ayuda a poner fin a un acto terrible. No soy más que la tensión en mis brazos mientras trepo por el costado de un edificio, ventana a ventana, cornisa a cornisa. No soy más que el estremecimiento que me recorre los brazos, de pie en el techo, cara al viento.

Angra está vivo.

Está vivo.

Está…

Esas palabras se repiten en mi mente junto con mi pulso, y subo con pasos lentos y cautelosos por las tejas de arcilla del techo, me agacho y espío la plaza, tres pisos más abajo.

Solo concéntrate en esta tarea. Ayuda a Ceridwen. Quizá vea algo que explique lo que Simon está haciendo; quizá todo tenga su explicación.

Y eso, francamente, me aterra más que cualquier otra cosa.

Los edificios forman una jaula en torno a una plaza pequeña de empedrado amarillo pálido. Los colores vibrantes de Rintiero resplandecen a la luz del día, y los

edificios de color magenta y melocotón forman un fondo abigarrado para las personas que están en la plaza.

El carruaje manchado de Verano está rodeado por quince soldados que conversan alegremente, conscientes solo a medias de que deberían estar vigilando. Se pasan entre ellos una jarra de vino y sus risas se elevan por el aire. Del carruaje surgen más risas, junto con otros ruidos que me revuelven el estómago.

Una de las puertas del carruaje se abre. Simon desciende y da un paso con aires de importancia, inconfundible por el suave resplandor escarlata que irradia el conducto en su muñeca. Mis ojos se clavan en el objeto, y el asco en mi estómago se empieza a convertir en pavor. Tal vez Ceridwen se equivocó. Tal vez Simon sí drogó a los extranjeros, como pensaba Lekan.

O tal vez Angra se alió con Verano, siempre estuvo aliado con ellos. O quizás la Decadencia sí mató a Angra y buscó un nuevo portador, y es demasiado tarde para impedirlo.

Simon da una orden a uno de sus guardias y vuelve a subir al carruaje.

Llega un gemido ahogado del otro lado de la plaza. Levanto la vista justo a tiempo para ver desplomarse a un soldado veranense, al tiempo que sale de las sombras una figura roja borrosa. Ella no vacila en avanzar contra el siguiente, y a esta altura otros soldados la han visto y gritan que los atacan. Nadie ve a Conall en la calle, escondido en las sombras, ni a mí en el techo encima de él.

Me arrodillo y arranco el chakram de su funda, sin pensar en otra cosa que en calcular cuál de los soldados será el mejor blanco, a cuál le puedo tirar más limpiamente. El chakram sale volando de mi mano con un movimiento fácil y familiar, y en ese momento no me parece que hayan pasado meses desde la última vez que lo arrojé. Siento como si lo hubiera hecho cada día de mi vida, y se desliza por la pierna de un soldado veranense antes de regresar a mi mano.

—¡Hermana!

La voz de Simon, con su tono altanero, resuena contra los edificios que lo rodean. Me agacho y recorro la escena con la mirada mientras Simon baja de su carruaje y sus hombres retroceden. ¿No van a atacar?

A Ceridwen y Lekan también les resulta extraño. Están espalda contra espalda justo frente a mí, sus armas resplandecientes y ensangrentadas, ambos jadeantes pero listos para atacar. Simon no ordena a sus hombres que vuelvan a acometer, ni permite que sus soldados ataquen a los dos intrusos.

Camina hacia Ceridwen y su voz resuena en toda la plaza con intención.

—¿Qué te trae a la zona de peor fama de Rintiero? No puedes ser tú quien está tras los ataques a mis carretas. Sé que mi hermana nunca se volvería así en mi contra.

Apenas las palabras de Simon llegan a mis oídos, Ceridwen grita.

Cae de rodillas y suelta las armas, que dan con estrépito contra el empedrado. Lekan se lanza hacia ella pero los soldados lo retienen, y Ceridwen vuelve a gritar, retorciéndose en el suelo. No hay nadie cerca de ella, nadie la toca, ni siquiera hay…

Es Simon. Está usando su conducto para lastimarla.

Y toda magia que se use para hacer daño alimenta a la Decadencia.

Me inclino hacia atrás hasta que diviso a Conall. Él ve lo que está pasando desde su escondite entre los edificios, y cuando me muevo levanta la vista hacia mí.

Lo señalo, y luego señalo hacia el palacio.

Avísales, le pido. *La magia oscura de Angra*.

Si se tratara de cualquier otra amenaza, no pensaría siquiera en usar mi magia, pero ahora no puedo tener miedo de nada que pueda ayudarme.

El rostro de Conall palidece, conmocionado al llegarle mi orden, que pone su cuerpo en acción del mismo modo que otros usan sus conductos para dirigir a los soldados en un campo de batalla. Sacude la cabeza, pero su rostro revela una resignación que se contrapone a su protesta.

Ve, lo obligo.

Conall frunce el ceño y se aleja corriendo por las calles, lejos de los veranenses.

Una vez que se pierde de vista, vuelvo a subir por el techo, clavando los dedos en las tejas. Ceridwen ha dejado de gritar y mira fijamente a Simon, que camina entre sus soldados con pasos lentos y provocadores hacia ella. La mira inclinando la cabeza, se detiene y mira por encima del hombro.

En ese momento, alcanzo a ver la confusión en su rostro. Examina su conducto, haciendo girar el brazalete en su muñeca, y mira frente a él, hacia mi derecha.

Sigo su mirada y se me va el alma al suelo.

—Princesa Ceridwen —dice Raelyn en tono meloso. La plaza se llena de soldados ventrallinos mientras ella avanza con pasos controlados—. Qué bueno que pudo acompañarnos.

Simon se acerca a ella.

—Este no es el plan. Es mi prisionera, yo me encargo de ella.

El cabello de Raelyn cae en rulos desordenados en torno a una máscara de seda que hace juego con su vestido, un torbellino de esmeralda y obsidiana que parece ondular mientras se acerca a Simon. Sus soldados se apostan alrededor de la plaza, formando barricadas para que nadie pueda salir. Incluso a las personas que están en el carruaje, algunas de ellas veranenses, algunas yakimíes, todas marcadas, las hacen bajar a la rastra y las acorralan, acobardadas, a un costado de la plaza.

Pero Raelyn solo tiene ojos para Ceridwen, una mirada que es una mezcla de alegría, furia y satisfacción, y no entiendo por qué está tan embelesada hasta que inclina la cabeza y Ceridwen grita.

Simon no es el único que está usando la Decadencia. Cada vez que Raelyn hace un movimiento, Ceridwen grita y su cuerpo se dobla en ángulos poco naturales. Mi mano aferra el chakram con fuerza, pero estoy paralizada en el techo.

Una persona *que no tiene conducto* está usando la Decadencia.

Entonces, ¿se alojó en otra persona? A juzgar por la confusión en el rostro de Simon, no se alojó en él.

Cuando se creó la Decadencia, se alimentaba de las miles de personas que usaban sus pequeños conductos para el mal. Hacía que los pensamientos más oscuros y siniestros de la gente fueran lo único que ocupaba su mente, y quienes tenían conductos recibieron además una dosis extra de fuerza y poder. Siempre ha podido afectar a la gente, independientemente de su linaje; Theron y yo pudimos comprobarlo en April. Los conductos normales no pueden afectar a quienes no son de su reino; la Decadencia constituye la excepción a esa regla. Es el puente entre linajes, creado durante un tiempo en que todo el mundo tenía un conducto, sin importar su linaje ni su reino.

Al romper Mather el báculo de Angra, quizás este se convirtió en el conducto de Primavera, y la Decadencia se volvió lo bastante fuerte para infundir malos deseos y magia maligna en todas las personas. Es probable que ahora la Decadencia, Angra y Primavera sean una misma cosa, una entidad mutada y retorcida de maldad infinita que transgrede todo lo que sabíamos sobre la magia.

Lo cual da lugar a la pregunta aterradora…

Si Angra está vivo, ¿dónde está? ¿O acaso, al cabo de siglos de alimentarse de Angra, la Decadencia adquirió la fuerza suficiente para infectar a quien se le antoje?

Siento un gran peso en mí. No puedo salvar a Ceridwen y a Lekan, no ahora, no aquí, porque solo puedo usar mi magia sobre los inverneños. Entonces me quedo observando con horror e impotencia mientras Raelyn se detiene junto a Ceridwen y mueve la cabeza hacia atrás y adelante examinando a la princesa de Verano, caída a sus pies.

—Esto es mejor que lo prometido —dice, alzando la voz para que todos la oigan. Disfruta de tener ese público, los veranenses atónitos y sus desdeñosos soldados ventrallinos.

Simon avanza y algunos soldados veranenses lo siguen, armas en mano.

—¿Qué estás haciendo? Esto no es…

Raelyn hace una seña para que algunos de sus hombres detengan a los soldados veranenses. Cuando estos están tan indefensos como Lekan, mira a Simon.

Simon cae de rodillas ante ella y ahoga una exclamación como si una mano invisible estuviera cerrándose lentamente sobre su garganta. Su rostro se pone de un púrpura subido, y Raelyn pasa sus largos dedos por el cabello desordenado de él.

—Mi querido rey de Verano —dice—. Temo que nada va a suceder de acuerdo con tu plan.

—Angra… me prometió —jadea Simon, con esfuerzo que se refleja en sus brazos apretados y su rostro cada vez más oscuro.

Me agazapo detrás del techo, temblando tanto que el edificio también parece sacudirse. Las palabras de Simon resuenan implacables en mi mente.

Angra me prometió.

—Aliar a Verano con Primavera. —Raelyn lo reprende como si no fuera más que un niño travieso—. Sí, lo sé. Pero no habrás pensado realmente que alguien tan

poderoso se aliaría con *Verano*, ¿o sí? Angra solo te dio magia real para mantenerte ocupado mientras los verdaderos gobernantes decidían qué se haría con tu país. —Hace una pausa, sin dejar de acariciarle el cabello mientras Simon tose y se ahoga—. Y decidimos que Verano será más útil a nuestro nuevo mundo sin su linaje de conducto. Así que, como ves, Primavera no va a aliarse contigo. No te necesitamos en absoluto.

Al estar Raelyn concentrada en Simon, el dolor de Ceridwen se apacigua y su cuerpo se relaja. Se apoya en los codos y clava los dedos en el empedrado mientras mira a Raelyn como si la reina ventrallina fuera más una bestia rabiosa que una persona.

—¿Magia real? —se atreve a preguntar Ceridwen.

—Primavera. —Raelyn se vuelve hacia ella, sin dejar de ahogar a Simon—. Descubrieron la verdadera fuente de poder, y no se trata de chucherías impregnadas con la magia de siglos. Primavera tiene un poder más grande que cualquier conducto.

Ceridwen mueve la cabeza.

—¿La magia oscura de Angra? ¿Después de lo que le hizo a Invierno, después del control que impuso a su propio pueblo? Estás loca. Es solo una forma más de esclavitud. ¡Jesse nunca permitirá esto!

Ceridwen calla, con la mirada fija en Raelyn. Ese nombre queda resonando entre ambas. *Jesse*.

—Tienes mucha razón —gruñe Raelyn, y la patea en el estómago. Lekan grita, pero nadie le presta atención; todos están absortos en la tempestad que está desarrollándose entre la reina ventrallina y la princesa de Verano—. Jesse es demasiado débil. Tendrá miedo de este poder, y condenará a este reino como lo hizo cuando se acostó *contigo*. Pero ya no lo necesitamos… *yo* no lo necesito.

—No… —jadea Ceridwen con voz ahogada, inhalando a bocanadas irregulares.

Raelyn se recoge la falda y estampa el pie contra la garganta de Ceridwen, y presiona al tiempo que le grita.

—Voy a matarlo, dulce niña. Voy a matarlo a él y a todos esos mocosos, y hasta al último del linaje del conducto ventrallino, porque no los necesito. Se acabó el tiempo de los Conductos Reales. Llegó la era del verdadero poder.

—Basta… Raelyn… —logra escupir Simon, sin aliento—. ¡Déjala en paz!

Como un remolino verde y negro, Raelyn da media vuelta apartándose de Ceridwen. Como si presintiera lo que va a ocurrir, como si cada momento hubiera sido un peldaño para llegar a este fin inevitable, Ceridwen intenta incorporarse sobre rodillas y manos.

—¡Nooo!

Raelyn gira la muñeca, Simon inhala una sola bocanada temblorosa y su cuello se quiebra, y se oye el chasquido áspero de una muerte rápida y fácil.

El grito de Ceridwen se apaga y ella se queda allí, observando cómo el cuerpo inerte de su hermano cae sobre el empedrado. Los otros soldados veranenses se

ponen en movimiento, pero los soldados ventrallinos son más rápidos, y pronto la plaza queda bañada en tanta sangre veranense que cuesta imaginar que alguna vez el empedrado tuvo otro color que este rojo horrendo. Los esclavos marcados de Verano y Yakim caen de rodillas, asustados, y se salvan por su mansa rendición. Incluso Lekan queda con vida; cuelga flácidamente sostenido por ventrallinos y mira a Ceridwen con pura tristeza.

Ceridwen no reacciona cuando Raelyn la aferra por el cabello y le echa la cabeza hacia atrás para escudriñar sus ojos.

—¿No viniste para esto, acaso? ¿Para matar a tu hermano? Te ahorré el problema de tener que asesinar a alguien de tu propia familia. Deberías agradecerme. —Raelyn tuerce hacia atrás el cuello de Ceridwen y esta lanza un grito de dolor—. Vas a darme las gracias, Princesa. Vas a rogarme que te mate, y antes de que te conceda ese deseo, lo último que me dirás será *gracias*.

El chakram abandona mi mano; mi gran hoja circular surca el aire girando, pero apenas despega sé que no apunté bien, pues el horror me hace temblar el brazo y me desvía la puntería.

Roza el hombro de Raelyn, varios centímetros por debajo de donde era mi intención acertar. Raelyn grita con una mezcla de dolor y furia. Todos los ojos en la plaza siguen la trayectoria del chakram de regreso hasta mí, y cuando salto para atraparlo, vuelan las flechas.

Caigo de espaldas, escondida por la inclinación del techo, con el chakram contra el vientre. Las flechas perforan el tejado detrás de mí con fuertes golpes y algunas rozan la cumbrera justo encima de mi cabeza, y llueven sobre mí trozos de tejas.

—¡Alto! —grita Raelyn, y las flechas cesan.

Me quedo tendida, con un pie trabado contra unas tejas para no resbalar por el techo.

—¿Reina de Invierno? —me llama Raelyn, con tono provocador, y me maldigo por dejar que fallara mi puntería—. No voy a matarla, reina de Invierno. Ese honor ha sido reservado para otro rítmico. Sin embargo, sí la entregaré a él, así que pórtese bien y ríndase ahora. No hay manera de escapar de esta revolución.

Frunzo los labios y trato de sacar fuerzas de la venganza, por el modo en que Raelyn está tratando a Ceridwen. Del horror, por el asesinato del rey de Verano. De la comprensión cruda e inevitable de que todo esto, cada momento de este viaje, fue una trampa. Una trampa en la que no solo caí, sino que además ayudé a construirla. ¿Quién más está bajo el poder de Angra?

Raelyn dijo *otro rítmico*.

Noam. Cordell.

Me levanto rápidamente y preparo mi chakram, sabiendo que esta vez no voy a fallar. Raelyn morirá, y esa sonrisa presumida será la última expresión que forme su rostro. Pero cuando me yergo por encima de la cumbrera del techo, mi cuerpo da un

respingo hacia atrás; mi instinto advierte la amenaza antes de que mi mente alcance a comprenderla.

Soldados ventrallinos. Cinco, subiendo por el techo. Raelyn me distrajo el tiempo suficiente para que treparan por el edificio y se me acercaran.

Echo a correr por el techo y enfundo mi chakram. Vuelan las flechas mientras salto hacia el techo empinado del edificio contiguo. Mis botas se tuercen, caigo sobre los codos y ruedo por la pendiente. Una flecha me roza un brazo, un corte profundo que me provoca una mueca de dolor, pero no tengo tiempo para que eso pues pierdo pie y caigo por el aire.

Otro edificio, un piso más bajo, detiene mi caída y algunas tejas se quiebran cuando aterrizo. Pero este es infinitamente más plano y echo a correr otra vez, ignorando el dolor en el brazo. Un vistazo me indica que los soldados ventrallinos están justo detrás de mí, a un techo de distancia y acercándose. Salto por el aire y me aferro al borde del siguiente edificio. Una vez que estoy sobre él, diviso el palacio al noreste; sus colores abigarrados se destacan contra la extensión verde del parque. Me encamino hacia allá a toda velocidad, apuntando al siguiente edificio, que tiene un piso más que este pero es fácil de alcanzar…

Hasta que un soldado ventrallino aparece de un salto frente a mí, se pone de pie y desenvaina una espada en un solo movimiento. Saco mi chakram y lo hago cantar por el aire, pero el soldado lo ve venir, sabe que es mi arma elegida y lo desvía con su espada. El chakram cae con ruido metálico contra las tejas curvas de arcilla, el soldado lo patea hacia atrás y el arma cae a la calle con estrépito.

Giro para correr en la dirección contraria pero me detengo abruptamente. Los otros cuatro soldados ventrallinos están de pie en el borde del techo, espadas en mano. Estoy rodeada, desarmada, uno de mis aliados está preso (o algo peor) en manos de las personas que ahora me rodean acercándose más y más…

Y es por eso que, cuando los soldados empiezan a caer frente a mí, uno por uno, me cuesta entender lo que está pasando.

Unas manos suben más allá del techo, aferran a los soldados por los tobillos y hacen caer a dos, mientras un cuchillo aparece de la nada y se aloja en el vientre de un hombre. Otro soldado cae cuando una chica se le sube de un salto a la espalda, le corta la garganta y gira todo su cuerpo en torno a él; al girar, sus piernas vuelan, lo empuja y lo voltea por encima del borde.

Apenas tengo tiempo de registrar quiénes son estas personas cuando el soldado que está detrás de mí grita. El techo tiembla bajo sus pasos pesados. Me doy vuelta y me agazapo, levantando los brazos como si pudiera repeler su espada con los puños.

Pero el soldado se detiene, con el cuerpo rígido, y su boca se abre con un estertor. Se aferra una parte del pecho, un agujero que poco a poco le va saturando el uniforme con sangre, y cuando cae sobre las tejas veo a un hombre detrás de él. Un hombre que tiene en una mano una espada ensangrentada; en la otra, mi chakram, y los ojos color zafiro clavados en mí.

—¿Estás bien? —pregunta Mather.



Mather

Una sola palabra impulsó a Mather durante todo el viaje desde Invierno a Ventralli.

Cuando él y el Deshielo llegaron al Feni, vieron docenas de barcos cordellanos recién atracados, soldados desembarcando para inundar Invierno con refuerzos… *adelante*.

Cuando abordaron el barco más pequeño, lo botaron al agua en el silencio de la noche y se alejaron bogando de su reino nuevamente esclavizado… *adelante*.

Cuando navegaron río arriba, apiñados en esa embarcación irritantemente pequeña, sin nada que hacer durante días más que pasearse por la cubierta y mirar pasar el paisaje, y planificar, pensar, preocuparse… *adelante*.

Adelante, *muévete, pelea*… Todo el cuerpo de Mather era una flecha que se tensaba más y más contra una cuerda, lista, tan lista…

Ninguno de los integrantes del Deshielo intentó hablar con él sobre lo ocurrido. Nadie mencionó la muerte de Alysson, ni la ocupación de Cordell, ni el posible destino de Meira. Se limitaban a patrullar el barco, en silencio, obedeciendo las órdenes de navegación de Mather (que eran rudimentarias, en el mejor de los casos, ya que apenas había navegado un puñado de veces en su vida).

Cuando Mather empezó a aprender a pelear, en su niñez, le parecía más bien un juego elaborado que se jugaba con armas de madera y una armadura tosca. Solo la primera vez que mató a alguien, a los once años, tomó conciencia de la seriedad del asunto. Había salido en lo que debía ser una simple misión de reconocimiento con William y se habían topado con una patrulla de Primavera. Solo tres hombres, pero mientras Sir se enfrentaba a los dos que lo atacaban, Mather desenvainó su espada y sus músculos se movieron por instinto, de modo que ni siquiera tenía la sensación de ser él quien peleaba. Una interacción desapegada y borrosa que había acabado con sangre en las manos y un cadáver a sus pies.

La conmoción de caer en la cuenta de que las cosas que William había estado enseñándole no eran un juego sino una herramienta para *matar personas* fue uno de los momentos más traumáticos de su vida. Siempre había sabido cuál sería el resultado de una pelea, por supuesto, pero no lo había entendido, no lo había *sentido*, hasta ese momento.

Y Mather sabía que eso mismo le había pasado a su Deshielo.

Ahora tenían armas de verdad; habían visto surgir ante sus ojos la razón de su entrenamiento. No era un juego que estuvieran jugando para pasar el tiempo. Esa era la diferencia entre un reino libre y la esclavitud, la felicidad y la desdicha, la vida y la muerte.

Este era el futuro de su reino. Ellos siete, apenas más que unos niños, con un entrenamiento que a duras penas los había preparado para derrotar soldados si contaban con el beneficio de la sorpresa y los números.

Pero Primavera había sido derrotada por muy pocos… aunque los refugiados del campamento nómade de Invierno habían sido guerreros hechos y derechos, no adolescentes.

No había lugar para dudas. Ni para preocuparse.

Adelante.

Llegaron a Rintiero unas horas antes del anochecer, y los siete desembarcaron a toda velocidad como un torbellino de cabello blanco y desesperación. Había bastante silencio en los muelles; había barcos bogando perezosos con la corriente y marineros acomodando sus implementos para la noche.

—¿Y ahora adónde vamos? —preguntó Phil mientras los demás miembros del Deshielo se desperezaban y miraban boquiabiertos la ciudad que tenían ante ellos; sus rostros reflejaban una mezcla de alivio por estar en tierra firme y asombro por estar tan lejos de casa.

Pero Mather no podía parar y dejarlos vivir su asombro. Asintió en respuesta a Phil y se puso en marcha por el muelle; aferró a la primera persona que se le cruzó: un marinero que estaba enrollando una cuerda en su brazo.

—La reina de Invierno —le dijo Mather, sin rodeos—. ¿Está aquí? ¿Le ha ocurrido algo?

El marinero chilló de dolor por la fuerza con que los dedos de Mather le apretaban el antebrazo.

—Yo… eh… ¿qué? ¿Quién…?

Mather lo sacudió.

—¿La reina de Invierno está aquí?

—¡S… sí!

Está aquí. ¿Está viva? No te desconcentres. ADELANTE.

Mather aferró al hombre con más fuerza.

—¿Está en el palacio? ¿Dónde queda?

El marinero asintió, temblando, mientras miraba por encima del hombro de Mather. Seguramente el Deshielo estaba detrás, y Mather se dio cuenta de lo extraño que resultaría el hecho de que un grupo de inverneños apareciera en el muelle y rodeara a un pobre marinero ventrallino que probablemente no estaba pensando en otra cosa que en una jarra de cerveza y una cama cálida.

Mather soltó el brazo del hombre, dio un paso atrás y levantó las manos para indicar que no le haría daño. Necesitó toda su fuerza para hacerlo; su impulso de ir *adelante, adelante, PELEAR* se contraponía a su convicción de no aterrar innecesariamente a personas inocentes.

—Cre… creo que sí… —El marinero señaló hacia el noroeste—. El complejo está por allá… un bosque, en medio de la ciudad…

Mather le dio una palmada en el hombro en señal de buena voluntad, pero el movimiento hizo que el hombre chillara y se cubriera la cabeza con los brazos.

—Lo siento. Gracias.

Mather echó a correr.

Todos lo siguieron, Phil esforzándose por ir a la par de Mather.

—Nos tenía miedo.

Mather lo miró brevemente; la tensión de su cuerpo empezaba a aflojarse a medida que sus músculos, entumecidos por el tiempo pasado en el barco, se estiraban con la carrera.

—Sí.

Phil sacó pecho.

—Nunca pensé que alguien se sentiría intimidado por *mí*.

Mather cortó camino por un callejón que llevó al Deshielo hacia el noroeste.

—Puede ser porque éramos más que él. Puede ser porque lo sorprendimos. O tal vez porque vio que éramos inverneños y queríamos una represalia.

Phil lo miró, intrigado.

—¿Represalia? ¿Por qué?

Por algo que Mather no soportaba decir en voz alta. *Por haber permitido la muerte de nuestra reina en su suelo*.

—Tal vez nos mintió respecto de Meira.

Phil esquivó un barril que había en el medio de la calle empedrada y palideció al entender. No dijo nada más; solo apretó el paso, a la par de Mather.

Se detuvieron una vez más para preguntar la dirección exacta del palacio, y eso los condujo a un bosque exuberante y decorativo. Del bosque salían varias calles más pequeñas, y en el frente se abría un pasaje grande y ornamentado, pero Mather apartó al Deshielo de la entrada principal y optó por avanzar con más sigilo. ¿Quién sabía qué los esperaba más allá de ese bosque?

A la izquierda había un sendero que parecía más prometedor: angosto, solo para ir a pie, seguramente era una entrada para sirvientes. Pero cuando Mather se desvió hacia allí, Hollis lo tomó del brazo.

—Mi señor —susurró como en un gruñido grave, señalando hacia la derecha, donde un camino ligeramente más ancho salía del bosque desde más atrás del palacio. Por ese camino avanzaba un contingente de soldados, decenas de ellos, todos ataviados para la guerra, con armas, armaduras y caballos. En medio del grupo cabalgaba una mujer ventrallina, cuyo porte hablaba de dinero y privilegios.

El grupo salió del bosque a la ciudad con la decisión de quien tiene una meta ante los ojos.

Mather dio un paso adelante y los observó perderse entre los edificios coloridos.

—¿Mi señor? —preguntó Hollis.

—¿Para qué necesitaría una mujer de la nobleza semejante grupo de soldados? —se preguntó Mather.

Trace gruñó.

—Para nada bueno.

—Exacto —concordó Mather; salió a la calle y siguió al grupo.

Nadie cuestionó por qué decidió seguir a los soldados en lugar de entrar al palacio, y honestamente, la única excusa que se le ocurría era que se lo indicó el nudo que sentía en el estómago. Tantos hombres, liderados por una mujer que, a pesar de su máscara ventrallina, irradiaba un aire de malicia… de todo eso no podía salir nada bueno.

Y conocía a Meira lo suficiente para saber que, dondequiera que estuvieran ocurriendo cosas malas, allí estaría ella.

Guardaron una distancia de varias cuadras entre ellos y los soldados, mientras se internaban más en Rintiero. Caía la tarde, y sus sombras podían delatarlos. Mather hizo que el Deshielo aminorara la marcha y se quedó tan atrás como pudo sin perder de vista al contingente.

Por eso, cuando al fin se produjo el enfrentamiento, Mather y el Deshielo llegaron a la plaza en el momento en que caía el cuerpo del rey de Verano; el conducto que llevaba en la muñeca proclamaba su identidad a todo el mundo.

—Maldición —dijo Mather, y atrajo a Phil hacia las sombras del callejón que casi los había llevado al centro mismo de la refriega. Los demás integrantes del Deshielo se apiñaron detrás de ellos en la oscuridad.

La mujer, cuyo discurso amenazador la delataba como la reina ventrallina, se volvió hacia una muchacha veranense, paralizada por la conmoción, que miraba el cuello torcido del rey. Mather no oyó lo que la reina le decía; la sangre le palpitaba en los oídos mientras miraba asombrado el cuerpo sobre el empedrado.

De alguna manera, la reina de Ventralli le había quebrado el cuello al rey de Verano. Y sin remordimientos, a juzgar por la actitud superior que demostraba ahora ante la muchacha.

El pavor ascendió veloz por el cuerpo de Mather y lo convirtió en piedra; con un brazo, sostenía a Phil contra la pared a su lado.

Si la reina ventrallina había matado al rey de Verano…

¿Qué le había hecho a Meira?

Los ojos de Mather recorrieron rápidamente la plaza, pero no había otros cadáveres. ¿Y el palacio? Tenían que volver. ¿Sería esto una especie de golpe por parte de la reina de Ventralli, o el rey también estaba involucrado? ¿Acaso había

capturado a Meira y estaba atormentándola como esta reina atormentaba a la muchacha veranense?

En el cuerpo de Mather se encendió un pavor que ardía frío y caliente a la vez, y dio media vuelta para regresar por el callejón. No podía ver nada, oír nada; solo los fuertes latidos de su corazón, que llenaban su mente de imágenes del cuerpo de Meira tendido en esas calles demasiado bonitas…

—¡Mather!

Phil lo aferró del brazo, pero no, no había nada más en esa ciudad, nada más en el mundo; solo él y Meira, y *la encontraría…*

—¡Mather! —insistió Phil—. ¡Mira!

Phil lo hizo girar justo en el momento en que divisó un proyectil, algo plano y circular que trazaba una línea desde la reina de Ventralli hasta un techo del otro lado de la plaza. La reina rugió con furia y se aferró el hombro, mientras miraba el objeto con expresión torva.

Mather se inclinó hacia adelante.

Era un *chakram*.

Observó de qué edificio había salido y todos sus músculos tensos entraron en acción.

—Síganme —dijo, y volvió a internarse en el callejón; corrió rodeando edificios, cortando por calles secundarias, trazando un camino irregular en torno a la plaza hacia el edificio del cual había salido el chakram. La adrenalina apagaba todo en él salvo los pensamientos más instintivos: *había soldados trepando por el edificio, acercándose a ella, pero eran solo cinco, fáciles de despachar; ¿ese ruido fue un choque de espadas? Seguramente la reina atacó al resto de los veranenses…*

Una sombra pasó por encima de él y llamó su atención hacia el cielo. Pasaron algunas sombras más, soldados en persecución, y Mather se detuvo abruptamente.

—Trace, ve al siguiente techo; tú serás nuestro guerrero a distancia. Los demás, suban por el lado sur del edificio, pero háganlo en silencio. Solo contamos con la sorpresa.

Se lanzaron a la acción, y justo cuando Mather saltó para alcanzar el alféizar de una ventana del edificio, algo cayó del techo y se estrelló contra la calle.

El chakram de Meira.

Se dejó caer nuevamente al empedrado, lo recogió y empezó a escalar el edificio con fuerza renovada. Ella estaba allá arriba… estaba con vida.

Santo hielo glacial, no se había dado cuenta de lo aterrado que estaba hasta que sintió el alivio que le provocaron esas palabras: como una bocanada de aire fresco que aleja el olor fétido de un campo de batalla, como la frescura de las hierbas al sanar una herida.

Al llevar el chakram en la mano le costaba más trepar, pero un segundo después de que el Deshielo alcanzara el techo, llegó él también.

El factor sorpresa dio resultado: los cuatro soldados que estaban en el otro extremo del techo cayeron sin más que alguna exclamación sobresaltada. Quedaba un hombre que bramaba de furia, de espaldas a Mather.

El soldado levantó una espada sobre la cabeza y corrió hacia adelante. Mather desenvainó su espada, se lanzó hacia él y se la clavó en la espalda, tras lo cual liberó nuevamente su espada. El soldado se desplomó, rodó hacia un costado, y entonces Mather pudo ver a…

Meira.

Estaba acurrucada, con los brazos levantados en gesto defensivo. Sus ojos pasaron del cuerpo del soldado a Mather y frunció el ceño, y Mather comprendió que, si a él le estaba costando entender lo ocurrido, seguramente ella estaba atónita.

Mather recordó la última interacción que habían tenido, la conversación que él lamentaba más de lo que podía expresar. Y si bien había vuelto a aceptar que la amaba, ella le había dicho que no quería estar con él y había pasado las últimas semanas con Theron. Para ella, nada había cambiado, de modo que aunque hasta el último nervio del cuerpo de Mather ardía de deseos de lanzarse hacia adelante y tomarla en sus brazos, se quedó atrás, preparado, listo, entregado a ella.

—¿Estás bien? —le preguntó, porque tenía que decir algo, tenía que liberarse de ese momento antes de que lo consumiera por entero.

Meira parpadeó, y la confusión abandonó su rostro con una velocidad que la dejó aturdida, atrapada entre el grito y el llanto. Y antes de que Mather pudiera explicarle o preguntarle algo más, se lanzó hacia él y se anudó a su cuello.

—Estás aquí —jadeó—. ¿Cómo es que estás aquí?

Las armas cayeron con estrépito de las manos de Mather al soltarlas para envolver a Meira con sus brazos y apretarla con más firmeza contra su cuerpo. Santo hielo, había olvidado cómo era sentirla contra él; era tan menuda pero a la vez tan fuerte, casi lo estrangulaba con su abrazo. Se aferró a ella, ahogándose en el modo en que *ella* lo abrazaba, en que hundía la cara en su hombro y sus pulmones se llenaban con inhalaciones ásperas.

Meira estaba viva. Estaba viva y a salvo, aunque Alysson no.

Mather apoyó la frente contra la sien de Meira, soltó una larga exhalación y luego inhaló más largamente aún.

—Estás bien —dijo, o preguntó; solo necesitaba sentir las palabras en el aire entre ellos.

Meira asintió, sosteniéndose contra él del mismo modo en que él seguía con la frente apoyada en ella. Respirando, reposando, usándose el uno al otro como alimento en una hambruna.

—¿Y tú? —Ella se apartó un poco pero no lo soltó, tan cerca de él, *tan cerca de él* —. ¿Cómo… por qué estás *aquí*?

Con la pregunta se puso seria y se soltó de los brazos de Mather, y miró boquiabierta a los integrantes del Deshielo, que se habían quedado en silencio detrás

de ellos. Phil miró a Mather a los ojos, con una sonrisa pícara en los labios. A la sonrisa se le agregó un levantamiento rítmico de las cejas cuando Meira tomó la mano de Mather y la sostuvo, distraída, como si necesitara el contacto para mantener el equilibrio.

Mather no se molestó en responder a la provocación de Phil más que con una sonrisa. Ahora podía respirar como hacía días que no respiraba, y esa sensación hacía que todo fuera claro y bello por un momento que, lo sabía, sería demasiado fugaz.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Meira al Deshielo, con asombro y admiración.

Mather se adelantó, entrelazando los dedos aún más firmemente con los de ella. Meira observó a cada uno de los integrantes del Deshielo con una mirada rápida y analítica, y al hacerlo, su asombro se endureció y se transformó en algo parecido a la decisión. La expresión peligrosa que su rostro había adoptado tantas veces cuando eran niños, pero ahora tenía además algo de resolución, como si hubiera pasado de ser simplemente obstinada y rebelde a canalizar esa energía hacia un objetivo.

Y Mientras Meira observaba al grupo que tenía delante, Mather comprendió cuál era ese objetivo.

Invierno.

—Ellos son los Hijos del Deshielo —los presentó—. Y tenemos mucho que contarte, mi reina.



Meira

Corremos a más no poder por sobre las casas y las tiendas de Rintiero. Los edificios de diversas alturas y formas hacen que nuestro avance se vea interrumpido cada tanto por tener que trepar a edificios más altos y descender a otros más bajos. Pero estamos en movimiento, todos; Mather y su Deshielo me siguen mientras encabezo la marcha hacia el palacio, por lo alto, por encima de cualquier bloqueo y de los soldados que pueda haber por las calles.

Cuando llegamos a la plaza, Raelyn y su tropa ya no están; solo quedan manchas de sangre como testimonio de la refriega. Ella aún tiene a Ceridwen y Lekan… tienen que estar con vida. Tienen que estarlo, porque no voy a permitirme creer que, mientras yo huía de los soldados, dejé que asesinaran a mis amigos.

El relato de Mather vuelve a pasar por mi mente mientras corro. Cómo Noam dio la orden de que los inverneños dejaran de entrenar a nuestro ejército; cómo Mather entrenó en secreto a este pequeño grupo y desarrolló una defensa para nuestro reino a pesar de la amenaza de Noam, a pesar de que yo ni siquiera sabía que mi pueblo la necesitaba. Se me inunda el corazón con una emoción fresca y violenta, una emoción a la que podría dar nombre, pero que me haría pedazos.

Mather cuidó a Invierno. Los salvó, como siempre lo ha hecho; es su propio objetivo, el que lo impulsa desde que lo conozco.

Si salimos de esto, tendré que buscar tiempo para pensar muy bien en lo idiota que fui. Por ahora, conservo la emoción de nuestro abrazo en el techo como una luz al final del túnel largo y sangriento de una mina. Otra meta a la que apuntar.

Sin embargo, Mather no sabe en qué condiciones se encuentra Invierno ahora. Si Sir pudo escapar o no, quiénes sobrevivieron. Se me hace un nudo en el estómago al pensar en Henn, cabalgando a ciegas hacia una ocupación… pero es tan capaz como Sir. En todo caso, su presencia allá será de utilidad.

Pero el detalle que me sobrecogió más que todos los demás fue el último. A Mather le temblaban los labios pero su rostro se mantuvo como un escudo estoico e impasible al murmurar: *Alysson está muerta*.

El recuerdo de sus palabras me hace trastabillar, pero me obligo a correr más rápido. Debí saber que Noam nos traicionaría. Debí saber que ocurriría todo esto… *Sabía* que ocurriría todo esto, lo sentí cada momento de cada día desde la liberación

de Invierno, pero nunca soporté enfrentar ese conocimiento. Decirle a mi gente lo que vendría, lo que Angra podía hacerle al mundo.

Los subestimé, ahora lo sé. Quizás algunos se quebraron, pero los que vienen detrás de mí, igual que Garrigan, Conall, Nessa, Dendera… sus vidas no los han quebrantado; más bien los han ayudado a convertirse en personas que saben sobrevivir.

Estas personas son las más letales de todas.

Me detengo a pocas cuadras del palacio para que los demás me alcancen. Serán rápidos y decididos, pero la adrenalina me recorre en oleadas imparables, y me arrodillo sobre el tejado y clavo los dedos en las tejas curvas de arcilla.

El rey de Verano está muerto. La reina de Ventralli está consumida por la Decadencia de Angra y planea un golpe. El rey cordellano traicionó a Invierno y lo ocupó.

Y afuera, en alguna parte, Angra está vivo.

Todo se desmorona. Mis intentos de encontrar las llaves y de mantener cerrado el barranco para impedir la diseminación de la Decadencia… todo fue para nada.

Tal vez Angra sí ganó.

Me obligo a ponerme de pie. Angra no ganará hasta que no quede nadie para luchar contra él, hasta que *yo* esté muerta.

Se me cierra la garganta al pensar esas palabras.

No. No tendré que morir. Soy la reina de Invierno; soy un conducto. Y más que eso: soy la chica que destruyó los campamentos de Angra. Soy la chica que, aun cuando todo parecía estar peor que nunca, logró salvar a todos… incluso a sí misma.

Entonces, cuando Mather y su Deshielo me alcanzan, cuando estoy rodeada por el comienzo de lo que sé que Invierno puede ser —fuerte, valiente, competente y letal—, los miro y asiento con firmeza y decisión.

Voy a detener esto. No: *vamos* a detener esto, porque ya no estoy sola.

Nunca lo estuve.

El patio del Palacio Donati está lleno de carruajes con invitados que llegan para la celebración en nuestro honor. Al ver los muros del palacio resplandecientes bajo el sol poniente, los invitados con sus atuendos ventrallinos extravagantes y brillantes, y los lacayos que acompañan a las parejas que llegan por la amplia escalinata de mármol, contengo un quejido. La celebración. Todo sigue como si nada, lo que demuestra que nadie más sabe lo que se nos ha revelado. Tal vez Raelyn no regresó; tal vez corrió a reagruparse en otra parte. Tal vez estoy a tiempo para avisarles a todos.

Pero aun mientras esas palabras resuenan en mi corazón, las siento livianas. Nunca nada es tan fácil.

Camino por el patio, cruzándome con los invitados que llegan y con los lacayos que miran sorprendidos mis pantalones raídos, la herida de flecha en mi brazo y mi

séquito de inverneños maltrechos. Algunos criados corren hacia mí y tratan de impedirme el ingreso al palacio, pero los silencio con una mirada severa y mostrándoles mi relicario. Saben lo que es, y saben quién es la única persona que lo llevaría puesto, aunque esa persona tenga ahora un chakram sujeto a la espalda.

Una vez adentro, sigo los pasos de los invitados hacia el salón de baile, por corredores altos y blancos con espejos dorados. De vez en cuando me veo en esos espejos, imágenes olvidadas de una niña con una trenza blanca, los puños cerrados y mirada torva. Mi cuerpo vibra, los tensos momentos de paz antes de que un muro de nieve se desplome en una avalancha, de modo que me concentro solo en el próximo paso; tengo miedo de disolverme si pienso más allá de eso.

Camina más rápido. Da vuelta aquí. ¿El chakram? No, sin armas por ahora. Más despacio. Dale tiempo a Mather a alcanzarte.

El salón de baile aparece a nuestra derecha: una serie de puertas abiertas de las que provienen oleadas de música ligera de cuerdas mezclada con risas y el tintineo de copas. Me detengo, la mirada fija en el salón en forma de lágrima; mi corazón late como una criatura viva y decidida que intenta abrirse camino para salir por mi garganta. Las paredes del salón son de un color melocotón pálido, y el piso, de mármol blanco y dorado. Una de las largas paredes cóncavas del salón está formada por ventanas, que dejan ver la luz mortecina del anochecer y el jardín de cristal. Ceridwen me habló del jardín mientras viajábamos desde Yakim, cómo cada planta está hecha de vidrio; otro ejemplo de las maneras en que este reino intenta hacer de las cosas algo artificialmente perfecto.

Pienso en Ceridwen y me clavo los dedos en el vientre. La buscaré cuando termine aquí. La salvaré como debí salvarla apenas Raelyn llegó a la plaza.

Mis ojos van de las ventanas a la multitud. Hay aquí por lo menos dos docenas de personas, en su mayoría ventrallinas de cabello oscuro y ojos color avellana, todas con esas máscaras irritantes. Hacen que sea imposible buscar una cara conocida, y examino a cada persona en busca de algún atributo reconocible: cabello rubio de Cordell, o el conducto de Ventralli colgado de la cadera de un hombre.

Unos brazos me rodean el cuello, y me invade el miedo hasta que reconozco la voz de Nessa.

—¿Dónde estabas? —murmura—. Conall volvió, y pensamos… pensamos que había ocurrido algo, y…

La aparto de mí; sus hermanos aparecen entre la multitud, con expresiones en las que se mezclan la preocupación y el enojo. Detrás de ellos viene Dendera, que deja bien a las claras lo que siente: llega frente a mí a toda prisa, los labios apretados, y me clava los dedos en el brazo.

—¿En nombre de todo lo frío, por qué enviaste a Conall de vuelta sin ti?

Se detiene y mira a Mather y a los demás inverneños que me rodean. Cuando vuelve a mirarme, con ojos dilatados, su inquietud se convierte en preocupación.

—Raelyn mató a Simon —me oigo decir—. Y Noam…

La música se interrumpe en medio de una canción, y los violines chillan cuando los músicos dejan súbitamente de tocar. Es la misma clase deliberada de ruido que cuando Lekan llamó a la puerta del estudio de Jesse, o la rama que se quebró bajo las botas de Sir a su regreso al campamento. Es el sonido de cosas que empiezan, y al darme vuelta veo a Raelyn en el escenario de los músicos, en el rincón, con las manos unidas sobre su falda, la seda verde de su máscara resplandeciente bajo la luz.

Me invade el pánico. ¿Cómo regresó tan rápido? Nosotros no hicimos buen tiempo por los tejados de Rintiero, y ella tenía caballos y libre paso por la ciudad. Además, ella controla esta situación; probablemente planeó cada momento al enterarse de que Ceridwen había ido a enfrentar a Simon.

Ceridwen. El pánico que siento se vuelve salvaje y caótico. ¿Qué le habrá hecho Raelyn? ¿Dónde estará?

—¡Raelyn!

Su nombre escapa de mi garganta y me lanzo hacia adelante. Mis ojos se posan en el vendaje apenas perceptible que tiene en el hombro. El instinto recorre mis dedos y llena mis músculos con la necesidad de desenfundar mi chakram y cortarle el cuello, esta vez sin errores de puntería. Pero ahora hay demasiada gente en medio, y me aplaca saber que no saldrá viva de este salón. No la dejaré.

Raelyn sonríe de costado mientras me abro paso entre el gentío para que me sigan mis inverneños. Los siento moverse detrás de mí, siento el silencio que cae sobre todos cuando llego al escenario.

—Reina de Invierno —dice Raelyn con un sonsonete, inclinando la cabeza—. ¿No está disfrutando la celebración?

La gente murmura confundida, y percibo oleadas de incomodidad por la interrupción poco ortodoxa. No me molesto en disimular mi furia. Ya no puedo darme el lujo de ser correcta.

—Deberías haber huido, Raelyn. —Señalo su brazo—. La segunda vez, no fallaré.

La gente que me rodea se mueve, incómoda, y Jesse se abre paso a empujones. Todavía tiene puesta la ropa de antes; esta vez no se molestó en ponerse colores acordes a los de su esposa. Tiene el cabello oscuro brillante recogido en una coleta, y nos mira alternativamente a Raelyn y a mí.

—¿Qué pasa?

Raelyn suspira.

—Bueno, supongo que ya no está de más que lo sepas, cariño.

Sus palabras destilan veneno, oleadas ponzoñosas que hacen que Jesse dé otro paso adelante, y la multitud retrocede un paso igual.

Raelyn enfrenta a la gente, con una sonrisa tan letal como el tono de sus palabras.

—Gracias a todos por acompañarnos. La reina de Invierno, la familia real de Verano y el príncipe de Cordell se han reunido en una gira de paz. La unificación es, sin duda, una hazaña que merece celebrarse.

Divisa algo en el fondo del salón y esboza una amplia sonrisa. Miro por encima de mi hombro.

Noam.

Mather me aferra al verme a punto de lanzarme, e impide que desate una carnicería en el salón del trono. Noam ve mi reacción; sus ojos brillan detrás de su máscara cordellana, y sus labios esbozan la sonrisa que he llegado a conocer tan bien. Condescendiente, controladora.

Voy a cortarle esa sonrisa.

—Y hoy vamos a regocijarnos con el conocimiento de que se ha logrado la unificación. —La voz de Raelyn resuena con intensidad—. Rey Noam, ¿quiere por favor acompañarme en el escenario?

Noam, sin dejar de mirarme, da un respingo. La confusión le borra la sonrisa, y ese cambio de emoción basta para avivar mis instintos aún más. Noam no esperaba que Raelyn lo llamara. ¿Por qué vino?

¿Dónde está Theron?

Noam se acerca entre la multitud, flanqueado por dos de sus hombres. Llega al escenario y, al subir, queda directamente frente a mí.

—¿De qué se trata todo esto? —pregunta, recorriendo el salón con la mirada. Ahora él también lo percibe. Esto está mal.

—Raelyn —digo, para llamar la atención de la reina—. ¿Por qué no llamas también al rey de Verano para que suba al escenario?

La gente está atenta y murmura con curiosidad. Raelyn inclina la cabeza, y en el instante en que sus ojos brillan de placer, a mí se me hace un nudo de horror en el estómago.

Se vuelve hacia una puerta abierta cercana al escenario y hace una seña a alguien que está en penumbras allí atrás. Sale un soldado con una bolsa de lona en una mano. Vuelca la bolsa sobre el escenario y, con un golpe pesado y mojado, cae la cabeza de Simon, sus ojos pardos sin vida abiertos entre mechones de su cabello rojo fuego.

La gente empieza a dispersarse. Su gritos resuenan contra las paredes de color melocotón, se rompen vidrios en el desorden, y se produce un caos mientras todos intentan llegar a las puertas. Pero nosotros nos quedamos allí: mis inverneños, Jesse, Noam, Raelyn, y sus soldados. Sin poder apartarnos de los ojos vacíos y fijos en la cabeza del rey de Verano.

Jesse es el primero en salir de su estupor. Sube al escenario, y en lo que tarda en llegar hasta su esposa, cada imagen que tengo del rey ventrallino débil y desesperado se hace añicos. Este hombre es puro músculo y poder; su cuerpo se tensa y se prepara, y en sus ojos hay más llamas que vista.

Aferra a Raelyn por los hombros y la levanta del piso.

—¿Qué le hiciste a Ceridwen? —gruñe; cada palabra es una flecha que debería atravesar el corazón de su esposa.

Pero Raelyn se limita a reír. El sonido me llena de inquietud, otra oleada de instinto, y sin saber por qué, me doy vuelta hacia la puerta que está detrás de mí.

—Theron —digo.

Theron entra al salón de baile. No trae puesta una máscara, de modo que nada me impide ver la preocupación que lo hace palidecer, y cuando llega hasta mí, no parece reparar en los demás inverneños que me rodean. Cuando abre la boca, Raelyn interviene.

—Tu prostituta está viva, al menos por un rato más —responde fríamente a Jesse.

Exhalo con alivio; una parte de mi preocupación se aplaca al saber que Raelyn todavía no ha cumplido su amenaza. Pero justo cuando mis pulmones se desinflan, unos soldados ventrallinos entran marchando por la puerta por la que entró el otro soldado: los hombres que habían acompañado a Raelyn.

Jesse se sorprende y tarda en darse cuenta de que están apartándolo de ella, de que sus propios hombres lo ponen de rodillas.

—¡Suéltenme! —les ordena en vano, y mira a Raelyn con ojos llenos de odio—. ¿Qué hacen? ¡Suéltenme!

—Ya no te obedecen. —Raelyn se acomoda el vestido, y hay un leve dejo de fastidio en su voz—. Ahora bien, ¿en qué estaba…? Ah, sí. La unificación. La unificación *de verdad*. Ya no se tolerarán los liderazgos débiles, y a los estacionales ya no se les permite llamarse reinos; bueno, al menos a tres de ellos. Verano, Otoño e… —Se interrumpe y echa un vistazo a Noam—… Invierno. ¿Puedo contárselo, o prefieres revelar tú el secreto?

Noam parece tan conmocionado como yo. Pero cuando Raelyn le habla, sus ojos la miran rápidamente y recuperan un ligero asomo de su poder.

—Cordell no es parte de un plan mayor. Invierno es nuestro, y vine a informar esta novedad a la reina.

Theron se pone delante de mí mientras su padre habla, dándome la espalda, con los hombros encorvados, y no puedo verle el rostro.

—Al fin los estacionales están donde deben —canturrea Raelyn—. ¡Qué maravilla! Invierno y Otoño han sido dominados por Cordell…

¿Cordell también ocupó Otoño?

—… Verano se ha depurado, y Primavera… bueno, Primavera es el único estacional que ha demostrado merecer la condición de reino. Será el creador de un mundo nuevo, y con su ejemplo, purificaremos a Primoria de toda insuficiencia. Ya no necesitamos los Conductos Reales; no necesitamos alianzas de linajes débiles. Formaremos nuestros propios gobiernos y reinos sobre la base de un liderazgo verdadero. —Lentamente, Raelyn da un paso adelante y se inclina en el escenario para ponerse a la altura de Theron—. Y Cordell sí es parte de este plan mayor. ¿No es así?

—¡Por supuesto que no! —grita Noam.

Theron se vuelve hacia él con la rapidez de un látigo.

—¡Tú no sabes nada de esto!

No llego a discernir si Theron lo dice como pregunta o como afirmación. Debería ser una pregunta, para obligar a su padre a admitir que no está al tanto de esto. Pero por el modo en que sus palabras quedan flotando ante él…

No. *Tiene* que ser una pregunta.

Noam empieza a perder el control; aprieta la mandíbula. Se vuelve hacia Raelyn.

—Cordell no necesita las cosas que ofreces. Tenemos magia verdadera, no esta perversión infecciosa.

Theron cierra los puños.

—La magia no es solo de Cordell. Le pertenece al mundo; todos merecen el poder. Eso es lo que intento conseguir con este viaje: unir a todos para demostrarte cómo podría ser realmente el mundo. Redacté un tratado, ¿lo sabías? Un tratado que une al mundo *en paz*.

La rabia e indignación de Noam hace que escupa al hablar.

—¡Muchacho ingenuo y egoísta! ¡Andas a mis espaldas haciendo alianzas para el mundo mientras esa prostituta inverneña te susurra al oído la débil política estacional!

Theron vacila un momento, pero luego contraataca enfurecido.

—Por supuesto que te niegas a compartir el poder. Ese ha sido siempre tu problema. ¡Cordell es importante, pero no puedes actuar como si fuéramos los únicos que merecemos vivir!

Noam iguala a Theron en furia, y cierra los puños.

—Siempre hago lo que nuestro reino necesita. ¿Sabes qué pasa cuando un gobernante no hace lo que su reino necesita? Termina así. —Con un ademán de asco, señal la cabeza de Simon, que sigue observando en silencio cómo se desarrolla el caos—. Acaba por ser un despojo del que otros reinos se aprovechan, y moriré antes de permitir que Cordell caiga tan bajo.

Me contengo para no mirar a Simon; mi cuerpo se afloja al comprender las palabras de Noam. Verano no está en mejores condiciones que las que tuvo Otoño durante tanto tiempo: imposibilitado de usar su conducto por no tener un heredero del sexo indicado. Suponiendo que Raelyn no destruya el conducto de Verano y ya, mientras no exista un heredero varón que pueda albergar la magia, y asesine a Ceridwen para poner fin al linaje del reino. La sola idea me repugna.

Theron ríe burlón; es la risa tensa de un hombre cercano al llanto.

—Por eso murió mi madre: porque fuiste demasiado arrogante para admitir que Cordell necesitaba ayuda. Ella *no era* cordellana, y por más que lo intentaste…

—¡Basta! —grita Noam—. Te ordeno que…

—… no pudiste curarla. Cordell no era suficiente, pero en lugar de admitirlo y permitirle regresar a Ventralli para que la sanara el conducto de su linaje, la dejaste…

El rostro de Noam adquiere un tono rojo violento, y la saliva vuela de su boca al gritar a Theron desde el estrado.

—¡Silencio!

—¡La dejaste morir! —grita Theron—. Y destruiste nuestra oportunidad de paz al terminar con esto, porque lo único que quiero es que todos estemos a salvo.

Creo que Raelyn dice algo, o Jesse se esfuerza por alcanzarla, pero lo único que veo, oigo, siento, es la mirada que me dirige Theron por encima del hombro. Su rostro se contrae con una palidez enfermiza, las cejas arqueadas, los labios temblorosos, los dientes al descubierto. Y detrás de todo, naciendo junto a su ira como la luz que llega con la mañana, surge cada momento en que se opuso a su padre. Cada segundo en que fue tratado como una marioneta, en que deseó una cosa y vio a su padre hacer otra, en que estuvo tan increíblemente cerca de cambiar el mundo, solo para que se lo arrebataran personas que tenían intenciones más poderosas.

Este es el muchacho al que vi en mis visiones, acurrucado en la prisión de Angra, llorando por el poder que blandía su padre. Eso era lo único que Theron quería: que todos estuvieran a salvo por medio de la unificación.

Raelyn dijo específicamente esa palabra, como si conociera el peso que tenía.

«*Hoy vamos a regocijarnos con el conocimiento de que se ha logrado la unificación*».

De pronto lo entiendo todo.

La magia de las llaves había dicho que su objeto era preparar a quien tuviera las llaves para algo. ¿Y si las escenas que vi fueron cosas que yo, personalmente, necesitaba para prepararme para abrir el barranco mágico? Theron mismo dijo, antes de que empezara esto, que si tuviera guardado algo tan poderoso, lo haría de modo que solo pudieran acceder a ello quienes lo merecieran.

¿Y si las llaves deben ayudar a quienes las encuentren a ser merecedores del acceso a la magia?

Las llaves me mostraron la visión de mi madre para que yo supiera que la magia era más que el hecho de que los gobernantes se transformaran en sus propios conductos. Para que yo supiera plantear la pregunta más importante y aprendiera cuál era la salida que *yo* necesitaba.

Esas llaves tenían magia que se dirigía específicamente a mí, porque ahora sé que la única manera de salvar a todos es arrojarme al vacío del barranco…

Y que Theron, *Theron*, todo este tiempo, fue una amenaza.

—Lo siento, Meira —gime—. Lo siento mucho.

El pánico me desgarra, estalla tras toda la emoción que él me demuestra. Solo una vez había visto quebrarse a alguien. En el momento preciso, horrible, en que Mather decidió que prefería sacrificarse a Angra antes que permitir que siguiéramos luchando indefinidamente. En aquel momento lo miré a los ojos como miro ahora los de Theron, y lo observé analizar la realidad y llegar a la única solución posible.

—Theron…

Trato de tocarlo y él extiende el brazo hacia mí… no, no para tocarme.

Pasa la mano por encima de mi hombro y toma mi chakram.

—¡No! —grito.

Pero me empuja cuando trato de quitárselo de la mano, y en el segundo que transcurre entre que trastabillo hacia atrás y vuelvo a lanzarme hacia él, apunta el chakram hacia su padre y lo lanza.

La hoja vuela girando por el aire, durante tanto tiempo que presiento que todos nos quedaremos allí parados para siempre, detenidos entre la nada y el todo.

Pero llega a Noam. Lo alcanza y le rebana el cuello: un tiro perfecto.

Todos se mueven. Mather trata de llegar a mí pero lo retienen los soldados cordellanos; Garrigan los esquiva y se dirige a mí; los ventrallinos protegen a Jesse y Raelyn; más cordellanos sostienen a Noam, que se desploma hacia atrás con ojos incrédulos. Y yo insisto en lanzarme hacia Theron, mi mente fija en la necesidad de detenerlo, pero ¿para impedirle hacer *qué*? Ya es tarde.

Mis dedos llegan al brazo de Theron, que gira hacia mí con el rostro deformado por la ira. Nunca había estado tan furioso, tan inhumanamente lívido, y me aferra por los brazos y me empuja hasta que me estrello contra la pared, y las molduras me lastiman los hombros.

La conmoción de que Theron me trate así me paraliza, y un movimiento detrás de él me llama la atención. Garrigan logra zafarse de los soldados y se coloca en el lugar que ocupaba Theron antes de empujarme.

Esto tiene que ser un sueño. Una pesadilla. Porque mientras miro a Garrigan, sus ojos celestes se llenan de urgencia…

Y mi chakram regresa.

El mundo entero se disuelve y vuelve a construirse en los segundos que pasan entre que Garrigan se da vuelta y repara en el arma. No puede atraparla, no tan rápido.

El chakram se hunde en su cuerpo con un golpe sólido.

Baja la mirada, atraída por el peso del arma que sobresale de su pecho. Ni siquiera cuando Sir cayó durante la batalla por April eran tan fatales sus heridas.

Garrigan está muerto antes de que yo pueda siquiera pensar en usar la magia para salvarlo. Cae de rodillas, hacia un costado; ya no es más que un cuerpo.

El mundo vuelve a acelerarse, y súbitamente unos ruidos y movimientos me traen al presente. Alguien dice palabras que no tienen sentido, balbucea incoherencias.

—Está muerto. El rey de Cordell está muerto…

Miro a Theron. Me tiemblan las manos, los brazos, todo tiembla en el terremoto de este momento.

Theron me mira con furia, con ojos casi tan muertos como los de las personas a quienes mató.



Meira

Raelyn y sus soldados sonríen, las únicas personas en el salón que no están llenas de incredulidad. Este caos los *complace*.

Mi cuerpo se tensa por la conmoción, y esa sola emoción aleja a todas las demás, de modo que todo lo que soy, todo lo que siento, es acción. Levanto la rodilla y golpeo a Theron en las tripas, lo aparto de un empujón y me lanzo hacia Raelyn. Angra no está aquí, y eso me da vértigo, porque si él está causando tanto dolor sin siquiera estar presente, ¿qué estará ocurriendo en el resto del mundo? Tal vez no pueda pelear con él ahora, pero Raelyn… Raelyn va a morir. Alguien va a sufrir por esto…

Salto hacia ella, pero el salón de baile cambia, se contrae, y antes de que mis pies alcancen a posarse sobre el escenario, una fuerza maligna me hace perder el equilibrio. Caigo sobre los codos, y el dolor reverbera en mis brazos ya lastimados desde mi persecución por los tejados de Rintiero.

Aturdida, mi mente intenta lidiar con lo mal que me parece ver a los soldados depositar el cuerpo de Noam en el suelo y quitarle el conducto del cinturón. Lo mal que me parece ver a Mather y su Deshielo tratando de llegar a mí pero forcejeando contra los soldados, a Conall y Nessa arrodillados junto a Garrigan, a Nessa acunando la cabeza de su hermano sobre su falda y murmurando una canción de cuna en medio de la confusión.

«*Apoya tu cabeza en la nieve*», solloza; le cuesta articular las palabras, y cuanto más trata de pronunciarlas, más se inunda mi cuerpo de tristeza.

La fuerza que me arrojó al suelo atrae mi atención, pero no logro hacerla encajar con todo lo demás. Lo único que veo es esa palabra palpitando en todo mi ser: *mal, mal, mal,* y el manto vacío y paralizante de la conmoción que se aferra a mí, se convierte en mí.

Theron inclina la cabeza y me examina como si yo fuera un animal al que acaba de cazar, un trofeo preciado que está pensando cómo despellejar. No es la expresión en sí lo que me hace temblar, sino verla en Theron, que nunca, en todo el tiempo que lo conozco, me miró con expresión tan posesiva.

—¡Mi rey!

La voz precede a un objeto que alguien arroja por el aire. Theron lo ataja, sin dejar de mirarme un solo instante, y sus dedos se cierran en torno a la empuñadura de

la daga entre el resplandor púrpura que emite. El conducto de Cordell… *su* conducto.

Ahora es el rey de Cordell.

Esa sola idea bastaría para incapacitarme, pero cuando otra imagen me llama la atención, me disuelvo por completo. Hasta el último deseo de pelear, el último impulso en mí, todo se evapora cuando alguien más aparece por la puerta contigua al escenario, saliendo de entre las sombras a la luz como si hubiera estado acechando allí todo el tiempo.

Casi podría restarle importancia pensando que es una visión más o algo que solo está en mi mente, de no ser por el modo en que Raelyn también lo mira. Y también Jesse, y mis inverneños: todos miran, ya sea con alegría o con horror, al rey de Primavera.

—Convincente, Rey Theron —ronronea Angra, mirándolo a los ojos—. Muy convincente.

No puedo volver a mirar a Theron. Por una vez, elijo concentrarme en Angra, seguir mirándolo boquiabierta antes que enfrentar la horrenda realidad de que Theron está tan poseído como Raelyn por la Decadencia de Angra. Y ahora que Angra también *es* su conducto, la Decadencia es infinita.

Sin pensarlo, apelo a la magia en mi interior y la envío con mi voluntad a los inverneños que están en el salón, y los lleno con una ráfaga de frío helado. Eso fue lo que detuvo a la Decadencia hace tanto tiempo: la protección de la magia pura de conducto.

Pero Angra tomó a Theron. Empezó a trabajar con él hace tiempo, en April, cuando usó la Decadencia para meterse en su mente como un gusano hasta encontrar sus debilidades. Ahora Theron no es otra cosa que esas debilidades, lo es desde hace meses. Debí advertir el cambio en él… debí presionarlo más para averiguar por qué estaba tan dolido, debí *ayudarlo*…

Pero ¿sabe siquiera que la Decadencia lo tiene dominado? ¿Se da cuenta de que es por eso? Ahora él es el portador del Conducto Real de Cordell, pero si la Decadencia ya está plantada en lo profundo de su mente y él no sabe usar la magia para bloquearla o resistirse…

La magia tiene que ver con elegir. No lo salvará a menos que él lo desee.

Vuelvo a gritar y trato de llegar a toda costa al escenario, hasta Angra. No queda nada en mí más que un instinto puro y desesperado, los dedos curvados como garfios letales y haciendo rechinar los dientes como un lobo rabioso. Voy a detener esto, estoy a tiempo de componerlo, estoy a tiempo de…

Alguien me aferra con dedos fuertes por la tela de mi camisa, y me duele saber de quién son esas manos, lo mucho, lo abominablemente diferente que es esto de todas las otras veces que me abrazó. Veo de reojo la daga de Cordell sujeta con su cinturón mientras Theron me hace ponerme de pie y Raelyn se vuelve hacia Jesse, que observa desarrollarse todo esto con los ojos vacíos de un hombre que no logra dar crédito a lo que ve.

—Por favor, detengan esto —murmura Jesse, con voz triste y débil.

—Si quieres que tus soldados te obedezcan, *oblígalos*. —La respuesta de Raelyn es un desafío—. Pero no lo harás, porque eres débil. Y ya no toleraremos gobernantes débiles.

Hace una seña a uno de sus hombres para que le arranque del cinturón el conducto de Ventralli. El soldado arroja la corona a Raelyn, que la ataja. Sin embargo, en sus manos no tiene poder: ese conducto-objeto reacciona solamente a Jesse. Pero ella ya no necesita conductos-objetos. Tiene la Decadencia de Angra.

—Qué linda chuchería —canturrea, entrelazando los dedos en sus puntas—. Y qué frágil.

Quedo boquiabierta. No puede estar diciendo lo que yo creo; Angra no le permitiría *romperla*. Jesse se volvería como nosotros, infinitamente poderoso.

Raelyn endereza los hombros.

—Sucede algo inmensamente fantástico cuando un Conducto Real se rompe en defensa de un reino, según me han dicho. Pero si se rompiera por *accidente*…

Jesse se inclina hacia adelante, observa a su esposa paralizado por el terror.

Raelyn se vuelve hacia él y se le acerca. Antes de que nadie pueda intervenir, lo golpea en la mandíbula con la corona. Jesse trastabilla hacia atrás y se le llena la cara de sangre, mientras en el salón de baile resuena el sonido delicado de dos de las puntas de la corona al quebrarse y caer al suelo.

Se rompió. El conducto de Jesse se rompió.

El resplandor gris se apaga al instante.

Miro a Jesse y espero, deseo, que Raelyn se haya equivocado. El conducto no se rompió en defensa del reino, porque él está allí, sin reaccionar, pero tal vez aun así la magia lo buscó…

Jesse mira las puntas rotas de su conducto y luego a Raelyn; de su boca gotea la sangre como zarcillos color rubí. He aquí un hombre que no estaba defendiendo nada, al que nada le importaba, cuando se rompió su conducto. Ninguna emoción que atrajera la magia.

¿Qué le ocurre a la magia cuando se rompe un conducto por descuido? ¿Cuando su portador no tiene emoción en los ojos, no hay abnegación ni sacrificio en el modo en que mira a su esposa, con ojos empañados por la dolorosa derrota?

La magia tiene que ver con elegir. Y si Jesse eligió que no le importara, tal vez la magia simplemente… desapareció.

Mi cuerpo se afloja en manos de Theron.

El dominio de Angra se está ampliando.

Se abre una grieta en mi mente, que deja pasar una sola pregunta.

¿Por qué?

¿Por qué ahora? Si Angra estuvo planeando esta usurpación desde su caída en April, ¿por qué esperó tanto tiempo para efectuarla? ¿Por qué no se apoderó inmediatamente de todo el mundo?

Angra baja del escenario y me sonríe como un viejo amigo.

—Efectivamente, ¿por qué ahora, Alteza? —me provoca. Doy un respingo de incredulidad y choco contra Theron.

Angra me oyó. Me oyó pensar. Pero ahora poseemos… *somos*… el mismo tipo de magia, de modo que tal vez ¿estamos conectados? La idea es demasiado perturbadora para tomarla en cuenta.

Se me acerca más.

—No tienes mucho control sobre esa magia, ¿verdad? Esperaba más de ti después del caos que desataste en April. Pero no importa.

—¡Meira!

El grito dolorido de Mather proviene de las filas de los soldados que lo retienen junto al resto de los inverneños. Se oye un entrechocar de armaduras mientras él forcejea para que lo suelten.

—Ahora tienes un plan, ¿no es así, reina de Invierno? —ronronea Angra. Levanta una mano y me pasa un dedo por la mejilla, y me preparo para una oleada de visiones…

Pero no ocurre nada.

Sonríe.

—Sí, planes muy nobles.

¿Angra vio algo, pero yo no?

Él… me bloqueó.

Tiemblo; cada músculo de mi cuerpo es un terremoto de horror.

Él sabe controlar su magia más que yo.

Esto, la carnicería de muerte a mis pies, la sonrisa superior y victoriosa de Angra delante, es todo lo que temí durante toda mi vida.

Y no puedo moverme, no puedo luchar contra él; cada uno de mis nervios está fláccido por el conocimiento de que, a pesar de todo lo que he hecho, de todo lo que hemos soportado, aun así fracasamos.

Aun así le fallé a Invierno.

—Siempre he sido más poderoso que tú —escupe Angra. Theron acomoda las manos en mis brazos, sus dedos me aprietan—. Pero crees que tienes un modo de derrotarme… matándote tú, ¿eh? No, Alteza. Voy a asegurarme de que sigas con vida por mucho mucho tiempo, el tiempo suficiente para verme matar a todos los demás en tu reino. Una vez que todos estén muertos en Invierno, una vez que hasta el último copo de nieve de esa tierra miserable sea mío… —Hace una pausa, mete la mano en mi bolsillo y saca la llave, envuelta en el paño. Sin dejar de mirarme, busca en el bolsillo de la chaqueta de Theron y saca la que tenía él, y las levanta triunfante ante mi cara—. Voy a hacerte observar cómo destruyo tus minas de una vez por todas. Voy a hacer que todas esas montañas se derrumben.

Quedo boquiabierta, y un leve asomo de claridad se abre paso a través de mi consternación. ¿Nuestras minas?

Los ojos verdes de Angra se fijan más aún en los míos, y se destruyen todas las preguntas en torno a la respuesta que busco desde hace años.

Cuando Primavera ocupó Invierno, Angra nunca usó nuestras minas. Las tapió y las dejó pudrirse a pesar de las riquezas que contenían.

Cada vez que otro reino intentaba quitarle las minas —ya fuera por la fuerza, como lo habían intentado Yakim y Ventralli, o por tratado, como Noam— él tomaba represalias. Represalias violentas, destructivas; masacraba a los ejércitos invasores o invadía el reino que se atrevía a negociar con él.

Angra se apoderó de la única persona en el mundo que quería darles magia pura a todos: Theron, quien a su vez mató a la única otra persona que quería abrir el barranco: Noam.

Las minas. El barranco mágico.

Esa fue la causa de toda la guerra. Por eso Angra masacró a Invierno durante siglos: porque sabía que algún día lo encontraríamos. Incluso permitió que Theron continuara en su búsqueda de las llaves, esperando para dominar el mundo y así poseer por completo la única manera de abrir el barranco.

Esa es su debilidad. A eso le teme.

A la magia pura de conducto como forma de contrarrestar la Decadencia.

Angra capta mi revelación; lo veo en el modo en que su rostro se tensa de furia antes de volver a suavizarse con una sonrisa forzada. Mira a Theron, se inclina y susurra palabras solo para mí.

No quiere que Theron oiga lo que va a decirme.

Aplaco mis pensamientos; no quiero que Angra vea más revelaciones que pueda haber en ellos.

—Nunca me derrotarás —susurra Angra—. Voy a destruirlo todo mucho antes de que tengas esa oportunidad. No eres nada en esta guerra, a pesar de lo importante que te crees, pero con mucho gusto voy a culparte por cada momento que tuve que esperar este futuro. No tienes el poder de evitar esto, Alteza… ahora lo entiendes. No importa qué camino tomes, siempre el final será el mismo para ti: muerte y fracaso.

Forcejeo contra las manos de Theron al filtrarse a mis venas una fuerza inesperada. No obstante, Angra tiene una debilidad. Le teme a algo.

—Lo que ofreces es maligno. El mundo va a enterarse… no caerán bajo tu control.

La sonrisa repugnante de Angra regresa.

—Rey Theron —anuncia, sin dejar de mirarme—. Contenga a nuestros huéspedes. Puede que necesiten tiempo para enterarse de lo que usted tiene.

—Theron. —Me retuerzo contra él mientras da un paso atrás y me atrae junto a él —. Theron, *basta*. ¡Ya viste lo que Angra le ha hecho al mundo! ¡Puedes resistirte… ahora tienes magia!

Mi voz resuena en el salón de baile y todos se quedan quietos como si estuvieran tan desesperados como yo por oír la respuesta de Theron.

Me mira, y por su expresión pasa una rápida sucesión de emociones. Decisión, dolor, esperanza.

—Ya verás —me dice—. Esta es la mejor manera de unir el mundo. He pasado meses pensándolo, Meira, meses buscando otras opciones. Angra está ofreciendo este poder a *todos*. Sin más conductos, sin más limitaciones. Ya lo verás. *Tienes* que entender.

Me sentiría mejor si hablara como un demente. Si sus palabras fueran duras y llenas de furia, si hablara de hacer que el mundo se inclinara ante él, como Angra. Pero Theron habla como… como él mismo.

Angra observa a Theron mientras intenta convencerme y su sonrisa se suaviza. Me toma tan desprevenida que casi lo paso por alto. Pero no, Angra realmente le *sonrió* a Theron.

¿Aquí está ocurriendo algo más? ¿Se me escapó algo en las visiones del recuerdo de Theron en April?

En el límite de mi mente, tomo conciencia de que los soldados cordellanos apartan a la rastra a Nessa y Conall del cuerpo de Garrigan, y del grito desgarrador de Nessa cuando patean el cadáver al pasar.

—Ya verás —repite Theron, distraído, y me lleva hacia la puerta. Los demás soldados obedecen la orden tácita; los hombres que sostienen a Jesse lo llevan hacia el otro extremo del salón, presumiblemente para que Raelyn se ocupe de él más tarde.

Theron me lleva por la fuerza, y el resto de mi grupo está en manos de sus soldados. Ni siquiera llego a ofrecerles aliento, con la mente tan enfocada en cómo todo se derrumbó tan rápidamente. ¿Por qué no lo vi venir? ¿Por qué no percibí que la maldad de Angra se infiltraba en uno de mis aliados más cercanos… en uno de mis *amigos* más cercanos?

Y ahora Angra tiene las dos llaves. Theron tenía la llave de Verano; Angra me quitó la de Yakim, y la de Ventralli…

Doy un respingo en manos de Theron.

¿Dónde está la tercera llave?

Theron me lleva por los pasillos dorados del palacio hasta que llegamos a una puerta. En comparación con todos los demás objetos bellos de Ventralli, esta parece sencilla y despojada: una simple puerta de hierro con simples pasadores de hierro, en una cavidad de la pared. La puerta de la mazmorra del palacio.

La colorida brillantez del palacio se esfuma y da lugar a piedras grises que parecen contraerse con la llama fluctuante de las antorchas de pared. Hay una escalera empinada que baja; nos lleva muy por debajo del palacio, lejos de cualquier posibilidad de escapar. Llegamos a un largo pasillo con puertas, cada una del mismo hierro pesado que la de arriba. Pero estas tienen ventanas, unas aberturas pequeñas y enrejadas. Celdas.

—Enciérrenlos —ordena Theron.

Los gritos de Nessa se apagan al cerrarse una puerta de un golpe detrás de ella, Conall y Dendera. A los Hijos del Deshielo los juntan en una celda contigua, a la que también hacen entrar a Mather de un empujón. Mather se resiste a los soldados cordellanos, forcejea con cada pizca de fuerza que yo ya no tengo, patea la puerta para impulsarse y hace que los hombres que lo sostienen se estrellen contra la pared contraria. Mi cuerpo se agita cuando un soldado le da un puñetazo en la mejilla.

—Basta. —Theron abre una celda y me empuja adentro—. Pónganlo aquí, luego retírense.

Entro trastabillando y me doy vuelta justo a tiempo para atajar a Mather, a quien los soldados empujaron después. Se endereza y gira frente a mí, y mantiene una mano en mi brazo para sostenerme detrás, los dos frente a la puerta. Me aferro a él, lo uso para sujetarme, y se agacha en actitud defensiva, con la mejilla ya enrojecida.

Los soldados cordellanos se retiran, tal como se les ordenó, y vuelven a subir la larga escalera. Theron inclina la cabeza y, apenas se oye cerrarse la puerta arriba, entra a la celda.

—La tocas y te mato —gruñe Mather, dando un paso atrás hacia mí.

Pero Theron pasa de largo y se detiene junto a la pared a nuestra derecha.

Y deja despejado el camino a la puerta.

Mather lo nota al mismo tiempo que yo; cada uno de sus músculos, previamente preparados para el ataque, se relaja, y me lleva hacia la puerta sin vacilar. Cuando llegamos a mitad de camino, muy cerca de la salida, un ruido me detiene.

El chasquido sólido y pesado de una cerradura.

Me suelto de la mano de Mather. Este gira, con el rostro contraído por el pánico, pero me vuelvo hacia Theron, que está de cara a la pared. Tiene las manos a los costados, con una de sus muñecas esposada a las cadenas que cuelgan de los ladrillos.

¿Se encadenó a la pared?

Se agacha y queda de rodillas, de cara al piso de piedra mugriento. Su cuerpo se sacude con temblores que lo hacen mecerse hacia adelante y atrás.

—¿Theron? —le pregunto, segura de que la desesperación que bulle en mí hace que mi voz salga tensa.

Me mira por encima del hombro y veo en sus ojos la chispa más breve y frágil.

—No puedo soportar así mucho tiempo.

Me lanzo hacia él y Mather hacia mí.

—¡Basta! ¿Qué haces? ¡Tenemos que irnos!

—¡No! —grito, y la palabra resuena en las paredes desnudas—. No lo dejaré aquí…

—Sí, eso harás —gruñe Theron, clavando los dedos en el cemento entre las piedras. Los nudillos se le ponen blancos, y la frente se le cubre de sudor. La luz trémula del pasillo se refleja en él y lo tiñe con manchones irregulares de luz—. No debería dejarlos ir. Debería mantenerlos aquí, pero… tienen que irse, *ahora*.

Reconozco lo que está pasando. Es un último instante de claridad, libre de la Decadencia. Una última inhalación antes de que esta lo sumerja.

Me acerco a él.

—No, vendrás con nosotros. —Doy un paso más—. Ahora tienes un Conducto Real, puedes usar su magia para expulsar a la Decadencia de ti. Solo tienes que desearlo, Theron, solo tienes que…

—No lo quiero. —Saca la daga de su cinturón y la arroja lejos como si fuera una llama encendida y él, una pila de leña seca—. Yo… estoy de acuerdo con él. Quiero su magia, no los conductos. *Basta de conductos*. Quiero que el mundo sea libre, que todos sean *iguales*, pero no quiero… no voy a hacerte daño. *No voy* a hacerte daño. —Su tensión se libera en un sollozo que le sacude todo el cuerpo—. No te lastimaré como lastimé a mi…

Se acurruca, las manos en el pelo, y sus sollozos se mezclan con gemidos desgarradores.

Abro la boca, pero no me sale nada. ¿Qué puedo decir? ¿Qué puedo *hacer*?

Me arrodillo delante de él y apoyo una mano en la suya sobre su cabeza.

Ahora es portador de un conducto. Y cada vez que entro en contacto con la piel de un portador de conducto, nos conectamos; es la magia inexplicable que nos vincula. Pasan escenas por mi mente y las observo, con los músculos paralizados por la angustia.

Theron en Invierno antes de nuestra partida, dando a sus hombres la orden de ocupar el reino en mi ausencia. Lo que Noam haya hecho, o haya creído hacer, no estaba bajo su control. Fue Theron… y ni siquiera Theron sabía que estaba haciéndolo. Momentos enteros, órdenes y deseos borrados y esfumados, llamas que se encendieron, ardieron brillantes y luego se extinguieron.

Theron en Verano, hablando con un hombre en la bodega. Un esclavo ventrallino con una sonrisa insidiosa y antinatural que hablaba de una posesión más profunda.

—Recuerdas lo que pasó, ¿verdad? —pregunta el hombre, saliendo de entre las sombras—. ¿Recuerdas lo que él te mostró?

La bodega se desvanece y en su lugar aparece un recuerdo.

—¡Basta, padre!

Angra, apenas mayor de lo que soy yo ahora, grita a su padre, un hombre de aspecto similar al que Angra tiene ahora, solo que más alto y robusto. Están en la entrada del Palacio de April, y se me hace difícil entender la escena por el juego de sombras y luces trémulas. Un brazo se levanta, cae, un hueso se quiebra contra la piedra, Angra grita. Su padre se aleja hecho una furia, dando tumbos en la oscuridad, y deja a Angra agachado junto a un cadáver en el suelo.

Sobre los hombros de la mujer se derrama una cascada de cabello rubio, y de un lado de la cabeza tiene una masa de sangre coagulada. La reconozco por los cuadros que vi en el Palacio de April, retratos de un niñito (Angra) y esta mujer.

Ella mira a Angra del mismo modo en que Hannah me miraba; esta mujer es su madre.

La escena se desvanece y Theron trastabilla hacia atrás, choca contra los estantes de la bodega veranense y se lleva las manos a las sienes.

—No…

Pero su voz es insegura, débil, como si una parte de él sí recordara. Como si una parte de él palpitara con ese recuerdo y se deleitara con él.

El padre de Angra mató a su madre… y Angra aprovechó esta similitud para doblegar a Theron.

—¡No! —grita Theron.

—Tú eres igual —lo alienta el esclavo—. Él vendrá. Siempre vendrá por ti.

El brillo de una daga. Theron de pie al lado del hombre, el cadáver, la sangre que mana, palpitante, por una herida en el cuello.

Theron no recordaba nada de eso, de la Decadencia manejándolo hacia aquí y allá, intentando carcomerle la mente. Deseaba una parte de ella: un poder suficiente para diseminarlo por el mundo. Otra parte, Theron no se atrevía a admitir que la deseaba: ocupar Invierno, obligar a mi reino a seguir un camino que él creía que lo haría un lugar seguro. Para mí.

Pero ahora lo recuerda todo. Lo ve como yo lo veo; mi conexión con la magia vinculada a su sangre le trae los recuerdos de cómo, momento a momento, latido a latido, la Decadencia fue infiltrándose en su mente y se asentó dentro de él como un sueño que podía sentir pero no recordar.

Y ahora, luego de semanas de juegos inconscientes, Theron ya no puede pelear. Se resistió, luchó contra ella casi tanto como quería abrir el barranco. Pero había un deseo que superaba a todos los demás, y Angra lo aprovechó para someterlo.

El deseo de un mundo unificado, de iguales.

Gime, y me aparto de él con la garganta irritada.

—Te necesito aquí —murmura—. Esto está bien. Esto está bien, salvará a todos…

—¿Theron?

Se vuelve hacia Mather, con voz profunda y resonante.

—¡Sácala de aquí!

Mather obedece. Me toma por debajo de los brazos y me levanta, y al hacerlo guarda en su cinturón la daga de Cordell. Me resisto, rodeada por la incontenible certeza de que nunca más veré a Theron. Angra lo consumirá, la Decadencia destruirá todo lo bueno en él. Desaparecerá, como todo lo demás que Angra tomó, todas las otras partes de nuestra vida que nos han quitado.

A menos que yo salve a todos.

No puedo vivir en un mundo en el que Theron sea el juguete de Angra. Y esa es la única otra opción que tengo, ¿no? No vivir en este mundo.

Mather me empuja al exterior de la celda, cierra la puerta de un golpe y corre el grueso pasador para dejar encerrado a Theron. Apenas lo hace, los gemidos de Theron se convierten en gritos, y la cadena se sacude con una cacofonía de ruidos.

—¡Suéltenme! —grita Theron—. ¡Soldados! ¡Los prisioneros escaparon… suéltenme!

Me desplomo contra la puerta de la celda y lo escucho gritar, perdido en la locura de la Decadencia de Angra. El desapego me consume, empaña cada parte de mí, y lo único que atino a hacer es quedarme mirando el pasillo con ojos vacíos.

Mather corre a las celdas de enfrente. Los soldados no las cerraron con llave; simplemente corrieron los pasadores que no se pueden abrir desde adentro. Ahora tira de ellos, que rechinan pero apenas se mueven, y me habla con pánico.

—¡No tenemos mucho tiempo! Necesitamos…

Se interrumpe.

Hay un hombre al pie de la escalera. Su cabello negro ralo se enrula en lo alto de su cabeza formando rizos sueltos; unos motivos dorados adornan la gruesa tela marrón de su manto, cuyo cuello lleva levantado hasta las orejas.

Y tiene una cicatriz desde la sien hasta el mentón.

Cuando el hombre se adelanta, Mather se lanza hacia él, blandiendo la única arma que tiene: el conducto de Cordell. Extiendo la mano para detener a Mather sin saber siquiera por qué.

Rares. El bibliotecario residente de Yakim.

—Usted… —es todo lo que logro decir. Su presencia aquí no tiene sentido, y atiborra mi mente con detalles fuera de lugar.

Como el modo en que me observaba en Yakim, como analizándome, divertido. Como el atuendo que trae ahora y lo mucho que me recuerda a otra cosa, a algo que…

Al tapiz en la galería del Palacio Donati. Las túnicas gruesas, la piel morena.

No es yakimí.

Rares es de *Paisly*.

Sonríe, una expresión fugaz de reconocimiento.

—La mentira fue necesaria, querida. No te conocía; tú no me conocías a mí. Por supuesto, todavía no me conoces, pero si quieres mi ayuda, debemos darnos prisa.

Se vuelve hacia la escalera y me quedo mirándolo boquiabierta; Mather lo mira con el ceño fruncido y Theron sigue pidiendo a gritos su libertad desde su celda.

Salto hacia adelante.

—¡Espere! ¿Qué está…?

Rares se da vuelta.

—Querías ayuda —declara, como quien dice que en invierno hace frío.

Sacudo la cabeza. Los ojos de Mather se desvían hacia la escalera, esperando que se abra la puerta, que nos descubran y que el sacrificio de Theron no sirva de nada.

—Yo… ¿por qué *usted*? —insisto, atónita.

Rares mete una mano en su túnica y saca una llave. *La* llave. La última.

¿Era *él* lo que el tapiz quería que encontráramos?

Se adelanta y me toca la mejilla.

Mather se lanza hacia él, y Rares estaría muerto si yo hubiera parpadeado en lugar de hacerle una seña para detenerlo.

No puedo respirar mientras miro a Rares a los ojos y su piel me entibia la cara. Percibo una imagen, una montaña brillante gris y púrpura, bañada por un rayo de luz amarilla.

El símbolo de la Orden de los Lustrados.

Rares retira la mano.

—Tenía que cerciorarme de que eras confiable.

—¿Cómo…? —grazno en medio de mi estupor.

Sonríe.

—Te lo explicaré todo, querida, lo prometo. ¿Ahora, vendrás conmigo?

Frunzo el ceño mientras me esfuerzo por conectarlo todo. Esto ocurre solamente con los portadores de conductos, el hecho de ver imágenes cuando entro en contacto con su piel. Nadie más en Primoria tiene magia, y ni siquiera la Decadencia residente en alguien podría provocar la misma reacción; si no, me habría dado cuenta mucho antes de que algo le ocurría a Theron. Pero Rares tiene una llave… ¿o sea que tal vez la magia de la llave volvió a mostrarme una imagen? Pero no, eso solo sucede cuando *yo* toco la llave.

Quienquiera que sea este hombre, tiene magia. Es miembro de la Orden. Y es de *Paisly*.

¿La Orden es de Paisly?

Mi mente vuela fugazmente hacia aquel reino misterioso, rodeado por los Montes Paisel.

Ventralli, Yakim, Verano.

Nuestros Montes Klaryn.

Los reinos donde estaban escondidas las llaves eran los que llevaban desde Paisly a los Klaryn. De la Orden al barranco mágico. ¿Por eso estaban allí las llaves? Pero ¿por qué fue tan fácil encontrarlas? Tantos porqués…

Pero yo sé cómo conseguir respuestas.

Y sé adónde me estaban conduciendo las llaves, todo este tiempo.

—Meira —me advierte Mather.

Me tiemblan los brazos. Siempre supe lo que era correcto hacer. Si hubiera tomado mejores decisiones, si hubiera obedecido a mi corazón y no a mi cabeza, y hubiera hecho desde el comienzo lo que *sabía* que mi reino necesitaba, habría podido detener todo esto.

Entonces miro a Rares y asiento. Si él tiene magia, si forma parte de la Orden de los Lustrados, si hay siquiera una *posibilidad* de que sepa cosas que puedan ayudarme a detener este caos horrible y mortal que me rodea, tengo que ir con él.

Aunque pueda albergar una amenaza, aunque la Orden pueda poseer algún peligro… *necesito respuestas*.

Quedarme sería asegurar la esclavitud del mundo en manos de Angra. Si me marcho, al menos habrá una esperanza.

Mather se resiste, y la daga de Cordell queda fláccida en su mano.

—¿Qué?

—Tienes que liberarlos, y aléjense cuanto puedan de aquí. Y también a Ceridwen, la princesa de Verano; tienes que liberarla de Raelyn, y…

—¿Estás loca? No voy a…

—No te lo estoy pidiendo, Mather. —Estoy absolutamente demente para hacer esto—. Te lo estoy *ordenando*. Como tu reina.

Eso lo desarma. La fuerza a la que se aferraba se hace añicos, y sus ojos se empañan con la mirada que me desarmó hace semanas, cuando entró a mi habitación en el Palacio de Jannuari y cortó los vínculos que nos unían; cuando se marchó, derramando lágrimas que desgarraron cada parte de quien fui una vez.

Pero esta vez soy yo quien se va.

Esa diferencia no lo hace más fácil. Me acerco a él y me abrazo a su cuello, un remanente del abrazo que le di al verlo por primera vez en el tejado. Tocarlo… había sido como volver a casa. Incluso ahora, abrazarlo por un instante…

Él mantendrá a salvo a mi reino. Él mantendrá a salvo a *nuestro* reino, y saber eso, sentir eso, me hace aferrarme a él con más fuerza aún.

Él también es una opción que debí haber elegido antes.

Los dedos de Mather se hunden en mi espalda y me aferran con el mismo fervor, y por ese momento somos nosotros otra vez. Meira y Mather, sin complicaciones.

La decisión despeja mi tristeza y no deja nada más que una firmeza pura, intacta. Sin una palabra más, Rares sube la escalera a toda prisa, y me aparto de Mather, que empieza a abrir las celdas mientras Theron sigue gritando que alguien vaya a liberarlo. Caos, solo caos, y yo estoy huyendo de todo eso.

No, no estoy huyendo. Estoy corriendo *hacia* algo, hacia la ayuda.

Voy a componer esto, les prometo. *No importa lo que deba hacer. No importa quién deba ser*.

No dejaré caer este mundo.

AGRADECIMIENTOS

Las secuelas son difíciles. Juro que sufren de una especie de versión libresca del síndrome del hijo del medio, y por eso le debo la vida de este libro a MUCHA, MUCHÍSIMA GENTE.

Primero, siempre en primer lugar, a mi agente, Mackenzie Brady, y a toda la gente del equipo de New Leaf (especialmente a Danielle, que me dio unas notas FANTÁSTICAS). Si todos los autores pudieran tener un agente tan increíble como Mackenzie, el mundo implotaría de felicidad.

A Kristin Rens, el faro para mi crucero verboso y disperso. Este libro ME DOLIÓ (de nuevo: las secuelas, ajj), pero de alguna manera, ella me ayudó a superar el dolor y el desasosiego y, con cariño y paciencia, a sacar de mi angustia una novela coherente. Ella es eternamente magnífica.

Al fabuloso equipo de Harper: Erin Fitzsimmons (tus diseños son absurdamente bellos); Caroline Sun (Publicista Extraordinaria; gracias eternas por domar mi locura por la planificación) y Joyce Stein (Segunda Publicista Extraordinaria: tu paciencia y persistencia no tienen precio); y a todo el equipo de Epic Reads por apoyar mis libros con esmero, buena disposición y con una calidad impresionante.

A Jeff Huang. Guau. Ese chakram. Tus habilidades siguen dejándome sin aliento.

A Kate Rudd, no solo por darle voz a Meira sino también por hacerlo con tanto, tanto entusiasmo.

A Kelson, el esposo más solidario, paciente y orgulloso que una escritora podría pedir. Me alegra infinitamente que nuestro romance haya resultado ser mucho menos problemático que el de Meira.

Y porque no llegué a incluirlos en los agradecimientos de Nieve como cenizas, les debo un doble agradecimiento a quienes son ahora mi familia política. Annette, Dan, Trenton y Caro: por ustedes es tan divertido estar casada con Kelson. Y a Mike, mi pariente político no político, infinitas gracias por soportar a mi loca pandilla de amigos escritores. Tu casa es un encanto, y tú también.

A mis padres, una vez más y siempre. El entusiasmo y el apoyo que siguen brindándome me hacen pensar en la Sara de doce años, y en la inmensa felicidad que sentiría al saber que sus palabritas locas se han convertido en un libro. A Melinda, Hermana del Año: lamento que tu personaje no haya estado en este libro, pero serás muy importante en el Libro 3.

Al resto de mi familia. Abuela y Abuelo, Debbie, Dan, Tía Brenda, Lisa, Eddie, Mike, Abuela Connie, Suzanne, Lillian, William, Brady, Hunter, Lauren, Luke, Delaney, Garrett, Krissy, Wyatt, Brandi, Mason, y Kayla la Bibliotecaria. Además, a Kelsey y Kayleigh: gracias a ustedes, chicas, mi día de firmar autógrafos fue 100% más especial.

A mis amigas escritoras (aunque a la mayoría las abandoné para mudarme al este; ¡espero que no hayan dejado de quererme!): J. R. Johansson, Kasie West, Renee Collins, Natalie Whipple, Bree Despain, Michelle D. Argyle (tus diseños son hermosos), Candice Kennington, LT Elliot, Samantha Vérant, Kathryn Rose, Jillian Schmidt, y mi prima Nikki (y a tus hijos, cada uno de ellos).

A mis nuevas amigas escritoras, en todas sus variantes. Claire Legrand (¡qué bien van juntos nuestros libros!), Jodi Meadows (tu mano para la caligrafía es ÉPICA), Morgan Rhodes (todavía rujo de emoción cuando leo tu nota de solapa para Nieve como cenizas), Anne Blankman (¡vecinas!, más o menos), Lisa Maxwell (¡Más! ¡Café! ¡Salidas!), Martina Boone (siempre una YASI en el fondo del corazón), Joy Hensley y Kristen Lippert-Martin (debutantes de otoño UNÍOS), Sabaa Tahir (ELIAS), Sarah J. Maas (una grande de la Costa Oeste), y a todo el grupo de YADC (es un gran, gran, GRAN honor ser parte de ese grupo. Y no solo por Pocket Jamie).

Este puede ser el párrafo más importante de toda la sección de agradecimientos: a mis lectores. A ustedes. A USTEDES. No puedo expresarles con palabras coherentes lo mucho que adoro a cada uno de ustedes. El entusiasmo y la franqueza con que han acogido a Meira, Mather, Theron, y a toda la banda de Nieve como cenizas es absolutamente increíble. Aunque me encantaría nombrarlos a todos aquí, sé que voy a olvidarme de alguien y a sentirme pésimo por ello, pero voy a intentarlo. GRACIAS, GRACIAS a: las cuentas de fans de Nieve como cenizas en Twitter, Wesaun Palmer (tu análisis de Nieve como cenizas siempre tendrá un lugar especial en mi corazón), Masha, junapudding, Ri, Iris, Celeste, Marguerite, Dessy, Stephanie, Katie, Eli, Crystal, Carol, Morgan y Fallon, Amanda, Kristy, Gaby, Jess, Julia Nollie, Sarah K, Jackie Larrauri… y sé que se me están olvidando algunos, pero estoy lagrimeando demasiado, y A USTEDES, LOS AMO A TODOS.

Y, por supuesto, a los muchos, muchísimos blogueros que han hecho de estos libros un éxito tan grande (una vez más, sé que voy a olvidarme de alguien; si es así, pueden reprochármelo crudamente en Twitter): Lisa Parkin (¡una grande de Uppercase y HuffPo!); Nikki Wang, de Fiction Freak (siempre, SIEMPRE); Rockstar Blog Tours; los Valentines; Jen, de Hypable Books; Nova, de Out of Time; Awkwordly Emma; Jenny, de Supernatural Snark; Tween 2 Teen Books; Chyna; Ariana, de The Bookmark; Karolina; y a todos los blogueros fabulosos que me han entrevistado, que han reseñado mis libros y que, en general, han hecho del sector editorial un mundo maravilloso donde vivir.

Lo dije: este libro se lo debo a MUCHA gente. Pero aun así, Hielo como fuego no sería nada sin TI, el más querido de mis lectores. Tú, por siempre jamás, eres más fuerte, mejor y mucho más glorioso que cualquier conducto. Gracias, gracias, mil veces gracias por seguir compartiendo conmigo la historia de Meira. Estoy encantada de estar aquí, contigo, en el punto agridulce entre el comienzo y el fin.

Terminemos juntos esta guerra, ¿sí?





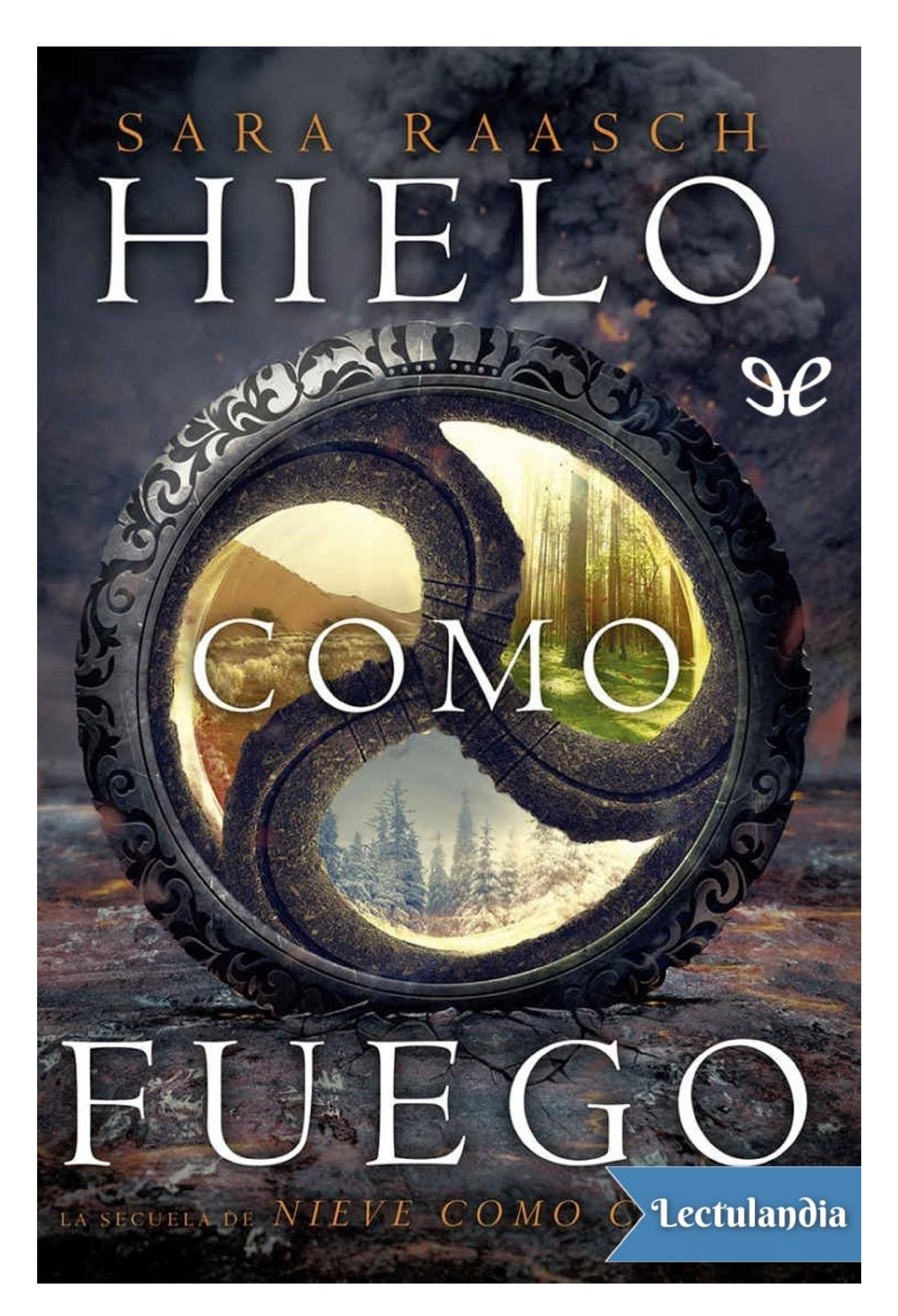
SARA RAASCH (nacida el 26 de agosto de 1989) es una autora estadounidense de ficción para jóvenes. Criada en Ohio, Raasch se graduó de la Universidad Estatal de Wright con el título en Liderazgo Organizacional y actualmente reside en Virginia.

Dice en su blog: «Sara Raasch ha sabido que estaba destinada a cosas de libros desde la edad de cinco años, cuando sus amigos tenían un puesto de limonadas y ella también vendía sus libros de dibujos a mano.

»No ha cambiado mucho desde entonces, sus amigas todavía se enojan cuando intenta dibujar cosas y su entusiasmo por la palabra escrita todavía le lleva a medidas extremas».

Es la autora más vendida en el *New York Times* de la trilogía de fantasía *Snow Like Ashes (Nieve como cenizas)* y de la duología de fantasía *Stream Raiders*.

Índice de contenido


SARA RAASCH
HIELO
COMO
FUEGO
LA SECUELA DE NIEVE COMO C
Lectulandia

